



LEN DEIGHTON

Un agente británico trata de desentrañar el misterio de la huida de su esposa a la Alemania Oriental.

ANZUELO

PARA ESPÍAS

Lectulandia

Bernard deambula malhumorado en medio de una ventisca de nieve en Washington. Sus antiguos compañeros se muestran poco amistosos y sus colegas no son tan comunicativos como antes. O eso le parece a él. Lo cierto es que las cosas han tomado un mal rumbo para Bernard Samson desde que, tres años antes, se produjera la desertión de su esposa Fiona. Un acto de graves consecuencias que Samson no acaba de superar por machista y cínico que sea. Pero es que, además, después de su viaje a Washington, su vida resulta más precaria aún...

Lectulandia

Len Deighton

Anzuelo para espías

Bernard Samson - 4

ePub r1.0

Titivillus 25.04.2019

Título original: *Spy Hook*
Len Deighton, 1988
Traducción: Francisco Martín

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

1

CUANDO me pidan que sea presidente de Estados Unidos voy a responder: «Menos para Washington DC», pensé decididamente mientras me afeitaba con agua helada y sin luz eléctrica; luego firmé toda la documentación de rigor mientras caminaba lentamente por la nieve acumulada esperando en vano el paso de un taxi y los coches que circulaban me salpicaban con ese fango especial de olor dulzón de Washington.

Pero era ya por la tarde. Había almorzado y en cierto modo estaba de mejor humor, aunque iba a resultar una larga jornada y había dejado aquel encarguito para el final. No tenía muchas ganas de hacerlo. Ahora no dejo de consultar el reloj ni de mirar por la ventana la nieve interminable que cae incesantemente de un cielo encapotado color de acero, pensando en si llegaré a tiempo al aeropuerto para tomar el último avión a Londres y si no suspenderán el vuelo.

—Si ésa es la buena noticia —dijo Jim Prettyman con facilona sonrisa yanqui—, ¿cuál es la mala?

Según la ficha, tenía treinta y tres años, y era un londinense delgado y paliducho con poco cabello y gafas sin montura, que procedía de la Escuela de Economía de Londres con una buena reputación como matemático y buenas notas en contabilidad, ciencias políticas y gestión de empresas. Yo siempre me había llevado muy bien con él —en realidad, habíamos sido amigos—, pero él nunca había ocultado la amplitud de sus ambiciones ni su impaciencia. Jim era un tipo que agarraba sin pensárselo dos veces cualquier oportunidad que se le presentase. Le miré con detenimiento. Aquel hombre era capaz de mantener la sonrisa un buen rato.

Así que no quería ir al mes siguiente a Londres a prestar declaración. Bueno, eso era lo que los del Departamento en Londres esperaban que dijese. De acuerdo con su fama, Jim Prettyman no era un tipo que se deshiciese por hacer un favor a la Central de Londres; ni a nadie.

Volví a mirar el reloj sin decir nada. Estaba sentado en un enorme y mullido sillón de cuero *beige*, arrobado por ese olor a cuero nuevo con el que pulverizan el interior de los coches japoneses baratos.

—¿Otro café, Bernie? —me ofreció rascándose por un lado su huesuda nariz como si pensase en otra cosa.

—Sí, por favor.

Era un café horrendo, incluso para lo que yo estaba acostumbrado, pero supongo que era su manera de demostrar que no trataba de deshacerse de mí y, en cuanto a mí, era el modo inútil de distanciarme de los que le enviaban la noticia que estaba a punto de darle.

—Londres podría reclamarte oficialmente —dije, procurando dar un tono amistoso a mis palabras, que, sin embargo, sonaron como una amenaza, cosa que en el fondo supongo que así era.

—¿Eso te dijeron en Londres que me comunicases? —Su secretaria asomó por la puerta entreabierta; habría pulsado algún botón—. Otros dos... corrientes —pidió.

La muchacha asintió con la cabeza y se fue. Era todo lacónico y muy americano, pero, claro, James Prettyman —o, como decía el rótulo de roble y latón del escritorio, Jay Prettyman— era muy americano. Era americano a la manera en que lo son los emigrantes ingleses los primeros años después de solicitar la nacionalidad.

Había estado observándole atentamente, tratando de leer en su mente, pero su rostro no traslucía en modo alguno lo que pensaba. Era un hueso duro de roer; lo sabía de siempre. Mi esposa, Fiona, había dicho que, aparte de mí, Prettyman era el hombre más desalmado que conocía. Aunque eso no significaba que no le admirase por eso mismo y otras muchas cosas. Incluso la había hecho interesarse por su laboriosa afición de descifrar antiguas inscripciones mesopotámicas cuneiformes. Aunque casi todos los demás habíamos aprendido a no dejarle abordar el tema. No era de extrañar que hubiese acabado como director de un departamento en Claves y Cifrados.

—Sí, me dijeron que te lo comunicase —respondí, mirando aquel despacho de paredes recubiertas de paneles de un extraño plástico, obligatorio por las disposiciones antiincendios. Y también el rostro impassible del presidente de Security Guarantee Trust con marco dorado y un buró antiguo de imitación que quizá escondiese un armarito-bar. Habría dado cualquier cosa por un buen *whisky* antes de lanzarme de nuevo a la calle.

—¡Imposible! ¡Fíjate en esto! —dijo señalando las bandejas repletas de papeles y la elaborada consola con pantalla de vídeo que le permitía consultar

ciento cincuenta importantes bancos de datos.

Junto a ella, contemplándonos desde un marco de plata maciza, había otro motivo: su nueva esposa americana. Parecía una muchacha de dieciocho años, pero tenía un hijo en Harvard y dos exmaridos, por no hablar de un padre que había sido un pez gordo en el Departamento de Estado. Aparecía de pie junto a él y un Corvette reluciente ante una mansión con cerezos en el jardín. Sonrió otra vez. Me daba cuenta de por qué no les gustaba en Londres. No tenía cejas y sus ojos eran estrechos, de forma que cuando exhibía aquellas amplísimas y tristes sonrisas en las que asomaban sus blancos dientes, parecía el comandante de un campo de concentración japonés quejándose de que los presos de guerra no agachaban suficientemente el lomo.

—Podrías ir y venir en un mismo día —dije para engatusarle.

Estaba al quite.

—Un día de viaje y otro para regresar. Me robaría tres días de trabajo y, sinceramente, Bernie, esos malditos viajes en avión me hacen polvo.

—Pensaba que te gustaría ver a tus padres —dije, y esperé a que contestase mientras la secretaria, una muchacha alta con unas sorprendentes uñas rojas y afiladas y una espléndida melena ondulada rubio platino, entraba con dos vasitos de café de máquina tragaperras y los depositaba delicadamente en el enorme escritorio, junto con dos servilletas amarillo chillón, dos sobrecitos de sucedáneo de azúcar, dos paquetitos de «crema no láctea» y dos cucharillas de plástico. Me dirigió una sonrisa y luego hizo lo propio con Jim.

—Gracias, Charlene —dijo él, cogiendo inmediatamente el café y mirándolo como dispuesto a disfrutarlo. Después de echarse dos píldoras de sacarina y la «crema», y removerlo enérgicamente, dio un sorbo—. Mi madre murió en agosto y papá se fue a vivir a Ginebra con mi hermana.

Excelente, Investigación e Informes de Londres; siempre ayudando. Asentí con la cabeza y él no dijo nada de la esposa inglesa de la que se había divorciado de un día para otro en México, la que se había negado a ir a vivir a Washington a pesar del sueldo y la mansión con cerezos en el jardín; pero me pareció mejor no tocar el tema.

—Cuánto lo siento, Jim.

Lo dije con toda sinceridad por lo de su madre. Sus padres me habían ofrecido no pocos almuerzos dominicales de necesidad y habían cuidado de mis dos hijos en una ocasión en que la criada griega había tenido una acalorada discusión con mi mujer y se había despedido sin más. Di un sorbo a aquel horrendo brebaje y volví a la carga.

—Es que hay mucho dinero, puede que medio millón, sin justificar. Alguien tiene que saber su paradero: medio millón. ¡De libras!

—Mira, yo no sé nada —respondió apretando los labios.

—Ven a Londres, Jim. Nadie está acusándote. El dinero tiene que estar en Pagaduría Central. A todos les consta; pero no van a quedarse tranquilos hasta que Contabilidad lo localice y cierre los asientos.

—¿Por qué te mandan a ti?

Buena pregunta. La verdad es que me había convertido en el tonto al que encargaban los trabajos que los demás eludían.

—Tenía que venir de todos modos.

—Y se han ahorrado un billete de avión —dijo bebiendo más café y limpiándose cuidadosamente la comisura de los labios con la servilleta amarillo chillón—. Menos mal que ya no tengo nada que ver con esos asquerosos tacaños de Londres. No sé cómo los aguantas —añadió apurando el resto del café, y yo pensé que debía haber cobrado auténtica afición por la pócima.

—¿Es que me ofreces un empleo? —dije muy serio, abriendo exageradamente los ojos.

Él frunció el ceño y pareció aturrido un instante. Lo cierto era que desde que mi esposa se había pasado a los rusos unos años antes, sólo me avalaba el contrato con la Central de Londres y si prescindían de mis servicios, por elegantemente que lo hicieran, podía encontrarme con que de repente me quedaba sin mi visado «indefinido» para viajes «ilimitados» a Estados Unidos. Naturalmente, una corporación poderosa verdaderamente independiente podía arriesgarse a una desaprobación oficial, pero las organizaciones independientes poderosas, como la de aquellos agradables seres para los que Jim trabajaba, generalmente estaban totalmente decididas a llevarse bien con el gobierno.

—Otro año como éste y reduciremos personal —contestó con torpeza.

—¿Se tarda mucho en coger un taxi?

—No creo que a ti te afecte personalmente que yo aceptase ir a Londres...

—Me han dicho que hay taxis que con este tiempo no van al aeropuerto.

No pensaba suplicarle, por mucho que Londres pretendiera que era urgente.

—Si es por ti, dilo. Te debo favores, Bernie. Te los debo —al ver que no contestaba, se puso en pie. Como por arte de magia, la puerta se abrió y él le dijo a la secretaria que llamase al parque móvil y me procurase un coche—. ¿Tienes que recoger equipaje o algo?

—No, voy directo al aeropuerto —contesté.

Tenía las camisas, las mudas y los trastos de afeitarse en la bolsa de cuero con los informes y oficios fotocopiados que me había enviado en plena noche la embajada. Debería habérselos enseñado a Jim, pero nada cambiaría por mostrarle unos papeles. Estaba decidido a decir a la Central de Londres que le importaban un bledo sus problemas y sabía que no tenía por qué preocuparse. Cuando les comunicó que se marchaba a Washington con un empleo, le habían desmontado el piso, sometiéndole a una investigación que nunca te hacen cuando ingresas; sólo cuando te marchas. Sobre todo si trabajas en Claves y Cifrados.

Por consiguiente —limpio como una patena—, Prettyman no tenía por qué apurarse. Había sido un empleado modélico; era su manera de ser. No habían echado en falta en la oficina ni un lapicero, ni una caja de clips. Se decía que el chasco de los del equipo de investigaciones del K-7 había sido tan brutal, que se habían incautado del cuaderno manuscrito de recetas de su mujer para examinarlo a la luz ultravioleta. Pero la exmujer de Jim no era de las que escriben recetas a mano, así que tal vez fuese un bulo: todos detestan a los del K-7. Por entonces circulaban muchos rumores; mi mujer acababa de pasarse a los rusos y todo el mundo estaba nervioso.

—Tú trabajas con Bret Rensselaer. Habla con Bret; él sabe dónde están enterrados los cadáveres.

—Bret ya no está con nosotros —le recordé—. Le pegaron un tiro... en Berlín, hace ya tiempo.

—Ah, sí, se me había olvidado. Pobre Bret. Sí, me lo habían dicho. Fue Bret quien me envió aquí en mi primera misión. Tengo mucho que agradecerle.

—¿Por qué iba Bret a saberlo?

—¿Lo de los fondos secretos que Pagaduría Central organizó con los alemanes? ¿Bromeas? Bret fue quien lo montó todo. Él nombró los directores de la compañía, todos hombres de paja, naturalmente, y lo ultimó con los que dirigían el banco.

—¿Bret?

—Tenía en el bolsillo a los directores del banco. Eran todos hombres suyos y él les daba las instrucciones.

—Me dejas de piedra.

—Ya, ya. Es una lástima. Si se ha esfumado medio millón de libras, Bret era la persona que podría haberos dado una pista. —Jim Prettyman levantó la vista en dirección a su secretaria, que estaba de nuevo en la puerta y debió de

hacerle señal con la cabeza—. El coche ha llegado. No hay prisa, pero puedes disponer cuando quieras.

—¿Tu trabajaste con Bret?

—¿En el lío alemán? Yo daba la conformidad a las transferencias en efectivo cuando no estaba disponible alguien con firma autorizada, pero todo lo que firmé ya estaba conformado. Nunca asistí a las reuniones. Se hacía todo a puerta cerrada. Mira lo que te digo: yo creo que en el edificio jamás se celebró ninguna reunión. Lo único que ví fueron notas de caja con las firmas autorizadas, pero no conocía ninguna —dijo riendo pensativo—. Cualquier interventor que se precie no dudaría en afirmar que todas aquellas puñeteras firmas eran obra de Bret Rensselaer. Por lo que a mí me consta, nunca hubo un auténtico comité. Es posible que todo fuese un montaje urdido por Bret.

Me limité a asentir con la cabeza, pero debió de notárseme la turbación mientras recogía la bolsa y el abrigo que me tendía su secretaria.

Jim me acompañó hasta la puerta y cruzamos el despacho de la secretaria.

—Pero no —me dijo poniéndome la mano en el hombro—, Bret no urdió nada. Lo decía para que vieses lo secreto que era el asunto. Pero cuando hables con los demás, ten en cuenta que eran compinches de Rensselaer. Si uno de ellos metió mano a la caja, Bret seguramente lo habría tapado. Compréndelo, Bernie. Son cosas que pasan; raras veces, lo sé, pero pasan. El mundo es así.

Jim me acompañó hasta el ascensor y pulsó los botones del modo en que lo hacen los americanos cuando quieren asegurarse de que abandonas el edificio. Dijo que a ver si nos veíamos para comer y charlar de los buenos tiempos que habíamos vivido hacía años. Le respondí que naturalmente, dándole las gracias y despidiéndome, pero el ascensor no llegaba.

Jim pulsó otra vez el botón acompañando el gesto con una sonrisita torva.

—Bernie —dijo de pronto muy estirado, mirando a uno y otro lado del pasillo para asegurarse de que no había nadie.

—Dime, Jim.

Volvió a escrutar el pasillo. Él siempre había sido muy cuidadoso; por eso le había ido tan bien. Uno de los principales factores.

—Ese asunto de Londres...

Volvió a hacer una pausa y por un penoso instante creí que iba a admitir haberse embolsado el dinero desaparecido y a suplicarme que le encubriese en recuerdo de los buenos tiempos. O algo parecido. Eso me habría colocado en una situación muy embarazosa y se me revolvió el estómago con sólo

pensarlo. Pero no había por qué preocuparse; Jim no era la clase de persona que suplica nada a nadie.

—No iré. Díselo a los de Londres. Que hagan lo que quieran, pero no pienso ir —dijo con patente nerviosismo.

—De acuerdo, Jim. Lo diré.

—Me encantaría volver a Londres. Echo de menos la niebla... Hemos pasado buenos ratos, ¿eh, Bernie?

—Ya lo creo —contesté.

Jim siempre había sido algo reservado y me sorprendió que se explayase.

—¿Te acuerdas cuando Fiona estaba friendo el pez que pescamos y tiró el aceite, prendiendo fuego a la cocina? ¡Cómo te pusiste!

—Ella dijo que fuiste tú.

Sonrió. Parecía divertirse de veras. Era el Jim que yo conocía.

—No he conocido a nadie con tal capacidad de reacción. Fiona podía salir del paso de cualquier situación —hizo una pausa—. Hasta que te conoció a ti. Sí, lo pasábamos bien, Bernie.

—Sí, es cierto.

Pensé que se ablandaba y debió de leérmelo en la cara porque dijo:

—Pero no pienso participar en ninguna puñetera investigación. Lo que buscan es alguien a quien cargarle el muerto. Te das cuenta, ¿verdad?

No contesté.

—¿Por qué te han elegido a ti para que vinieses a decírmelo...? —prosiguió—. Porque si no voy, será a ti a quien impliquen.

No quise contestarle y opté por decir:

—¿Y no sería mejor que fueses y les dijeras lo que sabes?

Mi sugerencia no le apaciguó.

—Yo no sé nada —contestó alzando la voz—. Por Dios, Bernie, ¿cómo puedes ser tan ciego? El Departamento está decidido a zanjar cuentas contigo.

—¿Zanjar cuentas? ¿Por qué?

—Por lo que hizo tu mujer.

—No tiene lógica.

—La venganza nunca es lógica. Piénsalo. Te cazarán, de una forma u otra. Incluso dejar el Departamento, como yo hice, les sienta fatal. Lo consideran una traición. Ellos esperan que todos mueran con las botas puestas.

—Como un matrimonio —dije.

—Hasta que la muerte nos separe —añadió él—. Exacto. Y te cogerán. Por medio de tu mujer. O quizá por medio de tu padre. Ya verás.

Llegó el ascensor y entré. Pensé que iba a acompañarme, porque si hubiese pensado que no iba a hacerlo, no habría dejado en el aire la mención de mi padre. Él puso el pie dentro y se inclinó para pulsar el botón de planta baja. Ya no me daba tiempo.

—No des propina al conductor —me dijo sin dejar de sonreír mientras se cerraban las puertas—. No es costumbre en la empresa.

Así, lo último que ví de él fue aquella fría sonrisa de gato de Cheshire^[1]. Y esa imagen me perduró largo rato.

Al salir a la calle la nieve seguía acumulándose y en el aire flotaban enormes copos que caían en espiral como semillas de sicomoro con fallos de motor.

—¿Y su equipaje? —inquirió el conductor, saliendo del coche y tirando en la nieve el resto de un café, que produjo un cráter de borde marrón, humeante como el Vesubio.

No parecía complacerle la idea de conducir hasta el aeropuerto en viernes por la tarde; se leía claramente en su rostro sin necesidad de ser psicólogo.

—Esto es lo único que llevo —le dije.

—Con poca cosa viaja, señor —añadió abriéndome la puerta y sentándose después al volante.

El coche estaba caliente; supongo que venía de hacer otro servicio con la esperanza de fichar y marcharse a casa. Y ahora estaba de malhumor.

El tráfico era lento, incluso para ser fin de semana en Washington. Pensé en Jim durante el largo trayecto hasta el aeropuerto. Imaginé que había querido despacharme por las buenas. No veía otra explicación para aquella absurda invención a propósito de Bret Rensselaer. La idea de que Bret estuviese implicado en una estafa de fondos gubernamentales era tan ridícula, que no quise considerarla. Tal vez habría debido hacerlo.

El avión iba medio vacío. Una jornada de perros como aquélla era para la mayoría motivo más que de sobra para evitarse el aguantar los entrañables cuidados de cualquier línea aérea con la posibilidad añadida de un desvío a Manchester. Pero al menos el compartimento medio vacío de primera clase me permitía estirar a gusto las piernas. Acepté el ofrecimiento de una copa de champán con tal entusiasmo que, finalmente, la azafata me dejó la botella.

Leí el menú de la cena y traté de no pensar en Jim Prettyman. No le había presionado lo suficiente. Me había fastidiado la inesperada llamada telefónica de Morgan, el ayudante del director general. Yo había previsto pasar la tarde

de compras, porque, transcurrida la Navidad, había rebajas por todas partes. Había visto un helicóptero de juguete que a mi hijo Billy le habría encantado, pero los de Londres siempre estaban listos para encargarme algún encargo suplementario que nada tenía que ver con mi trabajo concreto. Tenía la sospecha de que en esta ocasión me habían elegido no porque diese la casualidad de que estaba en Washington, sino porque sabían que Jim era un viejo amigo que reaccionaría mejor conmigo que con ninguna otra persona del Departamento. Cuando durante mi visita, aquella tarde, Jim se había mostrado tan terco, casi me había complacido la idea de transmitir su poca correcta respuesta tal cuál a aquel idiota de Morgan. Ahora era demasiado tarde y empezaba a arrepentirme. Quizá hubiera debido aceptar su ofrecimiento de hacerlo como favor personal en deferencia hacia mí.

Reflexioné sobre las advertencias de Jim. No era él el único que pensaba que el Departamento aún me la guardaba por la traición de mi mujer. Pero aquello de que quisieran imputarme un desfalco sí que era una novedad. Me hundirían, naturalmente. Nadie me daría trabajo si me cargaban con aquello. Era una idea repugnante, y peor aún la sugerencia de que quisiesen cargármelo por algo de mi padre. ¿Cómo iban a imputarme una cosa por medio de mi padre? Mi padre ya no trabajaba para el Departamento. Mi padre había muerto.

Bebí más champán —el espumoso no vale nada si se deja calentar— y acabé la botella para después cerrar los ojos un rato, tratando de recordar exactamente lo que me había dicho Jim.

De pronto sentí que la azafata me zarandeaba, diciéndome:

—Señor, ¿quiere desayunar?

—Si no he cenado...

—Nos tienen ordenado no despertar a los pasajeros.

—¿El desayuno?

—Aterrizaremos en el aeropuerto Heathrow de Londres dentro de unos cuarenta y cinco minutos.

Un desayuno de línea aérea: tocino macilento, un huevo de plástico con un panecillo duro y leche UHT para el café. Aunque me moría de hambre, no me costó mucho trabajo prescindir de él. Bah, seguramente que la cena que me había perdido no sería mucho mejor, y por lo menos el temido desvío a Manchester no se había producido. Recordaba con pelos y señales la última vez en que nos habían hecho volar a Manchester. Todos los responsables de la compañía aérea se habían escondido en los lavabos hasta que los indignados

pasajeros, sin lavarse y en ayunas, habían sido conducidos hasta el gélido tren.

Bueno, pronto pondría de nuevo los pies en Londres. Allí estaba mi Gloria, esperando tras la barandilla. Solía ir al aeropuerto a recibirme, y no hay amor más grande que ese que impulsa a una persona a acudir en visita voluntaria al aeropuerto de Heathrow.

Tenía un aspecto magnífico: alta, de puntillas, agitando las manos enloquecidamente. Con su largo cabello rubio natural y el traje de ante *beige* con enorme cuello de piel destacaba como un fanal en medio de la gente que acudía a recibir a alguien, tumbada como borracha en los asientos del terminal número tres. Y aunque se pavoneara un poco en exceso con su bolso de Gucci y no se quitase aquellas enormes gafas de sol ni para desayunar en invierno, hay que tener en cuenta que tenía la mitad de mis años.

—Tengo el coche afuera —musitó nada más soltarse del fuerte abrazo.

—Ya se lo habrá llevado la grúa.

—No seas gafe, ya verás como está.

Y naturalmente que estaba. Y no se habían cumplido las previsiones meteorológicas de nieve y hielo. Aquella zona de Inglaterra, a primera hora de la mañana, aparecía bañada por el sol y el cielo era azul y casi totalmente despejado. Pero hacía un frío mortal. Los del tiempo decían que era el mes de enero más frío desde 1940, pero ¿quién cree a los del tiempo?

—No vas a conocer la casa —dijo ufana cuando ya rodábamos por la carretera en el Mini amarillo lleno de abolladuras, sin preocuparse del límite de velocidad, adelantando sin espacio a los enfurecidos taxistas y dando bocinazos a los adormilados conductores de autobús.

—Poca cosa habrás hecho en una semana.

—¡Ja, ja! Ya verás.

—Es mejor que me lo digas —contesté sin lograr ocultar mi ansiedad—. ¿No habrás tirado la tapia del jardín...?

—¡Ya verás, ya verás!

Soltó el volante para darme un puñetazo en la pierna, como para asegurarse de que era auténticamente de carne y hueso. ¿Se daría cuenta de mis reticencias por el traslado de la casa de Marylebone? No sólo porque Marylebone estuviese bien y fuese céntrica, sino porque, además, era la primera casa que había comprado, aunque lamentablemente gracias a una hipoteca aún sin liquidar que el banco aceptó por la intervención de mi pudiente suegro. Bueno, Duke Street no estaba perdida definitivamente. Había alquilado la casa a cuatro solteros norteamericanos que trabajaban en la

City: empleados de banca. Me pagaban un buen alquiler con el que, además de amortizar la hipoteca, atendía el alquiler de una casa en las afueras y me quedaba algo para ocuparme de dos hijos sin madre.

Gloria estaba en su elemento desde que nos habíamos mudado. Ella no veía la casa como una vivienda del extrarradio algo vieja y destartada, de paredes despintadas y un jardín delantero reducido por una entrada lateral recubierta de cemento para obtener un aparcamiento. Para Gloria representaba la posibilidad de demostrarme lo indispensable que era. Era la ocasión para prescindir de la sombra de mi esposa Fiona. El número trece de Balaklava Road iba a ser nuestro nidito, el lugar en el que íbamos a vivir felices para siempre, como en los cuentos de hadas que ella no hace tanto leía.

Entiéndaseme. Yo la quería. Desesperadamente. Cuando estaba fuera, contaba los días —a veces, incluso, las horas— que estábamos separados. Pero eso no significaba que no viese lo mal que nos compaginábamos. Ella era una niña. Antes de mí, sus novios habían sido estudiantes, chicos que la ayudaban con los logaritmos y los verbos irregulares. Algún día iba a darse cuenta de pronto de que había todo un mundo esperándola. Quizá por entonces yo dependiese de ella. No, nada de quizá. Ya dependía de ella.

—¿Ha ido todo bien?

—Bien —contesté.

—Alguien de Pagaduría Central ha dejado una nota en tu escritorio... Bueno, media docena de notas. Un asunto sobre Prettyman. Qué apellido más divertido, ¿verdad?

—¿Eso es todo?

—Sí. La oficina ha estado muy tranquila. Una tranquilidad poco frecuente. ¿Quién es Prettyman? —inquirió.

—Un amigo. Quieren que preste declaración... por un dinero que se les ha perdido.

—¿Lo robó él? —añadió interesada.

—¿Jim? No. Si Jim echase mano a la caja sería por diez millones o más.

—Pensé que era amigo tuyo —respondió en tono de reproche.

—Lo decía en broma.

—Entonces, ¿quién lo ha robado?

—Nadie ha robado nada. Se trata del habitual caos administrativo de contabilidad.

—¿De verdad?

—Sabes por experiencia cuánto tarda Caja en liquidar los gastos. ¿No viste las preguntas que hicieron por la nota del mes pasado?

—Eso es con tus gastos, cariño. Hay quien en una semana las tiene firmadas y pagadas.

Sonreí. Me alegraba cambiar de tema. Las advertencias de Prettyman me habían dejado un vago sentimiento de temor. Lo notaba en el vientre; como una indigestión.

Llegamos a Balaklava Road en un tiempo récord. Era una calle de pequeñas casas victorianas con grandes ventanas saledizas. Algunas fachadas destacaban por su armonioso enlucido color pastel. Era sábado y, a pesar de lo temprano que era, las amas de casa regresaban ya cargadas con la compra y los maridos limpiaban el coche; todos mostraban esa energía y resolución maniática que los ingleses reservan en exclusiva para sus aficiones.

El vecino de nuestra casa semiadosada —un vendedor de seguros, acérrimo jardinero— estaba plantando el árbol de Navidad en la tierra del jardín delantero endurecida por el hielo. Podría haberse ahorrado el esfuerzo, porque nunca agarran: se dice que los que los venden escaldan las raíces. Nos saludó agitando la azada mientras pasábamos como una exhalación hacia la entrada lateral. Nos apeamos con dificultades.

Gloria abrió la puerta principal recién pintada con una reverencia aparatosa. Había puesto papel nuevo en el vestíbulo —flores grandes color amarillo-mostaza con un esbozo de tallo— y también alfombra nueva. No estaba nada mal. Tenía preparada la mesa de la cocina con un florero con primaveras y nuestra mejor vajilla. Vasos chatos de cristal tallado para el zumo de naranja y lonchas de tocino ahumado junto al fuego, con cuatro huevos morenos y una nueva sartén de Teflon.

Recorrí con ella la casa, haciendo el papel que me correspondía. Las nuevas cortinas eran una maravilla, y si el tresillo de cuero marrón era un poco bajo y difícil para levantarse, ¿qué importaba teniendo mando a distancia del televisor? Una vez en la cocina, con un buen olor de café en el aire, y el desayuno chisporroteando en la sartén, comprendí que tenía que decirme algo más. No sé por qué pensé que no era nada relacionado con la casa. Pensé que seguramente no era nada importante. Pero me equivocaba.

—Me he despedido —dijo por encima del hombro sin dejar la sartén. Había amenazado mil veces con dejar el Departamento. Era el tema en el que siempre hasta entonces había centrado sus enfados y frustraciones—. Me habían prometido dejarme estudiar en Cambridge. ¡Me lo habían prometido! —añadió indignadísima con solamente pensarlo.

Levantó la vista de la sartén y agitó el tenedor en mi dirección antes de volver a remover el bacon.

—Y ahora dicen que no, ¿verdad?

—Me lo pagaré yo. Tengo dinero de sobra si me ando con tiento —respondió—. En junio cumpla veintitrés años; me siento ya como una vieja en medio de esos estudiantes de dieciocho.

—¿Qué te han dicho?

—Morgan me detuvo en el pasillo la semana pasada y me preguntó qué tal iba todo. ¿Y mi matrícula en Cambridge?, pregunté yo a mi vez. Pero no tuvo el coraje de decírmelo sinceramente. Me contestó que no había dinero. ¡El hijo de puta! Sobra dinero para que él se vaya a un congreso a Australia y a ese maldito simposio en Toronto. ¡Para viajesitos sobra dinero!

Asentí con la cabeza. No es que Australia o Toronto ocupasen lugares privilegiados en mi lista de planes de viaje, pero quizá Morgan tuviese sus motivos.

—No le contestarías eso...

—Ya lo creo que sí. Se lo solté tal cual. Estábamos delante del despacho del delegado y debió de oírlo todo. Lo deseo de todo corazón.

—Eres tremenda —le dije.

—Sí, lo soy. Aún no me conoces —dijo poniendo estrepitosamente los platos en la mesa con un gruñido y luego, incapaz de mantener aquella iracunda actitud, se echó a reír.

—Qué cosas increíbles dices, amor mío.

—Me tratas como a una niña subnormal, Bernard. No soy tonta.

No dije nada. Las tostadas saltaron de la tostadora con un fuerte chasquido, ella las atrapó antes de que acabaran en el fregadero y las colocó en un plato con los huevos y el tocino. A continuación, como yo empezase a comer, se sentó frente a mí con el rostro apoyado en las manos abiertas y los codos en la mesa, escrutándome como si fuese un animal del zoo. Me miraba con una curiosidad desconcertante. A veces, cuando levantaba la vista de un libro o acababa de hablar por teléfono, me la encontraba observándome con aquella misma expresión.

—¿A qué hora has dicho que vuelven los niños? —inquirí.

—¿No te importa que hayan ido a la venta de trabajos?

—No sé lo que es eso de venta de trabajos —contesté sinceramente.

—Es en la parroquia de Sebastopol Road. Hacen tartas, adobos, cubiertas para teteras y donan regalos de Navidad que no quieren. Para los huérfanos y el tercer mundo.

—¿Y por qué querían ir Billy y Sally?

—Sabía que te enfadarías.

—No me enfado, pero ¿por qué querían ir?

—Porque hay juguetes, libros y todo tipo de cosas. Venden un revoltijo de objetos, pero la Cofradía de Mujeres prefiere llamarlo Venta de Trabajos de Año Nuevo. Suena mejor. Sabía que no ibas a traer regalos del viaje.

—Pensaba hacerlo. De verdad que quería.

—Lo sé, cariño. No es por eso por lo que los niños querían estar en casa cuando llegases. Fui yo quien les dije que salieran; les viene bien estar con otros niños. A su edad no es fácil cambiar de colegio y en Londres han dejado muchos amigos. Así que tienen que hacerse otros aquí. No es fácil, Bernie.

Era casi un discurso; quién sabe si no lo tenía preparado.

—Lo sé —contesté sin dejar de pensar en la horrenda perspectiva de que se matriculase en la universidad en octubre, o la fecha en que comience el año académico en esas instituciones. ¿Qué iba a hacer yo en aquella maldita casa, lejos de todos mis conocidos? ¿Y los niños?

—Vendré todos los fines de semana —dijo ella como si me hubiese leído el pensamiento.

—Sabes que eso no puede ser —contesté—. Tendrás mucho que hacer. Te conozco y sé que querrás hacerlo todo mejor que nadie.

—Me las arreglaré, cariño —respondió—. Si deseamos que todo vaya bien no habrá problemas. Ya verás.

Muffin, nuestro maltrecho gato, golpeó con la pata en la ventana. Muffin parecía el único miembro de la familia capaz de adaptarse sin dificultades a la nueva casa. Pero, aun así, muchas noches las pasaba fuera.

2

HABÍA otra cosa del extrarradio que me desagradaba: ir al trabajo. Yo desafiaba los atascos matutinos de tráfico en mi viejo Volvo, pero Gloria rara vez subía en el coche. A ella le gustaba ir en tren, al menos eso decía. Alegaba que le daba tiempo para pensar. Pero el tren de las 7:32 llegaba siempre atestado de gente de la periferia más lejana y yo no aguantaba ir de pie hasta Waterloo. Además, estaba la cuestión de mi plaza de aparcamiento, en torno a la cual merodeaban ya las hienas. El viejo que llevaba las fichas del personal había insinuado ya no sé qué sobre una suma en efectivo en cuanto le comunicase mi nueva dirección. «Ahora vendrá en tren, supongo». «No — le contesté tajante—. No». Y, salvo un par de días en que tuvieron que arreglarme la transmisión del viejo Volvo, nunca había tomado el tren. Imaginaba que cinco días consecutivos sin ocupar mi aparcamiento bastarían para que me encontrase con aquel espacio ocupado por alguien que lo utilizase mejor.

Así, pues, el lunes fui en coche y Gloria en tren. Naturalmente, llegó antes que yo. La oficina está a unos dos o tres minutos a pie desde la estación de Waterloo, mientras que yo tenía que habérmelas con los atascos en Wimbledon.

Nada más llegar a la oficina observé en el edificio un ambiente de alarma y abatimiento. Ya había llegado Dicky Cruyer, lo que era signo inequívoco de crisis. Debían de haberle telefonado a casa, haciéndole abandonar apresuradamente el tranquilo desayuno de que goza después de hacer *jogging* por Hampstead Heath. Incluso sir Percy Babcock, delegado del director general, había dejado su bufete para consagrar la mañana a una reunión.

—Sala de conferencias número dos —me indicó la muchacha destacada en el pasillo. Lo había susurrado de un modo indicativo de su enorme excitación; como si fuese el día que siempre había esperado desde que ingresó para pasar a máquina todos nuestros aburridos informes. Imagino que Dicky

le habría ordenado situarse de centinela ante mi despacho—. Preside la reunión sir Percy. Han dicho que fuese usted nada más llegar.

—Gracias, Mabel —dije, entregándole el abrigo y una cartera de cuero con un montón de papeles de escasa importancia, que esperaba quedasen trasapelados.

Ella sonrió obediente. No se llamaba Mabel, pero yo llamaba así a todas las mecanógrafas y supongo que se acostumbrarían.

La número dos estaba en el último piso, y era una sala estrecha en la que podían tomar asiento catorce personas justas y tenía vista directa a la zona de la City en que los horrendos rascacielos apuntalan la base nubosa grisácea.

—¡Samson! Bien —dijo el delegado del director general al verme entrar.

Me habían puesto un bloc de notas, un lápiz amarillo y una silla, y ví otros dos cuadernos y lapiceros impecables, quizá dispuestos para otros que llegaban tarde al trabajo con la esperanza de que su retraso pasase inadvertido. Mala suerte.

—¿Te has enterado? —inquirió Dicky.

Me di cuenta de que era un asunto de Dicky: una crisis de la Sección Alemana. No era una reunión rutinaria del delegado, una conferencia para establecer los turnos de vacaciones, ni más preguntas a propósito de dónde había situado Pagaduría Central los cientos de miles de libras que Jim Prettyman había autorizado entregar a Bret Rensselaer y que a éste nunca le llegaron. Era un asunto serio.

—No —respondí—. ¿Qué sucede?

—Bizet —contestó Dicky, y volvió a morderse la uña.

Yo conocía el grupo; al menos en la medida de lo que sabe un burócrata de Londres sobre gente que realiza el auténtico trabajo sucio y peligroso. Cerca de Frankfurt del Oder, justo en la frontera de Alemania Oriental y Polonia.

—Polacos —dije—, o así fue como se creó. Unos polacos que trabajaban en una industria pesada.

—Exacto —respondió prudentemente Dicky. Tenía una carpeta y estaba verificando mi capacidad memorística.

—¿Qué ha sucedido?

—Mal asunto —dijo Dicky, artífice consumado de la respuesta ambigua en casi todos los temas, salvo en las virtudes gastronómicas de los restaurantes caros.

Billingsly, un joven calvo del Centro de Datos, se sacudió en la palma de la mano con sus gruesas gafas de carey y dijo:

—Parece que hemos perdido más de un agente. Eso siempre es mala señal.

Así que hasta en el Centro de Datos lo sabían. Las cosas mejoraban.

—Sí, eso siempre es mala señal —dije.

Billingsly me miró como si le hubiese dado una bofetada.

—Si sabe algo que podamos hacer... —añadió con animosidad.

—¿Habéis montado una línea de contacto? —inquirí.

Billingsly no parecía estar seguro de lo que era una línea de contacto (pasar lista a los supervivientes). Pero, finalmente, Harry Strang, un gorila veterano de Operaciones, dejó de rascarse el cuello con el borrador de su lápiz amarillo nuevo durante el tiempo necesario para decir:

—Ayer por la mañana a primera hora.

—Demasiado pronto.

—Es lo que le he dicho al delegado —dijo Dicky Cruyer, asintiendo cortésmente con la cabeza hacia sir Percy.

Dicky parecía más cansado y enfermo cada minuto que pasaba. Habitualmente, en esta clase de situación, siempre salía con algo imposible. Era la idea de adoptar una decisión y firmarla para darle curso lo que le afectaba.

—En la misa —dijo Harry Strang.

—Se ven en la misa del domingo por la mañana —explicó Dicky Cruyer.

—¿No hay señales de corte de contacto? —inquirí.

—No —respondió Strang—. Eso es lo preocupante.

—De todas todas —añadí—. ¿Qué más se sabe?

Se produjo un silencio. Si hubiese sido paranoico, habría imaginado fácilmente que querían mantenerme al margen de la confirmación.

—Poca cosa —contestó Billingsly.

—Tenemos un dato interno —añadió Strang—. Dos agentes detenidos para interrogarlos en la zona de Frankfurt.

—Berlín.

—¿Berlín? No, Frankfurt —dijo Billingsly.

Ya estaba harto de Billingsly. Todos eran iguales en el Centro de Datos: se creían que con un par de megabytes para acceso al banco de datos nos poníamos a su nivel.

—No me vengas con idioteces —le respondí—. Esa información ¿es de Berlín o de Frankfurt?

—Berlín —respondió—. Normannenstrasse.

El enorme bloque de piedra gris en Berlín-Lichtenberg, desde el que el Stasi —Servicio de Seguridad del Estado— de Alemania Oriental intimidaba a los suyos y se entrometía en los nuestros.

—No me gusta nada eso en fin de semana —dije—. Si el Stasi de Frankfurt lo pasa por télex, es que piensan que tienen algo importante.

—Lo que estamos discutiendo —dijo el delegado con la melosa urbanidad que muestran los abogados cuando inducen a un acusado nervioso a que admita irremisiblemente su culpabilidad— es si llevar a cabo un seguimiento.

Me miró inclinando a un lado la cabeza como si eso le ayudara a verme mejor.

Yo le devolví la mirada. Era un hombrecillo rechoncho de ojos vivos, de rostro rosado reluciente y cabello peinado muy pegado al cráneo. Chaqueta negra, chaleco lleno de estilográficas y bolígrafos anticuados, pantalón a rayas y una corbata de antiguo alumno de algún internado de poca monta, sujeta por un alfiler de rubíes. Un abogado. Si te lo encuentras en la calle lo tomarías por un modesto notario o un pasante. En la vida real, es decir fuera del edificio, dirigía uno de los bufetes más importantes de Londres. Yo no acertaba a comprender por qué seguía con aquel ingrato cargo, pero lo cierto es que estaba a un paso de dirigir el Departamento. Al fin y al cabo, el director general estaba en las últimas.

—¿Se refiere usted a designar a alguien que realice el seguimiento?

—Eso es —respondió el delegado—. Nos gustaría conocer su opinión, Samson.

—¿A partir de la unidad de campo de Berlín? —inquirí para ganar tiempo—. ¿O desde otra zona?

—Yo creo que la unidad de Berlín no debe intervenir en esto —se apresuró a decir Strang. Era la voz de Operaciones.

Tenía razón. Mandar a alguien de Berlín Oeste en semejante situación era una locura. En una región como aquélla, cualquier extranjero está inmediatamente expuesto a la vigilancia de todos los policías secretos que haya de servicio y de unos cuantos que no lo están.

—Seguramente tienes razón —dije como quien hace una concesión.

—Le encerrarían antes de que se hubiese secado la tinta de su firma en el registro del hotel —añadió Strang.

—Tenemos gente más cerca —dijo el delegado.

Ahora todos me miraban. Por eso habían esperado a que llegase a la reunión. Sabían cuál iba a ser la respuesta, pero querían asegurarse de que era

yo, un exagente de campo, quien la diese en voz alta. Luego, podrían reintegrarse a su trabajo, ir a almorzar o a dormitar hasta la siguiente crisis.

—No podemos dejarlos colgados —dije.

Todos asintieron con la cabeza. Lo primero era llegar a un consenso en las opciones negativas: era la deontología del Departamento.

—Nos procuraron cosas interesantes —dijo Dicky—. Nada del otro mundo, desde luego, pues sólo son obreros de fundición, pero nunca nos han dejado en la estacada.

—Me gustaría conocer la opinión de Samson —dijo el delegado.

Tenía un fino bolígrafo de oro en la mano y estaba recostado en la silla con el brazo extendido hacia el bloc. Levantó la vista de lo que anotaba, me miró y me sonrió.

—Tendremos que dejarlo correr —dije finalmente.

—Explíquese —ordenó el delegado con su voz de jefe.

—No podemos hacer nada —dije con voz bastante fuerte después de carraspear—. Hay que esperar a ver qué pasa.

Todos se volvieron a ver la reacción del delegado.

—Creo que es lo razonable —concedió finalmente.

Dicky Cruyer sonrió con alivio al ver que otro adoptaba la decisión. Especialmente la decisión de no hacer nada. Se rebulló en su asiento y se pasó la mano por el ondulado cabello, mirando en derredor y asintiendo con la cabeza. Luego miró hacia el que levantaba acta de la reunión para comprobar que tomaba nota.

Ya nos habíamos ganado el sueldo. Les había dicho justo lo que querían oír. Ahora, durante un par de días, no sucedería nada, salvo que a un grupo de obreros polacos les arrancarían las uñas en un entorno profiláctico, en presencia de un taquígrafo.

Llamaron a la puerta y pasaron una bandeja con té y galletas. Billingsly, quizá porque era el más joven y menos artrítico, o porque quisiera granjearse las simpatías del delegado, repartió las tazas y platillos y pasó la leche y la tetera a lo largo de la pulida superficie de la mesa.

—¡Chocolate con avena! —dijo Harry Strang.

Le miré y me hizo un guiño. Harry estaba en ello. Él había pasado suficientes apuros y sabía lo que yo estaba pensando.

Harry me sirvió el té. Di unos sorbos y noté que me sentaba mal. El delegado se inclinaba hacia Billingsly preguntándole algo a propósito de una excesiva «demora» que últimamente experimentaban los ordenadores del Submarino Amarillo. Billingsly contestaba que eran previsibles las pegas de

esos «juguetes electrónicos». Pero el delegado alegaba que nada de eso, cuando se trata de aparatos que cuestan dos millones de libras.

—¿Galletas? —inquirió Harry Strang.

—No, gracias.

—Si mal no recuerdo, te gustaba el chocolate con avena —dijo con sorna.

Me incliné para ver lo que había anotado el delegado en el bloc, pero era un dibujo: innumerables círculos concéntricos de torpe trazo con un signo de interrogación en el centro. Ninguna salida; sin solución; nada. Supongo que era la respuesta que deseaba a su pregunta, y yo se la había dado. Diez sobre diez, Samson. Adelantas puestos y recibes doscientas libras.

Únicamente cuando el delegado había terminado de tomar el té permitía el protocolo abandonar la reunión por ocupado que uno estuviese. Justo cuando el delegado se dirigía a la puerta, entró Morgan —el acólito más rendido del director general—, ruborizado y con todo el equipo de un abrigo Melton y uno de esos paraguas no plegables, enarbolado como si fuese un candelabro del culto.

—Lamento llegar tarde, señor —dijo con su cantarín acento galés—. He sufrido una inesperada avería en el automóvil —añadió mordiéndose el labio. Su rostro estaba más pálido de lo habitual por efecto del esfuerzo y la tensión.

Al delegado le molestaba aquello, pero apenas lo evidenció.

—Nos hemos arreglado sin usted, Morgan —dijo.

Conforme el delegado abandonaba la sala, Morgan me lanzó una mirada de profundo odio que no trató de disimular. Quizá pensase que yo era el culpable de su humillación o quién sabe si me reprochaba que hubiera sido testigo de ella. En cualquier caso, si el Departamento tenía necesidad de alguien para hundirme, Morgan sería un entusiasta voluntario. Quizá estaba ya manos a la obra.

Bajé a mi despacho, contento de concluir la reunión, pese a que ello me supusiese sentarme en mi reducido habitáculo atestado de papeleo por despachar. Miré la desordenada mesa junto a la ventana y en concreto a las dos cajas con precioso envoltorio navideño, marcadas «Billy» y «Sally». Las había entregado la camioneta de Harrods con las pertinentes tarjetas de «De mamá, con mucho cariño», pero no era la letra de Fiona. Tenía que habérselas dado a los niños antes de Navidad, pero las había olvidado allí y procuraba no mirarlas. La Navidad anterior ella había enviado regalos, yo los había puesto en el árbol y los niños habían leído las tarjetas sin decir nada, pero este año

habíamos pasado las navidades en la casa nueva y yo, en cierto modo, no quería que Fiona se entrometiera. La mudanza me había procurado la oportunidad de deshacerme de su ropa y efectos personales. Quería volver a empezar, pero de nada me servía eso para enfrentarme a aquellas dos alegres cajitas cada vez que entraba en el despacho.

El escritorio era un desastre. Mi secretaria, Brenda, había estado supliendo a dos empleadas del archivo que estaban enfermas, embarazadas o yo no sé qué y ahora me veía obligado a despachar todo aquel papeleo acumulado durante mi semana de ausencia.

Lo primero que me vino a las manos fueron los oficios con el membrete de «urgente» a propósito de Prettyman. Dios mío, el jueves debieron de aterrizar en mi escritorio cada media hora oficios, informes, encomiendas y recomendaciones. A Dios gracias que Brenda había sido lo bastante juiciosa para no hacérmelos llegar a Washington. Bueno, ya estaba de nuevo en Londres; ahora que enviasen a otro a presionar a Jim Prettyman para que compareciera ante un comité de veteranos burócratas de Pagaduría Central, locos por encontrar algún desgraciado a quien cargar con la responsabilidad de su propia ineptitud.

Estaba echándolo todo a la papelera de documentos a destruir, cuando observé la firma: ¡Billingsly! Era rarísimo que Billingsly no me hubiese dicho nada a primera hora en la sala número dos. Ni siquiera me había preguntado qué tal me había ido. Su pasión, por no decir obsesión, por hacer venir a Prettyman había experimentado un inopinado cambio drástico. En lo que sucedía con gente como Billingsly —y otros muchos del Departamento— que alternaban sus arrebatos de pánico y de amnesia con desconcertante rapidez.

Tiré las notas a la papelera y me olvidé del asunto. No venía al caso remover el caso Prettyman. A mí me parecía que por su parte era una tontería tomarse tan a pecho algo tan banal. Podía haberse avenido a declarar, quedando estupendamente y desvinculándose del asunto sin necesidad de crisparlos. Pero creo que a él le gustan esos enfrentamientos. Decidí suavizar las cosas lo más posible. Cuando redactase el informe, no diría que se había negado tajantemente: diría que se lo estaba pensando. Y hasta que no me pidiesen el informe no diría nada de nada.

No ví a Gloria hasta la hora del almuerzo en el restaurante. Por su dominio del húngaro, acababa de conseguir un empleo abajo: ascenso, más sueldo y más responsabilidad. Imagino que habían pensado que eso bastaba para olvidar las promesas que le habían hecho de pagarle el sueldo mientras estuviese estudiando en Cambridge. Por su nuevo trabajo la veía mucho

menos, y el almuerzo era el momento en que discutíamos los problemas domésticos: si no era exagerado invitar a cenar a los Cruyer, quién tenía el resguardo de la tintorería, por qué había abierto yo otra lata de comida para el gato si había una medio llena...

Le pregunté si habían comentado algo más a propósito de su despido, con la oculta esperanza —supongo— de que hubiese cambiado de parecer. Pero no era así. Cuando abordé el tema al traernos la «quiche de champiñones con ensalada de invierno», me contestó que una amiga suya le había contestado positivamente sobre una cómoda vivienda en alquiler en Cambridge.

—¿Y qué voy a hacer con la casa?

—No hables tan alto, cariño —respondió. Manteníamos la absurda ficción de que nuestros compañeros, o los que de ellos pudiesen tener interés, ignoraban que vivíamos juntos—. Yo seguiré pagando la mitad del alquiler. Te lo he dicho.

—El alquiler no tiene nada que ver —dije—. Se trata de que yo no me habría mudado a una vivienda en el quinto demonio para estarme todas las noches sentado solo, mirando la tele y acumulando ropa sucia hasta tener un buen cargamento para la lavadora.

Mis palabras provocaron en ella un esbozo de sonrisa y se inclinó hacia mí.

—Cuando con pruebas la cantidad de ropa sucia que producen al día los niños, no te preocupará el cargamento de la lavadora, sino que buscarás un sitio para comprar detergente al por mayor —me dijo tomando un sorbo de zumo de manzana con vitamina C—. Tienes una niñera y a la buena de la señora Palmer que viene a limpiar a diario. Yo vendré los fines de semana. No sé de qué te preocupas.

—Me gustaría que fueses un poco más realista. Cambridge está lejísimo de Balaklava Road, el tráfico de fin de semana es un horror, el servicio de trenes aún peor y, en cualquier caso, tendrás que estudiar.

—No sé cómo podría tranquilizarte —respondió—. ¿Estás enfermo? No eres el mismo desde que has vuelto de Washington. ¿Es que te ha ido algo mal allí?

—Si hubiera sabido lo que pensabas hacer, habría hecho otros planes.

—Te lo dije. Te lo había dicho infinidad de veces —respondió bajando la vista para continuar con la ensalada de invierno como si no hubiera más que decir.

En cierto modo, tenía razón. Me lo había dicho mil veces. Hacía años que me estaba diciendo que quería ir a Cambridge porque ardía en deseos de

licenciarse en Filosofía, Ciencias Políticas y Económicas. Me lo había dicho tantas veces, que había dejado de creerla. Cuando me comunicó que había dejado el trabajo, me quedé de una pieza.

—Creí que ibas a hacerlo el año que viene —dije sin convicción.

—Creías que no iba a ser nunca —replicó ella tajante; luego, levantó la vista y me dirigió una magnífica sonrisa.

Era algo innegable que aquello de ir a Cambridge la había puesto de un humor radiante. ¿O era por el simple hecho de verme anonadado?

3

ERA la tarde en que Gloria visitaba a sus familiares. El martes había tenido clase vespertina de matemáticas, el miércoles de económicas y el jueves por la tarde visitaba a sus padres. Ella distribuía su tiempo así, y yo a veces me preguntaba si constituía una de sus obligaciones o de sus recreos.

Aproximadamente trabajé una hora más, hasta recibir una llamada telefónica del señor Gaskell, un sargento mayor de artillería recién retirado que había asumido la responsabilidad de la seguridad en recepción.

—Aquí hay una señora que pregunta por usted por su nombre, señor Samson.

El ronco susurro del encargado de seguridad llegaba en tono confidencial, casi conspiratorio. Me pregunté si sería en deferencia a mis obligaciones profesionales o sociales.

—¿Ha dado su nombre, señor Gaskell?

—Lucinda Matthews.

Tuve la impresión de que me leía el impreso que tienen que rellenar las visitas. El apellido no me sonaba nada, pero pensé que era mejor no decir nada.

—Ahora bajo —respondí.

—Será mejor —replicó Gaskell—, porque no puedo dejarla pasar, ¿entiende, señor Samson?

—Claro, claro.

Miré por la ventana. La nube gris baja que había oscurecido el cielo todo el día parecía aún más baja y en el aire flotaban unas partículas luminosas, precursoras de la nieve pronosticada. Su sola visión me causaba escalofríos.

Cuando después de guardar los papeles y comprobar que los archivadores estaban cerrados, bajé al vestíbulo, la misteriosa Lucinda se había marchado.

—Una personita muy agradable, señor —me confió Gaskell al preguntarle qué aspecto tenía. Estaba de pie junto al mostrador de recepción, en su uniforme azul, tamborileando nervioso con los dedos sobre un montón de

revistas sobadas, puestas a disposición de las visitas que se veían obligadas a una larga espera en aquel vestíbulo lleno de corrientes de aire—. Una dama bien vestida. No sé si me explico...

No tenía ni idea de lo que quería decir. Gaskell hablaba de un modo muy particular. Y era especialmente críptico en cuanto a vestimenta y graduación, quizá debido a esa tierra de nadie que ocupan todos los suboficiales veteranos. Ya había escuchado antes aquellas elipsis de Gaskell aplicadas a todo tipo de cosas y nunca sabía lo que quería decir.

—¿Dónde dijo que me esperaba?

—Es que había aparcado en el sótano, señor. Y tuve que decirle que sacase el coche. Ya conoce el reglamento.

—Sí, claro.

—Por los coches-bomba y esas cosas.

Por mucho que divagase, su voz siempre asumía ese tono seguro de un cuarto en orden: un cuarto en orden bajo su mando.

—¿Dónde ha dicho que me esperaba? —volví a preguntar, mirando a través de las puertas de cristal.

Comenzaba a nevar fuerte y en grandes copos. El suelo estaba frío y la nieve no se derretía; cuajaría. Bastaría con unos centímetros en la metrópoli para que el transporte público quedase colapsado. Gloria ya debía de estar en casa de sus padres; pensé si no decidiría pasar allí la noche, o si esperaría que fuese yo a recogerla con el coche. Sus padres vivían en Epston. Demasiado cerca de nuestro nidito, para mi gusto. Gloria decía que yo tenía miedo de su padre. No le tenía miedo, pero no me apetecía la idea de verme sometido a un intenso interrogatorio por parte de un dentista húngaro sobre mis relaciones con su joven hija.

—Un bonito vehículo —decía Gaskell—. Un Mercedes verde oscuro. ¡Reluciente! ¡Encerado! No cabe duda de que alguien se lo cuida. Una señora no se pone a pulimentar un coche. No va con ellas.

—¿Dónde me espera, señor Gaskell?

—Le dije que el mejor sitio para aparcar sería Elephant and Castle —respondió acercándose al plano de la pared para señalarme dónde estaba Elephant and Castle.

Gaskell era un hombretón que se había jubilado a los cincuenta años. Me dije que no debía de haber encontrado empleo de encargado en una taberna, porque detrás de un mostrador no habría tenido rival. La semana anterior, cuando le pregunté el horario de los trenes a Portsmouth, me confió, en medio de una maraña de otros datos, que eso es lo que le habría gustado hacer.

—Deje lo del aparcamiento, señor Gaskell. Necesito saber dónde me espera.

—En Sandy's. Dijo que usted conoce bien el sitio —respondió observándome minuciosamente.

Desde que la dirección del Departamento había sido tan ampliamente difundida, gracias a los afanes democráticos de los «periodistas de investigación», se habían cursado estrictas instrucciones para que el personal no frecuentase bares, tabernas o clubs locales para evitar los escuchas habituales de diverso tipo, aficionados o profesionales.

—Debería haberlo anotado —dije—. Nunca he oído ese nombre. ¿Sabe si mencionó que fuese un café o algo?

—No dijo nada de un café —aseguró Gaskell, frunciendo el ceño y encogiendo los labios—. Por aquí no hay nada con ese nombre —añadió, iluminándosele de pronto el rostro al recordar—, ¡Big Henry's! Eso es lo que dijo: Big Henry's.

—Big Henty's —le corregí—. En Tower Bridge Road. Sí, lo conozco.

Sí que lo conocía. Y se me encogió el corazón. Sabía concretamente el tipo de «confidente» que podía esperarme en el Big Henty's: un soplón con la mano abierta. Y yo que había pensado en una tarde solo en casa ante la chimenea, con los restos del pato del domingo, una botella de vino y un libro... Miré a la puerta y miré a Gaskell, pensando en si no sería más razonable olvidarse de Lucinda y de lo que quisiera ofrecerme y marcharme a casa sin hacer caso. Pero me arriesgaba a no volver a saber de la misteriosa Lucinda. La ciudad estaba llena de gente que me conocía desde siempre y que de pronto se acordaban de mí cuando necesitaban unas cuantas libras del erario público a cambio de algún antiguo dato de espionaje poco fiable.

—Si quiere que le acompañe, señor Samson... —dijo de pronto Gaskell sin concluir la frase.

Así que Gaskell pensaba que mi salida era para algo arriesgado. Sí, a él le gustaba la acción. Pero ya era demasiado viejo para eso. Y yo, desde luego.

—Se lo agradezco, señor Gaskell —respondí—, pero hay más perspectivas de aburrimiento que de acción.

—Como quiera —replicó Gaskell, sin poder ocultar el tono de desilusión en su voz.

Era el margen de incredulidad el que me impulsaba a acudir. No quería dejar traslucir mi nerviosismo. ¡Maldita sea! ¿Por qué no tenía el valor necesario para despreocuparme de lo que pudiesen pensar los Gaskell habidos y por haber?

Tower Bridge Road es una calle de Londres que conduce al río, o mejor dicho al curioso puente neogótico que, para tantos extranjeros, es el símbolo de la ciudad. Estamos en Southwark, de donde salieron para Canterbury los peregrinos de Chaucer y en donde dos siglos más tarde se construyó en los marjales el teatro del Globo de Shakespeare. En el Londres Victoriano, esta calle de comercios, con su docena de luminosas tabernas, organillos y mercadillos nocturnos, era el centro de uno de los barrios más animados de la ciudad. Un barrio en el que se armonizaban inmundas casuchas, fábricas y talleres ennegrecidos, en los que se explotaba a los obreros, con plazas ajardinadas en las que escuálidos funcionarios y panzudos tenderos afirmaban su superioridad social.

Actualmente es un barrio oscuro, miserable y silencioso. Los burócratas, para quedar bien, envían hoy pronto a casa a los subordinados, los vendedores ambulantes han quedado prohibidos, las tabernas casi vacías despachan cerveza ligera aguada cargada de impuestos y las fábricas están abandonadas: ejemplo textual del deterioro urbano, del que los *yuppies* se reparten los trozos de verdor.

En la época anterior a la liberación de la mujer, los diseñadores de pantalones vaqueros y la pizza para llevar, la sala de billar de Big Henty's con sus «diez mesas grandes, bar con licencia y comida caliente» era el Ateneo de Southwark. La estrecha puerta y su oscura escalera daban entrada a una cavernosa sala, muy bien situada sobre una tienda muy buena de empanada de anguilas.

Pero ahora, lamentablemente, la tienda de empanada de anguilas es un vídeo club con carteles de chillones colores en los que actores de cine medio desnudos disparan pesadas metralletas en bandolera. Aunque, en lo esencial, Big Henty's no ha cambiado. La iluminación es exactamente la misma que yo recordaba, y cualquier salón de billar se calibra por la iluminación. Aunque no había casi gente, todas las mesas siguen en servicio. Los tapetes verdes parecen diez enormes acuarios de aguas tranquilas, surcados inesperadamente por veloces peces de colores que desaparecen con un chasquido.

Big Henty ya no estaba, claro. Porque Big Henty murió en 1905. Ahora estaba al frente del negocio un individuo delgado y paliducho de unos cuarenta años que se encargaba del bar. Pero no con mucha fortuna, porque aquellos jugadores de billar no apreciaban las curiosas mezclas espumosas de sus cócteles. En Big Henty's se bebe *whisky* o *vodka*, cerveza fuerte de barril o Guinness, y agua de soda los abstemios. Para los hambrientos había

bocadillos «tostados» que salen del microondas blandos, calientes y envueltos en plástico.

—Buenas tardes, Bernard. Se ha puesto a nevar, ¿eh?

Vaya memoria que tenía el hombre. Hacía años que yo no iba por allí. Cogió el cigarrillo encendido del cenicero Johnny Walker y aspiró brevemente para volver a dejarlo en su sitio. Me acordé de que era un fumador en cadena y que encendía un cigarrillo con otro, aunque rara vez se lo dejaba en los labios. Había llevado a Dicky Cruyer a este local una tarde hacía mucho tiempo para establecer contacto con un charlatán que trabajaba en la embajada de Alemania Oriental. No habíamos llegado a nada, pero recordaba que Dick había definido al barman como el mantenedor del fuego sagrado.

—Una Guinness... Sidney —le contesté. Me había acordado de su nombre en el último momento—. Sí, ya empieza a acumularse la nieve.

Era Guinness embotellada, claro. No era aquél lugar en el que los cargadores entendidos en la materia fuesen a degustar bebidas de barril. Pero la sirvió con el vaso inclinado, con el pulgar sobre el punto de impacto para hacer ver que conocía el folklore, dejando la cantidad exacta de espuma sobre el negro líquido.

—En el cuarto de atrás —dijo escanciando delicadamente las últimas gotas de la botella y apartándola sin pestañear—. Su amiga está en la trastienda. Detrás de la mesa cuatro.

Cogí mi vaso de cerveza y di un sorbo. Luego, me di despacio la vuelta para mirar el salón. El cuarto de atrás de Big Henty's había sido muy útil a lo largo de los años para no pocos fugitivos. Los de la comisaría de Borough High de la Brigada de Investigación Criminal lo tenían por lugar adecuado para verse con sus confidentes. Crucé el salón. Todo estaba oscuro más allá de las lámparas de borlas y flecos que iluminaban las mesas de billar. Los espectadores —pocos aquella tarde— estaban sentados en bancos de madera adosados a las paredes con manchas borrosas a guisa de rostros y ropas invisibles.

Andando despacio y deteniéndome para observar una difícil jugada, me acerqué con la cerveza a la mesa número cuatro. Uno de los jugadores, un hombre con la indumentaria habitual de pantalón oscuro, camisa blanca sin corbata y chaleco desabrochado, movió las cuentas del marcador y me miró con ojos inexpresivos conforme abría la puerta con el rótulo de «Personal» para entrar en la trastienda.

Flotaba un olor a jabón y desinfectante. Era un cuarto pequeño, que servía de almacén, con una ventana por la que se veía la sala de billar apartando la sucia cortina de malla. Al otro lado del cuarto había otra ventana mayor con vista a Tower Bridge Road. De la calle llegaba el ruido de los coches rodando raudos por la nieve.

—Bernard, pensaba que no vendrías —dijo una voz de mujer.

Tomé asiento si reconocerla al principio a la luz mortecina.

—¡Cindy! —exclamé—. ¡Santo cielo, Cindy!

—Te habías olvidado de mi existencia.

—Ni mucho menos —simplemente había olvidado que el nombre completo de Cindy Prettyman era Lucinda y que podría haber dado su apellido de soltera—. ¿Te apetece una copa?

—Agua tónica —respondió ella levantando su vaso—. Ya no bebo.

—No esperaba verte por aquí —dije, mirando las mesas de billar a través de la cortina de malla.

—¿Por qué no?

—Eso, ¿por qué no? —repliqué con un breve carcajada—. Cuando pienso en las veces que Jim me hizo jurar que no iba a volver a jugar...

En los buenos tiempos, cuando trabajaba conmigo, Jim Prettyman me había enseñado a jugar al billar. Él jugaba en plan de exhibición con gran clase y su mujer Cindy era también bastante buena.

Cindy tenía un año o dos más que Jim. Su padre era obrero de una acería de Scunthorpe, un socialista de la vieja escuela. Ella había obtenido una beca para la Universidad de Reading y decía que no tenía más ambiciones que un empleo en el servicio público. No sé si sería cierto, pero pasó satisfactoriamente los exámenes y, aunque quería ir al Tesoro, la destinaron a Asuntos Exteriores y, finalmente, conquistó a Jim Prettyman que también trabajaba allí. Luego, Jim fue a trabajar al Departamento y nos veíamos mucho. A ese local solíamos acudir Jim, Cindy, Fiona y yo los viernes después de trabajar. Jugábamos al billar para ver quién pagaba la cena en Enzo's, un pequeño restaurante italiano en Old Kent Road. Siempre la pagaba yo. Era realmente como un chiste; mi manera de pagarle sus enseñanzas. Y, además, yo era el mayor y el que más ganaba. Luego los Prettyman se fueron a Edgware, a Jim le aumentaron el sueldo y se compró una mesa de billar reglamentaria; y dejamos de ir a Big Henty's. Jim nos invitaba a comer en su casa los domingos y a veces hacíamos una partida. Pero ya nunca volvió a ser igual.

—¿Aún juegas? —inquirió.

—Hace años que no. ¿Y tú?

—Desde que Jim se fue no he vuelto a jugar.

—Siento lo que sucedió, Cindy.

—¿Lo nuestro? Sí. De eso te quería hablar. Le viste el viernes.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Por Charlene. Últimamente he hablado bastante con ella.

—¿Charlene?

—Charlene Birkett. La chica alta a quien alquilábamos el piso de arriba... en Edgware. Ahora trabaja como secretaria de Jim.

—La ví, pero no la reconocí. Creí que era americana.

Por eso me había sonreído. Y yo convencido de que era por mi magnetismo físico.

—Sí, se marchó a Nueva York y no encontraba trabajo, pero Jim le consiguió ese empleo de secretaria. Nunca hubo nada entre ellos —añadió presurosa—. Charlene es muy amable. Dicen que ha mejorado mucho desde que vive allí y lleva lentes de contacto.

—La recuerdo —dije. Sí que la recordaba: una chica encorvada, tímida, con gafas y permanente, muy distinta a la oronda amazona que había visto en el despacho de Jim—. Sí, ha cambiado muchísimo.

—La gente cambia al vivir en Estados Unidos.

—¿Por qué tú no quisiste ir?

—¿A Estados Unidos? A mi padre le habría dado un ataque —ahora se le notaba el acento del norte—. Yo no quería cambiar. Oh, pero ¿qué digo? —añadió en tono solemne—. No quería decir eso exactamente.

—La gente que se va allí gana más —dije—. Ése es el auténtico cambio.

—Jim obtuvo el divorcio en México —dijo ella—. Y me han dicho que eso no es legal. Me lo ha dicho una amiga que trabaja en la embajada de Estados Unidos. Dice que los matrimonios y divorcios tramitados en México aquí no son legales. ¿Es cierto, Bernard?

—No me imagino al embajador mexicano viviendo en el pecado, ¿qué quieres que te diga...?

—Pero ¿cuál es mi situación, Bernard? Jim volvió a casarse con esa mujer. Me refiero a cuál es mi situación actual.

—¿Es que no lo has hablado con él? —mis ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y la veía mejor.

No había cambiado mucho; era la misma personita llena de inteligencia y nerviosa energía. Baja y llena, pero nunca había sido regordeta. Era atractiva en un estilo austero, con aquel cabello negro que llevaba corto por

comodidad. Pero tenía la nariz enrojecida, como si tuviera frío, y los ojos húmedos.

—Jim me pidió que me fuese con él —era algo de lo que se sentía ufana y quería hacerlo saber.

—Lo sé. Nos decía a todos que tú cambiarías de idea.

—No. ¡Tenía mi trabajo! —respondió ella como si fueran a repetirse las discusiones que ellos habían tenido sobre el tema.

—Es una decisión difícil —dije para calmarla.

En el silencio que siguió se oyó una fuerte vibración cercana a nosotros y ella tuvo un fuerte sobresalto. Luego se dio cuenta de que era la máquina de cubitos del rincón y sonrió.

—Quizá hubiera debido marcharme. Supongo que habría sido mejor.

—Ahora ya es demasiado tarde, Cindy —me apresuré a decir antes de que comenzara a lamentarse.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo sacando del bolsillo un pañuelo que apretujó con fuerza en su mano de nudillos enrojecidos, como resuelta a no sollozar.

—Tal vez debieras consultar a un abogado —indiqué.

—¿Y ellos qué saben? —replicó con desdén—. He ido a tres abogados. Te pasan de uno a otro como si fueses un paquete; cuando acabé de pagarles los honorarios, lo que sabía es que unos textos legales dicen una cosa y otros, otra distinta.

—Los abogados son capaces de citar artículos del código hasta la asfixia —concedí—, pero, en definitiva, es la gente la que debe buscar de común acuerdo las soluciones. Ir a un abogado es una manera onerosa de demorar lo que inevitablemente hay que hacer.

—¿De verdad lo crees así, Bernard?

—Más o menos —respondí—. Para comprar una casa, hacer testamento o divorciarse, a condición de saber lo que se quiere, no se necesita un abogado.

—Sí —dijo—. Es más importante casarse y para eso no vas a un abogado.

—En el extranjero, sí —le dije—. Las parejas no se casan si no firman un contrato de matrimonio. Y nunca se les plantea tu problema, porque todo está estipulado de antemano.

—Resulta un tanto frío.

—Quizá, pero el matrimonio también puede ser un tanto acalorado.

—¿Lo fue el tuyo? —inquirió soltando el pañuelito y desplegándolo en su regazo para contemplar el borde de color y las iniciales L P bordadas.

—¿Mi matrimonio? ¿Demasiado acalorado? —manifesté extrañado.

—Sí.

—Tal vez —respondí dando un sorbo de cerveza. Hacía mucho tiempo que no había saboreado una cerveza amarga. Me limpié la espuma de los labios. Estaba buena—. Yo pensaba que conocía a Fiona, pero imagino que no del todo.

—Era encantadora. Te quería, Bernard. Me consta.

—Creo que sí.

—A mí me enseñó aquél estupendo anillo de pedida y me dijo: «Bernie ha vendido su Ferrari para regalármelo».

—Parece una frase de un novelón televisivo —dije—, pero era un viejo Ferrari baqueteado.

—Te quería, Bernard.

—La gente cambia, Cindy. Tú misma lo has dicho.

—¿Les afectó mucho a los niños?

—Billy llegó a amoldarse, pero Sally... lo aceptó bien hasta que traje una amiga a casa. Se pasaba las noches llorando. Pero creo que ahora ya se ha acostumbrado.

Lo dije más por deseo de que fuese cierto que por creérmelo de verdad. Me preocupaban los niños, y mucho, pero eso no tenía por qué decírselo a Cindy.

—¿Es Gloria Kent, la que trabajaba contigo?

Aquella Cindy lo sabía todo. Claro, Asuntos Exteriores siempre había sido la comidilla de Whitehall.

—Exacto —contesté.

—Para los niños es difícil —añadió Cindy—. Imagino que tengo que estar agradecida por no haber tenido ningún hijo.

—Ya lo creo —apostillé, dando otro sorbo a la Guinness y mirando de reojo la hora.

—Pero por otra parte, si hubiésemos tenido hijos, quizá Jim no habría tenido tantas ganas de marcharse. Él quería ponerse a prueba, ¿sabes? Últimamente me ha dado por pensar si se reprocharía que no hubiésemos podido tener hijos.

—Jim estaba hablando de eso el día en que se prendió fuego la cocina —dije.

—Derramó el aceite. Jim fue siempre torpe.

—¿No fue Fiona?

—Le echó a ella la culpa —respondió Cindy con un suspiro—. Jim era incapaz de admitir sus propios fallos. Era su carácter.

—Sí, Fiona cargó con la culpa —dije—. Me lo dijo ella que había sido Jim, pero asumió la culpa... por el seguro y... todo eso.

—Fiona era una mujer extraordinaria, Bernard; tú lo sabes. Tenía tal seguridad que los reproches no la afectaban. Yo la admiraba. Yo habría dado cualquier cosa por haber sido como Fiona. Era una mujer tranquila y con mucho aplomo.

No contesté. Cindy dio un sorbo al agua tónica, se alisó el vestido y carraspeó.

—Por lo que quería verte, Bernard, es para saber qué va a hacer el Departamento.

—¿Qué va a hacer el Departamento? —pregunté perplejo.

—Respecto a Jim —contestó ella. Apretujaba una y otra vez el pañuelito, como quien hace ejercicio con las manos.

—Respecto a Jim —repetí, soplando el polvo de mis gafas y comenzando a limpiarlas, pero se les había pegado la grasa del ambiente y se mancharon más. La única manera de limpiarlas como es debido es lavarlas con detergente de cocina y agua caliente. Los ópticos lo desaconsejan, pero yo sigo haciéndolo—. No acabo de comprender lo que quieres decir, Cindy.

—¿Van a pagarme a mí o a esa americana, la supuesta «esposa»? —replicó airada.

—¿Pagarte? —inquirí poniéndome las gafas y mirándola.

—¡Dios bendito! —exclamó, cambiando de expresión, con un tono que sólo usan los católicos practicantes—. ¿Es que no lo sabes? —añadió casi en un lamento—, Jim ha muerto. Le mataron el viernes por la noche al salir de la oficina después de tu visita. Le mataron de seis tiros.

—El viernes.

—En el aparcamiento. Estaba oscuro y no tenía escapatoria. Dos sujetos estaban esperándole. ¿No te lo habían dicho?

—No.

—No me tomes por insensible, Bernard, pero quiero anticiparme a esa mujer para solicitar la pensión. ¿Qué tengo que hacer?

—Pero ¿qué pensión, Cindy? Yo creí que todo eso había quedado liquidado al dejar el trabajo.

—¿Dejarlo? Él nunca dejó el Departamento.

—Estás equivocada, Cindy —repliqué.

—¡Qué voy a estar equivocada! —exclamó con evidente excitación—. Por Dios, si vi... —se calló de pronto como si fuese a decir algo de lo que yo no debiera enterarme.

—Fui a verle a Washington para pedirle que viniese a Londres a declarar. Pero no quiso —manifesté pausadamente.

—Eso era una tapadera, Bernard —replicó ella—. Querían que viniese a Londres, pero de un modo que pareciese que lo hacía a regañadientes.

—Me engañó —dije.

—Jim estaba metido en algo muy gordo —añadió—. ¿De qué tenías que hablarle, del dinero?

Asentí con la cabeza.

—Jim fue quien lo organizó —dijo apesadumbrada—. Millones y millones de libras en una cuenta secreta en el extranjero. Había muchos con firma autorizada, y Jim era uno de ellos.

—No pretenderás decir que a Jim lo mataron por eso, ¿verdad, Cindy?

—¿Por qué si no, para robarle?

—Washington es una ciudad violenta —dije.

—¿Dos individuos y seis tiros? —replicó ella—. Unos ladrones muy extraños.

—Tómame una copa, Cindy. Tengo que pensar en todo eso que me cuentas.

4

ESTABA en el comodísimo despacho de Dicky Cruyer, sentado en su sillón Eames, esperando que volviese de la reunión con el delegado. Me había prometido que no serían más de diez minutos, pero lo que tenía que decirle el delegado era más largo.

Cuando regresó, Dicky hizo lo imposible por mantener la apariencia de su personalidad juvenil despreocupada, pero imaginé que el delegado le había echado un buen rapapolvo por lo de la crisis de Bizet.

—¿Todo bien? —inquirí.

Me miró un instante como si tratara de recordar quién era yo y qué hacía allí. Se pasó los dedos por el rizado cabello. Era delgado; y guapo de una manera infantil, que cuidaba con esmero.

—Al delegado hay que tenerle al día —dijo Dicky, con calculada condescendencia respecto a la inexperiencia del delegado.

Mientras sir Henry, el director general, había estado viniendo asiduamente, el delegado, sir Percy Babcock, apenas asomaba por el edificio. Pero desde que la asistencia del viejo se había hecho irregular, el delegado había tomado el mando con el celo de un auténtico converso. El primer cambio importante que había introducido fue decirle a Dicky que vistiese más en consonancia con su cargo. Y desde hacía poco no se había vuelto a ver el amplio guardarropa de pantalones vaqueros descoloridos, chándales y camisas de tartán, más el medallón de oro, que Dicky lucía a diario. Ahora, a semejanza del resto del personal masculino, venía todos los días con traje. Me costaba trabajo adaptarme al nuevo Dicky.

—No fuiste a la fiesta de despedida de Charles Billingsly anoche —dijo Dicky—. Champán... Mucha clase.

—No estaba enterado —respondí. Billingsly, Sección Alemana y enlace más o menos eficaz del Centro de Datos, no era íntimo amigo mío. Imagino que pensaría que yo iba a beber demasiado de su caro espumoso—. ¿Es que lo hemos despedido?

—Misión supersecreta en Hong Kong. Se lo han comunicado con sólo cuarenta y ocho horas de antelación. ¿Así que no te dijo lo de la fiesta? Bueno, lo organizó todo precipitadamente.

—¿Y para qué lo necesitan en Hong Kong?

—No lo sabe nadie. Ni siquiera Charles. Viaje relámpago y a esperar. Así es como van esas cosas, ¿no?

—A ver si es que el delegado ha querido quitárselo de encima —sugerí.

A Dicky se le iluminaron los ojos. Tras la pequeña bronca, no era de extrañar que pensase que a lo mejor un día se veía a bordo de un avión rumbo a un lugar remoto.

—¿Quitarse a Charles de encima? ¿Por qué?

—No tengo ni idea —contesté.

—No, Charles es buena persona.

Sin que la llamase, la secretaria entró con una gran bandeja plateada con tazas de Spode y una buena cafetera, con el café hecho como a Dicky le gustaba. Imagino que esperaba que con ello recobrase mejor el estado de ánimo, como sucede a veces al tomar un café bien cargado. Dicky se inclinó sobre la cafetera y lanzó sordos murmullos de aprobación antes de servirse una taza. Luego, fue a sentarse detrás del escritorio de palisandro, donde lo probó con deleite.

—¡Buenísimo! —silabeó, y dio otro sorbo—. Sírvete una taza —añadió una vez comprobado que estaba bueno.

Cogí una de las tazas calientes, me serví y le añadí leche. Siempre lo traían con leche, aunque Dicky lo tomaba solo. Muchas veces me preguntaba el porqué. Estuvimos un rato tomándonos el café en silencio. Me dio la impresión de que Dicky necesitaba cinco minutos para reponerse de la reunión.

—Últimamente se ha vuelto un déspota increíble —dijo finalmente. Después de haberse tomado una buena taza de café, sacó un cigarro del bolsillo, lo encendió y aspiró—. Ojalá pudiera hacerle entender que no es como dirigir un bufete; que no se puede coger un libro de la estantería y leerle las respuestas.

—Ya aprenderá el modo —dije.

—Con el tiempo, sí —contestó Dicky—, pero cuando yo ya sea viejo y canoso.

Un tiempo bastante largo, porque Dicky era joven y yo le llevaba dos años. Echó ceniza en el gran cenicero de cristal tallado del escritorio y se quedó mirando la alfombra como absorto en sus pensamientos.

Yo saqué mis papeles de la carpeta de cartón y dije enarbolándolos:

—¿Quieres echarles un vistazo?

Pero él siguió mirando la alfombra.

—Ahora habla de reorganización vertical.

—¿Qué es eso? —inquirí.

Dicky, candidato al premio Stalin en política interna, replicó:

—¡Por Dios bendito, Bernard! ¡Planificación vertical! Dividir la Sección Alemana en grupos, región por región. Me ha dicho que a mí me darían Berlín, como si fuera cosa de alegrarse. ¡Berlín! Y habría otras secciones para Bonn, Hamburgo, etcétera. Una unidad independiente enlazaría con los norteamericanos en Múnich. ¡Te imaginas!

—Es una idea que ha estado rodando mucho tiempo —contesté, comenzando a seleccionar el trabajo que le traía.

Sabía que me costaría que le echara un vistazo por lo excitado que estaba, así que puse en primer lugar los papeles que requerían firma. Eran cinco.

—¡Es absurdo! —dijo Dicky en voz tan alta, que su secretaria asomó la cabeza a ver si pasaba algo.

Era una secretaria nueva, porque si no, habría desaparecido para no tener que afrontar la rabieta de Dicky.

—Sucederá más pronto o más tarde —dije, sacando el bolígrafo para que pudiera ir firmando mientras seguíamos hablando. A veces era más fácil así.

—¿Tú ya habías oído hablar de ello? —preguntó Dicky incrédulo, dándose cuenta de pronto de lo que yo había dicho.

—Claro. Hace más de un año, pero entonces se llamaba de otra manera.

—¡Vaya, hombre! Ojalá me lo hubieses dicho, Bernard.

Puse los papeles en el escritorio, le di el bolígrafo y observé cómo escribía su nombre. Yo no había oído hablar de la planificación vertical, desde luego, pero me imaginaba que el delegado acababa de inventarse algo para fomentar mayor acción por parte de Dicky y pensé que era mejor apoyarlo.

—Y éstos tienes que mirártelos —dije señalándole los más importantes.

—Tienes que ir a ver a Frank —dijo mientras firmaba el último y ojeaba el resto para ver si parecían interesantes de leer.

—Bien —dije. Él me miró. Seguramente esperaba que me resistiera a hacer un viaje a Berlín, pero me había pillado de buenas. Hacía más de un mes que no había ido a Berlín y había motivos oficiales y sociales para el viaje—. ¿Y qué le digo a Frank? —Quería que quedase claro, porque se daba la absurda circunstancia de que Dicky y Frank Harrington, el «residente» de Berlín, más viejo que Matusalén, tenían la misma autoridad.

—No quiero roces innecesarios con Frank —dijo sin levantar la vista de la alfombra—. Yo no tengo que decirle cómo debe dirigir su unidad de campo de Berlín. Frank sabe más sobre operaciones en su jurisdicción que todos nosotros.

Eso era algo cierto, desde luego, pero que Dicky no solía decir.

—Estamos hablando de Bizet, supongo.

—Sí. Frank querrá poner a alguno. Al fin y al cabo, Frankfurt del Oder está a un tiro de piedra de su sede.

—No es la distancia, Dicky, es...

—Claro, claro. Ya lo sé —replicó inmediatamente alzando la mano como defendiéndose.

—¿Esperas que ya haya hecho él algo?

—Sólo quiero que me aconseje —respondió Dicky.

—Bien, pues ya sabemos cuál va a ser el consejo de Frank —contesté—. No hacer nada. El mismo que nos da a propósito de casi todo.

—Frank lleva allí mucho tiempo —dijo Dicky, que había salido indemne de muchas crisis y cambios por la política de «no hacer nada».

Comprobé que Dicky había firmado todo bien, di un sorbo de café y no añadí nada más. Pero me pareció una buena oportunidad para plantearle el caso Prettyman.

—¿Te acuerdas de Prettyman? —dije con la mayor naturalidad que pude.

—¿Le conocía?

—Jim Prettyman: acabó en «cajas negras». Nos dejó y se marchó a Estados Unidos.

—¿Claves y Cifrados?

No era una zona en la que se hubiese aventurado Dicky.

—Estaba en el comité de Operaciones Especiales con Bret. Siempre procuraba organizarse vacaciones en lugares en que se pudiera visitar sepulcros en los que nadie ponía su nombre. Magnífico jugador de billar. ¿No recuerdas el partidón que hizo una noche en Big Henty's?

—No he ido en mi vida a Big Henty's.

—Claro que has ido, Dicky. Muchas veces. Jim Prettyman. Uno joven, que consiguió un empleo en Washington.

—Hay veces en que pienso que conoces a todo el mundo de esta casa —dijo Dicky.

—Creí que le conocías —afirmé no muy convencido.

—Aviso a navegantes, Bernard —añadió Dicky levantando un dedo como verificando la dirección del viento—. Si yo estuviera en este despacho

habiéndote de ese Prettyman, cambiarías el tema a Frank Harrington y el asunto Bizet. No es por ofenderte, compañero, pero es cierto. Piénsalo.

—Claro; tienes razón, Dicky.

—Tienes que concentrarte en el tema que nos ocupa. ¿Has hecho yoga alguna vez? —añadió apartando los papeles que le había aconsejado leer.

—No, Dicky —contesté.

—Yo lo hice una vez —dijo pasando el dedo por los papeles como si los estuviera leyendo—. Entrena la mente y mejora el poder de concentración.

—Ya lo pensaré —dije cogiendo los papeles firmados que él había decidido no leer y guardándolos en la carpeta.

Cuando me levanté, Dicky seguía mirando a la alfombra.

—La prima de mi madre ha muerto y me ha dejado una piel de león enorme. No sé si traerla aquí.

—Quedará muy bien —dije señalando los muebles antiguos y las fotos enmarcadas de la pared a su espalda.

—La tenía en el salón de casa, pero las amistades me daban la lata con lo de la extinción de animales protegidos y cosas de ésas.

—No hagas caso, Dicky —dije—, eso es pura envidia.

—Es lo que le dije a Daphne —contestó—. Al fin y al cabo están muertos. Yo no puedo resucitarlos...

5

A muchos civiles los persigue toda su vida la obsesión de cómo será el ejército. Hay a quienes les gusta lo del uniforme, los caballos, las trompetas y las banderas; a otros, las órdenes claramente expuestas y la posibilidad de ejecutarlas a cambio de comida caliente a diario. Para algunos, el ejército representa un reto al que nunca se enfrentan; para otros, una agradable evasión de la realidad, sólo para hombres.

Nunca supe cuál de estos aspectos de la vida castrense era el que le atraía a Frank Harrington, o si era algo totalmente distinto. Pero siempre que Frank no estaba en su despacho, ni en la espléndida mansión de Grunewald, que él había arreglado para que fuese uno de los símbolos del cargo de residente de Berlín, sabía que lo encontraría en algún miserable refugio subterráneo, rodeado de sucios oficiales de infantería, radiante de felicidad diciéndoles cómo hacer la guerra.

Aquel día, luciendo atavíos militares prestados y con barro en codos y rodillas, se presentó en la casa de Grunewald a bordo de un cochazo militar.

—Lo siento mucho, Frank —dije.

—No, si sólo estaba jugando a los soldados —contestó con aquel encanto suyo—. Y Dicky ha dicho que era urgente.

Parecía dispuesto a hacerme pasar directamente a su despacho.

—No es tan urgente como para que no puedas cambiarte y darte una ducha —repliqué, entregándole el informe de Londres.

Lo cogió y lo agitó como para ver el ruido que hacía y sonrió. Los dos conocíamos a Dicky.

—Pasa al salón y sírvete una copa, Bernard —dijo—. Llama a Tarrant si no encuentras lo que deseas. Comes conmigo, ¿no?

—Sí; encantado, Frank.

Desbordaba alegría tras su jornada con los militares. A media escalera se volvió hacia mí.

—Bien venido a tu casa, Bernard.

Era consciente de lo que yo agradecía aquellas palabras. Independientemente de cuándo fuese o de lo que me llevase a la ciudad, Berlín era mi casa. Mi padre había sido residente hacía muchos años —antes de que les procurasen una buena mansión para vivir y gastos de representación— y Berlín concentraba mis mejores recuerdos infantiles.

Cuando transcurrida media hora, regresó Frank, estaba vestido con lo que él consideraba un atuendo informal: una chaqueta antigua de *tweed* gris a rayas y pantalones de franela, pero la camisa almidonada y la corbata a rayas eran de las grandes ocasiones. Del mismo modo que en mí la ropa nueva parecía vieja, Frank tenía el arte de conferir a sus prendas más viejas un aspecto elegante. Los puños asomaban lo justo, adornaba el bolsillo de la chaqueta con un pañuelo de moaré y los zapatos Oxford cosidos a mano relumbraban. Se dirigió al carrito de las bebidas y se sirvió una generosa ración de ginebra Plymouth con una pizca de bíter.

—¿Qué tomas? —inquirió.

—Tengo, tengo, Frank —contesté.

—¿No quieres tomarte una copa de verdad?

—Trato de reducir alcohol, Frank.

—Esa botella debe llevar años ahí. ¿Aún está bueno? —inquirió cogiendo la botella de la que me había servido y examinando con curiosidad la etiqueta—. ¿Vermut? —dijo mirándome—. No te conozco, Bernard.

—Delicioso —respondí.

Se acercó y se sentó frente a mí. Su rostro presentaba ese bronceado que los aficionados al esquí tienen en esa época del año. Tenía un cutis oscuro, más pálido en el sitio que habían ocupado las gafas. Frank sabía darse buena vida. No le pregunté por su esposa, porque sabía que actualmente pasaba la mayor parte del año en la casa de Inglaterra. A ella nunca le había gustado Berlín, y se decía que habían tenido una pelea cuando Frank aceptó seguir trabajando a pesar de haberle llegado la fecha oficial de retiro.

Me dijo que había leído en el baño el informe interno. Sabíamos que lo habían elaborado a retazos en Londres y que no era más que un modo prolijo de no decir nada. Lo ojeó rápidamente una vez más y dijo:

—¿Quiere Dicky que ponga a alguno allí?

—Le ha costado lo suyo no decirlo —contesté.

—Haría cualquier cosa por esos pobres —dijo—. Pero estamos en Berlín y no se me ocurre nadie que pueda ir a Frankfurt del maldito Oder y hacer algo por ayudarlos —añadió tocándose su militar mostacho, que estaba muy encanecido.

—A los de Londres no les complace estar sentados sin hacer nada —dije.

—¿Y se creen que a mí sí? —replicó él. Por un instante su rostro y su voz acusaron lo pesado del cargo. Imagino que continuamente caerían agentes, pero Londres sólo se interesaba y preocupaba por los casos en que se captaban mensajes de radio soviéticos al respecto—. El ejército está al corriente —añadió—. Y están dispuestos a echar una mano.

Debió de observar que yo palidecía y me temblaban los labios, o lo que fuese cuando el terror casi me impulsaba a gritar.

—¿El ejército? —dije, sujetando firmemente el vaso y dominando el tono.

—El general de brigada acaba de recordarme el personal de la misión militar que tenemos en el cuartel general ruso. Actualmente les permiten moverse con un poco más de libertad.

—¿Qué más te ha dicho el general?

—Habló del comportamiento de esos cabrones del GRU que nuestros chicos tienen que aguantar en Bunde. Contando los que están con el ejército francés en Baden-Baden y los que trabajan con los yanquis, hay unos cincuenta miembros en la misión militar soviética. Todos ellos agentes del GRU y muchos con formación científica. Llevan chaquetas de cuero encima del uniforme y manchan aposta de barro la matrícula de sus coches para que no los reconozcan mientras andan por ahí fotografiando todo lo que les interesa —me lanzó una sonrisa—. ¿Qué tal ojo por ojo? Eso es lo que ha dicho el general.

—No le hablarías de Bizet...

—No estoy senil, Bernard.

—Pensar que cualquier subalterno pueda meter la nariz en Frankfurt del Oder me pone los pelos de punta.

—No debería haberte dicho nada.

—Has dicho que el ejército estaba al corriente —le recordé.

—¿Ah sí? Debería haber dicho que el ejército sabía que padecemos algún tipo de crisis. Tienen un buen servicio de radioescucha, Bernard —añadió mirándome.

—Para captar las señales de radio del ejército ruso.

—En la frontera; cierto. Pero aquí estamos en Berlín, en medio de la República Democrática Alemana, y captan todo lo interno. Escuchan todas las comunicaciones de radio del GRU y del KGB. Les gusta estar al corriente de lo que ocurre. Yo eso no puedo reprochárselo, Bernard. En un puesto avanzado como éste, el ejército necesita tomar el pulso a la situación.

—Creo que voy a tomar algo más fuerte —dije, pero en aquel momento entró la criada alemana de Frank a decir que la cena estaba lista.

Deseché de momento mis temores por lo que Frank hubiese podido contar a sus amigos del ejército. Nos acomodamos en el comedor principal, cada uno en un extremo de la larga mesa pulimentada. Había ordenado preparar una jarra con un clarete realmente bueno; la botella vacía estaba en el aparador. Era un honor, pues Frank reservaba sus mejores vinos para gente de suficiente importancia para merecerlos o lo bastante entendidos para apreciarlos. Me sirvió para que lo probase en el momento en que llegaba la tarta de huevos con tocino. Eran raciones muy escasas, e imaginé que el cocinero había intentado arreglar para dos personas lo que había para Frank. Él no pareció advertirlo. Deseaba saber los últimos cotilleos del Departamento y le conté que el delegado lo estaba cambiando a su gusto despacio pero sin pausa.

Desde mi punto de vista, yo aprobaba bastante sus nuevas ideas. Ya era hora de remozar un poco aquello. Frank se mostró de acuerdo, pero con menos entusiasmo.

—Soy demasiado viejo para que me agraden los cambios por cambiar, Bernard. Estaba en el Departamento con tu padre ya en mil novecientos cuarenta y dos. El curso preparatorio lo hice con sir Henry Clevemore, le llamábamos Granos, un tío enorme. Se cayó en una zanja durante los cursillos de asalto y tuvimos que sacarlo entre cuatro —dio otro trago de vino e hizo una pausa, pensativo—. Mi mujer dice que he dado la vida por el Departamento y una buena porción de la suya.

Era una sentida confesión de orgullo, resentimiento y pesar.

Siguió hablando del Departamento durante la empanada casera, el *pudding* de pan y mantequilla y el queso de Cheddar. Por mucho que llevara viviendo allí y por adaptado que estuviese, su gastronomía continuaba fiel al modelo de un internado británico. Me complacía escucharle, en particular cuando habló de mi padre. Él lo sabía, claro, y en todas las anécdotas que contó, mi padre aparecía bajo un prisma tan favorable que comprendí que lo hacía por mí.

—Tu padre estuvo de plantón días y días en un mísero apartamento a solas con aquel alemán; venga a discutir y a soltar maldiciones, según me contó. Esperaban la noticia del asesinato de Hitler. Cuando supieron que había fallado el complot, llegó aquel agente de la Gestapo, y tu padre estaba dispuesto a saltar por la ventana, pero resultó que era el hermano del otro... Bueno, no sé si no me hago un lío —añadió con una sonrisa—. Estoy seguro de que era otro cuento de tu padre, pero siempre que lográbamos convencerle

de que contase la historia, nos hacía desternillarnos de risa —se sirvió más vino y más queso—. Los demás, ninguno habíamos estado en la Alemania nazi, por supuesto, y sorbíamos sus palabras como auténtico maná. A veces nos tomaba el pelo descaradamente.

—El otro día alguien insinuó que el Departamento podría hundirme a causa de mi padre —dije con la mayor naturalidad posible.

—¿Presionarte?

—Es lo que se sobreentendía. ¿Cómo podrían hacerlo, Frank? ¿Hizo papá algo...?

—¿Lo dices en serio, Bernard?

—Quiero saberlo, Frank.

—Entonces, te aconsejo que pidas explicaciones al que te sugirió esa curiosa idea.

—¿Y por Fiona? —inquirí también como quien no quiere la cosa, cambiando de tema.

Alzó la vista enérgicamente. Imagino que sabía cuánto la echo de menos.

—Está muy mal vista.

—¿Pero sigue en Berlín Este?

—Ah, sí. Le va muy bien, me han dicho. ¿Por qué?

—Simple curiosidad.

—Olvidala, Bernard. Es cosa del pasado. Lo sentí por ti, pero ahora ya hay que olvidar el pasado. ¿Qué tal tu nueva casa? ¿Les gusta a los niños tener jardín?

Orientamos la conversación hacia menudencias caseras y cuando volvimos al salón para tomar el café, Frank estaba achispado.

—¿Recuerdas la última vez que estuvimos juntos en este cuarto, Frank? —dije.

Me miró y, tras pensar un rato, dijo:

—La noche en que viniste a pedirme que sacase a Bret Rensselaer del atolladero. ¿Cuánto tiempo hace? ¿Tres años?

—Estabas embalando tus discos de Duke Ellington —respondí—. Los tenías aquí, todos por el suelo.

—Creía que iba a jubilarme y a volver a Inglaterra —dijo mirando en derredor, rememorando—. Imagino que aquello cambió mi vida. Ahora estaría viviendo de una pensión y cultivando rosas.

—Y serías sir Frank Harrington —dije—. Lamento cómo se desarrollaron los acontecimientos, Frank.

Era opinión generalizada que el desastre resultante de mi intervención había privado a Frank del título que tanto anhelaba. La central de Londres se había ahorrado una humillación gracias a mi aviso y a la acción unilateral de Frank, pero no nos lo habían perdonado. Nosotros habíamos tenido razón, y para los mandarines de Asuntos Exteriores aquello era un pecado inusitado e imperdonable.

—Debe de hacer casi tres años —dijo abriendo la petaca y llenando la cazoleta de su pipa curvada con Balkan Sobranie. ¡Cielos, Frank iba a fumar en su pipa!—. Entonces me llevé una buena desilusión, pero ya lo he superado.

—Supongo que Bret llevó las de perder.

—Supongo —contestó él encendiendo la pipa.

—Lo último que he sabido es que estaba en vigilancia médica intensiva y en las últimas —dije—. ¿No seguirá vivo?

Frank se tomó su tiempo haciendo que la pipa tirase antes de contestar.

—Bret aguantó bastante, pero murió —dijo sonriendo con su peculiar distanciamiento y comenzando a aspirar con satisfacción. Me aparté de él. Nunca había podido aguantarle fumando en pipa—. No lo cuentes. Quizá no habría debido decírtelo. A mí me lo dijeron confidencialmente; el Departamento no ha hecho ningún comunicado oficial.

—Pobre Bret. Aquella noche en que tomé el avión en Berlín, la habitación estaba llena de médicos diciendo que no pasaría del fin de semana.

—Se presentó su hermano con un puñetero general americano. Lo metieron en un avión de la Fuerza Aérea USA y se lo llevaron. Me dijeron que le habían ingresado en ese hospital de Washington en que tratan a los presidentes de Estados Unidos. Estuvo mucho tiempo en toda clase de hospitales; ya sabes cómo son los americanos. Luego, fue convaleciente a una casa que tenía en las islas Vírgenes. Me mandó desde allí una postal con palmeras y playas: «Ojalá estuvieses aquí». En Berlín había nieve alta y la calefacción funcionaba mal y en aquel momento no me hizo mucha gracia, porque me pregunté si no querría decir que ojalá hubiese detenido la bala que lo abatió. No lo sé. Supongo que nunca lo sabré.

No dije nada.

Empezó a remover enérgicamente el tabaco. Frank tenía un chisme de acero para removerlo. Atendía a aquella pipa como un maquinista escocés la caldera de un viejo y querido barco de cabotaje. Y eso le daba tiempo para pensar lo que iba a decir.

—Nunca me lo comunicaron oficialmente, por supuesto. A mí me parecía divertido esa tremenda ostentación que hacía Bret de ser inglés. Y luego le hieren y se lo llevan a Estados Unidos —nueva pausa—. Como te digo, Bret no murió oficialmente. Desapareció.

—Como un viejo soldado —apostillé.

—¿Cómo? Ah, sí, ya te entiendo.

Luego, la conversación derivó hacia otros temas. Le pregunté por su hijo, piloto de unas líneas aéreas, que poco tiempo atrás había pasado de la British Airways a una compañía de vuelos nacionales. Ahora volaba en aviones más pequeños en trayectos más cortos, pero estaba con su mujer casi todas las noches y además ganaba más. En los buenos tiempos el hijo de Frank volaba con frecuencia a Berlín, pero ahora ya no entraba en sus rutas y Frank me confesó que lo echaba de menos.

Miré a mi alrededor. La casa estaba muy bien mantenida, pero era un lugar excesivamente grande para un hombre solo. Recordé cómo, hacía muchos años, Frank me había dicho que el matrimonio no compaginaba bien con los que trabajaban «en esta clase de asuntos... a las mujeres no les gustan los secretos en que ellas no intervienen». Desde entonces no había dejado de pensarlo.

Luego me preguntó por nuestros mutuos amigos en Washington y, después de hablar de algunos, le dije:

¿Te acuerdas de Jim Prettyman?

—¿Prettyman? No —me respondió con sinceridad.

Luego, me preguntó si todo iba bien entre Gloria y yo.

Le dije que sí, porque el creciente temor que sentía de contar demasiado con ella me pareció excesivamente trivial y pueril para mencionarlo.

—¿No piensas en volver a casarte? —inquirió.

—No puedo casarme —le recordé—. Sigo legalmente casado con Fiona, ¿no?

—Claro.

—Tengo el nefasto presentimiento de que va a reclamar de nuevo la custodia de los niños —dije.

No había pensado en decírselo, pero había llegado a un punto en que tenía que decírselo a alguien.

—Espero que no lo haga, Bernard.

—He tenido una carta formal de mi suegro, pidiéndome ver a los niños con asiduidad.

—¿Y crees que está en contacto con Fiona? —inquirió tras quitarse la pipa de la boca.

—No pienso hacerle caso; es un cabrón con dos caras.

—No presentes batalla a medias, Bernard. ¿Qué opina Gloria?

—Aún no le he dicho nada.

—Bernard, eres burro. Debes dejar de seguir tratándola como si fuese subnormal. Su punto de vista cuenta, Bernard.

—Tienes razón —contesté.

—Claro que sí. Deja de reconcomerte y habla con ella. Ella debería conocer ya a los niños.

—Tengo que irme, Frank —dije—. Ha sido como en los buenos tiempos.

—Me alegro de que te hayas quedado a cenar. Ojalá hubiera sabido que venías para haberte ofrecido una comida decente.

—Ha sido muy casera —contesté.

—¿Tienes coche? —inquirió.

—Sí, gracias.

—No alquiles coches en el aeropuerto. No es buena medida de seguridad.

—Imagino que tienes razón —dije.

Ahora la pipa ardía de lo lindo y el humo era tan denso que Frank la fumaba con los ojos entornados.

—¿Estás en casa de frau Hennig?

Siempre la llamaba frau Hennig. No creo que la apreciase mucho, pero ocultaba sus sentimientos respecto a ella como en otras tantas cosas.

—Sí —contesté y con el rabillo del ojo ví que Tarrant se deslizaba en el salón con el ceño fruncido.

El veterano criado de Frank aparecía siempre como el fantasma del padre de Hamlet. Juraría que escuchaba detrás de las puertas. Si no, ¿cómo era posible que apareciese en el momento exacto, oportuno o inoportuno?

—El coronel Hampshire ha telefoneado para decir que el cuartel general ha ganado el torneo —dijo al volverse Frank hacia él.

—Bridge —dijo Frank sonriente, quitándose la pipa de la boca, al ver mi mirada interrogante.

Así que había obligado a Frank a abstenerse de una final de *bridge* en el club de oficiales. Con toda evidencia, lo que habíamos comido era la cena de Tarrant. Pero las apariencias podían engañar, porque las pobladas cejas de Tarrant siempre estaban amenazadoramente fruncidas como si fuese un toro a punto de embestir. Quizá no estuviese hambriento y resentido, sino simplemente borracho.

—Gracias, Tarrant. Puedes acostarte. Yo despediré al señor Samson.

—Muy bien, señor.

—No te vayas —me dijo Frank—. Abrimos una botella de oporto y nos corremos una juerga.

La selección de oportos de reserva de Frank siempre era una tentación, pero no acepté.

—Tengo que aparecer antes de que Lisl se acueste —dije mirando el reloj.

—¿Y qué hora es?

—Bastante tarde —contesté.

—¿Te has enterado de que va a cerrar?

—¿El hotel? Pues no exactamente. Werner me escribió una de sus notas crípticas, pero eso es lo único que decía.

—Es demasiado para ella —añadió Frank—, y la maldita servidumbre que tiene sólo aparece cuando quiere.

—No te referirás a Klara...

Klara era la criada de Lisl Hennig de toda la vida.

—No, Klara no, desde luego. Pero Klara es ya muy vieja. Son un par de ancianas. Las dos deberían estar en un asilo y no arrostrando los problemas de un hotel decrepito.

—¿Qué piensa hacer Lisl?

—Si hace caso de lo que todos la aconsejan, vender.

—Pero está hipotecado —alegué.

—Conozco bien la mentalidad de los directores de banco —dijo revolviendo la pipa— y seguro que no le han prestado ni la mitad de lo que vale en el mercado.

—Seguro que estás en lo cierto.

—Le quedará dinero suficiente para vivir a gusto sus últimos años.

—Pero la casa significa mucho para ella.

—No puede tener las dos cosas —replicó Frank.

—No me veo viniendo a Berlín sin poder ir a casa de Lisl —dije egoísta.

Mi padre se había alojado en la casa y, finalmente, mi madre me había llevado allí. Y los tres habíamos vivido desde que yo era un escolar hasta mi juventud. Para mí todos los cuartos, todos los muebles, hasta las gastadas alfombras, encerraban recuerdos. Imagino que por eso no me gustaba nada de lo que hacían por renovarla. Era mi museo nostálgico privado y la idea de que me lo quitasen me aterraba. Era como si alguien me arrebatase recuerdos de mi padre.

—¿Y una copita? —dijo Frank, dejando la pipa en el cenicero con reverencial cuidado y dirigiéndose al carrito de bebidas—. De todos modos voy a abrir la botella.

—Bien, de acuerdo —respondí cambiando de idea y volviéndome a sentar mientras él me servía un vaso de oporto—. La última vez que me alojé en casa de Lisl sólo tenía ocupadas tres habitaciones.

—Y eso no es lo peor —contestó Frank—. El médico dice que es demasiado trabajo para ella. A Werner le advirtió que no le daba más de seis meses de vida si no guarda descanso absoluto.

—Pobre Lisl.

—Sí, pobre Lisl —repitió él alargándome un vaso rebosante de oporto. Había un tono mordaz en su voz, pues generalmente la llamaba frau Hennig.

—Ya sé que a ti nunca te gustó —dije.

—Vamos, Bernard. No es cierto —replicó cogiendo su pipa y volviéndola a encender.

—¿Ah, no?

—Yo decía que era nazi —añadió recatado y sonriente para ocultar su hipocresía.

—Qué tontería.

Para mí era como una segunda madre. Y a pesar de que Frank fuese como un segundo padre, no iba a admitirle una generalización tan lesiva para con ella.

—Los Hennig eran unos arribistas en la época de Hitler —replicó él—. Su marido estaba afiliado al partido y muchas de las amistades que tenía ella eran muy sospechosas.

—¿Por ejemplo?

—No seas tan suspicaz, Bernard. Lisl y sus amistades eran entusiastas partidarios de Hitler hasta el momento en que el ejército rojo izó su bandera en la puerta de Brandeburgo —dijo dando un trago—. Y aun a partir de entonces lo único que aprendió es a guardar para sí sus opiniones políticas.

—Puede ser —dije a regañadientes.

Era cierto que Lisl siempre había sabido captar cualquier fallo del socialismo.

—Y ese Lothar Koch... Bueno, ya hemos hablado de esto antes.

Frank estaba convencido de que Lothar Koch, un viejo amigo de Lisl, tenía antecedentes nazis. Uno de sus amigos alemanes decía que Koch era de la Gestapo, pero siempre circulaban historias sobre gente que era de la Gestapo, y Frank decía lo mismo de otros muchos. A veces se me ocurría que

Frank dedicaba más tiempo a preocuparse de los nazis que de los rusos. Pero eso era algo común en muchos veteranos.

—Lothar Koch era un simple funcionario —dije, apurando el vaso y levantándome—. Y tú eres un romántico, Frank; eso es lo que te pierde. Sigues pensando en que se va a descubrir a Martin Bormann ayudando a Hitler a escribir sus memorias en una choza de la jungla.

Sin dejar de fumar su pipa, Frank se puso en pie y me dirigió una de sus sonrisas «ya nos veremos un día». Al llegar a la puerta me dijo:

—Acusaré recibo del memorándum de Dicky por télex, y mañana por la tarde nos reunimos para que tú le des una respuesta verbal. ¿Te parece bien?

—¡Estupendo! Quería tener un día de turista —contesté.

Asintió con la cabeza, perfectamente consciente pero sin entusiasmo. Frank no aprobaba algunas de mis amistades de Berlín.

—Me lo imaginaba —dijo.

Era casi la una y media cuando llegué al hotelito de Lisl Hennig. Había convenido en que Klara dejase la puerta abierta. Me deslicé escaleras arriba bajo los mutilados querubines, amarillentos y llenos de telarañas. Una lamparita con pantalla en el bar arrojaba su escasa luz sobre el suelo de *parquet* del salón, en el que los enormes espejos barrocos —manchados y moteados— reflejaban mortecinos las mesas dispuestas para el desayuno.

La despensa junto a la escalera de atrás había sido transformada en dormitorio para Lisl Hennig con objeto de evitarle el tormento que suponía la escalera para su artritis. Bajo la puerta se filtraba una raya de luz amarillenta y se oía un curioso zumbido intermitente. Llamé suavemente.

—Pasa, Bernard —dijo, sin que en su voz se advirtiese la debilidad que yo esperaba.

Estaba sentada en la cama, con su eterno aspecto alegre, recostada en almohadas y cojines y la colcha roja y verde llena de periódicos. Leer periódicos era su obsesión.

Las lámparas con pantalla de pergamino daban una luz rica y dorada, creando un halo en su despeinado cabello. Tenía en su mano una cajita de plástico que pulsaba de vez en cuando.

—¡Mira esto, Bernard! ¡Fíjate!

Volvió a manipular la cajita y a mis espaldas oí un fuerte zumbido acompañado de un traqueteo metálico. Me sobresalté y ella se echó a reír.

—Fíjate, Bernard. ¡Cuidado! ¿Verdad que es una maravilla? —exclamó encantada.

Me aparté de un salto para evitar un *jeep* color oliva que rodaba por la alfombra, pero el juguete giró y siguió hacia la chimenea, chocando con fuerza contra el guardafuego de latón y dando la vuelta para cruzar de nuevo el cuarto como una exhalación, con la antena oscilando.

Lisl estaba casi histérica de gozo manipulando el control por radio del juguete.

—Bern, ¿habías visto una cosa así?

—No —respondí, por no decirle que las tiendas de Occidente estaban atestadas de juguetitos parecidos.

—Es para el hijo del sobrino de Klara —dijo, aunque sin explicarme por qué estaba ella jugando con él a semejante hora.

Dejó la cajita de control junto a un vaso de vino en la mesilla, en donde tenía al alcance de la mano el gramófono y un montón de discos viejos de 78 revoluciones.

—¡Dame un beso, Bernard! —ordenó.

Rescaté el *jeep* de juguete de la arruga de la alfombra que lo había detenido y le di con afecto un beso y un abrazo. Olía a rapé; una mezcla muy fuerte con la que había perfumado el embozo. La idea de que aquella loca anciana fuese a desaparecer resultaba terrible. La quería tanto como a mi madre.

—¿Cómo has entrado? —inquirió mirándome. Yo retrocedí mientras buscaba una respuesta, mientras ella se ponía las gafas para ver mejor—. ¿Cómo has entrado?

—Pues...

—¿A que esa desdichada ha dejado la puerta sin echar el pestillo...? Las veces que le habré dicho que pueden asesinarnos en la cama —dijo golpeando el periódico con los dedos abiertos, provocando un ruido sordo—. ¿Es que no lee los periódicos? Actualmente, en esta ciudad matan a la gente por diez marcos... ¡monstruos!, ¡heroinómanos!, ¡pervertidos!, y criminales violentos de todas clases. ¡Basta con alejarse cien metros de la Ku-Damm y los ves paseando de arriba abajo! ¿Cómo puede dejar la puerta abierta? Le dije que se quedase levantada hasta que llegases. ¡Será estúpida!

La estúpida tenía casi la edad de Lisl y estaría de pie al rayar el alba repartiendo los panecillos del desayuno, haciendo el café, cortando las salchichas y el queso y cocinando los huevos, elemento consustancial al

desayuno alemán. Klara merecía dormir, pero no se lo dije a Lisl. Era mejor dejarla desahogarse.

—¿Dónde has estado?

—Cenando con Frank.

—Frank Harrington. ¡Menuda víbora!

—¿Qué te ha hecho Frank?

—Ah, claro, es inglés y tienes que defenderle.

—No lo defiendo, pero no sé qué ha hecho para molestarte —repliqué.

—Es pura dulzura cuando quiere algo, pero sólo piensa en sí mismo. Es un cerdo.

—¿Qué te ha hecho Frank? —insistí.

—¿Quieres beber algo?

—No, Lisl. Gracias.

Tranquilizada, dio un sorbo del jerez, o lo que fuese, y dijo:

—En la doble suite del primer piso pusieron hace un año o dos un cuarto de baño nuevo. Es precioso; igual que el de cualquier hotel de Berlín.

—Pero Frank tiene una casa hermosa, Lisl.

Hizo un gesto con la mano como desautorizando mi afirmación.

—De sir Clevemore. Él se alojó aquí hace tiempo, cuando estaba tu padre. Eso antes de que le hicieran «sir», y ahora también le encantaría vivir aquí. Lo sé.

—¿Sir Henry?

—Clevemore.

—Ah, sí.

—Frank le consiguió una suite en el Kempf. Imagínate el gasto. Aquí habría estado más a gusto. Lo sé.

—¿De cuándo hablas?

—De hace un mes... o dos. Nada más.

—Debes de estar equivocada. Sir Henry lleva enfermo casi seis meses. Y en Berlín no ha estado desde hace unos cinco años.

—Klara le vio en el vestíbulo del Kempf. Tiene una amiga que trabaja allí.

—No sería sir Henry. Ya te digo que está enfermo.

—No seas tan obstinado, Bernd. Klara habló con él y él la reconoció. Me enfadé mucho y pensaba telefonear a Frank Harrington, pero Klara me disuadió.

—Klara se equivoca —dije.

No quise añadir que era el clásico cuento, invención de Klara para pinchar a su déspota e irritante patrona.

—Es una suite preciosa —prosiguió ella—. Tú no lo has visto ese cuarto de baño, con su bidé, agua caliente con control termostático y paredes de espejo. Es precioso.

—Bueno, no era sir Henry —repliqué—. Así que por eso no te preocupes. Si sir Henry viniese a Berlín, yo me enteraría.

—¿Cómo te ibas a enterar? —insistió ella, con una sonrisa de oreja a oreja, encantada de sorprenderme en una contradicción, ya que yo siempre había mantenido la ficción de trabajar para una empresa farmacéutica.

—Yo de esas cosas me entero —contesté a la buena de Dios.

—Buenas noches, Bernd —dijo sin dejar de sonreír. Volví a darle un beso y subí a acostarme.

Nada más poner el pie en el primer escalón oí un estruendo. Una orquesta de Dixieland, con muchos instrumentos de metal, interpretando *I'm forever blowing bubbles*. Era atronador. No me extrañaba que el hotel de Lisl estuviera medio vacío.

Me alojaba en mi habitual cuarto de la buhardilla en lo alto de la casa. Era la habitación que tenía de niño; pequeña y con vistas a la parte de atrás y al patio. Era fría en aquella época del año y el agua caliente ya no llegaba eficazmente a aquella altura, por lo que el enorme radiador sólo estaba tibio. Pero la irreductible Klara me había puesto una botella de agua caliente en las crujientes sábanas y me metí en la cama contento.

Quizá habría debido ser más moderado tomando café en casa de Frank, pues estuve horas despierto pensando en Fiona que seguramente estaría cómodamente acostada a unas manzanas de allí. ¿Dormiría sola o acompañada? Un alud de recuerdos inundó mi mente, pero me esforcé por pensar en otras cosas. En Lisl y en lo que sería de la vieja casa después que la vendiera. Era un buen emplazamiento, tan cerca de la Ku-Damm. Cualquier especulador haría lo que es habitual en todas partes: echar a los vecinos y las familias de las tiendas y los viejos restaurantes y derribarlo todo para construir un feo edificio de oficinas de cemento y vidrio que procurase alquileres caros y buenos impuestos para el estado. Era una perspectiva deprimente.

Y pensé en la provocadora historia de Klara a propósito de la presencia del director general en el hotel Kempinski. Era absurdo por una serie de motivos. Primero, el director general llevaba enfermo meses. Segundo, detestaba viajar fuera de Inglaterra. El único viaje oficial que había hecho, aparte de la extraña conferencia en Washington DC, había sido al Lejano Oriente. Por lo que yo recordaba, sir Henry no había estado en Berlín hacía

por lo menos cinco años. Y, tercero, si hubiese venido a Berlín, no se habría alojado en un hotel importante, sino que se habría hospedado en casa de Frank; o, si era en misión oficial, habría sido huésped del comandante en jefe de las fuerzas británicas. Pero en lo que realmente sonaba falsa la historia de Klara era en el detalle de que el director general la había reconocido. Él era incapaz de recordar el nombre de su propio perro labrador sin que se lo apuntase su fiel ayudante Morgan.

Quería dormir, pero no me venía el sueño. Tenía muchas cosas en que pensar. Y no podía borrar de mi imaginación el detalle de la premura con que Frank había negado conocer a Jim Prettyman. No había titubeado o vacilado, ni me había preguntado por qué lo mencionaba. Había sido un no tajante para cambiar de tema. No era normal que Frank se mostrase tan poco curioso. Ni Frank ni nadie.

6

—LE dije a Willi que no pusiese ahí esa maldita máquina —dijo Werner levantando la vista del enorme plato de estofado y mirando a los dos cirujanos de bata blanca que hurgaban con sus destornilladores en las entrañas de un viejo tocadiscos automático que con toda evidencia había sido enmudecido a patadas.

Willi Leuchsner, el propietario, lo contemplaba con el rostro acongojado de un pariente en duelo. Por lo visto, ciertos aficionados a la música pop de los que frecuentaban el local a última hora votaban con los pies.

Estábamos en una de las mesas junto a la ventana. De niños estábamos firmemente convencidos de que a la gente que se acomoda en los asientos junto a las ventanas les ponen raciones mayores para atraer a los que pasan ante el establecimiento. Sigo sin saber si es verdad o no, pero lo cierto es que no era algo que ninguno de los dos nos arriesgásemos a comprobar.

—No puedes fiarte de los críticos musicales —dije—. Toscanini se lo habría dicho.

—Seguro que esa máquina no está asegurada —dijo Werner. Era una persona con esa clase de mentalidad que sólo se activa en función de gastos, porcentajes, tasas de interés, riesgos y seguros.

—La compró de oferta —dije—. Willi pensó que atraería a más juventud.

—Y de los jóvenes sin un céntimo iba a sacar mucho dinero, ¿no? —replicó Werner irónico—. Debería de estar contento de que no viniesen, en lugar de buscar un medio para atraerlos.

Aun dada nuestra vieja amistad, Werner no dejaba de sorprenderme. Era su manida opinión de que la delincuencia juvenil es imputable a la tele, a los hijos sin padre, al paro o a un exceso de azúcar en la dieta. ¿Era aquella nueva postura reaccionaria ante los jóvenes, señal de que Werner se hacía viejo, como lo había sido yo toda la vida?

Werner se ganaba la vida como avalista. Esto es: financiando exportaciones de Europa oriental a Occidente con las divisas fuertes que

podiese encontrar donde fuera. Pagaba fuertes intereses y vivía al día. Era un modo arduo de ganarse la vida, pero Werner parecía crecerse ante los riesgos y dificultades de aquel curioso remanso de las finanzas internacionales. Al igual que muchos competidores, carecía de experiencia bancaria y su formación no pasaba del juego de manos adquirido en el manejo de una calculadora japonesa.

—Creí que te gustaba la juventud, Werner —comenté.

Me miró con el ceño fruncido. Siempre me acusaba de ser intolerante y de mentalidad cerrada, pero en el asunto de mantener libre de jóvenes los sitios que frecuentábamos, era de su opinión, igual que muchos berlineses. No hay que alejarse mucho de Postdamer Strasse para empezar a pensar que el servicio militar obligatorio para los jovencitos es una buena idea.

Aquel día había algo distinto en Werner. No era su nueva barba —una barba entera con bigote— que cuando le creciera del todo le conferiría aspecto de magnate cervecero eduardiano o de socio de sir Basil Zaharoff. No era que hubiese engordado a ojos vistas, porque siempre ganaba peso entre sus voluntariosos regímenes de adelgazamiento; ni tampoco el hecho de que hubiese llegado absurdamente antes de la hora a la cita. Pero estaba más inquieto de lo habitual. Mientras esperaba que le sirvieran la comida había estado jugando con el salero y el pimentero, tirándose del lóbulo de las orejas, pellizcándose la nariz y mirando por la ventana como si pensase en otra cosa. Me pregunté si no estaría pensando en otra cita, pues aquel atuendo de traje con camisa de seda no era lo más apropiado para el sitio en que comíamos.

Estábamos en Leuchner's, un antiguo café cerca de Postdamerplatz, que antes estaba de moda. Ahora estaba destartado y casi vacío. Llevaba así varios años, pues la enorme explanada de la Postdamerplatz —antaño el lugar de mayor densidad de tráfico de Europa— era ahora un lugar silencioso y tranquilo en el que las patrullas de centinelas caminaban constantemente entre las alambradas y, con compasión que no hacían extensiva a sus compatriotas, se preocupaban de sujetar a los perros entrenados para atacar para que no echasen a correr a los campos minados. Luego, conforme se fue estancando el barrio, el café Leuchsner se transformó en uno de esos locales en los que la gente habla con cautela a los desconocidos y la policía entra cada dos por tres a pedir la documentación.

En otros tiempos se alzaban allí hoteles de lujo, cercanos a la estación terminal de Anhalter, la mayor del mundo. Los carteles en el museo señalan la entrada diaria de ciento cuarenta y cinco trenes, ochenta y dos de ellos expresos de lujo de largo recorrido, con sus vagones bar, coches cama y

restaurante. Por debajo de la calle, a través de un túnel especialmente construido, los mozos cargaban con baúles transatlánticos y maletas de piel de cerdo y cocodrilo, y los impecables botones conducían a los recién llegados pasajeros, por debajo de la barahúnda del tráfico, hasta el lujoso vestíbulo del famoso hotel Excelsior. Alojados allí, se encontraban adecuadamente próximos a las elegantes tiendas de Leipziger Strasse, las embajadas, los palacios y mansiones que bordeaban el Tiergarten^[2] y cercanos a los edificios gubernamentales del flamante Reich alemán y el palacio del emperador. Durante el día, el tráfico era incesante y la vida nocturna continuaba hasta la hora del desayuno, gratuito para aquellos lujosos jaraneros.

Ahora nada queda de la estación Anhalter, salvo una gran nave de ladrillo amarillo avejentado que corresponde al antiguo vestíbulo de taquillas. En verano se la ve acosada por una maraña de yerbajos. Tras ella, como Werner y yo descubrimos cuando éramos escolares, hay una inmensa tierra de nadie de raíles oxidados, cocheras circulares derrumbadas, esqueletos de vagones viejos y postes de señalización con manivelas completas del cambio de agujas. Nadie ha salido por aquí desde que el último tren partió para Magdeburgo en abril de 1945. Todo esto está vacío, con excepción de algunos vagabundos y fugitivos que se guarecen por la noche en los arruinados edificios, pero que los encuentran inhóspitos aun para sus parcas necesidades.

Mugriento y descuidado, es un barrio de edificios bombardeados y abandonados, fachadas sin tejado que se asemejan a un falso decorado cinematográfico, de no ser por la suciedad. Ahora este lugar, que otrora fuese el centro de Europa, no es nada. Sólo un sitio de paso por el que el tráfico se apresura hacia las oficinas de los periódicos en Kochstrasse, o hacia el punto de control Charlie, que se halla próximo a esta vía pública llena de basura que circunda el Muro.

Pero el café Leuchsner sigue allí. Willi Leuchsner, pese al tropiezo de instalar un tocadiscos automático, sabe servir una buena caña de fuerte cerveza berlinesa y su esposa austríaca sigue preparando una vez por semana el mejor tafelspitz de la ciudad. El tierno estofado de buey lo sirven con pequeñas bolas de patata y col de un solo hervor con semillas de alcaravea para darle sabor.

Cuando Werner concluyó su copiosa ración de estofado, era el momento de atacar nuevamente el asunto por el que había venido a hablar con él.

—Bueno, he encontrado estupendamente a Lisl —dije.

—Porque sólo la has visto cinco minutos —contestó, rebañando del plato los últimos trozos de rábanos picantes con un trozo de pan. A él no le

afectaban como a mí aquellos fuertes rábanos de frau Leuchsner.

—Esta mañana dormía y no quise molestarla —repliqué, volviendo a pinchar con el tenedor el rabanito que había dejado y llevándomelo seguidamente a la boca. Era muy picante.

—Es una imbécil —dijo Werner en un súbito paroxismo de inhabitual amargura, indicio de su desengaño—. El médico le ha dicho mil veces que adelgace y se tome las cosas con tranquilidad. Y ella bebe, fuma, se excita, discute y pierde los estribos. Es absurdo.

Quizá lo que modulaba sus diatribas no era amargura sino pena.

—¿Dices que sufrió un infarto?

—En el hospital no pudieron determinarlo seguro por los resultados de los exámenes —contestó llevándose a la boca y masticando el último trozo de pan—, pero, en cualquier caso, debe guardar descanso absoluto.

—¿Quién va a hacer los trámites para vender la casa? —aunque hubiera sido capaz de decirlo, comprendí que implicaba una ardua tarea. Había que ver a los agentes de la propiedad, ir al banco, consultar a un abogado, un experto en impuestos, además de los ingentes formularios y las pequeñas gestiones burocráticas que convierten una simple transacción en una pesadilla—. Sería mejor si pudiésemos convencerla de que se marchase fuera hasta que todo estuviese arreglado. Siempre ha hablado de tomarse unas vacaciones en Baden algún día.

Werner me miró con una sonrisita aviesa.

—¿Y quién de los dos va a explicarle a Lisl todo eso? —inquirió.

Willi Leuchsner se acercó a la mesa para recoger los platos.

—¿Qué más vais a tomar? ¿Pudding de pan?

Willi tenía mi edad, pero ya estaba calvo, y el rizado bigote que se había dejado en broma estaba ya encanecido y amarillo de nicotina.

Siempre nos tuteaba, porque los tres habíamos ido al colegio juntos y nos entendíamos entre nosotros mejor que con nuestras respectivas mujeres. En mi caso, mejor de lo que yo me entendía con la mía. Willi sabía de sobra que Werner y yo podíamos comer una barbaridad de la receta de guerra que frau Leuchsner había elevado a la dignidad de alta cocina gracias a la adición de huevos y nata, y no esperó una respuesta. Limpió la mesa de fórmica con un paño y amontonó encima de los platos el bote de mostaza con los vasos de cerveza y los cubiertos con la maestría de un experto. El padre de Willi había sido un *maître* imponente al mando de una docena de camareros en esmoquin, con ayudantes de chaqueta blanca. Y ahora, Willi y su hermano sólo contaban

con un par de prófugos, y los dos jóvenes había mañanas que llegaban con ojos vidriosos y tiritando.

—Sé lo que estás pensando, Werner —dije una vez que Willi nos hubo dejado.

—¿Y qué estoy pensando? —preguntó mirando por el ventanal la calle casi desierta.

La nieve del día anterior había desaparecido, pero la temperatura era más baja y a cualquier berlinés no se le escapaba que aquel cielo gris encapotado traería más nieve.

—Piensas que para mí es muy fácil venir a dar una vuelta a la ciudad, hablar de Lisl y luego dejar que tú hagas todo lo que hay que hacer.

—Para ti es distinto, Bernie —respondió—. Lisl es un problema mío, no tuyo.

—Sólo nos tiene a nosotros —repliqué—. Lo que haya que hacer, lo haremos los dos. Pediré permiso —Werner asintió con la cabeza como entristecido y opté por ir al grano—. Vender la casa no resultará difícil, pero tendré que buscarle un sitio a Lisl. Un lugar que le guste —añadí ambiguamente.

—Yo soy judío —dijo de pronto Werner—. Nací durante la guerra y me llamo Jacob como mi abuelo, pero me pusieron Werner porque suena más ario. Lisl escondió a mis padres y no les cobró nada; ellos no tenían dinero y ella arriesgó su vida. Los nazis enviaban a la gente a campos de concentración por mucho menos. No sé por qué corrió ese riesgo; a veces me pregunto si yo haría lo que ella hizo para ayudar a unos desconocidos en situación similar y, a decir verdad, no lo sé. El caso es que Lisl los escondió y me escondió a mí cuando nació. Y al morir mis padres, Lisl me crió como si fuera hijo suyo. ¿Lo entiendes ahora?

—Lo haremos juntos —dije.

—¿Haremos qué?

—Vender la casa. Enviamos a Lisl a una residencia agradable. Y a Klara también.

—¿Estás loco? A ella no lograrás sacarla nunca de esa casa.

Le miré y ví que mostraba aquella expresión inescrutable que ya tenía de niño.

—¿Es que pretendes decir que van a tirar la casa con ella dentro?

—Voy a hacerme cargo yo del hotel —respondió Werner, mirándome a la defensiva como si yo fuese a oponerme radicalmente o a soltar la carcajada.

—¿Te vas a encargar del hotel?

Ante mi perplejidad se puso a la defensiva.

—Yo me he criado con ella, ¿no? Yo le llevaba la contabilidad. Sé cómo se hace.

—No te dejaré que cambies nada —le advertí.

—Lo llevaré a mi manera —respondió despacio.

Aquella máscara edulcorada podía hacer olvidar la dureza interna, pero Werner podía ser irreductible.

—¿Y lo harás rentable?

—Bastará con que cubra gastos.

—¿Y tu propio trabajo de avalista?

—Voy a dejarlo.

—Más vale que te lo pienses, Werner —dije alarmado pensando en las consecuencias.

—Estoy decidido.

—¿Y dónde vas a vivir?

Sonrió al ver mi consternación; quizá fuese para él la única forma de demostrar su agradecimiento y lo estuviese deseando.

—En una de las habitaciones de arriba. Voy a dejar mi apartamento.

—¿Y Zena? —inquirí.

No me imaginaba a su joven y *esnob* esposa adaptándose a vivir en una habitación de arriba en casa de Lisl, aunque fuese la suite reformada con cuarto de baño de la que Lisl se sentía tan ufana.

—A Zena le cuesta entenderlo —respondió.

—Me lo imagino.

—Zena dice que no tiene ninguna deuda con Lisl, y en cierto modo tiene razón —añadió entristecido.

—En la riqueza y en la pobreza... ¿O es distinto ahora con el feminismo?

—Me gustaría que conocieses mejor a Zena. No es egoísta. No tan egoísta como tú piensas —añadió corrigiéndose al darse cuenta de lo que estaba afirmando.

—Bien, ¿y qué va a hacer Zena?

—Se quedará en el apartamento de Dahlen. Y es razonable, si piensa uno en los muebles que tenemos allí. No podríamos trasladarlos a casa de Lisl, ¿no crees?

—Es un gran paso, Werner.

Iba a dejar su trabajo, su apartamento de lujo y, por lo que decía, iba a perder a su mujer. Ya la había perdido, porque la fidelidad de Zena hacia

Werner no era precisamente tema de sonetos. De coplillas puede que sí. Supongo que por eso yo la detestaba tanto.

—No hay otra opción, Bernie. Es lo menos que puedo hacer por Lisl si no quiero que se me caiga la cara de vergüenza.

Le miré. Werner era una buena persona. Tal vez la única buena persona auténtica que yo conocía.

—Tienes razón, Werner. Es lo menos que puedes hacer.

No podía decirle otra cosa.

—A lo mejor sale muy bien —dijo él, tratando desesperadamente de ver el lado positivo—. Si logramos más reservas en vacaciones, podré pagar la hipoteca. Voy a ponerme en contacto con agencias de viajes.

Parecía decirlo en serio. ¿No sabía que las agencias de viajes sólo quieren simples cajas de zapatos de 200 habitaciones, dirigidas por quinceañeros fracasados en el bachillerato que no hablan ningún idioma civilizado? ¿Qué iba a hacer una agencia de viajes con un pequeño hotel confortable dirigido por personas?

—Buena idea, Werner —le dije.

—Naturalmente que no puedo dejar mi negocio de un día para otro —añadió—, porque tengo operaciones pendientes.

—¿Con qué frecuencia vas actualmente allí? —inquirí.

El negocio de Werner requería gestiones periódicas ante los funcionarios de la RDA en Berlín Este. No le pregunté si seguía informando a los nuestros en la oficina de Frank. Era mejor no enterarme.

—Ahora no tanto. Muchas veces puedo arreglar por teléfono las gestiones previas.

—¿Están mejor las cosas?

—Mejor no: diferentes. Tienen mejor tapadera que antes y entienden mejor qué es lo que molesta a la prensa occidental.

Era un crudo veredicto viniendo de Werner, que siempre procuraba ser objetivo en aquellos comentarios espontáneos sobre el Este.

—¿Qué tal va ahora en Normannenstrasse?

—Están muy contentos —respondió.

—Explícate.

—Los alemanes del Este encabezan la lista del hit parade en Moscú. Praga ya no es la punta de lanza de la penetración soviética en Occidente, y nuestros amigos de Normannenstrasse se frotan las manos de alegría.

—Me han dicho que al Stasi le estaban dando una buena movida.

—Se van deshaciendo uno por uno de las viejas capillitas. Lo mismo que en la administración. Actualmente es una organización más reducida y mejor.

—De acuerdo.

—Por supuesto, el KGB los controla cada día más. Si las cosas no van bien, Moscú se les queja.

—¿Has oído algo de ese Erich Stinnes?

—Es el enlace de Moscú. Ha tenido un buen ascenso.

—¿Stinnes?

—El KGB está en alza y no les escatiman recursos financieros. Mientras, los norteamericanos siguen dirigiendo su red desde las embajadas, y todas las embajadas estadounidenses están «pinchadas» desde el sótano hasta el tejado. Nunca aprenden.

—¿Interviene mi esposa en la reorganización? —inquirí.

—¿No estamos hablando de eso? —replicó Werner—. Ella te ayudó en el «Informe de Estructura», ¿no?

No contesté. Hacía siglos que muchos habían dicho que nuestra red tenía que organizarse totalmente al margen de las embajadas y las representaciones diplomáticas. Y yo había dedicado mucho tiempo a redactar un informe sobre el tema, al pie del cual Dicky Cruyer había puesto muy ufano su firma. Muchos, yo incluido, opinaban que iba a motivar un buen ascenso para Dicky. Era el mejor trabajo de esa clase que yo había hecho y estaba orgulloso de ello. Algunos decían que, inevitablemente, provocaría la reorganización. Pero no contábamos con Asuntos Exteriores. Ya nos costó trabajo que el director general lo presentase, y cuando los mandarines del Foreign Office lo leyeron, se enfurecieron tanto, que tembló todo el edificio. El Servicio Secreto de Inteligencia tenía que seguir formando parte de Asuntos Exteriores y sus informes, considerados al mismo nivel que los de una embajada tipo medio en África. Nuestras oficinas tenían que seguir dentro de las embajadas y si eso significaba que todo el mundo sabía dónde encontrarnos, ¡mala suerte, chicos! Era un caso frustrante. Y Fiona lo conocía bien.

Continuamos sentados en silencio, mirando la calle por la que discurría veloz el tráfico y que algunos peatones se disponían a cruzar encogidos bajo el viento helado.

—Está lo de la herencia —dije finalmente, imaginando que los dos habíamos estado pensando en Lisl todo aquel rato.

—¿Del hotel? —replicó Werner.

—Puedes pasarte trabajando hasta el fin de tus días y luego resulta que lo ha dejado en herencia a una residencia de perros.

—¿Una residencia de perros? —inquirió Werner perplejo.

Claro, era algo estrictamente inglés: no era muy probable que las ancianas alemanas dejaran sus bienes para la beneficencia de canes indeseados.

—A alguna asociación de caridad —añadí.

—No lo hago por quedarme con la casa —replicó Werner.

—No te sulfures —contesté—, pero a veces conviene dejar las cosas bien sentadas antes de embarcarse.

—No seas tonto, Bernie. ¿Cómo voy a sentarme con Lisl para decirle que haga testamento a mi nombre?

No me molesté en contestar por encima del repentino bramido de sonido discordante que llegó del tocadiscos automático. Finalmente, al cabo de unos compases, el mecánico lo desconectó y comenzó a montar las tapas de colorines.

—No tiene familia, ¿verdad?

—La tenía —contestó Werner—. Tenía una hermana que murió en la guerra y otra, Inge Winter, más vieja que Lisl. Vivía en Francia. No tenía hijos, y seguramente habrá muerto. Lisl dice que la conocí en una ocasión en que vino a Berlín, pero yo no me acuerdo. Ella tiene algún derecho a la casa. Lisl me dijo en cierta ocasión que su padre se la había dejado a las dos hermanas y, aunque sólo Lisl quería vivir en ella, la mitad era de Inge Winter. Y, aparte de la hermana, podría haber familiares del último marido de Lisl: Erich. Tengo que volver a hablar con ella.

—Si Lisl dice que la casa era de la hermana, ésta debe ser signataria de la hipoteca del banco.

—Lo sé —respondió Werner restregándose el bigote—. No sé yo si la hermana no vendría a Berlín por eso.

—Es mejor que te enteres en el banco —dije.

—El banco no me dirá nada sin autorización de Lisl —contestó volviéndose a restregar el bigote—. Me pica —añadió.

—Pues habrá que enterarse —repliqué—. Le preguntaré a Lisl.

—No se te ocurra —me atajó él—, porque lo estropearías todo. Tiene que parecer como si yo quisiera hacerme cargo del hotel. Tiene que parecer como si ella me hiciera un favor. ¿Lo ves claro?

Tardé un buen rato en asentir con la cabeza. Werner tenía razón. Debía de haberse pasado muchas noches en blanco planeándolo.

—¿Quieres que averigüe si vive la hermana?

Me ofrecí a ello más por deseo de acallar mi conciencia que porque pensase que obtendríamos nada en concreto o que pudiera ser de alguna

utilidad práctica.

Quizá Werner comprendiese mis motivaciones, porque dijo:

—Eso sería muy útil, Bernie. Si logras averiguar algo sobre la hermana, estaría resuelto el principal problema. Yo tengo su última dirección en Francia; la guardo en el viejo libro verde de direcciones que tiene Lisl en la oficina. No sé de cuándo es —añadió mirando hacia el mostrador del bar, en el que Willi Leuchsner había estado manipulando la cafetera cromada—. Ya nos trae Willi el *pudding*.

—Pues ya era hora.

—Querrá sentarse a charlar —me advirtió Werner—. De momento, no digas nada del hotel. Ya te telefonaré para darte las señas de la hermana.

—Tómame un par de días para pensártelo —sugerí. Ya sé acercaba Willi con el postre y el café y unos kipferl (galletas dulces en forma de media luna) que siempre eran el punto final de las comidas en su casa—. Es un paso importante.

—Me lo he pensado —respondió Werner resuelto con un deje de tristeza—. Es lo que hay que hacer.

Francia, pensé. ¿Por qué tendré que decir semejantes tonterías? ¿Cómo demonios me las voy a arreglar para conseguir permiso e ir a Francia a localizar a una hermana que sin duda habrá muerto hace tiempo? Y además, ¿no bastaba con una Lisl en mi vida?

—**P**ODRÍAMOS haber comprado un horno microondas —dijo súbita y espontáneamente Gloria.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Un microondas?

—Con el dinero que nos hemos gastado en el avión —replicó cáusticamente.

—¡Ah, bueno!

Estaba haciendo una lista mentalmente. Lo hacía a veces, y cuanto más larga era la lista, mayor era su animadversión por la compañía aérea y su directiva. Afortunadamente para la directiva en cuestión, no había ningún miembro sentado junto a Gloria durante aquel vuelo a Niza. Era yo el que ocupaba ese sitio.

—Es un robo —dijo.

—Todo el mundo sabe que es un robo —repliqué—. Así que tómate el café calentito, desenvuelve el fromage procesado y disfruta con el ambiente.

Las ventanillas de plexiglás estaban arañadas, de modo que hasta las densas nubes grises parecían arañadas. Gloria no contestó, ni se comió las vituallas que tenía delante en la pequeña bandeja de plástico. Sacó el esmalte de uñas del enorme bolso que siempre llevaba y comenzó a pintárselas. Un espectáculo siempre verdaderamente portentoso.

Supongo que debería haberle dicho desde el primer momento que nuestro viaje era por cumplir la promesa que había hecho de encontrar a la hermana de Lisl Hennig. Debería haber comprendido que Gloria se enfadaría al decirle la verdad, y que tendría que decírsela más pronto o más tarde.

Ahora que lo pienso, no sé por qué decidí decirle a Gloria en el aeropuerto, antes de salir, el motivo del viaje. La fastidió saber que no era realmente el fin de semana de «locos amantes» que yo le había hecho pensar. Me insultó, y tan en voz alta, que mucha gente que estaba a nuestro lado apartó a los niños para que no oyesen las palabrotas.

Era en momentos como aquél cuando yo intentaba analizar la esencia de mi relación con Gloria. Mis coetáneos —cuarentones casados— no tenían pelos en la lengua para expresarme su interpretación de mi aventura con aquella hermosa mujer de veintidós años. A veces sus opiniones adoptaban la modalidad de «charlas» serias, otras, eran simples anécdotas a propósito de algún amigo mítico, y otras, simples bromas lúbricas. Y lo curioso es que eran los comentarios envidiosos los que me ofendían. Deseaba que trataran de entender que esta clase de relaciones son complicadas y que mi aventura amorosa era más compleja que ninguna.

Sentado en el avión, sin trabajo por delante y nada que leer, salvo la «revista de vuelo», iba pensando en todo aquello. Intentaba comparar la relación con Gloria con la que había mantenido con mi esposa Fiona, para cuyo cumpleaños faltaba poco. Ella siempre decía que detestaba cumplir cuarenta. Y aquel «detestar» se había convertido en una especie de broma, a la que yo contestaba diciendo que lo celebraríamos a lo grande. Pero ahora, sin duda que lo estaría celebrando en Berlín Este con champán ruso y quizá con caviar. A Fiona le encantaba el caviar.

¿Me habría yo llegado hasta el aeropuerto Heathrow de Londres, con Fiona, fingiendo que íbamos a una escapada romántica? No. Pero el meollo de la cuestión era que semejante escapada romántica habría tenido muy limitado atractivo para mi esposa Fiona. ¡Alto! ¿Era eso cierto? Lo más seguro es que el verdadero motivo por el que no le habría dicho que era una «escapada sorpresa», se debía a que mi esposa no se habría creído ni por un momento que la invitación a volar a Niza fuese una escapada romántica. Mi esposa Fiona me conocía demasiado bien; ésa era la verdad.

Pero en Niza lucía el sol y Gloria no tardó mucho en recobrar su despreocupada personalidad. En realidad, la recobró durante el tiempo que invertí en alquilar un coche para nuestro viaje a la última dirección conocida de Inge Winter. En el trabajo, Gloria me había visto dictando y hablando en alemán, y a veces, hacer gala de mi imperfecto ruso, por ello no estaba preparada para oír mi balbuciente francés.

Fue un desastre desde el principio. La peínadísima joven de la agencia de alquiler de coches se irritó lógicamente cuando yo traté de interrumpir con mis exigencias de alquiler la conversación privada que mantenía con su compañera. Y no ocultó su irritación, sino que se lanzó a hablar a toda velocidad con un fuerte acento provenzal sin que yo la entendiera.

Cuando, finalmente, recurrí a Gloria para que me ayudase a traducir las rápidas explicaciones de la joven para hacerme con el vehículo, su júbilo fue

desbordante. «¡No comprí!», dijo riendo y aplaudiendo encantada.

Pese a la actitud tan poco colaboradora de Gloria, logramos encontrar el coche, un pequeño Renault con portillón trasero que debía llevar en el parque de la empresa muchos días invernales, porque no arrancó a la primera.

Pero una vez en ruta, en la autopista hacia el oeste, todo fue bien. Gloria no dejaba de reír y yo convine finalmente en que todo había sido muy divertido.

Sólo rodamos cinco minutos por la autopista hasta la salida de Antibes. Circunstancia en la que, decidido a no dar pábulo a las carcajadas de Gloria, preparé de antemano un puñado de monedas para pagar la tarifa. A continuación, con Gloria inclinada sobre el mapa, fuimos buscando el camino hacia Grasse por carreteras secundarias.

Cuando uno sale de la autopista se encuentra con una Francia totalmente distinta. En este remanso montañoso no hay muchos signos de ostentación como en la costa Azul. Aquí, los Rolls-Royce, Cadillacs y Ferraris se convierten en furgonetas de vivos colores y viejos Lada que rebotan en los baches y salpican en los charcos ocre que han dejado las persistentes lluvias invernales. Es un paisaje en el que nada está acabado. Casas a medio construir —con sus grises esqueletos internos, cemento reciente y ganglios de alambrado— se yerguen junto a viejas granjas medio derruidas. Escaleras de mano, bidés rotos y bañeras abandonadas destacan en las terrazas de olivos. Hay montañas de arena —erosionadas por las tormentas— junto a montones de ladrillos, chapas de metal y andamios a medio montar. El fruto de la miseria urbana ensucia los campos en que lo más rentable es la segunda residencia.

Pero «Le Mas des Vignes Blanches» no era así. Allí, en la ladera sur de una colina, se producía un interludio prusiano en el paisaje galo. La casa había sido el lugar desde el que el feliz propietario vigilaba sus viñas. Ahora las laderas estaban desfiguradas por la sífilis de una urbanización, una infección inevitable, más virulenta aún por contraste con el gajo de Mediterráneo que asomaba su azul claro detrás de otra colina.

Rodeaba la casa un seto de boj, pero el portón de madera blanca estaba abierto y seguí por el cuidado camino de grava. El edificio principal debía de tener bastante más de cien años. No tenía la anodina forma rectangular que priva en el norte, sino que era una casa construida para el clima provenzal, con dos pisos de ventanas con contraventana y enredaderas en la fachada, palmeras —alborotadas al viento— y un cacto gigantesco, verde claro e inmóvil, como un ser marino prensil dispuesto al ataque.

Columbré detrás de la casa un patio enlosado, limpio y reluciente como es poco habitual por estos pagos. Del garaje sobresalía la trasera de un enorme Mercedes y de un BMW azul claro. Más atrás había un gran jardín con frutales bien podados y en espaldera contra las tapias y me llamó particularmente la atención el césped. En esta región —en la que el fuerte sol reseca la tierra— un césped bien cuidado es signo de un gusto extranjero excéntrico, de una pasión desmedida por la jardinería o de riqueza.

En la pequeña terraza delantera cerrada había una serie de muebles de jardín: preciosas sillas metálicas en torno a una gran mesa con superficie de vidrio y un par de tumbonas. Pero, a pesar del sol, no era verdaderamente un día para estar afuera. El viento soplaba sin cesar y en la cumbre de la colina, sus rachas hacían que las altas coníferas se cimbrasen. Gloria se subió el cuello del vestido mientras aguardábamos a que alguien respondiese al discordante sonido del timbre.

La mujer que salió a recibirnos tendría unos cuarenta años. Era atractiva, de esa manera franca que suelen mostrar las gentes del campo; una mujer fuerte con buena osamenta, ojos vivaces y cabello encanecido que no conocía el tinte.

—¿Frau Winter? —pregunté.

—Me llamo Winter, sí, pero soy Ingrid —respondió abriéndonos la puerta—. Es un lío que tenga las mismas iniciales de mi madre —añadió por decir algo, y, al advertir el coche barato de alquiler, prestó toda su atención a Gloria, sin duda tratando de adivinar nuestra relación—. ¿Quieren ver a mamá? ¿Es usted el señor Samson?

Hablaba un inglés excelente, con un ligero deje más alemán que francés. Llevaba un vestido verde con una tela de estampado floral moderno, cortado como un modelo antiguo, con cuello alto y puños de puntilla blanca. Era difícil saber si era pobre y lucía una antigualla o si vestía a la moda de rigor en fiestas urbanas elegantes.

—Eso es —contesté.

Había escrito para decir que era un viejo amigo de Lisl, un escritor que estaba documentándose para una novela cuya acción transcurría en Berlín antes de la guerra, y, como iba a hacer un viaje por la zona, quizá me permitiese visitarla para que me contase recuerdos de aquella época. Mi carta no había tenido respuesta. Quién sabe si no esperarían que no apareciese.

—Denme los abrigos. Hoy hace mucho frío. Generalmente, en esta época del año se puede comer afuera con toda tranquilidad.

Llevaba las uñas cortas y cuidadas, pero las manos estaban enrojecidas como por efecto del trabajo casero. Lucía un reloj de pulsera caro, anillos de oro y una pulsera, pero no llevaba alianza.

Musité una frase banal a propósito de los inviernos que cada año eran más fríos, mientras ella nos observaba con más detenimiento. Así que tenía una hija. No se parecía nada a Lisl, pero recordé haber visto una antigua foto de la madre de Lisl con un gran sombrero y vestido largo, en la que aparentaba ser una mujerona.

—¿Cómo está su madre? —inquirí mientras Gloria aprovechaba la ocasión para mirarse en el espejo del recibidor y retocarse el cabello.

—Con recaídas, señor Samson. Hoy es uno de sus mejores días, pero le ruego que no la entretenga mucho, porque se cansa.

—Por supuesto.

Pasamos al gran salón. Varios radiadores de buen tamaño procuraban un agradable ambiente, a pesar de los ventanales que daban al césped delantero. El suelo era de baldosa roja corriente en la región, cubierto en algunos sitios por alfombras con dibujos. En una pared había un gran óleo presidiendo la pieza: una clásica escena de batalla del siglo XVIII, con caballerosos oficiales de vistoso uniforme, cabalgando en briosos corceles, enarbolando el sable, y en último plano una multitud de seres anónimos, cerrando filas y matándose unos a otros entre humareda. Al fondo había dos sofás blancos y un par de sillones a juego y una anciana vestida de negro, sentada en una especie de silla alta horrenda en la que a los artríticos les es más fácil levantarse.

—¿Cómo está, señor Samson? —dijo una vez que su hija hubo hecho las presentaciones, estudiando minuciosamente a Gloria antes de saludarla con una inclinación de cabeza.

La hermana de Lisl no se le parecía en nada. Era una persona delgada, marchita, de piel apergaminada y escaso cabello blanco, que parecía haber lavado y peinado específicamente para nuestra visita. La miré con interés: era aún más vieja que Lisl. Dios sabe qué edad tendría. Pero era una mujer adaptada a su vejez. No se había teñido el cabello, maquillado, ni pegado a sus ojos esas pestañas falsas que a Lisl le gustaba ponerse si tenía visita. Pero, a pesar de las diferencias, no había duda del parecido con su hermana. Tenía la misma mandíbula resuelta, sus mismos grandes ojos y aquella boca que con tanta facilidad pasaba de la sonrisa al gruñido.

—¿Así que es usted amigo de mi hermana?

Lo decía en inglés, con una estridente pronunciación americana, pero las frases las modulaba una mente que pensaba en alemán. Me acerqué algo más

a ella para que no tuviese que alzar la voz.

—La conozco desde hace mucho —contesté—, y acabo de verla hace un par de semanas.

—¿Está bien? —dijo alzando la vista hacia su hija—. ¿Vas a traer el té?
La aludida esbozó una filial sonrisa y salió de la habitación.

Yo dudaba sobre cómo describir el estado de Lisl, pues no quería alarmarla.

—Es posible que haya sufrido un leve infarto —comencé a decir—. Muy leve. Ni siquiera los médicos lo saben con certeza.

—¿Y por eso ha venido usted?

Ahora veía bien sus ojos. Eran como los de un gato: verdes y luminosos. Unos ojos como yo no había visto nunca. Desde luego, la anciana no se andaba con rodeos.

—No —respondí—, pero desde luego tendrá que dejar lo del hotel. Su médico dice que es demasiado trabajo para ella.

—Naturalmente que sí. Todos se lo vienen diciendo hace tiempo.

—¿Era la casa de su padre? —inquirí.

—Claro. Para mí guarda muchos recuerdos maravillosos.

—Es una casa antigua magnífica —comenté—. Ojalá yo la hubiese conocido en tiempos de su padre. Pero la escalinata de la entrada es un problema para Lisl. Ella necesita vivir en un sitio en que todo esté en la planta baja.

—Ah. ¿Y quién la cuida?

—¿Ha oído usted hablar de Werner Volkmann?

—¿El judío?

—El chico que ella crió.

—Del matrimonio judío que escondió en la buhardilla. Sí; mi hermana hizo una locura. Yo viví en Berlín hasta 1945, y ¡ni siquiera a mí me lo contó! ¿Es concebible que a su propia hermana le ocultase ese secreto? Yo fui a verla una vez; la casa es mía en parte.

—Sorprendente —dije respetuosamente.

—Así que el chico judío que crió la cuida —dijo asintiendo con la cabeza.

—Ya no es un chico —comenté.

—Me lo imagino. ¿Y qué se gana con eso?

—Nada —dije—. Considera que es una deuda para con Lisl.

—Se figurará que va a heredar la casa. ¿No es eso? —replicó conteniendo maliciosamente la risa y mirando a Gloria, quien, sentada en una silla de madera labrada, cambió de postura, incómoda.

—No, que yo sepa —respondí a la defensiva.

De sopetón, había surgido el propósito de mi viaje hasta allí. ¿Me había manipulado deliberadamente aquella anciana injuriosa para que yo lo negase? No sabía qué pensar. Aún estaba reflexionando, cuando llegó la hija con el té y esa tarta de manzana en la que las rodajas de la fruta están delicadamente dispuestas en abanico.

—Lo ha hecho Ingrid —dijo la anciana al ver cómo lo miraba.

—Es una maravilla —dije, sin añadir que después del «almuerzo ligero» del avión, prácticamente cualquier cosa me parecía maravillosa.

Gloria también musitó sus alabanzas y la hija nos sirvió a los dos una buena ración.

Durante el té pregunté a la anciana a propósito de la vida en Berlín antes de la guerra. Tenía buena memoria y me contestó largo y tendido, pero sus respuestas eran el tipo de contestación estereotipada que los que vivieron bajo el Tercer Reich daban a todo extranjero o desconocido.

Al cabo de unos tres cuartos de hora advertí que se cansaba. Quise despedirme y ella respondió que siguiésemos hablando, pero la hija me dirigió un movimiento casi imperceptible de cabeza y dijo:

—Tienen que marcharse, mamá. Tienen que hacer.

También la hija tenía su faceta enérgica.

—¿Van ustedes de paso? —inquirió Ingrid cortésmente mientras nos daba los abrigos.

—Tenemos reserva en el hotel que hay cerca de Valbonne en la carretera —contesté.

—Dicen que es muy cómodo —comentó.

—Esta noche redactaré mis notas —dije—. ¿Puedo telefonarla si tuviera alguna otra pregunta?

—Mamá no recibe muchas visitas —contestó en tono nada proclive a animarme.

Al llegar al hotel vimos que no era el de «luna de miel» que yo le había dicho a Gloria. Estaba al final de una larga y sinuosa carretera —de firme deshecho y con baches, como son todas las secundarias de esta región— y a sus espaldas había una cantera abandonada. Con radical ánimo emprendedor, habían configurado una entrada al aparcamiento con dos ruedas de carro, pero, observadas de cerca, resultaron ser una imitación de plástico. Unos barriles auténticos, dispuestos por el patio, ornaban el espacio a modo de

macetas con rododendros y camelias mustios. El hotel era un edificio con estucado rosa y relucientes baldosines de plástico.

Al fondo del aparcamiento había un cobertizo en el que diversos vehículos de motor abandonados, de distintas marcas y modelos, se oxidaban a la intemperie. Dejamos el coche junto a una ranchera Peugeot nueva y una furgoneta con rótulo de una carnicería de Valbonne. Un enorme letrero afirmaba que la empresa no se responsabilizaba de los vehículos aparcados y otro señalaba el camino hacia una piscina vacía, parcialmente repintada con un llamativo azul ultramar.

Pero una vez en el interior, todo parecía mejor. El comedor era limpio y bastante elegante, con mesas de manteles almidonados y vajilla y cubertería relucientes. Y en el bar había un gran fuego en la chimenea.

Gloria subió inmediatamente a la habitación a bañarse y cambiarse, mientras que yo me dirigí al bar para calentarme las manos al fuego y degustar un Armagnac especialmente recomendado por el barman. A Gloria no le gustaba el alcohol y prefería zumo de naranja e incluso Seven-Up. Imagino que era otro de los signos de su generación. Anuente con el veredicto del barman, me llevé un segundo Armagnac a la habitación, en donde Gloria acababa de darse un baño.

—El agua está caliente —exclamó animada—. Date una ducha, cariño —añadió cruzando la pieza totalmente desnuda—. Te reanimará.

—Ya estoy reanimado —respondí contemplándola.

Durante todo el camino entre Le Mas des Vignes Blanches y el hotel, había guardado silencio, dejándome pensar en la anciana Winter, pero al preguntarle «Bueno, ¿qué te ha parecido?», estalló de indignación.

—¡Vaya tía! —me respondió, secándose con la toalla.

—Bueno, es cuando menos un consuelo saber que me ha liquidado en el primer asalto una auténtica campeona —respondí.

—Te tendió una trampa.

—Y hay que reconocer que con habilidad —dije—. Se olió el motivo de la visita antes de que empezásemos a hablar. Rápida y lista. Reconócelo.

—Es una mala pécora vieja —replicó Gloria.

—¿Vas a vestirte o qué?

—¿Por qué?

—Es que me distraes.

Se acercó a mí y me besó.

—Hueles a alcohol —dijo mientras yo abría los brazos para cogerla—. Cariño, me alegra que digas eso, porque a veces creo que he perdido la virtud

de distraer.

Logré asirla.

—¡No, no! ¿A qué hora es la cena? ¡Estate quieto! No hay tiempo. Te he preguntado que a qué hora es la cena.

—Ya es tarde para pensar en eso —respondí. Y era cierto.

Después, cuando nos hallábamos tranquilos sentados juntos, me dijo:

—¿Qué eres, Bernard?

—¿Qué quieres decir?

—¿Eres inglés, alemán o nada? Yo no soy nada. Antes pensaba que era inglesa, pero no soy nada.

—Yo pensaba que era alemán —dije—. Al menos pensaba que mis amigos alemanes me creían berlinés, lo que es mejor aún. Luego, un día en que estaba jugando a las cartas con Lisl y un tal Koch, me dijeron como cosa natural que parecía inglés y que siempre lo había sido. Me ofendió.

—Pero tú querías las dos cosas, cariño. Querías que tus amigos ingleses te trataran como inglés y que tus amigos alemanes te considerasen de los suyos.

—Sí, supongo que sí.

—Mis padres son húngaros, pero yo nunca he estado en Hungría. Me he criado en Inglaterra y siempre me consideré inglesa cien por cien. Era patriota como el que más. Ser inglesa era mi único asidero. Me aprendí todas esas hermosas frases de Shakespeare sobre Inglaterra y reprendía a cualquiera que dijese algo contra la reina o no se pusiese en pie al oír el himno nacional. Luego, un día una compañera de colegio me hizo ver la auténtica realidad.

—¿Realidad?

—«Vosotros los húngaros», me dijo. Nos miraban las otras chicas y no quise dejarlo correr. Y ella lo sabía. Le respondí que había nacido en Inglaterra y ella me replicó: «Si hubieses nacido en una caja de naranjas, ¿serías por eso una naranja?». Las demás se echaron a reír y yo me pasé toda la noche llorando.

—Pobrecita mía.

—No soy nada, pero no me importa. Ahora estoy hecha a la idea.

—Por nosotros, los nada —dije alzando lo que me quedaba del Armagnac antes de bebérmelo.

—No llegaremos a la cena si no te das prisa —dijo—. Ve a darte una ducha.

8

NO había salón para el desayuno, naturalmente. Nunca lo hay en ese tipo de hoteles franceses. Y, a diferencia de Gloria, a mí no me gusta comer en cama, con la bandeja equilibrada sobre los muslos, y yo ya iba por la segunda taza de café, comiéndome también el *brioche* de ella.

—Estás loco, cariño; ya te has comido dos —me decía cuando sonó el teléfono.

Sabía que sería la anciana Winter, porque nadie más sabía dónde me alojaba. Contrariamente al reglamento, no había dejado en la oficina un teléfono de contacto. Los que dejan un número de teléfono en el extranjero corren el riesgo de que les pregunten dónde han estado y por qué.

—Soy Ingrid Winter. Mamá se encuentra hoy bastante bien y me dice si no podrían venir a almorzar.

—De acuerdo; muchas gracias —Gloria, que escuchaba con el auricular suplementario de que disponen todos los teléfonos franceses, me hacía gestos con la mano por si no había advertido su enérgica negativa con la cabeza—, pero la señorita Kent tiene un compromiso en Cannes. Lo que sí podría es llevarme y recogerme si el horario no le viene mal.

—A las once y a las tres —replicó la hija sin dudarlo. La familia Winter parecía tener respuesta para todo.

Gloria me dejó ante la puerta unos minutos antes de la hora. Era mejor así, tratándose de alemanes.

—¡Qué puntualidad! —exclamó Ingrid Winter al abrirme la puerta, haciéndome ver su profunda aprobación. Repetimos los formalismos del día anterior, comentando el tiempo mientras le entregaba el abrigo, pero en esta ocasión la encontré menos afable—. Cierro sin perder un segundo, porque la casa se llena de ese polvillo amarillo cuando sopla poniente: el siroco. Cuesta creer que esa arenilla proceda del Sáhara, ¿no es cierto?

—Es verdad —contesté.

Guardó mi abrigo en un armario pintado con grandes flores naranja.

—Mi madre es muy mayor, señor Samson —yo contesté que efectivamente lo era y ella me miró como para transmitirme una recomendación concreta, casi aprensiva—. Muy mayor —añadió—, Komm^[3]!

Y, sin más, se dio la vuelta y se dirigió no al salón en que habíamos estado la tarde anterior, sino, por un pasillo de suelo de baldosines en cuyas paredes colgaban grabados antiguos de viejas ciudades alemanas, hasta una habitación de la parte posterior.

Era evidente que no había sido siempre dormitorio. Igual que Lisl, la anciana tenía un cuarto en la planta baja adaptado a sus necesidades. Pocas personas de la edad de Inge Winter suben escaleras para acostarse.

No estaba en cama. Llevaba esa clase de vestido de lana gris de los pacientes pobres en los hospitales del estado, y se hallaba sentada en un gran sillón anguloso, bien arropada con un grueso chal de cachemira.

—Siéntese —me dijo—. ¿Quiere beber algo?

—No, muchas gracias —respondí.

Ahora comprendía los temores de Ingrid. Aquello no era un dormitorio, sino un santuario. No es que Inge Winter se hubiese rodeado de fotos y recuerdos del pasado, eso lo hacen muchos ancianos, eran precisamente las que ella había escogido lo que causaba sorpresa. Una mesita estaba llena de fotos enmarcadas; ese tipo de colección que los actores y actrices parecen necesitar para estar seguros del inquebrantable afecto de sus colegas. Pero éstas no eran fotos de estrellas de cine.

La foto grande, con marco de plata, de Adolf Hitler estaba expresamente situada en posición destacada. Yo ya conocía este tipo de fotos: era uno de los retratos oficiales de Hoffmann en tono sepia, que Hitler regalaba a los dignatarios que le visitaban o a sus antiguos camaradas. Pero ésta no estaba someramente firmada con la garabateada y corta rúbrica abreviada que suelen llevar estos retratos. Ésta lucía un cuidado autógrafo con saludos para herr y frau Winter. No era la única foto de Hitler. Había otra de brillo en la que se veía a una pareja de mediana edad de pie al lado del Führer y un perro enorme en una terraza, con montañas de cima nevada en último plano. Probablemente Berchtesgaden: el Berghof. Y debía de ser de antes de la guerra, porque Hitler no vestía uniforme, sino un traje claro, y alargaba una mano hacia el perro como para acariciarlo. La mujer era Inge Winter, bastante bonita, con cabello largo brillante y un vestido de hombreras cuadradas según la moda de los

años treinta. El hombre —seguramente herr Winter—, algo rechoncho en su traje oscuro, había sido sorprendido con la boca medio abierta y parecía perplejo y un tanto ridículo. Aunque quizá la cosa no tuviese tanta importancia a cambio del honor de ser inmortalizado junto al Führer. No podía apartar los ojos de la colección de fotografías. Había algunas firmadas por Josef Goebbels, con su mujer y todos los niños; otra con saludos autógrafos de un Himmler en uniforme negro con cara pálida; un Herman Göring de amplia sonrisa, poco enfocado y cuidadosamente retocado, y una foto con florida dedicatoria de Fritz Esser, que, junto a Göring, está ante el tribunal de Núremberg. Los Winter se habían codeado con lo más selecto de la sociedad nazi. ¿Dónde se situaba su hermana Lisl?

—*Es habitual en estos tiempos —dijo la anciana—. Se bebe con exceso — y sin darme la opción de contestarle, alargó el brazo para coger una de las fotos, que sostuvo en su mano, mirando a su hija a quien dijo en rápido alemán—: Déjanos solos, Ingrid. Avísanos cuando esté la comida.*

—*Sí, mamá.*

Cuando le dije cuánto me complacía que me hubiese recibido otra vez, se lo formulé automáticamente en alemán.

El rostro de la anciana se iluminó de un modo que yo habría juzgado imposible.

—*¿Qué alemán tan precioso...! ¿Es usted alemán?*

—*Yo así lo creo —respondí—, pero mis amigos alemanes no tanto.*

—*¿Es usted berlinés? —inquirió sin soltar la foto, aunque parecía haberse olvidado de ella.*

—*Me crié allí.*

—*Le oigo hablar y es como si bebiese una copa de champán. Lo que me gustaría que mi hija no tuviese ese horrendo deje bávaro... ¿Por qué no me lo dijo ayer? Oh, qué maravilla que mi hija me hiciera llamarle.*

—*¿Fue cosa de su hija?*

—*Es que piensa que soy muy prusiana en lo de la casa —dijo sonriendo entristecida como haría un prusiano con otro—. Ella opina que debería dejar que Lisl se la dé al desgraciado judío, si es lo que desea. La pobre Lisl siempre fue la inocentona de la familia. Por eso se casó con aquel pianista.*

Era un alivio oírla hablar alemán en lugar del balbuciente inglés con tan horrible acento, esa clase de acento que adquiere la gente cuando aprende una lengua a edad avanzada. Imagino que así es como yo hablo el francés. El alemán de Inge Winter era —salvo algunas palabras y expresiones anticuadas— tan claro y fresco como si acabase de llegar de Berlín.

Me miró. Se suponía que tenía que responder a la cesión de la casa sugerida por la hija.

—Es usted muy generosa, frau Winter.

—A mí me da lo mismo. Todo será de Ingrid cuando yo muera. Así que es normal que decida de antemano.

—Creo que Lisl ha hipotecado la casa.

—Ingrid dice que es complicarse la vida para nada —añadió sin hacer caso de mis palabras—. Quizá tenga razón. Ella sabe más que yo de esas cosas.

—Habrá impuestos y cosas así...

—Por eso Ingrid dice que es mejor que no tengamos que molestarnos en hacer cuentas y presentar formularios de impuestos. ¿A quién voy a encontrar aquí que sepa de impuestos alemanes?

No dije nada. Teniendo en cuenta la cantidad de alemanes ricos que tenían casa en la Costa Azul —y las flotas de enormes yates de matrícula alemana que llenaban los puertos y las costas— yo no lo habría considerado un problema insuperable.

—Pero tengo cosas en la casa —añadió—. Cosas personales.

—No creo que haya ninguna dificultad a ese respecto —dije.

—El reloj dorado. Mi madre se empeñó en que me lo quedase yo. ¿Recuerda haberlo visto?

—Sí —respondí.

Era inolvidable: un objeto enorme, horrendo, con angelotes, dragones y caballos y qué sé yo, en barahúnda sobre la repisa de la chimenea. Y de no haberlo visto, existían grandes posibilidades de que sus retumbantes carillones le mantuvieran a uno despierto toda la noche. Pero, de todos modos, yo veía una complicación, porque Lisl había manifestado con frecuencia su apetencia por el horrendo objeto.

—Y alguna otra bagatela. Fotos de mis padres, un almohadoncito bordado que tenía de pequeña. Papeles, recuerdos, diarios, cartas y cosas de mi marido. Enviaré a Ingrid a Berlín a que lo recoja. Sería lamentable que lo tirasen.

—Bueno, las cosas no van a ir tan de prisa —dije, temiendo que telefonease a Lisl antes de que Werner la hubiese hablado. Entonces sí que habría un jaleo tremendo.

—Son papeles privados —añadió—. Cosas que no interesan a nadie más que a mí. Ingrid los encontrará. Y Lisl que se quede con la casa —concluyó,

mirándose las manos y percatándose de la foto que sostenía—. Mi boda —dijo.

Miré la fotografía. Era una complicada ceremonia. Se la veía a ella en la escalinata de un gran edificio, con un magnífico traje de novia, cuya cola sostenían unos pajes, y el marido vestía el uniforme de un elegante regimiento prusiano. Cubriendo la escalinata, había una guardia de honor de oficiales, todos con su respectiva dama según la antigua tradición germana. A ambos lados se situaban los invitados en perfecto orden: un oficial de marina bien parecido, camisas pardas y oficiales de las SS de alto rango, funcionarios del partido nazi con sus mejores galas y otros con complicados uniformes de extrañas organizaciones hitlerianas.

—¿Sabe quién es Lisl? —inquirió con una sonrisa arqueada.

—No.

—La que está con el de paisano —claro, era fácil: el único hombre sin uniforme—. Pobre Erich —dijo con risa disimulada.

Sin duda, aquella cruel broma sobre el pianista marido de Lisl había sido un argumento de peso. Pero aquella anciana no parecía comprender que la historia había jugado a favor de Erich Hennig.

Dejé la foto en el reducido espacio que le correspondía en la mesita.

—Simples papeles privados —repitió—. Cosas que a nadie importan más que a mí.

Puntualmente, a la una, la hija nos llamó para almorzar en el comedor que daba al patio. Hasta él se llegó la anciana andando despacio pero sin ayuda, y no cesó de hablar durante toda la comida. Siempre de Berlín.

—Yo no conozco Berlín —dijo Ingrid—, pero para mi madre no hay ciudad que pueda comparársele.

Eso bastó para que la anciana iniciase otra historia sobre los felices tiempos de antes de la guerra en la capital. A veces contaba las anécdotas con tal fruición, que parecía olvidarse de que estábamos su hija y yo. Parecía que hablaba con otras personas, adornando lo que decía con explicaciones como «... y recordarás eso que le gustaba beber a Fritz...» o «... la mesa que Pauli tenía siempre reservada en Königin en la Ku-Damm...». En un momento dado, en medio de una historia a propósito del baile de gala a que había asistido en 1938, le preguntó a Ingrid:

—¿Cómo se llama el sitio en que Góring dio aquel magnífico baile?

—Haus der Flieger —contestó Ingrid—. Me sé ya de memoria todas las historias de mamá, herr Samson —añadió ante mi perplejidad.

Al terminar la comida, su madre cesó en la cháchara.

—Mi madre se cansa —dijo Ingrid—. Creo que debería echarse.

—Claro, claro. ¿Puedo ayudarla?

—Le gusta andar sola. No creo que sea necesario.

Aguardé mientras Ingrid acompañaba a su madre al cuarto. Faltaba un cuarto de hora para que Gloria viniese a recogerme, por lo que Ingrid me invitó a sentarme en la cocina y tomar otra taza de café que iba a hacerse para ella. Acepté.

Ingrid Winter era una mujer agradable, que desechó con un gesto de la mano mis palabras de que renunciar a una parte de la casa era una generosa actitud.

—Cuando muera mamá, y tía Lisl —dijo, sin emplear ninguno de los eufemismos al uso—, a mí no me sirve de nada una casa en Berlín.

—¿Prefiere usted Francia? —inquirí.

Me miró un instante antes de contestar.

—A mamá le gusta el clima —respondió sin mencionar para nada sus propios gustos.

—Dado lo mayor que es, es una mujer estupenda.

—Puede que sí, pero es traviesa; a los viejos suele gustarles fastidiar. En ese aspecto son como niños.

—Ah, ya —comenté con la esperanza de que me lo explicase.

—Dice mentiras —quizá al ver que tal afirmación me impresionaba poca cosa, se mostró más concreta—. Finge creérselo todo, pero su cerebro funciona con suma rapidez. Finge creerse que es usted escritor, pero sabe que no lo es —apostilló, quedándose como a la espera de una respuesta.

—¿Ah, sí? —dije con voz displicente, dando otro sorbo de café.

—Lo sabía antes de que llegase. Conoció a su padre hace mucho tiempo; antes de la guerra, dice que fue. Me ha dicho que su padre era espía inglés. Y dice que, probablemente, usted también lo es.

—Es muy mayor.

—Mamá dice que el padre de usted mató a su marido.

—¿Eso ha dicho?

—Con esas mismas palabras. Dijo: «El padre de este hombre mató a mi querido marido», y mencionó que debíamos estar en guardia con usted.

—Ha sido usted muy franca, fraulein Winter, y se lo agradezco, pero de verdad que no tengo ni idea de a qué se refiere su madre. Mi padre era oficial del ejército inglés, pero no era combatiente. Después de la guerra estuvo destinado en Berlín; puede que le conociese entonces, porque antes de la

guerra era viajante de comercio. Es muy improbable que haya podido conocerle antes de la guerra.

Ingrid Winter se encogió de hombros. No pensaba avalar la exactitud de lo que dijera su madre.

Se oyó un bocinazo perentorio y me puse en pie. Cuando Ingrid Winter me dio el abrigo, volvíamos a comentar los caprichos del tiempo. Al despedirme de ella, di en pensar por qué su madre habría dicho «mató a mi querido marido» en lugar de «mató a tu padre». No sabía gran cosa del marido de Inge Winter, salvo lo que me había contado Lisl: que Paul Winter había sido una especie de funcionario civil que trabajaba en un ministerio de Berlín, y que había muerto en el sur de Alemania nada más terminar la contienda. Ahora que conocía a Ingrid —una mujer de quien su tía Lisl no sabía nada—, lo único que podía decirme es que había muchas cosas a propósito de la familia Winter que no entendía, incluida la relación que mi padre hubiera podido tener con ella.

9

PASAMOS la última tarde de aquel febril fin de semana en Provenza en la casa cercana del «tío» de Gloria. Los padres de Gloria eran húngaros y aquel viejo amigo no era en realidad pariente, salvo en el modo en que todos los exiliados húngaros forman una familia de individuos locos, simpáticos e irritantes que, por muy reservado que sea su modo de vida, están sorprendentemente bien informados de lo que hacen sus «parientes».

Zu la llamaba él. Todos sus amigos húngaros la llamaban Zu, una abreviatura de Zsuzsa, nombre que le habían puesto sus padres. Este «Dodo» vivía en un chaletito aislado y destartalado en una ladera, entre una viña minúscula y el terreno lleno de yerbajos de un viejo molino de aceite. Una pequeña porción de tierra constituía el jardín de Dodo, en el que las hojas que quedaban de las últimas verduras de invierno eran pasto de las babosas. Precariamente, a horcajadas sobre una zanja de drenaje delante de la casa, había un baqueteado Dos Caballos al que le faltaba un faro.

Me lo presentó con el nombre de «Dodo», y, a juzgar por la enérgica manera de estrecharme la mano, debía ilusionarle mucho que le llamasen así. La primera impresión que me causó fue la de un hombre de sesenta y tantos años, un individuo bajo, gordo y ruidoso que cualquier director de cine habría contratado para representar el papel de encantador refugiado húngaro. Tenía una enorme pelambreira de un blanco purísimo peinada hacia atrás y un gran bigote revuelto algo más gris. Era de rostro rubicundo, consecuencia tal vez de la bebida, ya que en la casa había botellas por doquier, llenas y vacías, y parecía bastante achispado cuando llegamos. No sé hasta qué extremo la libación mejoraba su capacidad lingüística, pero su inglés era casi perfecto y fluido y —salvo por su tendencia a llamar a todo el mundo «querido»— la sintaxis sólo adolecía de la imperfección de los indígenas.

Vestía pantalones de pana marrón, que en ciertos puntos se veía descolorida y desgastada. Su jersey de cuello cisne de lana color carmesí le llegaba casi hasta las rodillas y calzaba unas botas de cuero altas con

cremalleras laterales y tacones de cinco centímetros. Nos ofreció vino y nos hizo sentar en un incómodo sofá largo tapizado en zaraza, ante el enorme fuego, sin dejar de hablar.

Tenía su casa a unos treinta kilómetros de Le Mas des Vignes Blanches, donde vivían las Winter, pero parecía conocerlas muy bien. «La mujer de Hitler», llamaban los lugareños a Inge Winter, pues un fontanero charlatán había estado arreglando una cañería en la casa y había contado por toda la zona lo de la foto de Hitler.

Cuando le dijimos que habíamos estado de visita en casa de sus misteriosas vecinas, incrementó mis datos, contándome divertidas historias del suegro de Inge —el viejo Harald Winter— que había sido un rico empresario. En Viena se contaban muchas anécdotas sobre él, sus coches, su carácter violento, su venganza implacable, las damas de la aristocracia que le acompañaban en el palco de la ópera, las grandes sumas de dinero gastadas en increíbles joyas para las mujeres que cortejaba y el ridículo duelo con el viejo profesor Schneider, el ginecólogo que había traído a su segundo hijo al mundo.

—En tiempos de mi padre, Harald Winter era la comidilla de Viena; todavía los viejos cuentan anécdotas de él. Aunque supongo que la mayoría son invenciones. Pero en Viena tuvo una querida muy hermosa. Esto lo sé porque la ví muchas veces. Yo estudiaba química en Viena en mil novecientos cuarenta y dos y vivía con mi tía, que fue su modista durante muchos años. A la querida no le iban muy bien las cosas por entonces, porque estábamos en guerra, los nazis mandaban en Austria y ella era judía. Era de origen húngaro y le gustaba charlar en su lengua natal. Luego, un día no vino a una prueba y después nos enteramos que se la habían llevado a un campo de concentración. Ni todo el dinero del mundo pudo salvarla de la Gestapo.

Dicho lo cual, dio un resoplido y fue a remover algo en la cocina. Al regresar echó un gran tronco al fuego. La madera estaba húmeda y silbó al contacto con las brasas.

La casita de Dodo era el extremo opuesto al buen gusto ordenado de la casa de las Winter. La mansión de éstas ostentaba un lujo espartano, mientras que el «paradisíaco agujero» de Dodo era una maravillosa miseria. La mitad del muro orientado a mediodía había sido sustituido por puertas correderas de cristal y tras ellas —aún se veía a la luz crepuscular— había una terraza destartalada. En su retiro, Dodo se había convertido en pintor y en el otro único cuarto de cierto tamaño de la casa que daba al norte, había instalado luz cenital para utilizarlo como estudio. Nos lo enseñó y pudimos ver lienzos

empezados: paisajes atrevidos, descuidados, competentes pastiches de la obra provenzal de Van Gogh. Casi todos eran variantes de una misma vista: el valle al amanecer, al anochecer y diversas fases intermedias. Nos dijo que había una galería en Cannes que vendía su obra. Quizá no fuese difícil vender aquellos cuadros de vivos colores a los turistas que venían de vacaciones.

Cuando regresamos a la sala de estar, el tronco de la chimenea desprendía un humo azul que inundaba el cuarto, ennegreciendo aún más las paredes e irritándonos los ojos. Gloria puso la mesa, convenientemente situada junto a la puerta de la cocina. Detrás había un enorme armario tallado que casi llegaba al techo, sin puertas y con estanterías de madera rústica con cientos de libros de filosofía, historia, química, arte, diccionarios, novelas policíacas, biografías; todos apilados en gran desorden. Todos estaban sobados, manchados, doblados o con desperfectos.

Al sentarnos a la gran mesa, me dio un sillón de ruedecitas y al regularlo a mi medida se le quedó el brazo en la mano. Soltó una carcajada y volvió a colocarlo de un golpazo con gran maestría, indudablemente fruto de la práctica. Reía mucho y siempre que lo hacía, al abrir la boca se le veían unos molares de oro apenas algo más amarillentos que el resto de sus dientes.

Naturalmente, yo sabía que habíamos ido allí porque Gloria quería que me viese Dodo, pues su aprobación era importante para ella y también para mí. Como si fuese un padre, me escrutó cauteloso y me formuló el tipo de preguntas al azar que hacen los padres a los que cortejan a sus hijas adoradas. Pero no lo hacía con interés. Pronto abandonó el papel y comenzó a exponer las leyes del arte:

—Tiziano adoraba los rojos y los azules. Basta con mirar cualquier cuadro suyo para darse cuenta. Por eso siempre utiliza modelos de cabello color castaño rojizo; mujeres maravillosas. Ya lo creo que entendía de mujeres... —dijo con una estridente carcajada dando un sorbo—. Pero hay que mirar sus últimas obras... nada de La asunción de la Virgen o cosas de ésas... Hay que contemplar los auténticos Tizianos en los que ponía el óleo con la yema de los dedos. Fue el primer impresionista; no se le puede aplicar otro calificativo. Se lo digo yo, querido, Tiziano fue un gigante.

O a propósito de los planes de Gloria para mejorar su formación inglesa:

—No vas a aprender nada que valga la pena en Oxford o Cambridge, pero me alegra saber que no vas a estudiar idiomas modernos. Aquí estuvo un graduado el año pasado, y era incapaz de leer la carta del restaurante, querida. Y su acento era un horror. Los únicos capaces de entender a un inglés hablando francés, son los que han aprendido francés en Inglaterra.

O a propósito del juego:

—Con dos dados cambian las posibilidades. Mira, yo he visto gente sacando lo mismo con dos que con seis.

Gloria le dio pie preguntando:

—¿Y no tiene que ser así?

Se dio rauda la vuelta hacia el fuego y, apoyándose con las manos en los brazos del sillón, pegó una patada al tronco que hizo saltar chispas.

—¡Qué va! ¿Con dos dados? ¡No! Seis se puede sacar de muy distintas formas. Puedes sacarlo con dos tres, con un cuatro y un dos, cuatro y dos al revés, un cinco y un uno, cinco y uno al revés. Pero sólo tienes una posibilidad de sacar dos; debes tener suerte con los dos dados. Y lo mismo para sacar doce.

Se volvió hacia nosotros y recuperó el papel de guardián de Gloria. La miró y luego me examinó a mí, como preguntándose si serían honorables mis intenciones, pero su rostro no reflejó la conclusión a que había llegado. Era una persona muy hábil ocultando sus sentimientos cuando le apetecía.

Arte, ciencia, gastronomía, política, meteorología y arquitectura griega antigua, sin faltar de vez en cuando aquella mirada penetrante. Y así pasó la velada, a todo gas por las autopistas de la conversación y frenando de golpe cuando recordaba que yo era el hombre que se llevaba a la cama cada noche a la pequeña de su viejo amigo.

Fue durante una de aquellas abruptas pausas en la conversación cuando de pronto alargó hacia mí el puño, que quedó a unos centímetros de mi nariz. ¡Clic! Tenía escondida una navaja automática y la hoja saltó hacia adelante casi pinchándome con la punta.

—¡Dodo! —gritó Gloria alarmada.

Apartó despacio la navaja y volvió a doblar la hoja dentro del mango.

—Ja, ja. Quería ver lo que tenía dentro este tío —dijo, con un tono que parecía indicar su decepción por haber sido yo capaz de ocultar mi miedo.

—No me gustan esas bromas —dijo ella.

Gloria había comprado dos botellas de coñac Hine en la tienda libre de impuestos, y, apenas habíamos cruzado la puerta, Dodo había ya descorchado una. Yo me dediqué al vino rosado del país, una bebida ligera y refrescante, pero Dodo prefirió el Hine para las aceitunas negras, el guisado de pollo y verdura, el queso de cabra y el frutero de manzanas y naranjas que siguió. Al final de la cena descorchó la segunda botella y, al salir al patio para contemplar la vista, hablaba tan alto que debía oírsele en Niza. El cielo estaba raso y sobre la casa confluían todas las estrellas, pero hacía mucho frío y

soplaba viento, pero aquello no parecía causar ningún efecto discernible sobre su entusiasmo.

—Hace frío —dije—. Mucho frío.

—Ciento cincuenta años —contestó, limpiándose el alcohol de la barbilla—. Y las paredes tienen un metro de ancho, querido.

Gloria se echó a reír. Supongo que estaría acostumbrada a oírsele.

—¿Volvemos dentro? —dijo.

Él se agarró fuerte a la barandilla para cruzar la puerta corredera, pero, a pesar de ello, tropezó con la mosquitera y se golpeó la cabeza con el marco de la puerta.

Pese a todo el griterío que armó diciendo que no hacía falta, Gloria fue a la cocina a fregar los platos. En un intento de demostrarle lo bueno e inofensivo que era, traté de seguirla, pero ella me apartó con un enérgico tirón de la manga.

—Déjela a ella, querido —dijo él malhumorado—. Hará lo que quiera. Zu siempre ha sido así —añadió sirviéndome más vino y echándose coñac hasta rebosar—. Es una chica estupenda.

—Sí que lo es —respondí.

—¿Sabe que es usted un hombre con suerte?

Lo había dicho en tono amable, pero su mirada era dura. Yo estaba constantemente en guardia, y él lo sabía y parecía divertirse.

—Sí, lo sé.

De pronto se quedó inmóvil. Miraba por la puerta de cristal las luces que se encendían en las colinas; luces anaranjadas y azules y a veces faros de coches que relumbraban de pronto y desaparecían como luciérnagas en una noche de verano. Aquel espectáculo parecía producir en él un profundo cambio. Quizá sea el efecto que ejerce sobre las personas que se pasan la mayor parte de sus días de trabajo estudiando el mismo paisaje, sus colores, formas y contrastes. Cuando volvió a hablar su voz era suave y concisa.

—Aprovéchelo al máximo —manifestó—, porque la perderá.

—¿Ah, sí? —respondí con voz neutra.

Dio un sorbo al coñac y sonrió entristecido.

—Ella le adora, por supuesto. Eso lo nota cualquiera. Lo leí en sus ojos en el mismo momento en que cruzó usted la puerta. No le quita ojo. Pero es una niña y tiene toda una vida por delante. ¿Qué edad tiene usted?... más de cuarenta, ¿verdad?

—Sí —contesté.

—Ella está decidida a ir a la universidad y no podrá disuadirla. Estudiará y allí conocerá a gente brillante de su propia edad, y como son estudiantes, acabarán compartiendo los mismos gustos detestables, las mismas opiniones inmaduras. Nosotros somos fósiles, gente de otro mundo. Un mundo de dinosaurios —dijo apurando el coñac y sirviéndose más.

Había mucho rencor en sus palabras; su estilo amistoso era en realidad un modo de herirme. Y era un método difícil de combatir.

—Sí, muchas gracias, Dodo, pero tal como yo lo veo, usted es un verdadero tiranosaurio, yo un individuo brillante y joven en lo mejor de la edad y Gloria es una joven inmadura.

Soltó una carcajada capaz de destrozarme los tímpanos y se aferró a mi hombro para no caer.

—¡Zu, querida! —gritó con júbilo y con suficiente fuerza para que ella lo oyera desde la cocina—. ¿Dónde has encontrado a este lunático?

Gloria salió de la cocina secándose las manos con un paño con el estampado de Monna Lisa fumando un puro.

—Dodo, ¿es que estás siguiendo una dieta? ¿Cómo puedes comerte tres docenas de huevos?

Por un instante no salieron palabras de su boca, pero luego balbució y dijo que eran los mejores huevos que había comido en su vida y que se los vendía un lugareño, pero que tardaba mucho.

—Llévate unos cuantos —dijo finalmente.

—No me gustan tanto los huevos —respondió Gloria—. A ti no te sientan nada bien.

—Tonterías, querida. Pura tontería. Un huevo fresco pasado por agua es el alimento con proteínas más fácil de digerir que conozco. Me encantan los huevos. Y se pueden cocinar de muy exquisitas maneras.

—No estarán tan frescos cuando vayas acabando las tres docenas —replicó Gloria sonriente, con devastadora lógica femenina—. Dodo, tenemos que irnos.

—Quédate un poco más, querida —le rogó—. Tengo muy pocas visitas y no me has contado nada de tus padres y tus amigos de Londres.

Durante unos diez minutos estuvieron hablando de la familia. Banalidades de la clínica odontológica del padre de Gloria y de los comités de caridad de la madre. Dodo la escuchaba cortésmente y con ojos cada vez más brillantes.

A las 10:25 en punto —miré mi reloj para ver la hora —Dodo se irguió en toda su humanidad, brindó por «Zu y su lunático» y, tras apurar el vaso, se

dobló y cayó con gran estrépito al suelo todo lo largo. El vaso se rompió y al saltar coñac al fuego, brotó una llamarada.

Gloria me miró, esperando que lo levantase, pero me limité a encogerme de hombros. Dodo lanzó un gruñido y se rebulló y así ella vio que no le pasaba nada. Luego, se estiró en la alfombra ante el fuego, comenzó a roncar estentóreamente y fueron inútiles los esfuerzos de Gloria por despertarle.

—No debería haberle traído el coñac —dijo—. Está mal del hígado.

—No me extraña —comenté.

—Hay que intentar acostarle entre los dos —añadió ella.

—Yo creo que ahí está a gusto.

—Eres un cerdo insensible —replicó Gloria.

Así que le quité las botas y le arrastré hasta la habitación para echarle en la cama.

En el pequeño dormitorio nos esperaba otra sorpresa. Tenía una mesa llena de botes de color, una cuchara culinaria de medida, una botella de vinagre y otra de aceite de linaza. En un jarrito había un filtro de muselina para tamizar huevo batido y en un cubo de basura bajo la mesa, las cáscaras de media docena de huevos. Apoyado contra la pared había un tablero sin pintar, pero perfectamente brillante con la preparación de la capa de yeso.

—¿Qué demonios es esto? —dije mirando el cuadro medio terminado que tenía apoyado contra la mesa.

Era muy distinto a los que habíamos visto en la sala de estar y el estudio. Éste era una escena urbana renacentista —una procesión— realizada sobre un tablero de madera de un metro cincuenta aproximadamente.

—Qué extraño colorido —comenté.

—Es la preparación —dijo Gloria—. Luego, aplica colores brillantes para obtener unos profundos matices luminosos.

—Pareces estar al corriente...

—Es que estuve en Niza una temporada, cuando era estudiante, y venía aquí cuando tenía una tarde libre. Y a veces le ayudaba. Es encantador. ¿Sabes qué es?

—Imagino que temple al huevo. Pero ¿por qué en un tablero alargado?

—Para arcones renacentistas de matrimonio.

—No lo entiendo.

—Falsificaciones. Las vende a través de un anticuario de Múnich.

—¿Y engañan a los clientes?

—Los autentifican expertos de arte internacionales. A veces los compran museos importantes.

—¿Y logra dar el pego?

—Ahora lo ves nuevo... sin acabar, pero luego le da una pátina, lo barniza y lo estropea para que parezca antiguo.

—¿Y engañan a los museos? —insistí.

—Los directores de los museos no son santos, Bernard.

—¡No me digas! Entonces, ¿Dodo es rico?

—No, tarda mucho en hacerlos y los intermediarios no le pagan mucho porque sobran falsificadores dispuestos a trabajar para ellos.

—Y entonces, ¿por qué...?

—¿Lo hace? —añadió ella, completando mi pregunta—. La falsedad... el fraude, el engaño es lo que le divierte. Es cruel. Cuando le conozcas mejor, quizá comprendas qué le impulsa a hacerlo.

Dodo lanzó un gruñido y pareció que iba a despertarse, pero se dio la vuelta y siguió durmiendo, respirando ruidosamente. Gloria se inclinó y le acarició afectuosamente la cabeza.

—Los traficantes son los que se llevan la parte del león. Pobre Dodo —dijo.

—Y tú lo sabías y lo de los huevos en la nevera era una broma...

—Dodo es célebre —respondió ella asintiendo con la cabeza—. Se jacta de haber pintado un arcón de la «escuela de Uccello» que acabó en el Louvre. Compró docenas de tarjetas postales del mismo y las envió como felicitación de Navidad el año pasado. Pensé que acabaría en la cárcel, pero vete a saber si no sería una broma que se le ocurrió. Los húngaros tienen un extraño sentido del humor.

—Ya me lo imaginaba —dije.

—Dodo conoce fórmulas químicas y le encanta reproducir pigmentos y avejentar la madera y otros materiales. Es muy hábil.

El viejo húngaro se rebulló de nuevo y se llevó la mano al punto de la cabeza en que se había golpeado al caer.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

—No le pasa nada —le dije.

—No te oye; está hablando en sueños —dijo Gloria—. Tú también lo haces a veces.

—Ah, claro —repliqué con desdén.

—La semana pasada te despertaste gritando cosas muy raras —añadió ella rodeándome con el brazo en gesto protector.

—¿Qué cosas?

—Van a matarle, van a matarle.

—Yo nunca hablo en sueños —dije.

—Como quieras —respondió Gloria.

Pero tenía razón. Tres noches seguidas me había despertado por efecto de una pesadilla sobre Jim Prettyman. «¡Van a matar a Jim!» es lo que había gritado. Ya lo creo que me acuerdo. En aquel sueño, por mucho que gritase a los que pasaban, nadie advertía mi presencia.

—Mira estas fotos —dijo Gloria desenrollando unas copias antiguas que había en una mesita atestada de cosas—. ¿Verdad que era un brutote guapo de joven?

En un grupo de una docena de jóvenes, con un hombre mayor que yo conocía perfectamente, se veía a un Dodo esbelto y atlético. Tres estaban sentados en sillones de mimbre ante un cobertizo de jardín. Uno de la primera fila tenía el pie sobre el letrero que decía «Los prusianos».

—Seguramente es de un torneo de tenis —dijo Gloria—. Jugaba muy bien al tenis.

—Algo parecido —dije, aunque sabía perfectamente que no era así.

El hombre mayor era un antiguo colaborador de Berlín llamado John Lange Koby —coetáneo de mi padre— y sus «prusianos» eran los equipos de espionaje que operaban en la zona soviética de Alemania. Así que Dodo había sido agente.

—¿Dodo trabajó con tu padre? —inquirí.

—¿En Hungría? —dijo y yo asentí con la cabeza—. ¿Reunión de espías? —añadió con su delicada manera de plantear las cosas—. No que yo sepa —respondió quitándome la foto—. ¿Es un equipo?

—Ése es el norteamericano Lange Koby —contesté.

Gloria miró la foto con renovado interés ahora que sabía que eran agentes.

—Sí, es mayor que los demás. Vive todavía, ¿verdad?

—Vive en Berlín. A veces me lo encuentro. Mi padre le detestaba, pero Lange era un buen tipo.

—¿Por qué le detestaba?

—Es que no tragaba a todos esos americanos a las órdenes de Lange. Solía decir: «Los americanos alemanes son alemanes americanos». Era una especie de obsesión.

—Es la primera vez que te oigo criticar a tu padre —comentó ella.

—Quizá tuviese sus motivos —repliqué a la defensiva—. Vámonos.

—¿Estás seguro de que podemos dejar solo a Dodo?

—No le pasa nada —contesté.

—Te cae bien, ¿verdad?

—Sí.

En aquella ocasión en que acababa de conocerle, me había caído bien.
Pero no sabía lo que me decía.

—CREO que la cosa ha ido bien —dijo Dicky Cruyer con tono de modesto orgullo.

Llevaba paneles ilustrativos y comenzó a ponerlos en el suelo, apoyados contra la pata de su escritorio de palisandro.

Yo entré en el despacho releyendo aún las notas que había tomado durante el conciliábulo sembrado de indignación y consternación que era siempre la reunión de los martes por la mañana. No estaba muy pendiente de Dicky y eso era algo que él advertía. Levanté la vista y lancé un gruñido.

—He dicho que creo que la cosa ha ido bien —repitió él despacio, lanzándome una sonrisa franca, pero debí parecerle perplejo—. En la reunión del Departamento —añadió a título explicativo, dando unos golpecitos al barómetro de latón que últimamente había añadido al mobiliario de su espacio de trabajo. O quizá estuviese dando golpecitos a la temperatura, o a la hora de Nueva York.

—Oh, sí. Ya lo creo.

¿Y por qué no iba a salir según sus deseos? Lo que Dicky Cruyer, mi jefe inmediato, denominaba una «reunión departamental» se desarrollaba todos los martes por la mañana en una de las salas de conferencias. Había habido una época en que se celebraba en el despacho de Dicky, pero desde entonces, el imperio del controlador de la Sección Alemana se había ampliado y actualmente necesitábamos una pieza mayor porque el martes por la mañana se había transformado en la ocasión para que Dicky ensayase las conferencias que daba a los incansables mandarines del Foreign Office. Habitualmente eran un alucinante revoltijo del papeleo más reciente, pero aquella mañana había utilizado fotos tomadas con satélite y unos preciosos diagramas de colores —esquemas en forma de tarta, bloques de barras y gráficos a base de curvas— preparados por el nuevo «departamento de arte», y había venido un «operador» a mostrárnoslos con un proyector. Dicky levantó la pantalla con

un trípode telescópico y echó una ojeada al salón a oscuras por si alguien fumaba.

La reunión constituía igualmente la ocasión para que Dicky distribuyese el trabajo entre sus subordinados, arbitrarse las rencillas y comenzase a elucubrar el informe mensual que tenía que estar ineludiblemente en el escritorio del director general el viernes a primera hora. Es decir, me obligaba a que comenzase a pensar en ello, porque era siempre yo quien lo redactaba.

—Se trata sencillamente de motivarlos —dijo sentándose en el escritorio de palisandro y estirando el alambre de un clip—. Quiero que se vean como...

—Miembros de un equipo —concluí yo.

—Exactamente —apostilló, pero al detectar lo que juzgó tono sarcástico en mi voz, frunció el ceño—. Bernard, tú tienes mucho que aprender respecto a ser miembro de un equipo.

—Ya lo sé —contesté—. Creo que en el colegio a que fui no hicieron bastante hincapié en lo del espíritu de equipo.

—Ese asqueroso colegio en Berlín —replicó él—. Nunca he comprendido por qué tu padre te dejó ir a una anodina escuela como ésa. Había colegios para los hijos de oficiales británicos, ¿no?

—Él decía que me vendría bien para el alemán.

—Eso sí —admitió Dicky—, pero debes haber sido el único chico inglés. Y eso te convirtió en un solitario, Bernard.

—Me imagino que sí.

—Y te sientes orgulloso de ello; ya lo sé. Pero un solitario es un inadaptado, Bernard. Me gustaría que lo vieses.

—Me harán falta tus notas, Dicky.

—¿Qué notas?

—Para el informe del DG.

—No te creas que hay muchas notas, Bernard —respondió ufano—. Ya voy cogiendo el tranquillo de estas tertulias de los martes. Y lo que hago es ir improvisando.

«¡Oh, Dios mío! Habría debido escuchar lo que decía».

—Cualquier anotación me sirve.

—Tú redáctalo tal como lo he ido explicando.

—Es cuestión de énfasis, Dicky.

Lanzó el clip estirado al cenicero de cristal y me miró severamente.

—Cuestión de énfasis... —repitió. Era el circunloquio con que admitía su absoluta ignorancia.

—Es que es muy técnico —me apresuré a añadir.

Se ablandó un poco. A Dicky le gustaba ser «técnico». Hasta hacía poco sus conferencias habían sido un simple resumen de las actividades diarias, pero ahora había decidido que lo progresista era enfocarlo todo en plan tecnología punta, y se había convertido en un experto de segunda —y en un tostón de primera— en temas como «fotointerpretación de Inteligencia obtenida por medio de vehículos no tripulados» y «cámaras ópticas, barredores lineales y sensores radáricos que procuran imágenes monocromas, policromas, de falseamiento de color e infrarrojas».

—Creo que lo he explicado con todo detalle —dijo Dicky.

—Sí, es verdad —respondí inclinándome lo bastante para ir pasando rápidamente con el dedo las fotos montadas en cartón con la esperanza de que tuviesen su correspondiente pie. Lo estaban hasta cierto punto: «Vista lateral con radar de reconocimiento SLRR» decía la primera, y se veía una flecha roja señalando la dirección en que había que mirarla. «Foto de barrido lineal infrarrojo IRLS mostrando varias temperaturas radiométricas del objetivo a mediodía. Obsérvense los edificios ocupados por personal y los vehículos de transporte en el extremo inferior derecho de la foto. Compárese con la foto de la misma zona a media noche».

—No te lleves ese material —me advirtió—. Esas fotos las necesito mañana y les he prometido a los de Reconocimiento Aéreo que se las devolvería en perfecto estado; sin huellas y las esquinas sin doblar.

—No, no me las llevo —dije dejándolas donde estaban. Yo era un desastre para entender aquellas cosas y empecé a preguntarme quién de los subordinados de Dicky que hubiese asistido a la reunión matinal podría recordar bien lo que había dicho para hacerme un resumen explicativo. Pero no se me ocurría nadie capaz de prestarle atención durante aquellas reuniones de los martes. El que más asiduamente tomaba notas, Charlie Billingsly, estaba en Hong Kong, y Harry Strang, de prodigiosa memoria, se las había arreglado astutamente para alegar una llamada telefónica urgente que le había permitido ausentarse cinco minutos de la disertación de Dicky—. Pero antes solías ser decidido adversario de esto del Reconocimiento Aéreo y del material vía satélite —dije.

—Hay que andar al ritmo de los tiempos, Bernard —replicó bajando la vista hacia su agenda de citas que la secretaria le había dejado abierta—. Ah, por cierto —dijo con gran naturalidad, excesiva naturalidad— me has estado hablando de ese tal Prettyman...

—No te he estado hablando —repliqué—. Te lo mencioné y me dijiste que no te acordabas de él.

—Bueno, no seas pejiguero —añadió—. El caso es que su esposa ha estado dando la lata últimamente. El otro día arrinconó a Morgan en el pasillo y le hinchó la cabeza con no sé qué de una pensión.

—Es la viuda —dije.

—Cierto. Viuda; viuda he dicho.

—Has dicho esposa.

—Esposa, viuda... ¿Qué diferencia hay?

—Para Jim Prettyman, una diferencia de órdago —repliqué—, porque le hace muerto.

—Bueno, lo que sea. No quiero que nadie la anime.

—La anime ¿a hacer qué?

—Hay que ver lo fútil que eres —respondió Dicky, quien imaginé que había vuelto a leer El poder del léxico, al ver que faltaba de la estantería de detrás del escritorio—. Esa mujer no tiene por qué estar acosando a los veteranos. Se merecería que Morgan presentase una queja oficial.

—Ella tiene mucha mano allí —le recordé—. Yo no aconsejaría a Morgan que se buscase un enemigo en ella, no vaya a salirle el tiro por la culata.

—Sí —respondió Dicky chupándose el labio y asintiendo con la cabeza—. Sí, tienes razón. Morgan lo sabe. Es mucho mejor que cerremos filas y no le hagamos caso.

—Jim Prettyman era de los nuestros —dije—. Trabajaba abajo.

—De eso hace mucho tiempo. Nadie le dijo que se fuese a trabajar a Washington. ¡Vaya sitio, Dios mío! Es una ciudad con una de las mayores tasas de criminalidad de Norteamérica.

Así que Dicky había estado estudiándose la lección.

—Entonces, no es cosa oficial —dije—. Eso de... de no animar a la viuda de Prettyman...

Me miró y luego dirigió la vista hacia la ventana.

—No es oficial —contestó con sumo cuidado—, pero es un buen consejo. Un consejo que puede evitarle a alguien problemas y pesares.

—Es lo que quería saber —dije—. ¿Pensamos el título para el informe del DG?

—Muy bien —me contestó mirándome y volviendo a asentir con la cabeza.

Me preguntaba si sabría que Cindy Matthews —exseñora Prettyman— me había invitado a cenar aquella noche.

—Por cierto, Dicky —añadí—. La piel de león queda estupendamente aquí.

La señora Cindy Matthews, como ella misma se denominaba, vivía con notable confort. Tenía nuevo mobiliario italiano, vino francés de solera, lavavajillas suizo y uno de esos equipos de alta fidelidad japoneses con manual de instrucciones. Naturalmente, nunca habían tenido que hacer frente al gasto que supone tener niños, e imagino que el aumento de precios inmobiliarios en Londres les había procurado un buen beneficio con la venta de la gran casa que habían adquirido en Edgware. Ahora vivía en una casita de King's Road, un barrio famoso por los punk, las tabernas y las *boutique* exquisitas. La vivienda constaba estrictamente de cuatro pequeñas habitaciones una sobre otra, siendo la más baja, a nivel de sótano, cocina y comedor. Pero era un sitio de moda y el tipo de casa que las agencias denominaban *bijou* y muy codiciadas por los publicitarios recién divorciados.

En la mesa había candelabros y rosas, con cubertería de plata maciza e infinidad de vasos. Por la ventana se veían los pies de los viandantes y éstos, a su vez, lo que nosotros comíamos. Y quizá, precisamente por ello, comíamos la clase de manjares que en las revistas femeninas aparecen fotografiados desde arriba. Tres rodajas de aguacate, finas como papel de fumar, dispuestas longitudinalmente sobre un charco de tomate y una rodaja de kiwi. El segundo plato consistió en otras tres delgadas rodajas de pechuga de pato con un trozo de mango y una hoja de lechuga, y concluimos con una fina rodaja del delicioso relleno casero de chocolate que hacía Cindy. Yo me harté de pan y queso.

Cindy era una mujercita de cara pálida, con nariz afilada y boquita en forma de corazón. Llevaba corto su ondulado cabello moreno; supongo que por ser más fácil de cuidar y resultar más adecuado a su edad. Su vestido era también severo: de lana marrón, sencillo y de corte simple. Siempre había rebotado energía y la preparación de la cena no había mermado en nada su inquietud. Ahora no cesaba de dar vueltas a la mesa, preguntando a todos si querían más champán, Perrier o Chablis, pan integral o panecillos blancos, y comprobando que nadie carecía de servilleta. Cuando finalmente tomó asiento, se produjo una especie de tácito suspiro de alivio.

Era una velada premeditada. Cindy siempre lo planificaba todo. La comida estaba medida, los tiempos de preparación cronometrados, los vinos blancos frescos y los tintos a la temperatura adecuada. Los panecillos estaban calientes, la mantequilla blanda, los invitados cuidadosamente servidos y la conversación prevista. No era una de esas veladas en las que apenas se puede intercalar una palabra en la barahúnda de las conversaciones, en las que los

invitados no acaban de marcharse, beben demasiado y salen de la casa tambaleándose y garabateando en sus respectivas agendas Filofax los números de teléfono de los demás. Fue aburrido.

Quizá haya que elogiar la previsión de Cindy por haberme invitado una tarde en que Gloria tenía clase de matemáticas, como parte de su decisión de ir bien preparada a la universidad, y así fui solo a la cena.

La reunión comenzó muy tranquila, como solían serlo cuando sir Giles Streeply-Cox era el invitado de honor. Creepy-Pox, como le llamábamos, era un hombre fornido, de espesas patillas blancas tipo Pickwick, que, en su día, había sido el terror del Foreign Office. Ministros y embajadores le tenían pavor. Desde que se había jubilado, vivía en Suffolk, cultivando rosas, mientras que su esposa hacía marcos para los acuarelistas locales. Pero el viejo aún pertenecía a no sé cuántos comités, lo que le permitía viajar a Londres con gastos pagados.

Era la primera vez que veía de cerca al temible Creepy, pero aquella noche estaba en su mejor momento, y Cindy sabía cómo llevarle. Le dejó desempeñar el papel del encantador anciano importante de Whitehall y él lo interpretó sin esfuerzo alguno, aunque sin que, tras las sonrisas y los apartes autocríticos, dejase de aflorar el ogro que era. La señora Streeply-Cox apenas habló. Pertenecía a una generación a la que se había enseñado a no hablar de la comida ni de los preparativos de la mesa, y hablar del trabajo de su marido era para ella tan horrendo como hablar de la televisión. Ella se limitó a sonreír tranquila a los chistes de su marido y así pasó la velada.

Había dos del cuerpo diplomático. Harry Baxter, un subsecretario de mediana edad de la embajada en Berna y su esposa Pat, que llevaba un grueso collar de oro, cabello con reflejos rosa y que contó chistes —con palabras en suizo alemán— sobre banqueros con nombres impronunciables.

Cuando Cindy le preguntó a Baxter qué cosas interesantes habían sucedido últimamente en Berna, el viejo Streeply-Cox respondió en su lugar diciendo que lo único interesante que sucedía con el personal diplomático de Berna era que perdía los trozos de pan en la *fondue*. Tras lo cual, al unísono con su señora, se echó a reír estridentemente.

Había también una pareja joven. Simon era un joven tímido de veintitantos años, que había estado enseñando inglés en un colegio particular de Baviera. Una experiencia que no le había gustado.

—Viendo a los niños alemanes se entiende por qué los alemanes han iniciado tantas guerras —dijo—. Y viendo a los profesores, se comprende por qué las pierden.

Simon trabajaba ahora de crítico teatral en una revista obsequio y estaba labrándose fama de perfeccionista y entendido, a base de censurarlo todo. Le acompañaba una muchacha tranquila de labios mal pintados, que vestía una chaqueta de *tweed* de hombre varias tallas mayor que la suya. Se pasaron toda la cena sonriéndose mutuamente y se marcharon pronto.

Después de cenar subimos arriba y tomamos café y copas en una habitación con un complicado fuego de gas que producía un fuerte silbido. Creepy tomó media taza de descafeinado y un bombón de chocolate a la menta; su mujer se bebió dos coñacs y se lo llevó a casa.

La pareja de Berna se dispuso a marcharse al cabo de una media hora aproximadamente, y yo, al decir Cindy que quería hablarme, no me fui con ellos.

—¿Qué piensas de él? —me preguntó después de que se hubieran ido.

—¿El viejo Creepy? Es muy divertido —contesté.

—No creas que es tonto —replicó Cindy—. Sabe lo que se hace.

Tuve la sensación de que el motivo de la presencia del viejo Creepy era impresionarme, haciéndome ver los contactos que tenía y la clase de influencia a que podía recurrir bajo mano en el Foreign Office en caso de necesidad.

—¿No querías hablarme?

—Sí, Bernard.

—Dame otra copa —dije.

Cogió la botella de *whisky* de la mesita y la puso ante mí, sobre un ejemplar de la revista *Nouvelle Cuisine*, que ostentaba en la portada la frase de: «Diez sencillos consejos para lograr un exquisito relleno de chocolate». No me sirvió, sino que se acercó al calefactor de la chimenea y rebuscó algo en la repisa.

—Desde que asesinaron al pobre Jim... —comenzó a decir sin volverse.

Supuse, imaginé, me temí realmente, lo que iba a decir, porque inmediatamente intenté cortarla.

—¿Asesinato dices? —la interrumpí.

Se dio la vuelta.

—¿Dos hombres que le esperan y le disparan? ¿Seis balas? ¿Cómo lo llamarías tú, Bernard? Es una manera muy curiosa de suicidarse, ¿no?

—Bien, continúa —dije echándome hielo y un buen chorro de *whisky*.

—Les he hablado del entierro. Les dije que quería asistir y que me pagasen el viaje.

—¿Y...?

—Ya no hay nada que hacer. ¡Lo han incinerado! —exclamó cual si la palabra fuese una obscenidad, o quizá lo fuese para ella—. ¡Incinerado! Sin preguntarme para nada lo que yo quería hacer con mi marido —añadió con amargura, pues, siendo católica, se sentía doblemente dolida—. Ah, y hay algo para ti.

Me entregó una caja de cartón, que abrí. Guardaba un montón de papeles sobre inscripciones antiguas en tumbas mesopotámicas. Estaba todo muy ordenado y no faltaban algunos trabajos que le había hecho Fiona, porque reconocí la escritura.

—¿Para mí? —inquirí—. ¿Es la voluntad de Jim?

—No hay testamento. Sólo una carta que Jim había confiado a su abogado, respecto a lo que debía hacerse si moría. Está testificado y dicen que es legal.

—¿Estás segura de que quería que fuesen para mí? A mí esto no me ha interesado nunca.

—A lo mejor quería que se lo enviases a Fiona —contestó ella—. Pero a mí no me lo devuelvas. Bastante tengo yo en la cabeza para ponerme a descifrar cosas de la antigüedad.

Asentí con la cabeza. Ella siempre se había mostrado sarcástica con aquella afición de Jim, y supongo que yo también.

—He procurado enterarme con mayor exactitud de lo que hacía Jim cuando murió —dijo e hizo una pausa significativa—. Empecé con lo del dinero —prosiguió y yo asentí con la cabeza: el Foreign Office controlaba nuestro presupuesto y era un aspecto de nuestro trabajo al que habría podido tener acceso.

—¿Dinero? —inquirí.

—El dinero que se supone que falta. El dinero que tú fuiste a reclamarle a Jim a Washington.

—Para que lo sepas, Cindy, yo no fui a Washington a reclamarle nada a Jim. Fue un encarguito suplementario que me hicieron sobre la marcha.

—Puede. No sé —respondió poco convencida—. Cuando lleguemos al fondo del asunto, quizá veas que estaba todo preparado.

—¿Qué es lo que estaba preparado?

—Que tú estuvieses en Washington en el preciso momento para hacer ese «encarguito suplementario».

—No, Cindy...

—¡Virgen santa! ¿Quieres escucharme, Bernard, y dejar de interrumpirme? Los fondos que controlaba Jim eran mucho dinero

blanqueado por medio de un par de bancos en Gibraltar y Austria. Eran fondos que iban y venían, por lo que es muy difícil seguirles la pista. Parece ser que acabaron en una cuenta en Alemania. Todo ese dinero lo sacaron y lo invirtieron seis meses antes de que tu esposa se pasase a los rusos.

—¿Y qué?

—¡Antes!

—Te he oído.

—¿No te das cuenta?

—¿De qué?

—Supón que te digo que esos fondos los organizó tu esposa Fiona. Supón que te digo que era un fondo de reptiles para el KGB.

—¿El KGB? —exclamé más fuerte de lo que me proponía—. ¿Y Jim tenía firma? Me dijiste que la tenía.

—Exacto —respondió sonriendo maliciosamente—. Ahí está el detalle. Suponte que Fiona financió el montaje de una red del KGB y utilizó el dinero y el personal del Servicio Secreto de Inteligencia para ponerla en marcha. ¿No comprendes lo fino que han hilado?

—Francamente, no —dije.

No me iba a rendir tan fácilmente. Si quería convencerme de su alucinante hipótesis, tendría que demostrármela teorema por teorema.

—Financiar una red de espionaje es la parte más difícil y peligrosa de cualquier operación secreta. No hace falta estar trabajando donde tú estás para saberlo, Bernard.

—Sí, creo que lo he leído en alguna parte —respondí, pero no iba a callar ante mis sarcasmos.

—No seas tonto, Bernard. Yo sé cómo funciona eso.

No contesté y me bebí el *whisky*.

—Necesito un cigarrillo —dijo ella—. Quiero dejarlo, pero ahora necesito fumar —se levantó y abrió un paquete que había en un cuenco de latón en la librería y tardó en encenderlo. Le temblaban las manos y la llama de la cerilla ponía de relieve el temblor, aunque tal vez fuese por el ansia de fumar. La observé con interés. La gente de Asuntos Exteriores sabía cosas de las que nosotros no nos enterábamos hasta que era demasiado tarde—. Si Fiona abrió una cuenta bancada clandestina —prosiguió— y los nuestros la dirigían con el máximo secreto, habría sido el modo mejor y más seguro de entregar fondos a los agentes enemigos, ¿no? —ahora, fumando el cigarrillo, estaba más calmada.

—Pero si tú te has enterado, ¿dónde está el secreto?

—Porque Fiona se pasó a ellos —replicó sin pensárselo—. Y eso lo estropeó todo.

—¿Y quieres decir que Jim se marchó a Washington porque Fiona se pasó a ellos? ¿Que Jim era agente del KGB?

—Puede —aquella era la parte más débil de la hipótesis, lo leía en su rostro—. Eso lo sigo pensando. No lo sé seguro.

—Jim no. Cualquiera otro, no digo. Pero Jim no. Y aunque estuvieses en lo cierto, ¿por qué iba a irse a Estados Unidos, patria del capitalismo?

—Yo sólo he dicho tal vez. Lo más probable es que Fiona engañase a todos haciéndoles creer que era oficial. ¿Cómo iban a pensar que era dinero para el KGB?

—Pero el dinero falta —comenté.

—No localizan la cuenta —replicó ella—. La maldita cuenta. Y la cuantía es sólo un cálculo, una estimación de cuatro millones de libras. Nadie del Foreign Office ni del Departamento admite saber nada al respecto. El cajero sabe que falta el dinero, pero nada más.

—Eso sólo significa que le falta el papel correspondiente con la firma pertinente. Eso, para el cajero, es como si faltase el dinero.

—Pero era dinero real, Bernard, y alguien se lo ha quedado.

Moví la cabeza. El asunto me excedía.

—¿Has sabido todo eso por «nuestro hombre en Berna»? —inquirí refiriéndome a los Baxter.

—Son viejos amigos y él sabe lo que se hace, pero de momento no ha averiguado nada.

—Pero tiene que haber constancia en el Departamento de a nombre de quién estaba la cuenta.

—Sí, de Jim.

—¿Y quién más?

—Ni siquiera se sabe dónde está la cuenta —respondió ella encogiéndose de hombros y expulsando humo por la boca fruncida—. Yo no pienso dejarlo, Bernard.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Tu qué me aconsejas?

—Actualmente el delegado del director general es muy activo —sugerí—. Quizá puedas hablar con él.

—¿Y cómo podemos estar seguros de que el asunto no le alcance a él?

Por un instante no capté lo que quería decir, pero en seguida comprendí.

—¿El delegado? ¿Sir Percy Babcock, trabajando para el KGB?

—No hay necesidad de dar voces, Bernard. Sí, el delegado. Tú lees los periódicos y estás al corriente de lo que sucede.

—Si estoy al corriente no es por leer los periódicos —repliqué.

—Hoy en día nadie está por encima de cualquier sospecha.

—¿Piensas hablar con Cinco? —y no acababa de decirlo cuando di en pensar qué sería peor si el remedio o la enfermedad.

A ella la aterró la idea.

—¿El MI5? ¿El Ministerio del Interior? No, no. Ahí no saben nada de Pagaduría Central. Y yo trabajo en Exteriores. Eso sería arriesgar mi empleo, Bernard.

—¿Y qué otra cosa puedes hacer? No estarás pensando en presionar al gobierno, ¿verdad?

—¿Es que no me piensas ayudar?

Así que era eso. Di un sorbo al *whisky*, respiré hondo y respondí:

—¿Qué es lo que quieres que haga, Cindy?

—Tenemos que mirar los archivos y encontrar las órdenes por las que se creó la cuenta.

—Me has dicho que ya lo has intentado —apostillé.

—Pero no en el Centro de Datos —replicó.

—¿En el Submarino Amarillo? ¡Dios mío, Cindy! No digas tonterías. Además, allí no puedes entrar —me habría mordido la lengua.

—No, pero tú sí, Bernard —dijo ella—. Tú no haces más que entrar y salir.

Se lo había puesto en bandeja. Di un buen trago de *whisky*.

—Cindy...

Sin dejarme hablar, me expuso su teoría.

—El ordenador debe tener la contrarreferencia. Los ordenadores funcionan así, ¿no? En lugar de que yo tenga que revolver miles de archivos, bastará con que introduzcamos en el ordenador un dato importante para tener acceso a todo.

—¿Y qué dato importante podemos introducir?

—Jim. Jim era depositario de una firma o de algo. Se le da su nombre al ordenador y obtendremos todo lo que necesitamos.

Así que me había invitado para eso. Y había estado Creepy para que yo viese que ella tenía amistades de peso, por si acaso.

—Bueno, un momento, Cindy —dije al pensar en las graves consecuencias.

—Tenemos que saber quién más tenía acceso a esa cuenta antes de que también lo asesinen —comentó ella.

Sólo entonces me di cuenta hasta qué extremo la había trastornado la muerte de Jim.

—¿Crees que a Jim lo asesinaron porque tenía firma de la cuenta bancaria?

—Sí, Bernard, exactamente —respondió.

La observé mientras encendía otro cigarrillo.

—Ya veré lo que puedo averiguar —dije—. Quizá haya otro medio.

—El Centro de Datos es nuestra única posibilidad —replicó ella.

—Podrían despedirnos a los dos, Cindy. ¿Tú crees que vale la pena? —inquirí, transmitiendo la advertencia de Dicky, por ver si ella veía otra salida.

Pero era como una posesa.

—Está sucediendo algo rarísimo —contestó—. Todo lo relacionado con esa maldita cuenta bancaria está perfectamente camuflado. Por mis manos ha pasado documentación muy importante, Bernard, pero nunca he visto nada con una tapadera tan fuerte como ésta. No hay papeles ni expediente, ningún memorándum, ni una sola ficha. Nadie sabe nada.

—¿No lo saben o no lo dicen? A lo mejor es de acceso muy restringido.

—Alguien tiene verdadero pavor. Alguien del Departamento, me refiero. Alguien tiene tal pavor, que ordenaron asesinar a Jim.

—De eso no estamos seguros.

—Yo estoy segura —respondió—. Y no van a silenciarme.

—Cindy —dije, haciendo una pausa, pensando en cómo decírselo—. No te ofendas, pero hay algo que tienes que decirme; sin engañarme.

—Desembucha, Bernard.

—No estarás presionando con esto al Departamento como medio para obtener la pensión de Jim, ¿verdad?

Me dirigió una de sus sonrisas especiales Monna Lisa.

—Eso ya me lo han concedido —contestó.

—¿Ah, sí?

—Van a darme la pensión completa, igual que a la americana que dice que se casó con Jim en México.

—¿Han admitido que Jim seguía trabajando en el Departamento? —inquirí verdaderamente sorprendido.

—No han admitido nada. Se trata de uno de esos «finiquitos». Firme aquí y calle.

—Eso no es corriente —dije.

—¿Corriente? —repitió ella—. ¡Por Dios, si no tiene precedente! No es costumbre del Departamento, ¿a qué no? Pues ni se lo pensaron, no tuvieron que confirmarlo con nadie ni comprobar nada de lo que yo alegué. De acuerdo, dijeron. Sin más.

—¿Quién lo autorizó?

—No se sabe —respondió con una carcajada socarrona—. Dicen, que constaba en el expediente.

—¿Cómo iba a figurar en el expediente? —repliqué. No podía constar en ningún expediente el pago de la pensión a dos viudas de alguien que había dejado de trabajar para el Departamento años atrás.

—Eso digo yo. Alguien tiene auténtico pavor.

—Pavor, sí —dije, convencido de que tenía razón: yo estaba aterrado.

EL jueves no fue un buen día. Tuve que ir al Submarino Amarillo. El Centro de Datos era precisamente la única dependencia del Foreign Office en la que Cindy Matthews no podía eludir el vigilante de seguridad con la excusa baladí de coger la lata de galletas para el té vespertino del ministro. Allí no se andaban con bromas los guardias uniformados con gorra. Una comprobación de identidad con foto en la planta baja y más comprobaciones en la planta de archivo de *software*, más un vídeo en la tercera y más rígida planta en donde realmente se guardaban bajo llave los secretos.

Desde que mi mujer se había pasado a los rusos transcurrieron varias semanas —en concreto, casi tres meses—, hasta que tuve que bajar de nuevo al Submarino. Había empezado a creermelo que mi ficha de seguridad había sido degradada y que nunca más volvería a ver aquello por dentro, pero, de pronto, un día, Dicky tuvo que quedarse en casa aquejado de un resfriado, había necesidad de algo urgente y yo era el único de la oficina que sabía manejar los teclados. Y tuve que ir yo. A partir de aquel día todo volvió a la normalidad, que yo sepa. Pero en el Departamento nunca se sabe. No es como la guía Michelin y no existe una edición cada primavera en la que puedas ver lo que de ti opinan los inspectores.

Así que me alegró sentarme ante la consola de teclados y decirle al ordenador mi nombre, categoría y departamento, en espera de que me preguntase mi clave secreta de acceso. Eso significaría que seguía teniendo la confianza de la nación. Una vez que la máquina hubo dado el visto bueno a mi número, me pasé sentado allí un par de horas, patinando en una de esas incómodas sillas con ruedas de mecanógrafa, haciendo preguntas a la pantalla e imprimiendo para Dicky metros de papel higiénico verde claro de seguridad. Cuando hube acabado todo lo que me había encargado, seguí sentado un rato. Sabía que tenía que levantarme y regresar directamente al despacho, pero no pude resistir la tentación de probar. Sólo para poder decirle a Cindy que lo había intentado y, de paso, satisfacer mi propia curiosidad.

Teclé: «PRETTYMAN, JAMES».

La máquina efectuó un gargarismo y me presentó un «Menú» del que seleccioné BIOG. Más traqueteo del *software* en las entrañas del aparato y en la pantalla aparecieron las veintidós páginas de la biografía de servicio de Prettyman. Pulsé las teclas con flecha para hacerlas correr hasta el final, y apareció un resumen del último informe de Prettyman. Era el expediente rutinario del Servicio Civil en el que figuran los comentarios del superior inmediato sobre «criterio, sentido político, capacidad de análisis y previsión», pero no decía si Prettyman había dejado el Departamento o seguía trabajando en él. Pulsé una tecla para obtener información suplementaria y la pantalla me dio la palabra REVISAR.

Así que insistí PRETTYMAN J BIOG REVISAR y me salió CONSULTAR EXPEDIENTE FO FX MI 123/456, lo que me pareció un extraño número de expediente. Probé a obtener acceso al expediente y la pantalla me contestó: ACCESO DENEGADO MARCAR NÚMERO ÁRTICO.

No pude dar a la máquina el número «ártico» que me pedía porque ni siquiera sabía lo que era un número ártico. Miré la hora y ví que aún me quedaba mucho tiempo por delante antes de ir a ver a Dicky. En los últimos días, Dicky había estado de muy buen humor. Parecía haber pasado la crisis de Bizet. No había habido noticias graves, pero él había dicho al Departamento que la fiscalía del Stasi estaba a punto de poner en libertad a nuestros hombres por falta de pruebas y se las agenció para insinuar que había sido por obra suya. Era totalmente falso, pero es que cuando Dicky necesitaba buenas noticias nunca dudaba en inventárselas. Una vez en que se me ocurrió comentárselo, me contestó que era el único medio de quitarse al viejo de encima.

Hoy, Dicky había ido a almorzar con su viejo amigo y excolega Henry Tiptree, que había perdido su cómodo despacho del Foreign Office a cambio de un empleo en un pequeño banco comercial de nueva reglamentación en la City. Además, les acompañaba Morgan. Éste solía ser el portaestandarte y factótum supremo del director general, pero desde que se había reducido la presencia del director general en la casa, Morgan no tenía más remedio que remitir sus cuitas al despacho del delegado del director general y lanzar humo al techo de los comedores privados de la City. Yo sospechaba que Morgan y Dicky se dedicaban cautamente a averiguar sus posibilidades de conseguir uno de esos sueldos de seis cifras de la City, que no dejaba de leer cada día en *The Economist*. En cualquier caso, lo más probable es que Tiptree, Morgan y

Dicky no acabasen de degustar los habanos y el dorado oportuno hasta las tres como mínimo, y por eso yo me había llevado al Submarino mi paquete de bocadillos.

Así que volví a probar. Tecleé el nombre de la empresa en que Prettyman trabajaba en Washington. TRANSFER LOAD y luego PERIMETER SECURITY GUARANTEE TRUST.

La máquina ronroneó satisfecha y la pantalla se llenó de palabras. Allí estaba: dirección de la sede principal, capital confirmado, valor en bolsa y nombres del presidente y vicepresidente de PSGT. No era lo que yo quería y tecleé PRETTYMAN en el espacio de opciones de PSGT. Una especie de hipido y de nuevo CONSULTAR EXPEDIENTE FO FX MI 123/ 456.

Volví a REGISTRO UNO y tecleé el número del expediente. En la pantalla volvió a aparecer el mismo mensaje: ACCESO DENEGADO MARQUE NÚMERO ARTICO. Aquello era un círculo vicioso y no me habría parecido siniestro de no estar buscando información específica, ni se habría dado esa coincidencia de no haber tecleado esos temas.

Probé por otro lado. El banco de datos guardaba detalles de empleados del Departamento en servicio y cesados. Tecleé el nombre de mi esposa SAMSON, FIONA y después di la orden ACTUALIZAR para la última parte de la ficha.

Ahora ya no me sorprendí: volvió a salir aquella cifra artificiosa que seguramente no formaba parte del sistema normal de archivo: CONSULTAR EXPEDIENTE FO FX 123/456. Y, naturalmente, al teclear de nuevo recibí la inevitable demanda del NÚMERO ARTICO. Así que, aquel extraño número ártico daría las respuestas a propósito de Jim Prettyman, sus empleadores de Estados Unidos —casi con toda seguridad una tapadera de algún tipo de negocio ilícito— y lo que mi esposa Fiona había estado haciendo durante las semanas anteriores a su desertión.

Me marché y paseé unos minutos. La planta tres era particularmente deprimente. Una pared de la gran sala abierta estaba llena de estanterías repletas de carretes y enormes paquetes de discos de 12 bandejas y otras muestras del sofisticado *software* para ordenadores, y otra larga pared la ocupaban las consolas de trabajo, mientras que en la tercera había una serie de escritorios y cómodas sillas para los jefes. La cuarta pared era de vidrio, y tras ella se veía a los mozos empujando carritos cargados del papel que las máquinas devoraban.

Estiré las piernas, me estrujé el cerebro y hasta tomé de esa poción que en la máquina de bebidas figuraba calificada como café. Fui al lavabo. Hacía

meses que en la pared alguien había escrito con cuidada caligrafía: «¿Hay vida inteligente en el Centro de Datos?». Ahora otro había garabateado debajo: «Sí, pero sólo vengo de visita». Los grafiti eran el único indicio de vida humana, pues el personal destinado a aquella dependencia pronto se volvía tan robot como las máquinas que manejaban y atendían. Volví a mi puesto de trabajo.

Seguí durante una hora más, pero era inútil. La maldita máquina siempre me vencía. En los buenos tiempos todo figuraba en el Registro y, a pesar de que los archivos eran mugrientos y uno tenía que bajar allí con toalla y jabón, al menos si no aparecía lo que se buscaba, siempre había alguien que te indicaba la estantería de abajo en que estaba el expediente en cuestión porque era muy pesado, la estantería superior en la que lo habían puesto porque nadie lo pedía o la puerta contra la que lo habían apoyado porque alguien se había llevado la cuña para mantenerla abierta. Yo prefería el Registro.

—¿Dónde has almorzado hoy? —me preguntó Gloria con ese tono de como quien no quiere la cosa que adopta cuando la sospecha la cierne en sus redes.

Aquella tarde no iba a visitar a sus padres porque estaban de viaje en un congreso de dentistas en Madrid.

—En el Submarino —contesté.

Estábamos en casa a punto de cenar y yo miraba sentado las noticias de las siete del canal cuatro. Vientos con fuerza de galerna «azotaban la costa», sembrando el «caos» y el «estrageo» del modo que se supone lo hace la climatología cuando los de la tele no tienen otras noticias que consignar. Como si las noticias quisieran entrar en casa, los cristales de la ventana trepidaron y el viento aulló por entre los arbolitos del jardín. Gloria, camino del comedor, dejó dos vasos de helado vino blanco en la mesita. Estaba intentando alejarme del alcohol fuerte.

—¿En el Submarino? —inquirió con una leve sonrisa y un tono rayano en esa fruición maliciosa que los alemanes denominan Schadenfreude^[4]—. ¡Qué horror! —añadió soltando una carcajada.

—Con bocadillos de plástico —añadí para redondear su deleite.

—Pero no volviste hasta casi las cuatro —dijo.

La veía en el comedor. Ponía la mesa para cenar y lo hacía con el mismo primor con que lo hacía todo. Cuchillos, tenedores y cucharas bien alineados en los mantelitos individuales de plástico, cuchara para servir la mostaza, la

sal y la pimienta. Servilletas dobladas y colocadas con precisión matemática. Satisfecha con el resultado, vino a mi lado, se sentó en el brazo del sofá y dio un sorbito a su vaso de vino.

—Tenía reunión a las cuatro... con Dicky —dije desconectando el televisor, que estaba vomitando una recapitulación de eventos anticuados; imagino que tenían que ampliar las noticias para rellenar el espacio asignado.

—¿Y te has estado allí toda la tarde? ¿Qué hacías?

—Me quedé a manosear los archivos. A veces lo hago.

—¿Jim Prettyman?

—Cosas así —contesté, pensando en lo bien que me conocía.

—¿Tuviste suerte?

—Siempre la misma respuesta. ¿Has oído alguna vez hablar de una cifra ártica?

—No, pero el año pasado han introducido docenas de nuevos códigos cifrados. Y ahora cada día añaden nombres de acceso restringido para los bancos de datos.

—A mí no cesa de salirme el acceso denegado cada vez que pruebo.

—¿Probaste diversos métodos para obtener el mismo dato?

—Me pasé en ello más de una hora.

—Ojalá me lo hubieses dicho, cariño —dijo ella con tono de preocupación.

—¿Por qué?

—Yo conozco esas máquinas. ¿Recuerdas que me pasé allí abajo un mes hasta que tú me rescataste?

—Yo trabajo en ellas... —estuve a punto de decir «antes de que nacieras», pero nuestra diferencia de edad no era precisamente un tema que me gustase recordar— hace años —concluí abatido.

—Entonces sabrás lo de la «mirada furtiva»...

—¿Qué demonios es eso de la «mirada furtiva»?

—Si hubieses aprendido bien en vez de teclear a la buena de Dios, no harías tonterías.

—¿Pero de qué hablas? —repliqué.

—Cuando la máquina da una señal de Acceso Denegado queda registrada con tu nombre y número.

—¿Ah, sí? —dije mientras ella iba al vestíbulo para llamar a los niños que estaban arriba, se suponía que haciendo los deberes, vigilados por Doris.

—¡Niños, a cenar! ¿Está lista, Doris? Y no acaba ahí la cosa —añadió regresando a la sala de estar—, porque registra los expedientes a los que te

niega el acceso. Y cuando los de Seguridad de Datos aplican el programa de análisis, ven con todo detalle lo que querías conseguir por encima de las restricciones de seguridad.

—No lo sabía.

—Es evidente, cariño.

En aquel momento sonó un cronómetro de la cocina y ella farfulló una palabrota en húngaro a la que ya me había acostumbrado y fue a por la cena.

Me levanté, la seguí y la observé sacando cacerolas del horno y poniéndolas en el carrito.

—No sabrás con qué frecuencia aplican el programa de seguridad, ¿verdad?

—Haz algo —me dijo ella, dejándome con el carrito, que empujé hacia el comedor—. No se puede borrar, cariño; olvídte, si es eso lo que pensabas.

Sally y Billy bajaron con sus libros del colegio. Billy tenía catorce años y había crecido de pronto; llevaba en los dientes un aparato de alambre que debía de molestarle, pero nunca se quejaba. Era un estoico. Sally tenía un par de años menos, aunque aún era bastante niña y sufría por la ausencia de la madre. Lo cierto era que los dos la echaban de menos. Nunca lo decían y mantenían oculto su pesar, y yo no encontraba manera de tratar de consolarlos.

Gloria había tomado la costumbre de revisarles los deberes todas las noches y era estupenda con ellos. Muchas veces aprendían más media hora con ella que en todo el día en el colegio, y se había ganado su confianza gracias a aquellas lecciones, lo que era bastante importante para todos nosotros, y, sin embargo, a veces me preguntaba si ellos no sentirían rencor por lo feliz que yo era con Gloria; porque sospechaba que su deseo era que yo compartiese su pena.

—¿Os habéis lavado las manos?

—Sí, tita Gloria —contestaron a coro con las palmas hacia arriba.

También Doris alzó las manos sonriendo tímidamente. Esta plácida muchacha de Devon —gordita recién adelgazada— llevaba ya bastante tiempo con los niños. Había empezado de niñera y ahora los llevaba y traía de sus respectivos colegios, hacía en casa el almuerzo de Sally, efectuaba algunas compras y almidonaba mis camisas. Tenía más o menos la edad de Gloria y a veces yo me preguntaba qué es lo que pensaría de que ella viviese conmigo. Pero no había muchas posibilidades de que me confiara sus pensamientos. Doris era inescrutable en mi presencia, aunque con los niños la oía muchas veces chillar alegremente y compartir sus ruidosos juegos.

—Billy me enchufa el carrito, ¿verdad? —dijo Gloria, y yo tomé asiento mientras Doris jugueteaba con el cubierto.

Su renuncia a comer chocolate le había causado una especie de síndrome crónico de abstinencia.

El carrito con el calentador era idea de Gloria, igual que las cacerolas de vivos colores y los salvamanteles de rayas. Era algo que iba a cambiar nuestras vidas, aparte de que era una maravilla cuando dábamos una cena.

—¡Salchichas de cebolla! —exclamé—. ¡Y arroz Unele Ben! ¡Lo que más me gusta!

Gloria no dijo nada. Era la tercera vez aquella semana que comíamos las malditas salchichas de cerdo. Quizá si hubiese hecho un almuerzo decente habría tenido suficiente juicio para mantener la boca cerrada.

Gloria no me miró; estaba sirviendo a los niños.

—El arroz se ha quemado un poquito —les dijo—, pero sólo el del fondo.

Nos sirvió dos salchichas, pero también se le había ido la mano y estaban negras y encogidas. Las que sobraron las puso en el calentador. A continuación nos sirvió unas espinacas deshechas.

Después de servirnos, se sentó y dio un sorbo de vino inhabitualmente prolongado antes de empezar a comer.

—Perdóname —dije con la esperanza de romper su obstinado silencio.

—No soy buena cocinera, Bernard —respondió con voz artificialmente alta—, tú lo sabes. Nunca he pretendido serlo.

Los niños miraron a Doris y ella bajó la vista al plato.

—Está muy bueno —dije.

—¡No hace falta que me protejas! —exclamó ella enfadada—. Es un horror. ¿Es que crees que no me doy cuenta de que me ha salido mal?

Los niños la miraron con ese interés desapasionado tan propio de ellos ante los acontecimientos que rebasan la esfera de sus experiencias.

—No llores, tita Gloria —dijo Sally—, si quieres toma mi salchicha que casi no está quemada.

Gloria se levantó y salió precipitadamente del comedor, mientras los niños me miraban a ver qué hacía.

—Seguid cenando, niños —dije—, voy a ver a tita Gloria.

—Dale un beso muy fuerte, papá —dijo Sally—, ya verás cómo se le pasa.

—La mostaza no es buena para los niños —dijo Doris quitándole el tarro a Billy.

Había días con Gloria que eran idílicos. Y no sólo días, pues había semanas seguidas en que vivíamos en tal armonía y felicidad, que no acababa de creerme mi suerte. Pero otras veces chocábamos inevitablemente. Y cuando algo salía mal, las discordias se sucedían como martillazos. Últimamente teníamos continuas desavenencias y sabía que casi siempre era por culpa mía.

—No enciendas la luz —dijo con voz pausada. Yo había entrado en el dormitorio dispuesto a recibir una invectiva y me encontré con una Gloria curiosamente dispuesta a pedir perdón. La única luz era la que difundía la radio de la mesilla, pero bastaba para ver que estaba llorando—. No hay nada que hacer, Bernard —añadió. Estaba tumbada a través de la cama, mordiendo con furia la punta de un pañuelito bordado, como sacando fuerzas de flaqueza para comérselo—. No hago más que intentarlo, pero es inútil.

—Es culpa mía —manifesté inclinándome y dándole un beso.

Levantó la cara, pero con gesto impasible.

—No es culpa de nadie —replicó entristecida—. Yo sé que tú también lo intentas.

—No es fácil vivir juntos —dije sentándome en la cama y tocándole el brazo—. Se tarda en adaptarse.

Durante un rato estuvimos sin decir nada. Estuve tentado de decir que por qué no enviábamos a Doris a un cursillo de cocina, pero un hombre que vive en una casa con dos mujeres sabe perfectamente cuándo no hay que desequilibrar la balanza del poder siquiera sea por una mota de polvo.

—Es por tu mujer —dijo ella de pronto.

—¿Fiona? ¿A qué te refieres?

—Era ideal para ti.

—No digas tonterías.

—Era guapa y lista —añadió sonándose—. Cuando estabas con Fiona todo era siempre perfecto. Lo sé.

Por un instante no dije nada. Aquella admiración por Fiona la aceptaba de cualquiera menos de Gloria. No quería que ella me hiciera ver que había sido un tipo con suerte; quería que dijese lo afortunada que había sido Fiona cazándome.

—Teníamos más servicio —repliqué.

—Ella era rica —apostilló Gloria, volviendo al lloriqueo.

—Estamos mejor así.

No pareció oírme y, al responder, pareció que su voz venía de muy lejos.

—La primera vez que te ví te deseaba con todo mi corazón, Bernard —dijo entre pucheros—. Pensé que sería capaz de hacerte feliz. Envidiaba tanto a tu mujer...

—No sabía que conocieras a mi mujer.

—Claro que la conocía; la había visto. Todos la admiraban. Decían que era una de las mujeres más listas que habían trabajado en el Departamento. Se comentaba que sería la primera mujer director general.

—Ya ves cómo se equivocaban.

—Sí, igual que yo, Bernard. Totalmente equivocada porque conmigo nunca serás feliz. Eres demasiado exigente.

—¿Exigente? ¿Pero qué dices? —repliqué, dándome cuenta demasiado tarde de que había perdido la oportunidad de decirle lo feliz que era con ella.

—Eso, enfádate.

—No me enfado —dije con toda calma.

—Más vale que me vaya a Cambridge.

Estaba dispuesta a autocompadecerse. Yo no podía decir nada. Le di un beso, pero no reaccionó. No quería paliativos.

—Tal vez Doris podría ayudar algo más —dije tanteando.

Me miró y me dirigió una amarga sonrisa.

—Doris se ha despedido —respondió.

—¿Doris? Oh, no.

—Dice que es aburrido vivir en las afueras.

—¡Santo cielo! —exclamé—. Pues claro. ¿Por qué cree que nos hemos venido a vivir aquí?

—Ella tiene sus amigos en el centro y allí iba a discotecas.

—¿Doris tiene amigos?

—No seas cerdo.

—Puede tomar el tren.

—Una vez por semana. No es mucha diversión. Todavía es joven.

—¡Todos somos jóvenes todavía! —repliqué—. ¿Te crees acaso que no me gustaría ir con sus amigos a las discotecas?

—Las bromas no van a servirte de nada —replicó ella obstinada—. Cuando se vaya nos veremos muy apurados. No va a ser fácil encontrar alguien que se lleve bien con los niños —afuera seguía cayendo la lluvia, golpeando el manzano y azotando las ventanas, y en el cañón de la chimenea se oían las ráfagas de viento que silbaban en la antena de la tele—. Ya veré qué es lo que tienen en la agencia, pero aquí tendremos que pagar más. La empleada me dijo que en esta zona los sueldos son muy altos.

—No me extraña —dije.

En aquel momento sonó el teléfono que estaba en mi lado de la cama. Fui a cogerlo y era Werner.

—Tengo que verte —decía en tono excitado, o casi excitado para lo flemático que él era.

—¿Dónde estás? —inquirí.

—En Londres. En un apartamento de Ebury Street, cerca de la estación Victoria.

—No comprendo...

—He llegado en avión a Gatwick.

—¿Qué ha sucedido?

—Tenemos que hablar.

—Aquí tenemos habitación. ¿Tienes coche?

—Es mejor que vengas aquí, Bernard.

—¿A la estación Victoria? Tardaré media hora o más —respondí aterrado por la idea de tener que llegarme al centro.

—Es grave —añadió Werner.

—Es Werner —dije tapando el teléfono—. Dice que tiene que verme. No me lo pediría si no fuese urgente.

Gloria hizo un leve movimiento de hombros y cerró los ojos.

NO tenía ni idea de lo que había sucedido con algunos de aquellos pequeños hoteles de Ebury Street. Solía ser una tierra de nadie en donde las hordas cargadas de mochilas del terminal de autobuses se juntaba con la gente guapa de Belgravia. En una curiosa yuxtaposición, típicamente inglesa, Ebury Street procuraba a Belgravia sus lujosas *boutique* y restaurantes caros y ofrecía a los viajeros de presupuesto limitado alojamiento barato. Pero el cambio era inevitable y Werner había encontrado una reducida suite lujosamente amueblada en la que aceptaban «las principales tarjetas de crédito», con servicio y seguridad las veinticuatro horas del día, ficus en el vestíbulo y Dom Pérignon en la nevera.

—¿Has cenado? —me dijo nada más abrirme la puerta.

—Pues no.

—Bien. He reservado una mesa a dos pasos de aquí. Durante el vuelo he leído en una revista una crítica inmejorable —dijo con aire distraído, como si estuviese pensando en algo totalmente distinto.

—Estupendo —dije.

—No, en serio, creo que debe ser muy buen restaurante —añadió mirando la hora. Estaba nervioso. Yo conocía los síntomas—. En la revista decían que la *mousse* de salmón fresco es excelente —concluyó como si no estuviera convencido del todo.

—¿Cómo has encontrado este hotel, Werner?

Era mi mejor amigo, pero nunca había entendido realmente a Werner del modo que entendía a otras personas que conocía hacía tiempo. No es que le gustasen los secretos, sino que enmascaraba sus verdaderos sentimientos y adoptaba otros. Cuando estaba contento parecía triste, cuando contaba un chiste desternillante, contenía la risa como avergonzado y cuando ganaba parecía haber perdido. ¿Sería por ser judío? ¿Pensaría que tenía que ocultar sus verdaderos sentimientos ante la hostilidad de los demás?

—Es un apartamento; un apartamento con servicios, no un hotel — replicó. Claro, los ricos tienen más palabras que los demás, porque disponen de más bienes y servicios—. Uno con quien tengo negocios en Kleinwort Benson lo utiliza como base en Londres y me lo ha cedido. ¿Champán? ¿Whisky? ¿O prefieres otra cosa?

—Un vaso de vino.

Entró en la cocinita, no más de un nicho con luz fluorescente, pensado más para fomentar el recurso al «servicio» que como lugar para cocinar. Sacó una botella de vino de la nevera, un Mersault; la botella estaba sin empezar, pero descorchada, como si hubiera adivinado lo que quería beber y la tuviera ya dispuesta. Me sirvió un buen vaso y volvió a dejar la botella en su sitio. El motor del refrigerador comenzó a ronronear, produciendo un suave traqueteo de botellas.

—Felicidad, Werner —dije a guisa de brindis.

Sonrió sobriamente y cogió la cartera de una mesita para asegurarse antes de guardársela de que llevaba todas las tarjetas de crédito. Mersault: un lujo que me complacía de verdad. Imagino que Werner podía haberse pasado todo el día bebiéndolo si se lo hubiese propuesto.

La mayoría de las personas cruzan alucinados por la vida como en un tobogán financiero, una montaña rusa que decide por ellas si deben ahorrar o hacer ostentación. No era así en el caso de Werner: él siempre tenía bastante. Decidía lo que quería —lo que fuese: un buen restaurante a dos pasos en el que hicieran buena *mousse* de salmón o un coche nuevo—, metía la mano en el bolsillo y lo compraba. Hay que decir que las necesidades de Werner eran modestas y no añoraba yates, aviones privados, queridas, el juego ni dar muchas fiestas por todo lo alto. Werner tenía sencillamente dinero más que suficiente para sus necesidades. Yo envidiaba su estilo de vida fácil sin límites presupuestarios y hacía que me sintiese un esclavo asalariado ansioso de dinero, porque, supongo, que es lo que era.

Cogí el vaso de vino, me senté en uno de los cómodos sillones y esperé a que me contase qué era lo que le afectaba de tal manera que le había hecho venir en avión a Londres para sacarme de mi casa y decírmelo. Recorrí el cuarto con la mirada. Sí, era un apartamento; ahora lo veía. No era como la suite de un hotel: había un ambiente más propio de una vivienda. Glenn Gould interpretaba a Bach con infrecuente placidez en el aparato de discos compactos y en la pared había dos horriblos cuadros modernos en lugar de las elegantes litografías que arquitectos e interioristas compran al por mayor.

Era un lugar habitado por hombres lejos de su hogar. Se notaba por los libros y guías de restaurantes de años atrasados, los planos callejeros y los catálogos de museos, que son la clase de libros que sirven para pasar el rato cuando se ha acabado el trabajo. Novelas policíacas sobadas que pueden leerse una y otra vez sin que parezca una repetición, libros delgados de delgadas novelistas que ganan premios y libros muy gruesos de novelistas gordas que no ganan premios. Y toda una estantería de biografías desde la de la madre Teresa hasta la de lord Olivier, sin que falte Streisand, la mujer y la leyenda. Muchas horas pasadas fuera de casa.

Werner había contestado a mi brindis bebiendo agua mineral en un vaso de cristal tallado, con rodaja de limón y hielo incluidos, como pretendiendo que fuese una copa de verdad. Se sentó en un sillón y lanzó un suspiro. La barba negra —ya bien recortada— le sentaba bien. No parecía un *hippy* ni un profesor de arte, le daba un aspecto más formal. Pero esa formalidad concluía en el cuello, porque vestía más despreocupadamente: un jersey negro de lana de manga larga, pantalones a juego, camisa de seda de rayitas de colores y relucientes zapatos de charol. Su cabello era espeso y negro y el gesto relajado; sólo sus ojos reflejaban preocupación.

—Se trata de Zena —dijo alargando el brazo para coger un posavasos de la estantería y colocar sobre él mi vaso de vino para que no manchase la impecable mesita. Werner tenía un buen entrenamiento doméstico.

«Oh, no —pensé—. Toda una velada hablando de su mujer, no»; era más de lo que cabe esperar que aguante incluso el mejor amigo.

—¿Qué pasa con Zena? —repliqué, procurando que el tono de mi voz fuese cálido e interesado.

—Más exactamente, se trata de ese maldito Frank Harrington —añadió amargamente él—. Bernie, sé lo amigo que eres de Frank, pero es un hijo de puta. De verdad —apostilló mirándome para ver si yo me ofendía en nombre de Frank y pellizcándose la nariz como solía hacer cuando se sentía angustiado.

—¿Frank?

Frank Harrington era un donjuán de tomo y lomo; así que, vincular su nombre al de Zena sólo significaba una cosa. Años atrás, Frank y Zena habían tenido una tempestuosa relación y, como un calavera del siglo pasado, él había llegado a ponerle un piso para sus citas. Luego —tal como me lo contaron— Zena se cansó de estar sentada esperando a que él le dedicase sus ratos libres, porque Zena no tenía nada de querida decimonónica. Yo suponía

que, a partir de entonces, Zena había encontrado otros, aunque siempre volvía a los brazos del pobre Werner. A la postre, él era el único que la aguantaba.

—¿Frank y Zena? —repetí.

—No, no es eso —se apresuró a decir él—. Es que la está utilizando para trabajos del Departamento, y es peligroso, Bernie. Muy peligroso. Ella no tiene ninguna clase de experiencia.

—Más vale que me lo expliques desde el principio —dije.

—Zena tiene familia en el Este y les lleva comida y regalos; tú lo sabes...

—Sí, me lo contaste —respondí alargando la mano al cuenco de almendras saladas, pero sólo quedaban unos trozos sepultados bajo la sal y las cáscaras. Imagino que las había liquidado Werner mientras se devanaba los sesos esperándome.

—Zena estuvo al otro lado la semana pasada —en alemán druben o al otro lado, sólo podía significar al otro lado del Muro—. Y me he enterado de que ese maldito Frank le encargó que fuese a ver a alguien de su parte.

—¿Uno de los nuestros? —inquirí circunspecto.

—Por supuesto. ¿Quién si no, si Frank le pidió que fuese a verle?

—Es de suponer —contesté concesivo.

—Frankfurt del Oder —añadió Werner—. Sabes de qué se trata, ¿verdad?

A pesar de su tono equilibrado, se le notaba irritado, muy enojado, y de algún modo estaba implicándome en la historia de la que yo no sabía nada y prefería quedar al margen.

—Eso es pura especulación —me arriesgué a decir a ver si lo refutaba.

—¿Por qué habrá elegido a Zena? —se le descompuso un tanto el rostro al morderse el labio de rabia y angustia—. Él tiene a los suyos para hacer esos trabajos.

—Sí —asentí.

Se trata de Bizet. Está intentando restablecer la línea de contacto.

—No le pasará nada, Werner —dije.

Me hacía solidario de su indignación, pero yo había estado metido de lleno en las operaciones y, desde la perspectiva del agente de campo, a veces se consideraba de buen criterio enviar auténticos turistas como Zena en esas delicadas situaciones. No se les dice nada y no saben nada. Generalmente salen bien librados.

Mi aparente indiferencia ante su preocupación por Zena le enfureció más, pero sonrió como de costumbre. Se recostó en el sillón y acarició el teléfono como si de un gato se tratase. De afuera llegaba el retumbar de los autobuses

de larga distancia que tenían que girar en una bocacalle para llegar a la estación terminal.

—Quiero que hagas algo —dijo él.

—¿Qué quieres que haga?

—Apartarla de eso —contestó.

Sus dedos tamborileaban sobre el teléfono. Cogió el aparato, llamó a recepción y sin preguntarme qué quería cenar, encargó la cena del restaurante. Hablaba rápido, pidiendo dos raciones de la excelente *mousse* de salmón y dos filetes —uno poco hecho y otro muy hecho— con sus respectivas guarniciones. Luego, colgó, se volvió y me miró.

—Se está haciendo tarde y no sea que cierren la cocina.

—No querrás que el Departamento la aparte de eso, ¿verdad? —inquirí—. Por lo que me has dicho, no hay ningún indicio de que esté corriendo peligro alguno. Supongo que Frank simplemente le pidió que hiciese un par de llamadas telefónicas y fuese a alguna dirección. Si aterrizo en la oficina pidiendo un intento de rescate en toda regla, van a pensar que me he vuelto tarumba. Y, francamente, Werner, sería poner a Zena en peor situación de la que está —lo que no añadí era que no existía posibilidad de que Dicky, u otro con autoridad, revocase las iniciativas de Frank porque yo lo pidiese. Me daba la impresión de que Frank había sido nombrado oficial del caso y su palabra era ley.

—¿Cómo se habrá atrevido Frank a pedir a Zena que le ayude?

¿Cuál era el verdadero objetivo de la indignación de Werner? ¿Frank Harrington? Nunca se habían visto cara a cara. Ya antes de robarle la mujer, Frank había cesado a Werner de la unidad de campo de Berlín. Y ahora no había manera de convencerle de que Frank era como era: un excelente administrador de departamento y el arquetipo del «caballero inglés», que no sólo sabía cómo seducir a jóvenes con ganas de aventura, sino que a veces era él quien caía en sus garras.

Y difícilmente podía decirle a Werner que ya era hora de que su mujer hubiese aprendido a mantenerse alejada de Frank. Así que opté por preguntarle:

—¿Cuándo tiene que volver?

—El lunes —respondió tocándose la barba.

Glenn Gould concluyó su interpretación, pero tras un par de clics comenzó a hacerlo Art Tatum. A Werner le gustaba el piano. En los buenos tiempos solía tocar en las fiestas más ruidosas de Berlín. Viéndole ahora,

resultaban increíbles las cosas que habíamos hecho en Berlín cuando éramos jóvenes.

—No le pasará nada —dije.

No muy convencido por mis palabras, asintió con la cabeza sin decir nada y observó con suspicacia su vaso de agua mineral antes de dar un sorbo. Estuvimos un rato en silencio. Luego me miró, se encogió levemente de hombros con una sonrisa y, al ver que mi vaso estaba vacío, se levantó, fue a la nevera y me trajo la botella.

Le observé detenidamente. Había algo más —otro aspecto de la historia —, pero no le pedí más detalles. Se había enfadado mucho y era mejor que se calmara.

Se oyó llamar a la puerta y —cual un número de *cabaret* bien ensayado— un hombre uniformado de recepción ayudó al camarero del restaurante a montar una mesa plegable con todo lo necesario y dos sillas igualmente plegables. Había dos filetes y espinacas en un escalfador. Las raciones de la *mousse* de pescado, que el camarero se empeñó en mostrarnos, estaban bajo esas monumentales tapaderas cupulares de plata imprescindibles para que no se escapen las raciones microscópicas de comida.

Hasta que no se fueron y estuvimos sentados a la mesa comiendo la *mousse*, no volvió Werner a mencionar a Zena.

—La amo, Bernie. No lo puedo evitar.

—Ya lo sé, Werner.

La *mousse* de salmón nadaba en un charco de salsa verde brillante: una tabla rosa ladeada con trozos de verdura a su alrededor, como náufragos a la espera de una lancha de rescate. Me lo comí rápidamente.

—Por eso me preocupo —dijo Werner, encogiéndose de hombros con gesto de resignación. Me daba lástima. Me costaba trabajo imaginar a alguien enamorado de Zena. Sí que era fácil figurarse que alguien quisiera matarla o ingresar en la legión extranjera para escapar de ella, pero amarla, no—. Es la mujer de mi vida —añadió a la defensiva, casi excusándose.

A veces pienso que la amaba porque ella era incapaz de amar a nadie. Un amigo mío me había explicado en cierta ocasión que había consagrado su vida al estudio de los reptiles, diciéndome que le fascinaba su absoluta carencia de reacción a cualquier tipo de afecto. Y pienso que la relación de Werner con Zena era igual. Ella no mostraba ninguna clase de sentimientos por nadie, vivo o muerto. A ella le daba lo mismo todo el mundo, y se relacionaba con la gente mediante un curioso sentimiento altamente desarrollado y autoimpuesto

de «equidad» minuciosamente aquilatada que algunos de sus críticos calificaban de «fascista».

Pero de nada servía hablarle a Werner de Zena, pues para él ella era incapaz de mal alguno. Recordé cuando se enamoraba de las chicas en el colegio, siempre presa de un amor inconmensurable; el respeto que mostraba por ellas no solía procurarle más que un profundo desprecio por parte de ellas, por lo que, finalmente, su ardor acababa por diluirse y esfumarse. Y así pensé que sucedería cuando apareció Zena, pero ésta no fue tan manirrota con el amor de Werner, agradeció su afecto, le estimuló y supo manipularle para lograr prácticamente cualquier cosa de él.

Werner se dedicó a picar la *mousse* de pescado. Estaba seca y no sabía a nada, sólo la salsa cremosa de berros tenía cierto gusto: porque estaba salada.

—Conservada en la nevera y calentada en el microondas —dijo acertadamente, apartándola y comenzando a atacar el bistec como yo había hecho—. A ti parece que te ha gustado —añadió con reproche.

—Estaba exquisita —contesté—, pero creo que me estoy comiendo tu filete bien hecho —añadí cuando ya había consumido parte de él. En silencio, me pasó el poco hecho y cogió lo que quedaba del suyo—. Perdona, Werner —me disculpé.

—Te lo comes todo —comentó—. Incluso en el colegio te lo comías todo.

—A ti no te gusta el poco hecho —contesté ofreciéndoselo de nuevo.

—No, ya —respondió rechazándolo.

—¿Qué tal va el hotel? —inquirí para cambiar de tema.

—Bien —contestó cortante—. ¿Te dije que esa maldita Ingrid Winter está empeñada en venir a Berlín? —añadió.

—Quiere coger unas cosas —respondí sin precisar.

—Quiere ayudar —añadió él, cual si fuese la palabra más terrible de su léxico.

—Dile que no necesitas ayuda —dije, como si la cosa cayese por su propio peso.

—No puedo impedir que venga; es sobrina de Lisl...

—... Y tiene derecho sobre la casa. Sí, mejor es que la trates bien, Werner, no vaya a echarlo todo por tierra.

—Con tal de que no se entrometa... —añadió en tono amenazador. Estaba de mal humor.

Opté, finalmente, por hacer frente a la situación, pues ví que no iba a quedarse tranquilo.

—¿Me vas a contar lo de Zena? —dije con la mayor naturalidad que pude.

—¿Contarte el qué?

—No estás preocupado por lo que pueda pasarle por llamar a una puerta que no es en Frankfurt del Oder, Werner. Ella es capaz de salir del paso con los ojos cerrados.

Me dirigió aquella mirada impávida que tan bien conocía y masticó un bocado de bistec antes de contestar.

—Debería haberte traído vino tinto —dijo—. Te lo tenía guardado.

—Olvídate del vino. ¿Cuál es la auténtica historia?

Se limpió los labios con la servilleta y contestó:

—El tío de Zena tiene una estupenda colección de libros muy antiguos, crucifijos, iconos y cosas así... —me miró y yo le sostuve la mirada sin decir palabra—. Puede que sean comprados... pero no lo sé —añadió.

—Y puede que no sea su tío —dije yo.

—Oh, creo que es su... Bueno, quizá sí que sea un viejo amigo. Bien, a veces él compra esos objetos a los polacos que llegan a Alemania Oriental en busca de trabajo. La mayoría son biblias del siglo diecisiete. Es un especialista en arte cristiano primitivo.

—Y Zena los pasa de contrabando al Oeste, donde los venden en esas tiendas caras de Múnich en las que los dentistas se abastecen para decorar sus castillos.

Werner no me escuchaba.

—Zena no comprende cómo trabajan —añadió en tono lúgubre.

—¿Cómo trabajan quiénes?

—El Stasi. Si va por ahí haciendo llamadas como le ha encargado Frank, la seguirán un día y otro para ver adónde va. Pero Zena no se da cuenta de eso. Van a cazarlos a todos. La acusarán de robo de tesoros artísticos del Estado o algo por el estilo.

—Tesoros artísticos del Pueblo —le corregí—. Sí, claro, no debe hacerles gracia eso de la exportación clandestina de antigüedades —dije, tratando de que pareciese una transgresión de poca monta, una infracción técnica del reglamento de aduanas—. Pero Frank de eso no sabe nada, claro.

Sin contestarme, Werner se levantó y fue a la cocinita; regresó con la botella mediada de Mersault y un vaso para él. Sirvió más vino para los dos y dejó la botella en la mesa, sobre el preceptivo salvamanteles. Le observé mientras bebía. Ponía cara de asco, como un chiquillo obligado a tragarse una medicina repugnante. Werner sabía mucho de vinos, pero siempre los degustaba como si fuese zumo de uva amarga.

—Supón que Frank sabe todo lo de Zena y los libros antiguos —dijo marcando claramente las palabras—. Al fin y al cabo no deja de ser el director de una red de espionaje, ¿no?

—Sí —contesté, pasando por alto el sarcasmo.

—Y suponte que Frank tiene elementos de juicio para saber que entregando a la pobre Zena al Stasi obtendría la libertad de sus agentes de Bizet...

No contesté. Di un sorbo y traté de ocultar mis pensamientos. «Pues estupendo para Frank», me dije. Pero todo aquello parecía muy inverosímil. Imaginaba que Frank aún conservaba suficiente afecto por Zena para no arrojarla a los leones. Aunque, si había llegado a algún extraño trato para que soltasen a dos o tres de los nuestros, a cambio de una pandilla de mangantes implicados en el contrabando de antigüedades religiosas, libros y qué sé yo, cosas robadas, pues estupendo para él. Yo era de todas todas partidario de negociarlo así. Por eso no dije nada.

—No olvides que se trata de Zena —añadió Werner.

No, no olvidaba que se trataba de Zena, lo que transformaba un canje como aquél en un acto de beneficencia pública.

—No —contesté—. Es precisamente en ella en quien pienso.

—Es un judas —dijo Werner, bebiendo un poco más de vino, aunque con la misma prevención que la primera vez.

—¿Tienes auténticos motivos para pensarlo? —inquirí.

—Es algo que siento aquí... —respondió con un tono extraño.

—Frank no haría una cosa así —dije más para calmarlo que porque yo lo creyese.

A Frank le gustaba Zena, pero era un hombre capaz de ser cruel; yo lo sabía y Werner también. Y, si no era tonta, la propia Zena debía saberlo.

—¡Sí que lo haría! —replicó airado—. Es precisamente la clase de cosa que haría. Es la clase de cosa por la que se caracterizan los ingleses. Tú lo sabes.

—¿La pérfida Albión? —inquirí.

No debió de hacerle gracia, porque ni contestó ni me miró. Permaneció en el sillón con el rostro tenso, los ojos húmedos y sus manazas cerradas con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Nunca le había visto así. Era algo que le reconcomía, fuese preocupación por Zena u odio incontenible hacia Frank. Observé cómo se mordía el labio con rabia y me preocupó. No era la primera vez que veía a un hombre en semejante trance y los había visto derrumbarse.

—Veré lo que puedo hacer —dije, pero era demasiado tarde.

—Lo primero que voy a hacer mañana por la mañana es ir a la oficina —dijo entre dientes—. Hablaré con el director general y le exigiré que haga algo. ¡Se lo exigiré!

—Yo no haría eso, Werner —dije angustiado—. No, Werner, de verdad.

Me imaginé la escena: un Werner con barba negra dando voces y forcejeando en el vestíbulo de la Central de Londres, y el temible sargento mayor Gaskell tratando de reducirle, y las preguntas que inevitablemente me formularían a mí acto seguido. No, no me apetecía nada. Eché el resto de Mersault en mi vaso. Estaba tibio; supongo que no habría vuelto a meter la botella en la nevera. A decir verdad, el jueves no era mi día.

SIEMPRE he tenido el sueño ligero: forma parte de mi trabajo. Pero no fue el apagado retumbar de la motocicleta lo que me despertó, porque pasaban tronando a todas las horas de la noche, sino el silencio que siguió al pararse el motor. Cuando sonó el clic de la verja del jardín ya estaba completamente despierto. Oí los pasos —botas de tacón alto en las losas del camino— y salté de la cama antes de que el breve timbrazo despertase a Gloria.

—¡Las tres y media! —oí exclamar a Gloria medio dormida cuando salía del dormitorio.

Era un tono de sorpresa; mucho le quedaba por aprender respecto a las exigencias del Departamento impuestas por los mandos intermedios. Bajé los escalones de dos en dos para abrir antes de que se despertasen Doris y los niños, pero aún no había alcanzado el último peldaño cuando volvieron a sonar dos insistentes timbrazos.

—Ya va, ya va —dije enfurecido.

—Perdone, jefe, creí que no había oído —dijo el joven alto y delgado totalmente vestido de reluciente cuero como un personaje de pesadilla—. ¿Señor Samson? —llevaba en el brazo un casco negro reluciente y una sobada bolsa de cuero colgada al cuello.

—Dígame.

—¿Tiene usted un documento de identidad, señor? —inquirió sin especificar qué.

Así era como lo indicaba el reglamento, pero yo me había acostumbrado al estilo más de andar por casa de los mensajeros con quienes trataba.

Éste era nuevo.

—¿Qué le parece esto? —dije sacando por la puerta entreabierta el Máuser de 9 milímetros.

—Bien... sí, eso vale —respondió sonriendo y sacando de la bolsa uno de los grandes sobres acolchados que el Departamento utiliza para la transmisión de malas noticias.

—Samson B —dije para ayudarle a salir del apuro—. ¿Algún recado verbal?

—Que lo abra inmediatamente. Nada más.

—Ah, muy bien, porque me hará falta algo para poder volver a dormirme.

—Buenas noches, jefe. Perdone por haberle molestado.

—La próxima vez —dije— no toque el timbre; respire fuerte por el buzón.

—¿Qué pasa, cariño? —inquirió Gloria, bajando despacio la escalera como una corista de comedia musical de Busby Berkeley.

Seguía medio dormida y, con su rubio cabello despeinado y el albornoz blanco peludo de Descamps que le había regalado por Navidad, estaba maravillosa.

—Un recadero —dije abriendo el sobre marrón.

Contenía un billete de avión del aeropuerto Heathrow de Londres al Internacional de Los Ángeles para el vuelo con salida a las nueve —es decir, en cuestión de menos de seis horas— y una breve nota a máquina en papel con los habituales cuños:

Querido Bernard:

Te esperarán a la llegada. Perdona por la precipitación, pero es que hay una diferencia de cinco horas con el horario de trabajo de la oficina de Washington, y alguien de allí convino con el delegado que tú te encargues de esto; nadie más que tú.

Con todas mis excusas,

HARRY

(Oficial Operaciones Nocturnas Dpto).

Reconocí la escritura curvada. Así que el pobre Harry Strang seguía en la lista de servicio en Operaciones Nocturnas. Imaginé que él también se sentía desgraciado, porque al pie de la nota había garabateado: «¡Qué suerte tienen algunos!». Supongo que para quien está toda la noche sentado en Operaciones oyendo llover, la perspectiva de un viaje relámpago a la soleada California debe tener su atractivo.

Pero no para mí. Al menos no hasta que recordé la amenaza de Werner de presentarse en la oficina por la mañana y embestir al director general.

—No pueden obligarte a ir —dijo Gloria, que se había inclinado por encima de mi hombro para leer la nota.

—No —contesté—, puedo optar por el subsidio de paro.

—Ni siquiera dicen cuánto tienes que estar fuera —añadió ella con un tono como para dejarme en duda respecto a cómo reaccionaría ella ante tan perentoria misión.

—Lo siento —dije.

—Habías prometido mirar lo de la puerta del garaje.

—Sólo hace falta poner bisagras nuevas —contesté—. Hay una tienda cerca de la estación de Waterloo. La semana que viene las compraré.

—Voy a hacerte la bolsa —dijo mirando el reloj de la repisa de la chimenea—. No vale la pena volver a acostarse.

—Te he dicho que lo siento —repetí.

—Los fines de semana son lo único que tenemos para estar juntos —replicó ella—. ¿No habrían podido esperar al lunes?

—Procuraré encontrar algo interesante para el cumpleaños de Billy.

—Vuelve tú —dijo ella besándome con ternura—. Me preocupas tú... cuando te envían fuera a esos servicios urgentes con el maldito sello de «Instrucciones a la llegada»; tú eres el que me preocupas.

—No será nada peligroso —dije—. Me pasaré todo el fin de semana al borde de una piscina.

—Te han solicitado a ti concretamente, Bernard —replicó ella.

Asentí con la cabeza. No encerraba ningún halago, pero era verdad. No me habían designado en función de mis contactos sociales ni de mi erudición.

—Me llevaré los flotadores y no me acercaré a dónde cubre —dije.

—¿Qué harás cuando llegues?

—«Instrucciones a la llegada», cariño. Eso significa que aún no lo han decidido.

—En serio, ¿cómo vas a reconocerlos?

—No funciona así, querida. Ellos tienen mi foto y son ellos los que tienen que abordarme y presentarse.

—¿Y cómo sabrás que quien te aborde es el verdadero contacto?

—Porque me enseñará mi foto.

—Todo está muy bien preparado —apostilló con tono de aprobación. A Gloria le gustaba que todo estuviese bien preparado.

—Todo eso figura en Notas y Revisiones —añadí.

—¿Y siempre la misma línea aérea, Bernard? No me parece buena medida de seguridad.

—Sus motivos tendrán —respondí—. ¿Y si me haces una taza de café mientras me preparo la bolsa...?

—Lo tienes todo limpio. Las camisas están colgadas en el armario, así que no empieces a dar voces cuando encuentres vacíos los cajones de la cómoda.

—No daré voces por las camisas —dije, besándola—. Y si lo hago, me arrancas más botones.

—Te quiero, Bernard —dijo ella abrazándome con fuerza—. Quiero tenerte siempre conmigo.

—Pues así será —respondí yo con la clase de irreflexiva impetuosidad a que soy proclive cuando me despiertan a esas horas de la madrugada.

Por un instante se limitó a abrazarme, casi ahogándome, pero luego me dijo al oído:

—Y quiero a los niños, Bernard. Pierde cuidado.

Los niños echaban de menos a su madre, naturalmente, y yo sabía cuánto se esforzaba Gloria por sustituirla. No era cosa fácil. Cambridge, con sus exigentes estudios, debía resultarle a veces una agradable perspectiva.

En primera clase estaban ocupados casi todos los asientos. Jóvenes bien despiertos con trajes de buen corte y gruesos relojes de pulsera de oro, revisaban papeles procedentes de portadocumentos de piel de cerdo o tecleaban en pequeños ordenadores portátiles de pantalla plegable. Muchos de ellos rechazaron el champán y siguieron trabajando durante el servicio del almuerzo, leyendo informes, revisando cuentas y subrayando diagramas con marcadores de colores.

El que iba en el asiento de al lado era de la misma pasta, pero notablemente menos dedicado. Edwin Woosnam —«un apellido galés, aunque nunca he estado allí, ¿se imagina?»—, un tipo sobrealimentado de espesas cejas, labios finos y esa clase de nariz que hacen con masilla para las obras de aficionados de Julio César. Mis deseos de recuperar el sueño perdido fueron vanas por culpa de su afabilidad.

Me dijo que era el principal socio de una «compañía de desarrollo» de Glasgow. Una empresa que construía hoteles de 600 habitaciones por todo el mundo, y me lo estuvo explicando. «La piscina es importante. El propietario de un hotel necesita una fotografía para el folleto de propaganda en la que parezca que el clima permite nadar todo el año». Una risita sofocada y un sorbo rápido de champán. «Áticos y centros de recreo en el sótano y cuartos de baño en todas las habitaciones. Se busca un solar grande y barato (pero

realmente grande) y una vez construido el hotel, siguen las tiendas y los bloques de apartamentos. Con eso se revaloriza la vecindad. No caben fallos en una inversión de este tipo. Es como dinero en el banco. Con tal de que la mano de obra local sea barata, no importa dónde se levanta el hotel, pues la mitad de esos idiotas de turistas ni saben en qué país están».

Sin embargo, por otra parte, el señor Woosnam resultó un compañero de viaje muy simpático, con infinidad de anécdotas. «... A los griegos no se les puede decir nada. Le enseñé a aquel capataz (Popopolis o algo así, ya sabe cómo son esos apellidos), le enseñé el plano y le digo que ya tenía que estar terminada la planta octava. Y se me enfada. Que estaba terminada, me grita, y, con el puño cerrado y agitando los brazos, echa a correr entre los encofrados, salta por el vano de una puerta y va a caer al sótano. ¡Ocho plantas! Se mató, claro está. No sabe lo que nos costó encontrar otro capataz en esa época del año. Si hubiera sucedido un mes más tarde, no habría importado tanto». Nuevo trago.

«Ja, ja, ja. Es que hay gente que no escucha. A lo mejor en su negocio le sucede a usted igual —dijo Woosnam, continuando su charla sin darme tiempo a contestarle—. En Bombay, estaba con uno de nuestros inspectores que se reía y hacía chistes de cómo los hindúes construyen los andamios a base de madera atada con cuerdas. Yo le dije que no se reiría tanto si montase un andamio de acero y el calor del sol se lo retorciera como un churro y se le viniera la obra abajo. ¡Cómo son los arquitectos! Salen de la universidad y se creen que ya lo saben todo. Ése es el problema actual. Le voy a citar otro caso...». Y así constantemente. Era muy divertido, pero su afabilidad impidió cualquier posibilidad de descanso.

—¿Viaja mucho? —inquirió cuando yo empezaba a adormilarme.

—No —contesté.

—Yo viajo continuamente. Volar sobre el Atlántico será apasionante para usted, claro, pero para mí es un aburrimiento —dijo, mirándome para observar mi reacción.

—Sí —contesté, tratando de poner cara de aventura. ¿Ya qué renglón se dedica? No, no me lo diga. Soy buen psicólogo en eso de las profesiones. ¿Seguros?

—Productos químicos —era lo que solía decir por ser un «renglón» muy vago y porque además me sabía de memoria una lista de productos farmacéuticos por si era necesario.

—Ah, bueno —respondió, admitiendo reticente su error—. Pero no es vendedor. No tiene usted el temperamento agresivo que requieren las ventas.

—No, nada de ventas —dije.

—Eche un ojo a mi cartera mientras voy al servicio, haga el favor. Porque en cuanto empiecen a servir la comida, querrá ir todo el mundo. Siempre pasa lo mismo.

La comida artificial comenzó y concluyó. La voz cuidadosamente modulada del capitán recitó el nombre de los lugares que quedaban ocultos muy por debajo de las nubes y el gran tubo de aluminio siguió su rumbo, con su carga de viajeros cansados, sin lavar, con ojos enrojecidos, atontados por el alcohol y aquejados de indigestión. Las azafatas iban y venían constantemente con chucherías libres de tasas de aduana, evitando detenerse ante los críos llorosos y las mamás agobiadas. Por el sistema de comunicación a los pasajeros se oyeron de nuevo los nombres de otras localidades invisibles. Cerraron las persianas para aislarnos de la luz del día y en las pantallas aparecieron las efigies diminutas y borrosas de irreconocibles actores, mientras sus voces estridentes atronaban los tímpanos a través de tubos de plástico. Corríamos tras el sol en una jornada de nunca acabar. Atormentados por el rojo deslumbrante del astro y deslumbrados por la blancura de las nubes, poco a poco fueron cayendo y doblándose las cabezas de los pasajeros, vencidos por aquel sufrimiento y buscando una evasiva en el sueño reparador.

—Les habla el capitán...

Habíamos llegado a Los Ángeles. Ahora venía lo peor: la cola en la aduana y la oficina de Inmigración. Estuve más de una hora de pie en la cola, dando desconsoladamente patadas a mi bolsa para avanzar unos centímetros cada vez. Pero, finalmente, me admitieron de mala gana en Estados Unidos.

—¡Eh! ¿El señor Samson? ¿Ha tenido buen viaje?

Masticaba chicle; era un joven bronceado de unos treinta años y ojos tranquilos, con pantalones de deporte, una hamburguesa medio comida y un ejemplar barato a medio leer de Guerra y paz: todo lo imprescindible para ir a recoger a alguien a Los Ángeles. Cruzamos entre la multitud y por en medio de la barahúnda de taxis, coches y autobuses que procuran el transporte público a esta ciudad sin metro.

—Buddy Breukink —dijo, presentándose y señalando con el dedo la caja metálica, abollada y sin pintar que yo había retirado de la cinta transportadora circular—. ¿Ése es todo su equipaje?

Si todo el mundo seguía preguntándome eso, iba a empezar a sentirme socialmente acomplejado.

—Eso es —contesté, y él cogió la bolsa y la caja, sin que yo me decidiera a arrebatársela cortésmente, porque no había forma de saber si era un chófer

que habían enviado a por mí o un ejecutivo que venía a recoger las facturas y darme las órdenes. Así son los Estados Unidos. Arrancó a andar y yo le seguí. No había cumplido los formalismos, pero no dije nada, porque no me pareció precisamente la clase de persona que lee y pone periódicamente al día las Notas y Revisiones.

—¿Tiene hambre? Nos queda más de una hora en coche.

Mostraba una sonrisa taimada sembrada de dientes, como si supiera algo que los demás ignoraban. No se trataba de nada personal.

—Aguantaré —dije. Mi glucosa no estaba tan baja que necesitase una hamburguesa de aeropuerto.

—Tengo el pabú ahí enfrente.

Era un vaquero de cafetería, un tipo alto y delgado, de hermosas y ostentosas piezas dentarias, enfundado en pantalones ajustados color *beige*, camisa blanca de manga corta y un gran stetson^[5] marrón, circundado por una vistosa banda de pluma. En consonancia con su indumentaria, Buddy Breukink montó en un *jeep*, un Wrangler nuevo descapotable con teléfono, matrícula privada —BB GUN— y barra de refuerzo en previsión de accidente.

Tiró mi equipaje y a Tolstoi en la parte de atrás, y luego colocó cuidadosamente su precioso stetson en una caja. Montó y pulsó una serie de botones que ponían en marcha la clave para activar el sistema telefónico.

—Hay que impedir que los empleados del aparcamiento se pongan a llamar a su parentela de Bogotá —dijo, como si no pusiera reparos a un breve saludo a la ciudad de México. Sonrió, quitó del asiento del pasajero media docena de casetes, las echó en una caja, y, nada más girar la llave de contacto, comenzaron a sonar los «Grandes éxitos de Pavarotti», o más concretamente, Funiculi, funiculá, en fortísimos atronadores—. Es clásico —dijo como excusándose.

Calentó impaciente el motor. «¡En marcha!», gritó más fuerte que Pavarotti, y, antes de que hubiera tenido tiempo de ajustarme el cinturón de seguridad, salimos del aparcamiento quemando neumáticos y entramos en la carretera.

Había llegado al Nuevo Mundo y estaba tan aturdido como Colón. En esta parte del planeta era ya primavera, con una atmósfera cálida y un cielo que mostraba ese azul claro que presagia un fuerte aumento de temperatura. Las ruidosas calles del centro estaban atestadas de Porsches negros rugientes y de

Rolls-Royces blancos descapotables, de niños sobre patines circulando como centellas y de hermosas chicas pavoneándose en sostén y pantalones cortos.

Entramos en el ramal de la autopista sin peaje que atraviesa la ciudad y en la que concluye el caótico tráfico de las calles del centro. Aparte de unos jovenzuelos en una furgoneta abollada que nos pasan a toda velocidad, los moderados conductores se mantienen disciplinadamente en su carril y circulan a velocidad constante. El viento silba en la estructura abierta del *jeep* y casi me arranca de mi asiento, por lo que me inclino para protegerme con el parabrisas. Buddy aumenta el volumen de la música, me mira y sonrío.

—Funiculi, funiculá —tararea sin dejar de mascar chicle.

Una vez lejos del «aeropuerto internacional», el perezoso personal de la línea aérea y los burócratas de mirada adusta, el sur de California abre sus brazos al viajero. El calor del sol, la panorámica de las montañas de San Gabriel, los vientos secos del desierto, el olor acre a hierba de las flores de la maleza, las amapolas en el verde paisaje, que aún no ha sufrido el implacable calor estival, me incitan a quedarme aquí para siempre.

Circulando por esa carretera elevada sobre la ciudad se domina Los Ángeles desde el mar a las montañas. Grupos de rascacielos en Century City y otros más en Broadway, dominan una ciudad de modestas y pequeñas casas de extrarradio dispersas entre piscinas y palmeras. No tardó Buddy en tomar por una salida de desviación para, cruzando un sector urbano, enlazar con la autovía Pacific Coast en dirección norte, siguiendo los indicadores que señalaban el camino hacia Santa Bárbara y, finalmente, San Francisco. En Malibú el tráfico disminuyó y rodamos a través de un sector de casas de playa más variadas y exóticas, hasta que desaparecieron las casas, e incluso las marisquerías, y la carretera siguió por la misma orilla del océano. En aquel sector, el Pacífico rompe constantemente en las playas y enormes olas verdes se deshacían en diáfana espuma y en neblina de vapor de agua, con tal estruendo que se sobreponían al ruido del motor del *jeep* y al de la música.

Buddy se sacó el chicle de la boca y lo tiró a la carretera.

—Me dijeron que me haría preguntas —dijo.

—No —respondí.

—Y que no le dijese nada.

—Así estamos bien —agregué.

Asintió con la cabeza, adelantando a un enorme camión articulado marca Budweiser para a continuación pisar a fondo y demostrarme la velocidad de que era capaz el *jeep*.

Pasamos por un lugar en donde ágiles figuras colgando de alas delta se lanzaban desde los altos acantilados sobre el océano Pacífico y la autopista para aterrizar en la estrecha franja de playa, única posibilidad de supervivencia. Dejamos atrás las plataformas petrolíferas, ancladas cual enormes portaaviones en la niebla, y cuando salimos de la autopista para enfilar la estrecha carretera de «Seven mile canyon», ya había quedado bien lejos el límite del condado y Ventura. Ahora ya sentía hambre.

Era una carretera privada, estrecha y con baches. En el cruce había un poste de madera con media docena de letreros clavados, en diverso grado de deterioro: «Schuster Ranch», «Greentops quarter-horse Stud, no visits», «Ogarkov», «D and M Bishop», «Rattlesnake Computer Labs» y «Highacres». Conforme el *jeep* avanzaba por la carretera de tierra que se internaba en el cañón, me pregunté cuál de aquellos establecimientos sería nuestro destino. Pero, al dejar atrás todos los buzones en el linde del camino, comprendí que nos dirigíamos a alguna finca no señalada, situada en la cumbre.

Habíamos ascendido unos cinco kilómetros sobre el cañón, de modo que ya se veía de vez en cuando el océano, cuando llegamos ante una puerta y una alta valla que se extendía a derecha e izquierda hasta más allá de donde alcanzaba la vista. Sobre la puerta, un letrero que rezaba: «La Buona Nova. Propiedad privada. Cuidado con los perros». Buddy maniobró con el *jeep* para aproximarse a una cajita sobre un poste metálico, pulsó un botón rojo y dijo en dirección a la caja:

—¡Eh! Soy Buddy con la visita. ¿Queréis abrir?

Con movimiento vacilante y espasmódico, y un fuerte chirriar de mecanismos ocultos, la puerta se abrió despacio. De la caja salió una vocecita que dijo: —Buddy, comprueba que queda cerrado, porque creo que la lluvia de la semana pasada ha afectado a la puerta.

Cruzamos la entrada y Buddy hizo lo que le habían indicado. No veía edificio por parte alguna, pero me daba la impresión de que la persona de la vocecita nos observaba.

No saque las manos del coche —dijo Buddy—, que los malditos perros andan sueltos por aquí fuera.

Seguimos por el camino de tierra, siempre ascendiendo y dejando atrás una estela de polvo en las cerradas curvas. De pronto apareció otro desvío con valla y otra puerta con una garita. Ya dentro de este segundo recinto había tres personas. Al principio me parecieron un hombre con sus dos hijos, pero ya más cerca ví que era un individuo enorme con dos mexicanos. Los guardas. El

blanco llevaba un cinturón cruzándole la panza, un stetson, uniforme caqui, botas altas y una insignia dorada en forma de escudo en la camisa. Tenía en la mano un pequeño transmisor. Los mexicanos vestían camisa marrón oscuro y uno de ellos llevaba una escopeta. Igual que la valla, parecían nuevos y cuidados. Uno de los mexicanos nos franqueó la entrada y el grandote nos saludó con la mano.

Aún quedaban unos dos kilómetros hasta un conjunto de edificios bajos estucados en rosa con techo de tejas rojas, casi en la cumbre. Era una construcción de época indefinida, al estilo de lo que los californianos denominan español. Dejando atrás un par de *jeeps* japoneses manchados de barro, Buddy aparcó el Wrangler en un frío cobertizo parecido a un establo, que albergaba un viejo Cadillac Seville y un Lamborghini. Se puso el stetson, se miró en el retrovisor y cogió mi equipaje. Le seguí sudando y con la chaqueta al brazo. Los edificios principales eran de dos pisos y tenían vista al oeste hacia el océano. Al este había un amplio patio con baldosas haciendo dibujos y una piscina de unos veinticinco metros. Una piscina azul y límpida, a la que llegaba la brisa del océano rizando la superficie del agua. No se veía a nadie, salvo en la piscina, en la que una mujer de mediana edad nadaba al estilo perro para no salpicarse la pintura de los ojos. Al borde, donde había estado sentada, había una enorme toalla rosa, frascos de bronceador y otros cosméticos, un cepillo, un peine y un espejito. Contra la silla estaba apoyada una acuarela sin acabar con el tema de unas buganvillas y, al lado, una caja de pintura de considerable tamaño y un jarro con pinceles.

—Hola, Buddy —saludó la dama sin dejar de nadar—. ¿Había mucho tráfico? Bien venido a La Buona Nova, señor Samson.

Sin aflojar el paso, Buddy contestó:

—Hemos venido por la autopista de la costa, señora O’Raffety, pero si va a la ciudad, hágalo por el cañón —y movió la cabeza, dirigiéndole una de sus sonrisas taimadas, llenas de dientes.

Yo la saludé con la mano, agradeciéndole la hospitalidad, pero tuve que apresurarme a seguir a Buddy.

Subimos dos escalones que daban acceso a un pasillo en sombra con arcadas, en el que había mesas y sillas, y al que daban tres suites para invitados que conformaban todo un lateral de la casa. En una de las mesas quedaban los restos de un desayuno: una cafetera vacía, un vaso de zumo y una cubertería de aspecto caro que a Gloria le habría gustado. Buddy abrió la puerta y me hizo pasar a la tercera suite. Adornaban las paredes tres paisajes,

acuarelas de aficionado de vistas locales, que supuse eran obra de la señora O'Raffety.

—La señora O'Raffety es mi suegra —me explicó Buddy sin que se lo preguntase—. Tiene sesenta años y es la dueña de esto —dejó el equipaje en el suelo y abrió la puerta del enorme cuarto de baño con azulejos verdes y blancos—. Ésta es su suite. Ponga el aire acondicionado a su gusto —añadió señalando un tablero de control en la pared—. Tiene tiempo para un baño antes de almorzar. En el armario tiene bañadores y un montón de toallas en el otro cuarto.

—¿Almorzar? ¿No es un poco tarde? —inquirí sorprendido pues era tarde avanzada.

—Eso creo, pero la señora O'Raffety come a cualquier hora, y dijo que le esperaría a usted.

—Muy amable por su parte —dije.

Los ventanales de cristales marrones daban al patio. La señora O'Raffety seguía nadando plácidamente en la piscina, con un gesto de firme decisión. Observé cómo llegaba al extremo más profundo y daba la vuelta majestuosamente como el Queen Elizabeth arribando a Southampton. Ahora la veía mejor. La actividad natatoria producía tal gesto de concentración en su rostro, que, a pesar de su esbelta silueta y los tratamientos de belleza de Beverly Hills, se notaban plenamente sus sesenta años.

—Menuda casa... —dije, consciente de que se esperaba por mi parte una respuesta así.

—Si la vendiese, le darían tres millones de dólares, o más. Hay mucho terreno.

—¿Es que piensa venderla? —inquirí, con la esperanza de saber algo más sobre mi misteriosa anfitriona, y el motivo por el que me habían conducido allí.

—¿La señora O'Raffety? ¡Qué va a venderla!, si tiene todo el dinero que quiere.

—¿Usted vive aquí también? —pregunté, para hacerme una idea de su estatus en la casa.

—Yo tengo una casa muy bonita, con tres dormitorios, piscina, jacuzzi, de todo; la hemos pasado de camino aquí; ésa de las palmeras grandes.

—Ah, sí —contesté, pese a que no me había fijado.

—Me fue mal de casado y Charly (la hija de la señora O'Raffety) me dejó —dijo—. Se casó con un actor de cine que conoció en un banquete benéfico, pero como a él no acababan de darle buenos papeles, se fueron a vivir a

Florida. Tienen una casa preciosa en Palm Beach —acabó de explicarme sin rencor ni emoción, como si hablase de gente de la que hubiese leído la historia en la prensa del corazón.

—Y usted se quedó con la señora O’Raffety.

—Es que no tenía más remedio. Soy su abogado y le llevo los asuntos.

—Ah, claro.

—Dese un baño, señor Samson. El agua está a veinticinco grados. La señora O’Raffety tiene que nadar porque padece de la espalda, pero no soporta el agua fría —dijo mirando por la ventana y observándola.

En su rostro había una expresión fija que tal vez fuese de preocupación por ella.

—¿Y quién es el señor O’Raffety? —inquirí.

—¿Quién es el señor O’Raffety? —repitió Buddy perplejo.

—Sí, ¿quién es? ¿A qué se dedica?

—Ah, ya entiendo —respondió con gesto de alivio—. A qué se dedica. Bueno, Shaun O’Raffety era el peluquero de la señora O’Raffety; negocio en Los Ángeles, una preciosa vivienda en Rodeo Drive —añadió Buddy restregándose la cara—. Mucho antes de que yo viniese, desde luego. No duró mucho. Ella le dio dinero para que comprase un bar en Boston. Hace diez años que no le ve, pero a veces yo tengo que ir a sacarle de apuros.

—¿Apuros?

—Problemas de dinero, de mujeres, de impuestos, peleas en el bar con intervención de la policía. Nunca nada grave. El viejo Shaun es irlandés y no es mala persona, pero no sabe elegir como es debido: ni clientes, ni amigos, ni mujeres.

—Salvo en el caso de la señora O’Raffety —dije.

Por un instante pensé que Buddy iba a ofenderse, pero se contuvo y dijo:

—Sí, salvo en el caso de la señora O’Raffety.

Pero la sonrisa brillaba por su ausencia.

—Buddy, ya que usted es el abogado de la señora O’Raffety, quizá pueda explicarme por qué me han traído aquí.

Me miró como con ánimo de complacerme, buscando una respuesta.

—Los asuntos sociales no es lo mío —contestó y permaneció callado un instante, como si lamentara tener que hablarme de su patrona y suegra—. La señora O’Raffety —añadió— tiene un secretario que se ocupa de los invitados, los que vienen el fin de semana, las fiestas y los banquetes y cosas así.

—Que quede entre los dos, Buddy, pero yo no había oído hablar de la señora O’Raffety.

—Entonces, a lo mejor está aquí para ver a alguno de los huéspedes permanentes de la señora O’Raffety. ¿Conoce usted al señor Rensselaer? Vive en la casa de la buganvilla grande.

—¿Bret Rensselaer?

—Eso es.

—Si ha muerto...

—No, señor.

Todo el mundo sabía que Bret había muerto. Si Frank Harrington decía que había muerto, es que estaba muerto. Frank nunca se equivocaba en cosas así. Bret había muerto como consecuencia de los disparos de una batalla campal en Berlín tres años atrás. Yo me encontraba a dos metros de él y le ví caer gritando.

—Bret Rensselaer —insistí, midiendo mis palabras—, de unos sesenta años, cabello rubio, alto y delgado.

—El mismo. Ahora tiene el cabello blanco, pero sí que es él. Estuvo enfermo; muy grave, como consecuencia de un accidente automovilístico en Europa. La señora O’Raffety lo trajo aquí, arregló la casa de invitados que ocupa y dispuso un magnífico cuarto equipado con aparatos para que hiciese ejercicios de recuperación y todo eso. Cuando llegó apenas podía andar, pero todos los días viene una enfermera para aplicarle la terapia. Incluso los domingos —hizo una pausa y observó mi reacción—. ¿Le conoce usted de Europa, quizá?

—Le conozco muy bien —dije.

—¡Hay que ver! —exclamó Buddy asintiendo con la cabeza—. Sí, es pariente lejano de la señora O’Raffety. El anciano Cy Rensselaer, el famoso cuyo nombre pusieron al automóvil, era abuelo de la señora O’Raffety.

—Ah, ya.

Así que Bret Rensselaer estaba vivo en realidad, y a mí me habían llevado allí para que le viera. ¿Por qué?

ALMORZAMOS muy tarde. La señora O'Raffety no comió mucho. Quizá hubiese almorzado anteriormente. El caso es que estuvo dale que dale a la ensalada, moviéndola de un lado a otro en el gran plato rosa, como un guardia que zarandea a un borracho.

—Yo soy europea —me dijo. Me había estado contando que, de corazón, se sentía muy diferente a sus amigos y amistades de California—. Cuando era muy joven, siempre decía que algún día me compraría un piso en Berlín, pero cuando llegué a esa ciudad me pareció muy triste. Y muy sucia; todo lo que me ponía se llenaba de hollín. Así que no llegué a hacerlo —añadió con un suspiro, pinchando esta vez un trozo de tomate que se llevó a la boca.

—Berlín es frío —dije yo y contemplé el sol reluciendo en el agua de la piscina cercana y las vistosas flores tropicales.

Olía a salvia y aspiré la límpida brisa del océano, mientras contemplaba los halcones en lo alto, volando en círculos. ¡Qué lejos de Berlín!

—¿Ah, sí? —dijo ella, mostrando apenas interés—. Sólo he estado dos veces; las dos, en otoño. Siempre hago vacaciones en otoño, porque aún hace calor y hay mucha menos gente en los sitios.

Como para contrarrestar la sencillez de su vestido de playa de algodón azul, lucía profusa joyería: un collar de oro, media docena de anillos y un reloj de oro con diamantes en torno a la esfera. Ahora tocaba los anillos, haciéndolos girar como si le molestasen, o quién sabe si para asegurarse de que los llevaba.

Del garaje en la parte de atrás llegó de pronto el ruido del Wrangler al ponerlo en marcha y calentar impacientemente el motor. Ya conocía el estilo de Buddy Breukink y supe que era él. Bruum, bruum, bruum, hacía el motor. La señora O'Raffety alzó la vista al techo con penosa expresión. No hacía falta mucha imaginación para adivinar su cólera contenida ante todo lo que hacía Buddy.

—Tuvieron desavenencias por la educación de mi nietecito Peter — comentó, sin que hubiese necesidad de preguntar a quién se refería—. Buddy tiene sus propias ideas, pero mi hija quiere que el niño se eduque en la religión judía —añadió dando un sorbo de té frío.

Yo andaba muy ocupado con la elaborada «ensalada de langosta» que me habían servido: todas las verduras propias para una ensalada de que yo había oído hablar —desde champiñones de Shiitaki hasta raíces de loto— formando una decorativa jardinera en torno a media docena de colas de langosta pequeña en espesa mayonesa. En otro plato rosa había una patata asada profusamente cubierta de nata y guarnecida con trocitos de tocino frito. En California, las ensaladas no están pensadas para perder peso. Levanté la vista del plato y ví que la señora O’Raffety me miraba inquisitiva y así se mantuvo hasta que hice con la cabeza un gesto de aprobación.

—Es una simple cuestión de linaje femenino —dijo tratando de pinchar un rabanito que rodó y se le escapó—. Mi madre era judía y yo soy judía. Por consiguiente mi hija es judía y su hijo, judío. Por lo visto, Buddy no lo entiende.

—Quizá —me arriesgué a comentar— le resulte difícil de asociar con una suegra que se apellida O’Raffety.

Me miró con aquella expresión severa que había observado en ella mientras nadaba. Sus ojos eran de un azul glacial.

—Quizá —dijo—. Quizá sea eso. Le aseguro que yo no soy estricta. No comemos kosher. Imposible, teniendo personal de cocina mexicano.

—¿Y dónde está ahora su nieto?

—En Florida. La semana pasada Buddy estuvo almorzando con un detective privado y me temo que tenga pensado llevarse al niño a algún sitio.

—¿Raptándolo?

—Buddy es muy emotivo.

—Pero es abogado.

—Hasta los abogados son emotivos —replicó ella, abandonando el tema sin condenar taxativamente la emotividad. Al cesar el ruido del *jeep* de Buddy, volvió al tema de su europeísmo—. Yo nací en Berlín —prosiguió— y tengo allí familia; quizá algún día la busque. Pero luego, me digo ¿para qué más parientes? —concluyó poniéndose a jugar con un paquete de Marlboro y un encendedor de oro, como si tratase de resistir la tentación.

—¿Vino usted a Estados Unidos de niña?

—Pero olvidé el idioma —contestó asintiendo con la cabeza—. Hace unos años empecé a estudiar alemán, pero no acababa de aprenderlo. Todos esos

verbos tan complicados... —añadió echándose a reír—. ¿Más vino?

—Sí, gracias.

—Lo hace un amigo mío no lejos de aquí —dijo sacando la botella del cubitero—. El Chablis es excelente, el rosado es bueno, tiene un color estupendo, pero el tinto no le sale y yo prefiero los tintos franceses —añadió sirviéndome lo que quedaba. Llamaba Chablis a todos los vinos blancos; por lo visto, todo el mundo los denomina así en California.

—¿Y usted, señora O'Raffety? —dije, pues no me había indicado que la llamase por su nombre de pila y había observado que su yerno también se dirigía a ella con igual formalismo.

Debía gustarle que la llamasen señora O'Raffety; imagino que habría pagado lo suyo por el privilegio.

—Yo sólo bebo medio vaso. El Chablis afecta a las articulaciones, ¿sabe? Por el ácido úrico.

—Lo ignoraba.

El goteo del agua helada de la botella le había mojado los dedos. Se secó las manos con disgusto en una toalla rosa antes de volver a tocar los cigarrillos.

—Con usted es fácil hablar —dijo mirándome con ojos entornados como si mi aspecto fuese explicación bastante—. ¿Se lo habían dicho antes? Es un don saber escuchar, y usted escucha sin mostrar curiosidad; supongo que ahí está el secreto.

—Es posible —contesté.

—Puede imaginarse lo excitado que se puso Bret al saber que venía.

—Tengo muchas ganas de volver a verle.

—En este momento está con la fisioterapeuta. Perdió una sesión y lleva una semana de retraso; eso dice el médico, y tiene razón. Bien lo sé yo. Toda mi vida he sufrido con ese fastidioso disco vertebral —dijo llevándose la mano a la espalda como quien recuerda el dolor.

Cuando terminé la ensalada de langosta, apareció como por arte de magia un criado para retirar los platos a una mesa supletoria; los míos absolutamente limpios y los de la señora O'Raffety llenos de comida.

—¿Le molesta que fume, señor Samson?

El criado mexicano —un hombre fuerte de mediana edad con la piel tersa y el rostro impassible de los indios— permanecía a la espera de órdenes. Su actitud era no sólo digna, sino que denotaba un factor de fuerza reprimida, cual si fuese un perro fiero aguardando la voz de ataque.

Me sentí inclinado a decirle a la señora O'Raffety que me llamase Bernard, pero ví que era la clase de mujer susceptible de declinar el ofrecimiento.

—Está usted en su casa —contesté.

—Y son mis pulmones. Sí, eso es lo que me dice Buddy —replicó ella con una risita forzada, cogiendo un cigarrillo del paquete. El criado se inclinó y le dio fuego—. Vamos a ver, señor Samson: ¿fresas naturales?, ¿frambuesas?, ¿tarta casera de mora? ¿Qué más hay, Luis? —yo no salía de mi perplejidad al ver cómo los menús de California desafiaban a las limitaciones estacionales—. La tarta está exquisita —añadió, pero no la pidió para ella.

Una vez que opté por la tarta y helado, y el silencioso Luis hubo salido, la señora O'Raffety dijo:

—Le encontrará cambiado. Me refiero a Bret; ya no es el mismo —dijo mirando el cigarrillo—. Le dirá lo duro que es, naturalmente. Los hombres son así, me consta. Pero no le anime a hacer ninguna tontería, por favor.

—¿Qué clase de tontería estaría inclinado a hacer?

—El médico lo tiene hasta aquí de medicación —contestó ella alzando la mano a la altura de la cabeza—. Y necesita descanso por las tardes. Está enfermo.

—Los cirujanos de Berlín no le daban esperanzas de vida —dije—. Suerte ha tenido que usted le cuide, señora O'Raffety.

—¿Y qué iba a hacer? Se estaban acumulando las facturas del hospital y Bret tenía una porquería de seguro inglés que ni siquiera le cubría el coste de la habitación —dijo aspirando el cigarrillo—. Hice que Buddy intentase sacarles más dinero, pero ya sabe cómo son las compañías de seguros.

—Hizo usted de buen samaritano —comenté.

—No tenía nadie más que se ocupara de él y yo era pariente suyo de una curiosa forma indirecta. No hay consanguinidad, pero mi abuelo se casó con la madre de Bret que había quedado viuda y ella cambió a los niños el apellido por el de Rensselaer. El verdadero apellido de Bret era Turner.

—Estaba casado —dije.

—¿Conoce usted a su esposa? —inquirió ella sacudiendo el cigarrillo en el cenicero.

—No.

—Yo le escribí diciéndole que Bret estaba a punto de morir, pero no contestó. Ni siquiera fue capaz de enviar una tarjeta deseándole que mejorase

—dijo la señora O’Raffety inhalando profundamente y expulsando humo indignada.

Por un instante me recordó a Cindy Matthews. Las dos eran mujeres que sabían lo que querían.

—Quizá cambiase de casa —dije.

—Buddy hizo que lo comprobasen, pero no; cobra el cheque que le pasa el marido todos los meses. La carta la recibió. Ella le ha sacado todo el dinero y a él que le parta un rayo. ¿Cómo es posible que una mujer actúe así? —dijo un sorbo de té frío e hizo una pausa mientras me servían una porción de tarta con helado—. Bret y yo nos criamos juntos. Yo estaba loca por él; supongo que yo pensaba que nos casaríamos. Luego, se marchó y se alistó en la marina. Yo le esperé año tras año, pero la guerra acabó y no volvió.

—¿No volvió?

—No volvió a vivir por aquí. Estuvo en Londres y en Berlín. Me enviaba cartas y tarjetas. A veces cartas largas, pero nunca decía en ellas lo que yo estaba deseando.

Comencé el postre.

—No se imaginaba usted que iba a escuchar las confesiones de una anciana, ¿verdad? Bueno, no sé por qué he empezado. Supongo que porque usted conoce a Bret. La otra persona que conocemos Bret y yo es esa perra de esposa que tiene.

—Ah, entonces, ¿la conoce usted?

Había hablado de ella con distanciamiento, como si sólo existiese como receptora del dinero de Bret.

—¿A Nikki? Claro que la conozco. Sabía desde el principio lo que sucedería con ese matrimonio. Desde el momento en que me dijo que iba a casarse con él. A veces pienso que ella fue a por él simplemente porque sabía el daño que me haría.

—¿Ella es de por aquí?

—¿Nikki Foster? Sus padres tenían una tienda en Santa Bárbara y ella fue al colegio conmigo. Siempre fue una lagarta.

—¿Cuánto duró el matrimonio?

—Según tengo entendido, vivieron juntos ocho largos y desastrosos años. Yo nunca hablo con Bret de ella y él nunca la nombra.

—Él tenía un hermano...

—Shelton —respondió ella con una enigmática risa contenida—. ¿Le conoce?

—No.

—Un pez gordo en Washington. Muy, muy importante. Bastante buena persona, pero siempre pendiente de prosperar. Ya sabe a lo que me refiero.

—Sí, claro.

—Y ninguno de ellos tiene dinero —añadió bajando la voz—. ¿Qué harían con todo el dinero de los Rensselaer? Me gustaría saberlo. El anciano Cy Rensselaer debía de tener una fortuna cuando murió. Y es evidente que Bret no puede haberle dado tanto a esa mujer horrenda. Entonces, ¿dónde ha ido a parar?

No sé qué es lo que me esperaba, pero, cuando finalmente ví a Bret Rensselaer, no me pareció tan mejorado. Tendría unos sesenta años y se le veía delgado en sus pantalones de algodón blanco, polo blanco y calzado blanco deportivo. Tal vez fuese lo más a la moda, pero en su frágil figura aquella indumentaria parecía el uniforme de un asilo. Me sonrió y ví que conservaba aquella sonrisa de maxilar voluntarioso y el cabello.

Pero había envejecido. Tenía la cara chupada y arrugada, aunque, sin embargo, la distinción había sustituido a algo de aquella juventud, como en el caso de un actor de cine que con la edad se convierte en presidente. Cuando entré en la habitación efectuaba ejercicios suaves de brazos.

—Bernard —me saludó afable, con respiración algo agitada por el ejercicio—. Perdona que no me haya dejado ver, Bernard, pero es que no hay manera de que me dejen faltar a estos ejercicios.

Siempre acentuaba mi nombre en la segunda sílaba y al oírsele con aquel acento levemente gutural me trajo recuerdos. Eché un vistazo a su gimnasio privado y ví que allí había invertida una buena suma; habían suprimido el techo para darle una altura de «catedral», a lo largo de toda una pared había barras de madera pulimentada y una ventana panorámica en la otra. El suelo era de *parquet* y tenía una bicicleta fija, una máquina para remar y una enorme estructura de hierro, con asiento en el centro, llena de pesas y poleas como un aparato de tortura, que era donde estaba sentado, empujando y levantando pesas.

—Bueno, ya es hora de acabar —añadió.

Era ese momento en que, ya la tarde avanzada, la naturaleza entra en una quietud absoluta. Incluso allí en lo alto no soplaba viento, no se movía una hoja y ni los pájaros volaban. El sol vespertino —ya bajo y lejano en el océano Pacífico— lo doraba todo y el aire era agobiante. Fue en aquel momento en que el sol que entraba por el enorme ventanal bañó en oro a Bret,

y a la máquina que lo enjaulaba, convirtiéndole en una especie de estatua de dios pagano extraño y arrugado.

—Me han dicho que te están preparando para el decatlón.

A Bret pareció gustarle el estúpido cumplido y sonrió con aquella sonrisa tímida y efímera que otrora dedicaba a las mecanógrafas con mejores formas, y se restregó la cara.

—Tres horas diarias —dijo—, pero vale la pena. En estos dos últimos meses estoy volviendo a ponerme en forma —salió de la máquina y se enjugó la frente con una toalla.

—Me parece bastante duro.

—Y con el entrenador que tengo, que fue médico en el cuerpo de marina, no te digo —respondió con ese fatuo deleite masoquista en que a veces caen los hombres—. Hasta he ido a esquiar.

—¡No está mal!

—Sólo un fin de semana, en Sun Valley. En pistas fáciles —dijo cogiéndome la mano y apretándomela. Por un instante estuvimos mirándonos. A pesar de todos los altibajos, yo le apreciaba y él lo sabía. Tres años atrás, cuando nos hallábamos muy desavenidos, fue él quien vino a mí, y por algún tonto motivo que no acabé de entender, me sentí orgulloso. Pero Bret había pasado gran parte de su vida con los ricos y poderosos y se había dotado del caparazón que esa clase de gente adopta para ocultar sus más profundos sentimientos. Sonrió, me soltó la mano y me dio un afectuoso golpe en el brazo—. ¡Cielos, Bernard, me alegro de verte! ¿Qué tal va todo en el Departamento?

—Simplemente vamos tirando.

—¿A Dicky no le han dado Europa?

—No.

—Bueno, mejor. No está aún preparado. ¿Qué tal te llevas con el delegado? Me han dicho que no deja títere con cabeza —añadió, señalándome el banco para que me sentara, y así lo hice.

—Ahora se le ve mucho más —dije.

—Eso está bien. Un delegado con el título de caballero no tiene mucho trabajo —comentó Bret—. Supongo que quiere demostrar su celo.

—No le dieron el título por su trabajo en el Departamento —añadí.

—¿Te sale del corazón? —replicó Bret riendo; una risa contenida que no implicaba tensión muscular.

No había pretendido criticar al delegado por su falta de experiencia, pero eso me recordó que una charla con Bret era como una sesión con un polígrafo,

y que en cuanto surgía el tema de los honores y títulos, su rostro adoptaba un gesto depredador. Me causaba perplejidad que gente culta y sofisticada como Bret, Dicky y Frank se mostraran tan entontecidos por aquellas distinciones tan incongruentes y tan fuera de lugar. Pero así funcionaba el sistema, y al menos al contribuyente no le costaba nada.

—El delegado está bien —añadí—, pero a muchos no les gustan las innovaciones, vengan de donde vengan.

—A Frank Harrington, por ejemplo —dijo él.

Había dado en el clavo, por supuesto. Frank —casi a punto de jubilarse— se opondría a cualquier tipo de cambio.

—Yo me entero de cosas, Bernard. Incluso aquí sé lo que pasa. El director general me lo cuenta todo.

—¿El director general?

—No en persona —añadió.

—Actualmente se le ve poco —comenté—. Se dice que está enfermo y que va a jubilarse antes.

—Dejándole el cargo al delegado... Sí, yo también lo he oído, pero yo no daría por jubilado al director general tan pronto. Al viejo diablo le gusta el poder en la sombra.

—Debería venir aquí a charlar contigo con mayor frecuencia, Bret —comenté admirado.

—Tal vez sí, Bernard. A veces un espectador ve mejor el juego que los que están en la partida.

—¿Pero y si uno del equipo sigue el consejo de las gradas?

—El mismo Bernard de siempre —dijo él en un tono que podía ser sarcástico o no—. ¿Y tu preciosa Gloria? ¿Seguís tan enamorados?

—Es una buena chica —respondí con displicencia bastante para que advirtiese que no quería hablar de eso.

—Me han dicho que habéis cogido casa juntos.

«¡Maldito entrometido!», pensé, pero conservé mi compostura.

—He alquilado la casa del centro y he comprado una con hipoteca en el extrarradio.

—Eso de la propiedad siempre está bien —comentó.

—Puede irme mal si mi suegro se pone a malas —dije—. Él fue quien me avaló. Ni siquiera el banco sabe que la tengo alquilada.

—No habrá problemas, Bernard. Quizá te aumenten algo los pagos, pero no te achucharán.

—La mitad de la casa es de Fiona y si su padre la reclamase en su nombre, me vería en un buen pleito.

—¿Tienes asesor legal? —inquirió.

—No. Me lo estoy planteando.

Hizo un gesto de desaprobación. Las personas como Bret se procuran asesoramiento jurídico hasta para aumentar la dieta de hidratos de carbono.

—El Departamento te echaría una mano —añadió con el tono de autoridad con que era proclive a formular sus hipótesis.

—Ya veremos —contesté. En realidad me reconfortaba su insinuación, por poco fundada que fuese.

—¿No piensas que Fiona pueda volver? —inquirió, poniéndose una rebeca. Ya se había puesto el sol y hacía menos calor.

—¡Volver! —exclamé—. ¿Cómo iba a volver? Iría a parar a la cárcel.

—Cosas más raras se han visto —replicó él—. ¿Cuánto tiempo lleva allá?

—Mucho.

—No dejes de esperar —añadió—. No estarás pensando en casarte, ¿verdad?

—Aún no —contesté.

—Si se te plantea algún problema, dímelo —dijo asintiendo con la cabeza—. Cualquier cosa de la casa o con tu suegro; recurre a mí. Me telefoneas y me dejas un número en que pueda localizarte. ¿Entendido?

—¿Por qué a ti, Bret? Te lo agradezco, desde luego. Pero ¿por qué a ti?

—¿Has oído hablar del Fondo de Socorro Mutuo? —inquirió—. Pues hace poco me han nombrado presidente —añadió sin aguardar a que yo dijese que no sabía qué era—. Es un título honorífico, pero así tengo la posibilidad de no cortar el contacto. Y el Fondo está para esa clase de problemas.

—¿Fondo de Socorro Mutuo?

—Tú no tienes la culpa de lo que haya pasado, Bernard. Desde luego que tu mujer se pasó al otro bando, pero eso no tienen por qué imputártelo. Es un problema del Departamento y ellos tienen que arreglárselas —dejó de mirarse las uñas para mirarme a los ojos con franqueza.

—Bret, envidio tu fe en la caridad y comprensión del Departamento —manifesté—. Quizá sea eso lo que te mantiene.

—Es porque soy anglófilo, Bernard —dijo metiéndose las manos en los bolsillos y sonriendo—. Y, hablando de tu matrimonio, ¿qué oyes decir de Fiona?

—Trabaja para el otro bando —respondí flemático.

Él sabía que yo no quería hablar de eso, pero le daba igual. Yo esperaba que me dijese por qué se había hecho el muerto tanto tiempo, pero era evidente que no iba a confiármelo.

—¿No te llega algún mensaje? ¿Nada? Debe de echar de menos a los niños.

—Sería de locos que pensara tener allí a los niños —dije—. Estarían mal y los jefes de ella los tomarían como rehén en caso de que se desmandase.

—Seguramente confían en ella, Bernard. Ha dejado muchas cosas: hijos, marido, familia, casa, su carrera. Lo ha dejado todo. Yo creo que confían en ella —dijo jugueteando con el mecanismo de la bicicleta fija. Eso era muy de Bret; siempre tenía que estar manoseando algo. Siempre tenía que interferir, decían sus críticos. Empujó el pedal hacia abajo y el mecanismo produjo un ruido—. Pero a mucha gente le resulta imposible vivir allá. De todos modos, no pierdas la esperanza.

—Bueno, supongo que no me habrás hecho venir hasta California para hablarme de Fiona —dije.

Se me quedó mirando. Años atrás yo había alimentado la sospecha de que tenía una aventura con Fiona porque juntos se lo pasaban bien de un modo que a mí me daba envidia. Ya no estaba celoso —los dos la habíamos perdido—, pero mis sospechas, y el saberlo él, habían enturbiado nuestra amistad.

—Pues, en cierto sentido, sí —contestó con una gran sonrisa—. Tenía unos documentos para Londres y tenía que venir alguien. Te han enviado a ti, y eso me alegra mucho.

—Déjate de tonterías, Bret, que ya soy mayorcito. Si tienes algo que decirme, desembucha de una vez.

—¿Qué quieres decir?

—¿Que qué quiero decir? Te lo digo. Primero, Harry Strang, sin estar en la broma, sea cual sea la broma, me dijo que me enviaban a petición concreta de la unidad de campo de Washington. Segundo, llego aquí y abro mi maleta y veo que la han registrado minuciosamente. No revuelta precipitadamente como lo haría un ladrón, o del modo ordenado, sistemático y «autorizado» que emplean en aduanas, pero registrado.

—La seguridad del aeropuerto —replicó Bret cortante—. No seas tan paranoico, Bernard.

—Me imaginaba que dirías eso, Bret. ¿Y mi equipaje de mano? ¿Qué me dices del charlatán señor Woosnam, o como se llame realmente, que precisamente le toca el asiento de al lado y me registra la bolsa mientras voy al lavabo?

—No puedes estar seguro.

—¿Seguro de que ha sucedido, o seguro de que ha sido el Departamento?

—Bernard, Bernard, Bernard —dijo Bret sonriendo y moviendo la cabeza incrédulo. Era paranoia mía y lo del equipaje, otra de mis tonterías. Era inútil seguir hablando del tema—. Siéntate cómodo y hablemos.

Me senté cómodo.

—Hace años, antes de que Fiona se pasara, me asignaron un encargo. Se llamaba Operación Anzuelo y estaba destinada a transferir cantidades de dinero por todo el mundo. En aquel tiempo casi siempre me cargaban con esos trabajitos financieros, porque en las altas esferas no había nadie capaz.

—¿Con Prettyman?

—Exacto. A Prettyman se le encargó supervisar las operaciones y las cifras.

—Prettyman estaba contigo en el Comité de Operaciones Especiales.

—Bueno, yo no lo diría así —replicó Bret—. Para su curriculum sería un hito, pero en lo que al comité respecta no pasaba de ser un contable de excepción.

—Pero él se las entendía con Pagaduría Central —dije—. Era responsable directo ante ellos. De hecho, Prettyman era su delegado en el comité.

—Veo que te has documentado —replicó Bret, picado porque supiese aquel detalle—. Sí, Prettyman despachaba directamente con Pagaduría porque yo aconsejé que se hiciera así. Me evitaba el tener que firmar todo y contestar a preguntas rutinarias en una época en que pasaba mucho tiempo fuera de Londres.

—¿Operación Anzuelo? Nunca he oído hablar de ella.

—¿Y por qué ibas a tener que saberlo? Casi nadie ha oído hablar de ella. Era muy «restringida»... El director general, yo... ni siquiera Prettyman conocía todos los pormenores.

Advertí cómo accionaba con las manos.

—Prettyman firmaba los cheques —dije.

—No sé quién te ha contado eso. Cierto que ponía su firma en los cheques, pero era una simple medida de control impuesta por el director general para fiscalizar los pagos. Los cheques ya llevaban la cantidad y la fecha para que Prettyman supiera los movimientos de caja, pero él no intervenía para nada en lo demás, pagos, etcétera.

—Y de pronto a Prettyman le destinan a Claves y Cifrados y Fiona se pasa al otro bando. Y Prettyman se va a Washington. ¿Es que está todo relacionado de algún modo que se me escapa? ¿Qué fue esa operación?

—Aún sigue —respondió Bret—. Es algo al rojo vivo.

—¿Sigue en dónde? —inquirí.

—Sigue siendo un tema muy delicado, Bernard —respondió tras una pausa dubitativa, humedeciéndose los labios.

—De acuerdo.

—Infiltración de embajada —añadió tras una nueva pausa y morderse el labio.

—Yo creía que Ravenscroft se había llevado todo lo de la embajada al otro lado del río. Tiene allí doce personas. ¿Qué hacen en todo el día?

—La Operación Anzuelo es otra cosa. Ravenscroft no sabe nada de ella.

—Entonces, ¿trasladaron a Ravenscroft y los suyos porque estaban comprometidos?

—No sabría decírtelo —respondió encogiéndose de hombros—. El trabajo de infiltración en embajadas se ve constantemente comprometido. Tú lo sabes. Se marcha un disidente y aprietan los tornillos, y la vida de Ravenscroft se complica durante una temporada —me miró a la cara—. Pero la Operación Anzuelo no es del estilo de Ravenscroft. Hay mucho dinero de por medio. Esa operación es de gran envergadura.

—He aprendido en cinco minutos más cosas por boca tuya que en la oficina después de un año de preguntas.

—Porque quiero que dejes de hacer preguntas —replicó con voz firme y ya no tan amistosa—. Estás metiendo la nariz en cosas que no son de tu incumbencia, Bernard. Nos puedes estropear la función.

Estaba enfadado y el enojo le hizo toser, al extremo de que tuvo que darse palmadas en el pecho para recuperar la respiración.

—¿Me han enviado aquí por eso?

—En cierto modo —respondió para carraspear a continuación.

—A ver si lo entiendo —dije—. Tú organizaste muchas empresas y cuentas bancarias para esa Operación Anzuelo y así poder disponer de dinero sin que Pagaduría Central tenga control...

—Las embajadas —replicó—. Las embajadas de Europa oriental. No mucha gente. Ni siquiera yo dispongo de los detalles. Está organizado así y es lógico. Porque si en Pagaduría llevasen los libros, todas las fuentes de financiación podían correr peligro —yo le miré a la cara—. De mucha envergadura, Bernard...

—¿Y Prettyman sabía todo esto?

—Prettyman sabía sólo lo imprescindible, más lo que él pudiese deducir.

—¿Y dedujo mucho?

—Eso sólo puede contestarlo Prettyman.

—Y Prettyman está muerto.

—Exacto —asintió él—. Está muerto.

—Y tú quieres que lo olvide todo...

—A algún imbécil en contabilidad no le cuadraban las cifras. Pánico. Y de pronto se les ocurrió que la mejor solución para aclarar el cacao era hacer regresar a Prettyman a Londres.

—¿Y ya está aclarado?

—Fue un error contable. Esas meteduras de pata se dan de vez en cuando.

—De acuerdo, Bret. ¿Puedo irme ya?

—Es una tontería que te pongas así —me advirtió—. Este asunto no te atañe lo más mínimo. No quiero que te entrometas. Y te lo pido porque hay vidas en juego. Si eres tan tonto que no lo entiendes, no hay otro modo...

—Entonces, ¿qué?

—Es oficial —respondió—. No es que te lo pida yo a título personal, es una orden oficial.

—Bah, la tengo por escrito y me la sé de memoria —dije—. No me registraron el equipaje porque pensasen en la posibilidad de encontrar algo. Ya soy demasiado viejo para un descuido así. El equipaje facturado lo registraron para darme a entender que los buenos sois vosotros, ¿verdad, Bret? ¿Fue idea tuya, Bret? ¿Fuiste tú quién pidió a Operaciones de Londres Central que me envasen? ¿Fue Harry Strang? Harry es un tipo excelente. Duro, eficiente y con suficiente experiencia para pensar en un pequeño detalle así; y muy cerca ya de la jubilación como para sentir la tentación de avisarme de lo que iba a pasar. ¿Verdad, Bret?

—Tú eres tu peor enemigo, Bernard.

—Estando tú, no, Bret.

—Piénsatelo, Bernard. Consúltalo con la almohada. Pero date cuenta de lo que hay en juego —dijo apartando la vista de mí y encontrando una excusa para manosear la bicicleta.

—¿Te refieres a vidas inocentes? —inquirí sarcástico—. ¿O a mi empleo?

—Las dos cosas, Bernard.

Ahora se mostraba duro; se había acabado lo del Fondo de Socorro Mutuo. Éste era el verdadero Bret, despectivo y de mirada glacial.

—¿Es el mismo ultimátum que le diste a Jim Prettyman? —inquirí—. ¿Era él también su peor enemigo hasta que tú interviniste? ¿Es que él despreció olímpicamente tu «orden oficial» y tuviste que recurrir a unos de aquí para que se lo cargasen en el aparcamiento?

Hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza. Ahora su expresión era un enigma. El sol ya no doraba la escena y su aspecto era el de un viejo cansado y arrugado. No volvería a trabajar en el Departamento. De eso estaba seguro. Su momento había pasado.

—Creo que ya has dicho bastante, Bernard. Más de la cuenta, en realidad. Ya hablaremos por la mañana. Tienes reservado vuelo a Londres para mañana —dijo apenas en un susurro.

No contesté. En cierto modo, lo sentía por él, obligado a hacer aquellos ejercicios diarios y procurando mantenerse en contacto con el Departamento, e incluso entrometiéndose en lo que sucedía. Diciéndose que un día todo volvería a ser como antes y con la esperanza de que su posibilidad de obtener el título de sir no estaba irremisiblemente perdida.

Me puse en pie. El juego de la zanahoria y el garrote. Si seguía el juego de Bret hasta me echarían una mano para la hipoteca, pero si seguía husmeando en cosas que no eran de mi incumbencia, perdía el empleo, y a lo mejor lo perdía igual que Jim Prettyman: con los pies por delante.

¿O es que no lo había entendido bien?

CONFUSO y cansado por el desfase de horarios causado por el viaje, con la mente cargada de recuerdos, aquella noche dormí mal. En aquella maldita casa no existía el silencio; ni siquiera de madrugada. No sólo me llegaba el silbido y el run run inexorable de un motor cercano, sino que oía pasos por la ventana abierta, y musitar palabras en ese español de espeso acento que adquieren los mexicanos emigrados a California. Cerré la ventana, pero de detrás de la casa llegaba el ruido de los perros guardianes batiendo la maleza y lanzándose contra la alambrada que rodeaba la casa y los mantenía en el perímetro externo. Quizá los animales barruntasen la tormenta que se avecinaba, pues al rato se oyó la descarga de un trueno, ráfagas de viento y lluvia comenzaron a azotar la ventana y oí el tamborileo de las gotas sobre los muebles metálicos del patio.

La tormenta fue muy breve, como suelen serlo en el Pacífico, y hacia las cuatro de la mañana comenzaron a oírse una serie de fuertes zumbidos y ruidos de unas máquinas. Era insoportable y no podía dormir, por lo que me levanté para averiguar su origen. Enfundado en uno de los elegantes albornoces que la señora O'Raffety procuraba previsora a sus invitados, me aventuré por el pasillo enjalbegado. Las diversas puertas daban a la despensa, la cocina y varios cuartos de almacenamiento. La luz no funcionaba —quizá hubiese una avería por la tormenta—, pero me bastaban los apliques de emergencia de bajo voltaje para ver por dónde andaba.

Dejé atrás el cuarto de la caldera, el panel de fusibles y el montón de cajas de agua embotellada que la señora O'Raffety consideraba tan buena para la digestión. Los ruidos mecánicos iban en aumento conforme me aproximaba a la puerta baja de madera anexa al buffet de la cocina. Habían dejado la llave puesta en un gran candado de bronce. Ya había recorrido suficiente distancia por el perímetro de la casa y me encontraba detrás de las habitaciones de invitados.

Abrí la puerta y entré con cautela. El zumbido de maquinaria se acentuó y ví un corto tramo de escalones gastados que bajaban hasta un sótano de techo bajo. En una de las paredes había cuatro paneles de control con cifras y programas luminosos parpadeantes. El fulgor de la luz naranja bastó para que viera a su reflejo los grandes charcos que se habían formado en las losas desiguales del suelo. Era la lavandería con toda una batería de lavadoras y secadoras.

Sobre una de las secadoras había una lata de cerveza vacía y unas colillas. Las máquinas estaban alineadas a lo largo de la pared que supuse contigua a mi habitación. Oí toser cerca de mí y una exclamación airada. Era uno de los mexicanos.

Dejé atrás las máquinas y llegué a otro cuarto que tenía la puerta entreabierta y ví que en su interior la luz era potente. Abrí la puerta. Había cuatro hombres sentados a una mesa jugando a las cartas: tres mexicanos y Buddy. Tenía puesto el stetson, bien calado hacia adelante. En la mesa había dinero, latas de cerveza y una botella de *whisky*. Apoyada contra la pared, una escopeta. Allí el ruido de la maquinaria era fuerte, pero ellos parecían estar acostumbrados.

—Hola, Bernard. Sabía que era usted —musitó Buddy sin levantar la vista de las cartas. Los tres mexicanos habían vuelto la cabeza y me miraban con curiosidad pasiva pero poco amistosa. Los tres tendrían treinta y tantos años y tenían aspecto de duros, con su cabello corto y rostros curtidos—. ¿Quiere sentarse?

—No —contesté—, es que no podía dormir.

—Yo no iría por ahí de paseo a estas horas —replicó Buddy, reordenando las cartas que sujetaba—. Los guardas del turno de noche le tienen gusto al gatillo.

—¿Ah, sí? —dije.

Ahora, por primera vez, levantó la cabeza y me miró con el mismo desagrado con que había observado sus cartas.

—Sí, Bernard, sí —dijo, humedeciéndose los labios—. El mes pasado entraron a robar. Un jovencito burló a nuestros soldaditos del perímetro externo, burló a los perros, cortó la valla interna con unas cizallas, forzó el candado de seguridad del despacho del señor Rensselaer e intentó apalancar el escritorio. ¿Qué le parece? La señora O’Raffety despidió a todos los guardas, alegando que estaban dormidos, borrachos, desperdigados o qué sé yo. No era cierto, pero borrón y cuenta nueva, y los nuevos han entrado con ganas de hacer méritos. ¿Me entiende?

—No sabía que el señor Rensselaer tuviese aquí un despacho —dije.

—Una especie de estudio —replicó Buddy encogiéndose de hombros—. Si quiere ver mis cartas...

—No, no, déjelo —respondí.

—Estos tíos me están desplumando —comentó despreocupadamente, sirviéndose y bebiéndoselo de un trago.

—¿Y qué fue del jovenzuelo? —inquirí.

—¿El jovenzuelo? Ah, ya, el que entró. No podría decirle, pero, desde luego, no va a poder manejar las cizallas de momento. Un soldado bastante nervioso se hallaba cerca con su escopeta. Había perdido mucha sangre cuando le dejamos en el hospital. Y, claro, antes de atenderle estuvieron discutiendo si tenía o no la tarjeta de la Cruz Azul.

—Para usted sería una grave decisión —dije.

—De grave, nada —respondió Buddy—. Ya me las arreglaré para que la señora O’Raffety no tenga que pagar la factura hospitalaria de un tipo que entra aquí a robarle. Ya nos dio suficiente trabajo el limpiar la sangre y arreglar todo el destrozo. Así que a la enfermera de noche le dije que le habíamos encontrado sangrando en la carretera y estos que iban conmigo lo atestiguaron —añadió, señalando con la cabeza a los tres mexicanos.

—Piensa usted en todo, Buddy.

—¿Sabe una cosa, Bernard? —dijo alzando la vista y sonriendo—. El tipo no llevaba armas, y eso es bien raro por estos pagos. En el bolsillo tenía una cámara, una Olympus pistonuda. Por ahí debo de tenerla. Con su macroobjetivo y rollo blanco y negro de alta sensibilidad. Lo justo para fotografiar documentos. Yo se lo comenté al señor Rensselaer, pero él no hizo más que sonreír y decir «tal vez».

—Voy a ver si puedo dormir.

—¿Un traguito de *whisky*?

—No, gracias; intento dejarlo —le contesté.

Volví a la cama y me puse una almohada por encima de la cabeza para amortiguar el ruido de las máquinas. Ya amanecía cuando, finalmente, me quedé dormido. Un profundo sueño del que me sacó el zumbido del despertador.

La mañana tenía un inopinado ambiente invernal. La temperatura había descendido, y tuve que buscar un jersey en la bolsa. El océano Pacífico se veía gris verdoso y las olas rompían sus sucias crestas dejando estelas de

espuma. Las nubes eran bajas y rozaban las cumbres de las colinas, y hasta el agua de la piscina había perdido su color y transparencia.

El tiempo transcurrió despacio. El avión de Londres no salía hasta primera hora de la tarde, afuera hacía frío para estar sentado, y no había dónde pasear, pues detrás de la alambrada los perros estaban sueltos. Nadé en la piscina climatizada que en aquella fría atmósfera despedía vapor como una sopera. A las diez comenzó a llover de nuevo. Me harté de tomar café y estuve leyendo unos ejemplares del National Geographic Magazine. La «sala de estar» era grande, con oscuras vigas de roble en el techo y un retrato de tamaño natural, al estilo de Modigliani, de la señora O'Raffety con vestido rosa de volantes. Allí estaba la señora O'Raffety, con Bret y Buddy, pero no se habló gran cosa: nos habían colocado delante un televisor como un armario y retransmitían un partido de fútbol. No es que nadie lo mirase, pero procuraba una excusa para no hablar.

Estábamos repantigados en sillones tapizados en zaraza y dispuestos en torno a una mesita de roble, con un gigantesco centro floral en un jarrón con la etiqueta dorada de una floristería de Los Ángeles y en la monumental chimenea de piedra ardían despacio unos enormes troncos, cuyas llamas desplegaba en abanico el viento que aullaba por el tiro y que, afuera, desatado, azotaba las palmeras.

Tanto la señora O'Raffety como Bret prescindieron del almuerzo, pero Buddy y yo despachamos unas hamburguesas y sendas ensaladas César, en bandeja sobre las rodillas y sentados con ellos dos en torno al fuego. Eran enormes hamburguesas, de lo mejor que he comido, con casi doscientos cincuenta gramos de carne. Sin embargo, Buddy apenas comió, alegando que había dormido mal y no se encontraba bien, pero no dejó ni una patata frita.

A lo largo de la mañana fue empeorando el tiempo hasta que las nubes grises se hicieron más bajas y nos envolvieron, reduciendo casi al máximo la visibilidad, por lo que la señora O'Raffety ordenó a Buddy llamar al aeropuerto para saber si salían los vuelos.

Después del almuerzo, la señora O'Raffety —en pantalones rojos y blusa rosa de ganchillo— intercambió algunas banalidades con su yerno, incluyéndome cortésmente en el diálogo siempre que surgía la ocasión. Bret volvía la cabeza, como mostrando interés en lo que se decía, pero casi no habló. Parecía más viejo y débil. Buddy me había dicho que tenía días malos, y aquél era uno de ellos, sin lugar a dudas. Tenía el rostro arrugado y ojeroso, y la indumentaria que llevaba por el descenso de temperatura —camisa de lino azul oscuro, pantalón negro y zapatos relucientes— le envejecía.

—Señor Samson, ¿de verdad que no puede quedarse otro día? —inquirió la señora O’Raffety—. Es una lástima venir a California para estar apenas veinticuatro horas.

—El señor Samson tendrá familia —dijo Buddy.

—Sí —contesté—. Dos hijos: un niño y una niña.

—¿Saben nadar? —inquirió la señora O’Raffety.

—Así, así —contesté.

—Debería haberlos traído —añadió ella con esa naturalidad con que la gente rica prescinde de los impedimentos económicos—. La piscina les encantaría.

—Tiene usted una casa maravillosa —dije.

Sonrió y se subió las mangas del suéter con su característico manierismo nervioso.

—Bret solía llamarla «paraíso sin espina» —comentó entristecida.

Era imposible no captar la implicación de que Bret ya no la llamaba así.

Bret intentó sonreír, pero la sonrisa abortó en su rostro.

—¿Por qué «sin espina»? —inquirí.

—Como el pescado en los restaurantes —contestó ella—. Te lo dan todo hecho. Gozar. Gozar.

Bret me miró y sonrió. Luego frunció el ceño y dijo:

—Por Dios bendito, Bernard, sé juicioso —lo había dicho pausadamente, pero el tono amargo fue suficiente para que la señora O’Raffety le mirase sorprendida.

—¿Pero de qué hablas, Bret? —inquirió.

Mas él no se dio por enterado, y, sin quitarme los ojos de encima, mantuvo un gesto de indignación como yo no le había visto nunca.

—¡Cerebro de mosquito! ¡Devánate los sesos! ¡Piensa! —añadió levantándose y abandonando la habitación.

Nadie dijo nada. El estallido de Bret había embarazado a la señora O’Raffety y Buddy bailaba al son que ella tocaba. Permanecieron mirando el centro floral como si no hubieran oído lo que había dicho, ni se hubiese marchado.

Tardó un buen rato en hablar, pero finalmente dijo:

—A Bret le afecta mucho su enfermedad. Me acuerdo de los tiempos del colegio... ¡Era un león! Toda su vida ha sido un hombre tan activo... le resulta muy difícil acostumbrarse a estar enfermo.

—¿Le vienen enfados como éste muy a menudo? —pregunté.

—No —contestó Buddy—, pero su visita parece haberle molestado.

—Ni mucho menos —añadió la señora O’Raffety en su papel de anfitriona perfecta—. Es que al volver a ver al señor Samson se le han despertado los recuerdos de cuando estaba en plena forma.

—Hay días en que está bien —dijo Buddy, cogiendo la cafetera que estaba en el carrito—. ¿Un poco más?

—Sí, gracias —dije.

—De nada. Pero hay días que le veo de pie junto a la piscina con una cara que me hace pensar que va a tirarse para no salir.

—¡Buddy! ¿Cómo puedes decir una cosa así?

—Perdone, señora O’Raffety, pero es cierto.

—Tiene que sobreponerse —dijo ella.

—Claro —añadió apresuradamente Buddy tratando de apaciguar a su patrona—. Eso es lo que quería decir: que tiene que sobreponerse.

Fuimos por la carretera de la costa. Buddy no se encontraba bien y fue uno de los criados —Joey, un mexicano bajito de actitud agresiva, que por la noche había estado en la partida— quien condujo el *jeep*, inclinado hacia el parabrisas escrutando la niebla y mascullando que deberíamos haber ido por la carretera del cañón hacia el interior para coger la autovía.

—Debería haberle llevado Buddy —se quejó el mexicano por enésima vez—. No me gusta nada este tiempo.

La niebla venía del océano y nos envolvía, y sólo a ratos se desvanecía, permitiendo ver esporádicamente la carretera.

—Se sentía mal —dije.

Veíamos el fulgor de los faros de los coches en dirección contraria; doce motociclistas en negro atuendo de cuero se lanzaron con suicida despreocupación contra el muro de niebla, que los tragó con tal rapidez que instantáneamente se acalló el ruido de los motores de las máquinas.

—¡Mal! —exclamó Joey—. Bebido, querrá decir.

La lluvia comenzó a arreciar. Las masas grises de los enormes camiones surgían amenazadoras de la lóbrega blancura, adornadas por una plétora de lucecitas naranja, cual barcos engalanados para una regata.

Como yo no contesté, Joey añadió:

—La señora no lo sabe, pero se enterará.

—¿Qué es lo que no sabe? —dije.

—Que es un sentimental y se traga los vasos de *whisky* como si fuesen Coca-Cola. No ha dejado de hacerlo desde que su mujer le plantó.

—Pobre Buddy —dije.

—El cabrón se lo merece.

—¿Ah, sí?

En respuesta a mi pregunta, Joey me miró y sonrió.

—Yo me marcho la semana que viene; voy a trabajar con mi cuñado en San Diego. Que se meta el empleo donde le quepa.

A unos kilómetros de Malibu nos detuvo una fila de fuertes luces intermitentes. En el arcén estaban parados media docena de enormes camiones. De la niebla surgió un hombre con camisa marrón y una insignia que decía County Sheriff-Los Ángeles. Le acompañaban dos guardias de la patrulla de tráfico con impermeable amarillo: un tipo alto y una mujer. Todos estaban calados hasta los huesos.

—Apártese —le dijo el guardia a Joey, señalándole el arcén.

—¿Qué pasa? ¿Un patinazo?

El ruido y los zumbidos de las máquinas eran más fuerte de lo habitual.

—Póngase detrás del Cadillac blanco —dijo el del departamento del *sheriff* señalando una zona despejada en la que varios conductores aguardaban pacientemente a que despejasen la carretera. Al guardia le caía el agua de la gorra, chorreándole por la cara y tenía la camisa negra de lo mojada que estaba. No estaba de humor para entretenerse en discusiones.

—Tenemos que coger un avión: vuelo internacional —dijo Joey.

—Deje pasar a la ambulancia —dijo el guardia inexpresivo, quitándose el agua de la cara con la mano.

—¿Qué ha pasado?

La ambulancia avanzó despacio. El policía habló con la respiración entrecortada, como un nadador, con frases cortas.

—Un camión isotermo cruzado. No se puede pasar.

—¿Se puede tomar otra carretera? —preguntó Joey.

—Sí, claro, pero es una hora más de viaje —respondió el policía mirando de soslayo bajo la lluvia—. ¿A Los Ángeles, ha dicho? Ahí hay unos que van en una limusina Lincoln. Han dicho que iban a dar la vuelta para ir por el camino de la ciudad. A lo mejor pueden llevarle.

—¿Dónde están?

—En cabeza del atasco. No sé si ya se han ido. Voy a ver —dijo conectando el transmisor que produjo un estallido de ruido parasitario—. Pete, ¿sigue ahí la limusina azul oscuro?

Se oyó una oscura respuesta afirmativa por la radio, y el policía añadió:

—Diles si pueden llevar a alguien con prisa al aeropuerto.

Bolsa en mano remonté una fila de coches y el mastodóntico camión que, cruzado, bloqueaba la carretera en ambas direcciones. Cuando encontré la limusina aguardándome, iba ya calado hasta los huesos.

El que iba sentado junto al conductor se apeó y, bajo la fuerte lluvia, me abrió la portezuela trasera, en un gesto que sólo se hace cuando se tiene un empleo y se está decidido a mantenerlo por encima de todo. Ahora veía al hombre que ocupaba el asiento trasero: un individuo bajo y rechoncho con barriga. Vestía un traje caro con chaleco —con la cadena de oro del reloj de bolsillo bien visible— y camisa con alfiler de corbata también de oro bajo el fuerte nudo de una corbata a rayas muy convencional. Una especie de atuendo de Wall Street en la costa del Pacífico, en donde los pantalones con chaqueta a juego habían pasado de moda, lo mismo que los corsés de encaje y los sombreros de copa.

—Vamos, Bernie, sube —dijo el hombre bien vestido, con voz tranquila, suave y atractiva, como su coche.

Mi sorpresa duró un segundo. Mojado en aquel atasco y sin transporte, no estaba en situación de negarme, y Posh Harry lo sabía. Noté algo de presuntuosa satisfacción en aquella sonrisa con la que descubrió un montón de dientes y algunas intervenciones de odontología cara. Me acomodé a su lado, o lo más a su lado que me ví forzosamente obligado a hacer en un asiento de cuero capaz para cuatro.

—¿Qué es este juego? —inquirí. Aquello me ponía furioso.

—Coge la bolsa del señor Samson —dijo Posh Harry al del asiento delantero.

—Hay cosas de valor —protesté.

—De valor —repitió despectivamente Harry—. ¿Qué crees que va a pasarle? ¿Te piensas que llevamos un enano en el maletero para que te la registre camino del aeropuerto?

—Quién sabe —respondí.

—¡Quién sabe! —repitió con una carcajada—. ¿Has oído? —dijo, dirigiéndose al de delante—. Este tío sí que es un profesional. De él podrías aprender un par de cosas —y volvió a reír por si se lo tomaban en serio—. Bueno, pues acuna tú la bolsa, Bernie, si lo prefieres. ¡Adelante, chófer! Este hombre tiene que tomar un avión.

—¿No habréis hecho todo esto por mí? —inquirí con cautela.

Pero ¿cómo iban a haberlo combinado tan bien sin colocar igualmente el camión?

—No es mi estilo, nene —respondió Posh Harry—. Cosa de mi jefa, que es muy suya —añadió tras una pausa.

Uno de los que iban delante soltó una discreta carcajada para no interrumpir, pero que se oyó perfectamente.

—¿Jefa? —inquirí.

—Aquí tenemos una jefa de Sección. No me digas que no lo sabías... Pues sí: una «jefa» que dirige todo —dijo con otra carcajada.

—¡Una mujer!

—En Londres lo sabéis de sobra —dijo haciendo un gesto despectivo con su mano recién salida de la manicura—, lo pone en el último informe de septiembre.

—¡Ah! Hacíamos apuestas sobre si uno de los vuestros en Los Ángeles se hacía llamar Brigette —dije.

—¡Qué cabronazo! —exclamó Harry, con una risita disimulada.

—¡No me extraña! —exclamó el chófer—. La mitad de los tíos de la oficina llevan pendientes y se rizan el pelo, los maricones.

—Ha sido idea de Brigette —insistió Harry—. Le dije que te conocía. Yo quería telefonar a Bret y hacer las cosas tranquilo, pero a ella ya se le había metido en la cabeza este plan, y dijo que de todos modos tendríamos que pagar el alquiler del camión. Lo de la ambulancia fue idea suya. Simpático detalle, ¿eh? Ya lo tenía todo preparado y se empeñó en que lo hiciésemos. Muy distinto a los viejos tiempos, ¿eh, Bernie?

—¿Se llama Brigette de verdad?

—Es una señora muy dura —respondió Harry con respeto—. No veas cómo lleva la oficina... los tíos van que vuelan. No es como en los viejos tiempos, Bernie. Te lo digo en serio.

—Bien, ¿y, entonces, a qué se debe todo esto? —pregunté, una vez apurados los inevitables comentarios a propósito de la primera jefa de Sección de la CIA.

—Se debe a lo de Bret —contestó Posh Harry—. Bret Rensselaer —añadió rascándose delicadamente la mejilla con la uña del meñique para que yo viese sus puños almidonados y los gemelos de oro.

Tenía un cutis amarillento, por el que se le habría podido atribuir un origen japonés, pero sus manos eran más claras. Y llevaba las uñas perfectamente cuidadas por la manicura. Todo en consonancia con su acicalado aspecto. Yo siempre le había visto con el cabello perfectamente cortado y afeitado con talco en la cara y un discreto olor a masaje para después del afeitado. Siempre llevaba ropa de aspecto nuevo y de corte

perfecto, por lo que parecía un juguete de plástico bien ensamblado. Quizá se entienda mejor si digo que —recordando las películas de gángsters que ví de niño— en su cuidado aspecto siempre había un aire amenazador.

—¿Ah, sí? —dije.

—Se dice que tú guardas algún tipo de resentimiento, una especie de venganza personal, hacia Bret —lo había dicho muy serio, sin sonreír, con las manos cruzadas sobre el regazo, como un Buda de permiso.

—¿Y?

—Las venganzas personales no traen cuenta. Las venganzas son negativas, Bernie. Malo para Bret, malo para ti, malo para Londres y malo para nosotros.

—«Nosotros», ¿quiénes?

—No me fastidies, guapo; todo está bien claro. Tú sabes quiénes. Nosotros somos la Compañía.

—¿Y qué demonios tiene el asunto que ver con vosotros?

—¿Me habré explicado mal...? —replicó alzando la mano en gesto de conciliación—. Probaré a decírtelo otra vez, ¿de acuerdo?

—Desde luego, no es momento para que me apee —respondí.

—Claro que no —dijo él repantigándose en el asiento y mirándome con los ojos semientornados mientras recopilaba los aspectos positivos, calculando cómo pegarlos para recomponer la historia.

Posh Harry era muy hábil en esos menesteres. Durante años había sido «míster Arreglo», trabajando para los dos bandos y cobrando sus emolumentos una vez satisfechas ambas partes.

Rodábamos en silencio. Yo dejé la bolsa entre mis pies y volví la cabeza para contemplar la lluvia cayendo sobre las chozas de millonarios que bordeaban aquel tramo de playa. A ratos se veía gente practicando el surf con trajes relucientes de goma. A los fanáticos de las grandes olas del Pacífico no les disuade ni el mal tiempo.

Me recliné en el asiento y miré de soslayo a Posh Harry. Me habían dicho que le habían admitido en la CIA, y algunos comentaban que de siempre había sido uno de sus portavoces, pero yo no acababa de creérmelo. Le conocía de tiempo atrás y le había visto ganarse la vida en ese mundo turbio en el que la información secreta se compra y se vende como papel del estado y panceta de cerdo. Siempre había sido una especie de enigma; un hawaiano que había entrado a saco en Europa como pocos extranjeros. Su dominio del idioma alemán —gramática, pronunciación y modismos— enmascaraba aquel porte indiferente y relajado que gustaba de adoptar. Los extranjeros ya adultos que

dedican el tiempo y la energía necesarios para adquirir semejante dominio del alemán, tienen que ser muy voluntariosos, locos u holandeses.

—¿Ya vosotros qué más os da? —inquirí—. ¿Qué es Bret para vosotros?

—Se le aprecia —contestó.

—¿Lo dices por Brigette?

—Hablo de Washington —replicó.

—¿Tan importante es Bret para los de Langley? —dije como quien no quiere la cosa.

—No desbarres —replicó como un gato escaldado, dando un respingo—. Bret no es empleado de la CIA ni lo ha sido.

La afirmación tenía algo de formalismo anticuado, igual que su modo de decirlo.

—Todo el mundo me repite lo mismo —repliqué, y por «todo el mundo» entendía Posh Harry. No era la primera vez que se planteaba, ni mucho menos.

—Si todo el mundo te lo repite es porque es verdad —respondió con ostentosa paciencia...

—¿Washington?

—¿Quieres escucharme, Bernard? Bret no es, te lo repito: NO, un empleado de la Agencia. No sabemos qué es lo que Bret hace para vosotros. Ojalá lo supiésemos.

—¿Hicisteis que uno de los vuestros saltase la alambrada allí el mes pasado, Harry? ¿Qué queríais averiguar de Bret?

Harry me dirigió una mirada y luego dijo:

—Sí, oí que dispararon contra alguien: sí, un intruso que quedó mal herido.

—¿Un detective amigo de la Agencia que se coló para pasar el tiempo? En plan oficioso —dije para tirarle de la lengua—. ¿Era uno de los vuestros?

Pero era difícil que Harry admitiese aquello.

—No me estoy refiriendo a la Agencia, te estoy hablando del Capitolio. Bret tiene allí buenos amigos y su familia ha hecho muchos negocios en la ciudad. No van a consentir que a Bret se le calumnie.

—¿Bret calumniado? Harry, me gustaría saber de qué hablas —repliqué—. Yo ni sabía que Bret estaba vivo hasta que llegué aquí.

—No me líes, Bernie. Muerto o vivo, habéis estado hablando mal de Bret Rensselaer. No lo niegues.

De pronto sentí una punzada de pavor. Eran tres. Rodábamos muy cerca de tramos de la costa y del desierto. Con más audacia de la que sentía, dije:

—Deja el guantelete de acero, Harry; no es en modo alguno tu estilo.

Lo cierto era que, según viejos rumores, se decía que ése era precisamente su estilo.

—Me habían dicho que te estabas volviendo paranoico —dijo sonriendo.

—Eso le pasa a uno cuando unos tipos te narcotizan en la carretera y te entierran en un montón de estiércol.

—Ese Woosnam, por ejemplo —replicó él, sin hacer caso de mis palabras —. Ese tío no es más que un hombre de negocios judío.

—¿Quéee?

—Bret consultó la otra noche a la oficina y pidió una verificación urgente del pasajero que iba sentado a tu lado en el avión. No es nadie, Bernard. Un contratista de la construcción al que le ha ido bien en inmobiliarias. A eso me refiero cuando te digo lo de paranoide.

—¿Que Bret hizo averiguaciones sobre Woosnam? —repliqué.

—Claro. Bret llamó por teléfono, y, por lo que sé, estaba furioso. Quería saber si te habíamos puesto a alguien en el avión, pero yo sabía que no. Ni siquiera sabíamos que venías hasta que llegaste. Bret convenció a alguien para que le dieran prioridad absoluta y averiguasen los datos de ese Woosnam, y rápido. Exigieron a la compañía aérea que mirase el manifiesto, sacaron a gente de la cama y los tuvieron trabajando toda la noche. No te creas que les hizo gracia, te lo digo yo. Y más siendo fin de semana.

—¿Y Woosnam no trabaja para Central de Londres?

—¡Santo cielo! Ya veo que no me crees en absoluto: lo leo en tu cara.

—Qué más da —dije.

—Sí que da. A Bret le importa; a todos los que les caes bien les importa. No acabamos de entender qué es lo que te pasa, Bernard.

Emití un ruido para indicar que no quería hablar del maldito Woosnam. Posh Harry asintió prudentemente con la cabeza y se inclinó hacia adelante para pulsar un botón que cerraba la divisoria de cristal para que los de delante no pudieran oírnos. Aunque, si era el tipo de limusina de la CIA que yo pensaba, en la tapicería habría oculto el botón de un magnetófono para que Brigitte y sabe Dios quién pudiesen disponer de una transcripción de lo que se hablara. ¿O es que me estaba volviendo paranoico?

—Hablemos sin pelos en la lengua, Bernie, ¿de acuerdo? Vamos a dejarnos de tonterías.

—¿Qué tonterías, Harry?

Sin hacer caso de mi pregunta, miró afuera para comprobar cuánto faltaba para el aeropuerto de Los Ángeles y fue al grano.

—Mira, hay gente importante en Washington que se ha enterado de que andas por ahí tratando de colgarle a Bret no sé qué lío de Central de Londres... Bien, pues eso a Washington le fastidia. Hablan con los tuyos de Londres y les dicen que coño, ya está bien. ¿De qué se le acusa?, dicen. ¿Qué pruebas hay? Quieren saberlo, Bernard; porque no les gusta que a Bret le carguen el muerto sin que pueda justificarse como es debido.

Por un instante su argumentación dejó traslucir al auténtico Posh Harry: el hombrecillo feroz, bajo aquella máscara de Charlie Chan blandengue y sonriente.

—Si Bret piensa que... —comencé a decir.

—Un momento, Bernie —me interrumpió, esgrimiendo otra vez la sonrisa afable—. Te estoy explicando cómo lo ven en Washington. Quizá estén equivocados, pero así es como ellos lo entendieron cuando llamaron a Central de Londres y plantearon preguntas.

—¿Y qué dijeron en Londres? —inquirí con interés no fingido.

—Londres dijo lo que Washington esperaba que dijera. Dijeron que era cosa de Bernie Samson, una cruzada particular sin autorización oficial. Londres dijo que hablarían con Bernard Samson para bajarle un poco los humos.

—¿Y qué le pareció eso a Washington?

—Washington dijo que bien. Esos personajes de Washington comentaron que si era necesario echar una mano para apaciguar a ese británico inconformista, se encargarían encantados de enviar a alguien que le partiese el brazo por varios sitios, para convencerle de que era mejor que emplease su energía extralaboral en el vino, las mujeres y el canto.

—Por así decirlo —dije.

—Naturalmente, por así decirlo, Bernie —asintió sin sonreír, con rostro impenetrable y mirada fría. Luego, volvió la cabeza para mirar los anuncios de neón de los aparcamientos de los restaurantes, llenos de coches de gente que prolongaba el almuerzo hasta el ocaso, pasó la mano por el vapor condensado en el cristal de la ventanilla y pareció sorprenderle que una gota de agua discurriese hacia abajo—. Porque esos personajes de Washington no se creen lo que les dicen los tuyos —añadió hablando hacia la ventanilla—. No se creen que lo que sucede es que Londres tiene un indisciplinado que le gusta dedicarse a revolver los trapos sucios en su tiempo libre.

—¿No?

—No. Washington cree que se lo ordena alguien. Y se preguntan si tal vez esos cabrones de Londres están preparando el gran cambio que hace tanto

tiempo necesita su baraja de cartas marcadas.

—Cuéntame algo más de eso —dije—. Me gustaría enterarme.

Volvió la cabeza y me regaló una morosa sonrisa con prominencia dental.

—Piensan que sois muy listos quemando los cadáveres en el patio del vecino.

Ahora comenzaba a entenderlo.

—¿Central de Londres va a echar la culpa de desastres suyos a Bret?

—Sería una de las maneras de hacerlo —contestó Harry.

—Un poco enrevesado, ¿no?

Harry me dirigió una sonrisa sin despegar los labios y no contestó. Los dos sabíamos que no era enrevesado. Sabíamos que era exactamente el modo en que nuestros jefes liquidaban sus dificultades. Y, en cualquier caso, no me sentía con ánimos para insistir y convencerle de que Central de Londres era incapaz de una cosa así, porque eso habría sido conjurar sobre mi persona las iras del club de fans de Bret en Washington. Y yo siempre he sido contrario a la violencia, por así decirlo.

DOMINGO, hora del almuerzo; aeropuerto de Heathrow en Londres. Ni rastro de Gloria. No es una acogedora vuelta a casa. Un oficial de aduanas harto me exige abrir la caja de documentos oficiales que Bret me había confiado. Estuve a punto de entregársela, pero esperé a que el oficial de servicio en el Departamento Especial terminase su tardío desayuno de huevo frito y salchichas y bajase —con la corbata manchada de huevo— para explicar a todos los presentes que estaba autorizado a entrar en el Reino Unido sin abrir la caja y sin que las aduanas de su majestad registraran su contenido.

El inoportuno retraso me fastidió especialmente porque estaba seguro de que los papeles de la caja no eran de gran importancia ni ningún secreto, ya que mi encomienda era la excusa del Departamento para hacerme cruzar el charco y que el encantador Bret Rensselaer me pusiera nervioso, me acongojara y me tranquilizara. Aún no estaba del todo seguro de que mi encuentro con Posh Harry formase parte del plan de mi Departamento, pero seguramente no, porque no les gustaría lo que me había insinuado Posh Harry.

Y cuando llegué al número trece de Balaklava Road, la casa estaba a oscuras y vacía. Una nota apresuradamente escrita y pegada a la puerta del horno decía que la madre de Gloria estaba enferma y que había tenido que ir a verla. «Había tenido» estaba subrayado tres veces. Los niños habían ido al zoo con unos compañeros «encantadores» del colegio.

No era fácil para Gloria. Ella sabía que era lógico que yo analizase sus imponderables en relación con cualquier cosa que tuviera que ver con mis hijos. Sus padres no eran entusiastas precisamente de nuestro esquema doméstico, y yo era perfectamente consciente de que su madre sólo me llevaba tres años. ¡Y ellos también!

El almuerzo del domingo es un ritual sagrado para los ingleses de mi edad. Es un día en que se come en casa. Y, si por suerte no llueve, se puede

trabajar en el jardín; se cuida con amor el fuego de la chimenea, mientras se toma el aperitivo preferido, y si se deja uno llevar por un arrebatado de intelectualidad, se ojean los periódicos dominicales, con la tranquila certeza de que no traen ninguna noticia. A su debido tiempo, ante la ufana audiencia familiar, corta uno finas lonchas de un buen trozo de asado, acompañadas, si es el caso, de col, patatas asadas y *pudding* de Yorkshire; se reparte todo equitativamente entre la familia con arreglo a tu propio capricho y, finalmente, se hace lo mismo con un postre de horno, dulce e indigesto, que se acompaña con natillas y nata. Luego, se cabecea.

Por muy alemán que otros dijeran que era, e independientemente de mi inclinación por la comida extranjera, sistemas de calefacción extranjeros y coches extranjeros, en la cuestión del almuerzo del domingo, era decididamente inglés.

Por eso me fastidió la idea de tener que comerme solo el jamón con ensalada que me había dejado Gloria. Por consiguiente, tomé el coche y me fui a Alfonso's, un pequeño restaurante italiano en Wimbledon. Un establecimiento que, después de haber llevado a los niños a ver *Così fan tutte*, nosotros llamábamos Don Alfonso. El propio Alfonso era, naturalmente, español y aunque dispuesto a servir un menú italiano en Wimbledon, no estaba tan loco como para ofrecer ningún tipo de guisos ingleses. Y menos para el almuerzo del domingo.

Aquel domingo, Alfonso's estaba atestado de gente bullanguera, ignorante de que el almuerzo casero es una acendrada tradición inglesa. Había muchos niños y dos carritos cargados de postres aguardaban la embestida. El altavoz difundía una versión rayada del *Volare* en falsete con profuso acompañamiento de guitarras, que sonaba cada media hora, aproximadamente.

—Tome la aragosta fra Diavolo —me recomendó Alfonso, tras servirme un vaso de vino blanco y girar la botella para mostrar la impresionante etiqueta de «Soave»—. ¡Beba, beba!, señor Samson. Es por cuenta de la casa —sólo los clientes menos perspicaces habrían podido confundir a Alfonso con un italiano, pese a que hubiese vivido ocho años en Roma. Era un hombre que, curiosamente, unía a la desaprensiva actitud mercaderil del romano la grave melancolía de Iberia. Probé el vino sin levantar la vista de la carta—. Es langosta al vino con tomate. Deliciosa —añadió persuasivo.

—¿Es congelada? —inquirí.

Él no quitaba ojo de uno de los camareros más jóvenes que se esforzaba por despegar de la bandeja metálica una lasaña que en la maniobra casi se le

escapa de las manos. Don Alfonso, con encomiable dominio, se abstuvo de cruzar el salón para hacerlo él mismo.

Se volvió de nuevo hacia mí y su respuesta trascendía su preocupación.

—¿Usted cree que me meto yo en el estanque de Wimbledon a pescarlas?
Congelada, claro, congelada.

—No me gusta la langosta congelada —contesté—. Y tampoco me apetece nada con «Diavolo».

Prolongado suspiro.

—Pero ¿qué le sucede hoy? ¿Se ha levantado con mal pie?

—No me he levantado, porque no me he acostado. Me he pasado toda la noche en un puñetero avión.

Ahora los dos contemplábamos al camarero loco que efectuaba con un cucharón rebotante de pasta y salsa una peligrosa trayectoria sobre la mesa rumbo a un plato, que alcanzó por milagro sin salpicar a nadie. Alfonso lanzó un suspiro y dijo:

—Bueno, bueno, perdone que se lo haya preguntado. Tómese un poco más de soave. ¿Quiere que le diga al cocinero que le haga media langosta sin picante, sólo con un poco de mantequilla derretida?

—¿Y a qué sabe la langosta congelada sin picante? —inquirí.

—¡Dios mío, Dios mío! No está la señorita. Y eso es lo que pasa. ¿Siempre es así cuando está solo?

—No estoy solo; estoy con usted, que trata de venderme un almuerzo.

—Una cosa muy ligera —dijo. Siempre decía «una cosa muy ligera» aunque fuese a proponer cerdo con bolas de pasta. Lo sé porque muchas veces recomendaba cerdo con bolas de pasta y yo lo comía—. Pescado. Un estupendo salmonete al horno con aceitunas, y ensalada, y media de risotto de primero.

—De acuerdo.

—¿Y una jarra de este soave?

—¿Estás loco, Al? Todo el mundo sabe que los restaurantes italianos fabrican la bebida en un cobertizo del jardín. Soave, no digo que no, pero de una botella con su corcho.

—Es usted un cínico, señor Samson —comentó él.

—Y paranoico que estoy —añadí—. Todo el mundo lo dice.

Comí solo, mirando a los otros comensales emborracharse en medio del vocerío. El Mini abollado llegó cuando estaba ya en el café. Inmediatamente encontró sitio para aparcar y lo hizo con estilo y mínimo esfuerzo, a pesar de que una rueda quedó montada en la acera.

Gloria entró en el restaurante con el dinámico alborozo de una *vedette*, sin saludar con la mano ni decir palabra, consiguió que todos se fijaran en ella. Ni borracho, habría sido yo capaz de hacerlo; quizá fuese eso lo que encontraba tan atractivo en ella: era todo lo que yo no podía ser. Un fuerte beso y un abrazo.

—Vengo muerta de hambre, cariño —dijo—. ¿Qué tal en California? —otro beso—. ¿Te has bañado? —Alfonso recogió su abrigo y le ofreció asiento—. ¿Llego a tiempo para comer, Alfonso, encanto?

—¿Cómo voy a dejar marchar hambrienta a una señora tan guapa? —dijo, entregando el abrigo a un camarero y cogiendo el servicio de otra mesa y colocándolo ante ella con sorprendente celeridad.

Con una simple ojeada a la carta, Gloria dijo:

—¿Puedo tomar ese delicioso hígado de ternera encebollado a la salvia, y de primero, champiñones en escabeche?

Así era ella; capaz de adoptar rápidamente una decisión en casi todo. Muchas veces me preguntaba si no tendría las cosas preparadas de antemano. ¿O era que sencillamente no le preocupaban mucho las consecuencias de aquellas decisiones tan poco pensadas?

—Perfecto —respondió Al, como si fuese la primera vez que alguien pedía aquello—. ¡Totalmente perfecto! —añadió como si se lo hubiera pensado mejor, sirviéndole un vaso de vino y alzando la botella a contraluz, como temiendo que quedase poco.

—¿Cómo está tu madre? —inquirí, tratando de mitigar aquella animación.

—No es grave.

—¿Pero qué tiene?

—La pobre mamá hace su numerito dramático húngaro. Dice que papá se está cansando de ella.

—¿Y es cierto?

—Supongo que sí. ¡Dios, yo qué sé! Llevan casados veinticinco años, así que no sería de extrañar que él se sintiese algo preso. En la consulta he visto a veces unas pacientes estupendas. Y todas le adoran.

—¿Preso por el matrimonio?

—Suele suceder y ellos no tienen mucho en común.

Me sorprendía verla tan resignada.

—Pero los dos son exiliados; dos húngaros que vinieron juntos aquí y organizaron su vida...

—Y ahora ya hablan estupendamente inglés y mis hermanas están en la universidad y yo me he marchado de casa. No hay gran cosa que los

mantenga unidos.

—Y a mí me llaman cínico...

—No soy cínica; es la realidad.

—¿Le has dicho eso a tu madre?

—Se lo he enmascarado un poco.

—Ojalá se lo hayas enmascarado bastante, porque debe de encontrarse muy deprimida. Y a lo mejor tu padre no corteja a ninguna otra. O quién sabe si ni siquiera se siente preso.

Dio otro sorbo de vino, me miró a los ojos y sonrió morosamente.

—Eres un verdadero romántico, Bernard. Un romántico anticuado. Tal vez por eso me he enamorado así de ti.

Volvió a sonreír. Se había hecho un peinado nuevo, con un flequillo que le rozaba las cejas. Estaba preciosa.

—Ese peinado te sienta muy bien —dije.

—¿De verdad te gusta? —dijo ella llevándose la mano al pelo.

—Sí.

No podía soportar la perspectiva de estar separado de ella; me resultaba penoso que tuviera que irse a Cambridge. Me lanzó un beso, frunciendo la boca.

—Te quiero, Gloria —dije involuntariamente.

Sonrió, jugueteando con los cubiertos. Parecía un poco nerviosa y me dije si no estaría más preocupada por su madre de lo que dejaba ver.

—He visto a Bret Rensselaer —dije—. Todos le creían muerto, pero está convaleciente.

—¿Qué has visto a Bret Rensselaer?

A ella no le sorprendía la noticia tanto como me había sucedido a mí, pero es que Bret había desaparecido hacía mucho.

—Tenía un humor de perros. Supongo que una enfermedad crónica deprime mucho.

—Pero ¿se está recuperando?

—Por lo visto, ha encontrado una vieja rica, que dice que fueron novios de pequeños.

—Qué bonito —comentó Gloria.

—Tiene una finca preciosa en Ventura County. No sé para qué quiere ponerse bien.

—Qué feo eso que dices, cariño —replicó ella—. Lo has echado todo a perder; eso sí que no tiene nada de romántico —le trajeron los champiñones y

comenzó a comerlos—. ¿Sabes que escogiste el día más oportuno para desaparecer, como de costumbre?

—¿Por qué?

—El viernes por la mañana, primero, se presentó tu amigo Werner Volkmann, ceñudo y echando chispas. Por lo que he creído entender, acusa a Frank Harrington de enviar a su mujer a una misión suicida a Frankfurt del Oder. ¡Estaba furioso! Yo desaparecí.

—¿Qué pasó?

Ella siguió comiendo y luego dijo:

—Después de mucho ir y venir y de que Dicky alegase que le dolía la cabeza y tenía que ir al médico, decidieron que hablase con el delegado.

—¿Con el delegado?

—Es que él quería ver nada menos que al director general. Dicky le dijo que éste no venía, que estaba enfermo, pero el señor Volkmann no se lo tragaba. Era evidente que la confrontación con Dicky sólo habría empeorado las cosas, y el delegado se ofreció a resolver el asunto.

—Bien por el delegado —comenté.

—Sir Percy es un buen tipo. Tiene redaños y está dispuesto a adoptar decisiones.

—Y hay pocos en Central de Londres que cumplan esos requisitos.

—La entrevista con el delegado sirvió para calmarle, pero fue cuando creyó que querían quitárselo de encima cuando se indignó.

—Y Werner indignado es un espectáculo nada halagüeño.

—Yo me quedé estupefacta. Y Dicky también. Yo creo que es por esa maldita barba. A Dicky le dio miedo y se atrincheró en el despacho de Morgan con la puerta cerrada, sin darse cuenta de que yo estaba dentro. A Morgan le dijo que todos esos agentes de campo son unos gamberros, y cuando se dio cuenta de que yo lo había oído, sonrió como si lo hubiese dicho en broma.

—¿Y qué le dijo el delegado a Werner?

—No lo sabemos. Hablaron a solas; estuvieron cerca de una hora. No sé si eso quiere decir que se entendieron, o que estuvieron tirándose de los pelos, pero Volkmann salió sonriente y supongo que el delegado supo torearle.

—Me alegro de no haber estado —dije.

—¿Tú sabías que iba a organizar jaleo?

—Puede que me lo dijese.

—Qué mala leche tienes.

—¿Y qué iba a hacer?

—Podías haberle disuadido la otra noche, y le has dejado que fuese a la oficina a organizar un follón. Supongo que eso te divierte —dijo ella sin acritud.

En cierto aspecto, yo sospechaba que el concepto que tenía de mí como elemento perturbador era algo que la atraía.

—Quizá habría podido, quizá no. Pero no es tan sencillo como parece. Este asunto forma parte del contencioso que Werner tiene con Frank Harrington. Werner siempre ha detestado a Frank y yo no estoy dispuesto a entrometerme en las disputas de ellos dos, porque acabaría quedándome sin dos buenos amigos y no tengo tantos como para arriesgarme a perder un par de los mejores para suavizarles las cosas a Dicky y a Morgan y todos los de la oficina.

—Tuviste suerte de no estar presente. Y luego, ayer, hizo una visita tu amiga Lucinda.

—¿Cindy Prettyman?

—Ahora se presenta como Lucinda Matthews; hizo mucho hincapié en ello.

—¿Fue a la oficina?

—No, era sábado y apareció por casa. Yo estaba ocupándome del coche y tenía abierta la puerta del garaje, por lo de la bisagra rota. Así que me abordó de sopetón. Eché maldiciones para mis adentros, porque pretendía lavar la ropa de los niños y que la señora Palmer me ayudase a planchar.

—¿Y qué quería?

—Lo de siempre. El «asesinato» de su marido, el fondo de reptiles del KGB y todo ese complot. Ya sabes.

—¿Te dijo ella todo eso?

—Creí que no iba a parar. Para cortar, le dije que te verías con ella un día esta semana. Ella dice que en la oficina no porque os pueden ver juntos. Si quieres que te diga la verdad, cariño, está loca de atar.

—¿Ha sucedido alguna otra cosa?

—Me pidió que te dijese que tiene una nueva pista en lo del dinero. Y quiere una caja de papeles que te entregó. Dice que cree que encierran una clave.

—No creo que saque mucho de eso —dije—. A menos que de pronto le haya dado por la arqueología —añadí con un profundo suspiro inintencionado, pero es que no me apetecía volver a ver a Cindy.

—Me dijo que te interesaría. Que se había enterado de una transferencia de dinero. Están muertos de miedo, dice, porque deben de haberse dado

cuenta de que alguien está sobre la pista. Bueno, cosas así. Está chiflada.

—Cindy ha trabajado mucho.

Gloria no estaba muy dispuesta a aprobar aquel elogio de Cindy.

—No sabe de lo que habla —replicó—. En este momento está saliendo mucho dinero negro de los bancos alemanes y de empresas, pero es porque el gobierno de Bonn va a promulgar nuevas leyes. Han recibido instrucciones de la CEE para que los balances de las corporaciones se homologuen con los de los otros países miembros. Hasta ahora, la banca privada alemana y las empresas privadas no tenían obligación de declarar los beneficios, pero el año que viene no será tan fácil blanquear dinero a través de un banco o una corporación. No cabe duda de que Pagaduría Central se está preparando para la nueva situación.

—Yo creía que los bancos alemanes rendían cuentas a Hacienda. No sabía que en ellos hubiese dinero negro.

—Sólo tienen que informar del dinero de sus clientes, cariño —respondió Gloria moviendo la cabeza—. Su propio dinero, pero de todo lo demás guardan el secreto. Ya sabes cómo son todos esos puñeteros bancos de High Street, ¿no?, pues los bancos alemanes son mil veces peor.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Por mis clases de económicas. Los mercados financieros de Alemania occidental son mi tema favorito.

—¿Le explicaste todo eso a Cindy?

—Ella se cree que yo soy tu rubia tonta. No iba a avenirse a discutir conmigo.

En aquel momento llegó el hígado a la plancha; tenía buen aspecto. Le robé un trozo de patata y la dejé comer tranquila.

—Supongo que, pensándolo bien, tendré que hablar con Cindy. Por deuda con Jim.

—Dice que la llames a casa para quedar el fin de semana —contestó Gloria dejando el hígado y poniendo en la mesa tenedor y cuchillo—. Bernard, de verdad que creo que está desequilibrada —añadió ahora con tono de voz distinto, grave y preocupado—. Aparcó el coche lejísimos, delante de Inkerman Villas, yo le dije que aquello era un aparcamiento privado y que se lo podía llevar la grúa, pero ella ni me hizo caso. No hacía más que mirar por la ventana como si alguien la hubiera seguido. Cuando le pregunté qué hacía, me contestó que contemplaba la vista. Tiene un brillo en los ojos como de loca. Da miedo.

—Tengo que telefonarla —dije, mientras buscaba mentalmente excusas para no hacerlo—, pero me gustaría que me dejase al margen de esto. Ya he incomodado de sobra a Bret y no sé para qué. Suficiente trabajo y enemigos tengo para buscarme más.

—Pero dijiste que querías llegar al fondo del asunto —dijo Gloria.

—Pero no tengo tiempo. Se trata de uno de esos secretos del Departamento, y si están tan decididos a que sea un misterio, pues que lo sea. Todo lo que averiguo me desconcierta; ya estoy hartado.

—¿Te desconcierto yo, pobre cariño mío? —inquirió ella alargando la mano para acariciar la mía.

—Tú sobre todo.

—¿Crees que Alfonso me daría una bolsa para poder llevarme el resto del hígado para Muffin? —inquirió sin esperar la respuesta—. Tu amiga Cindy no va soltar prenda tan fácilmente —añadió sin solución de continuidad.

—Tiene más tiempo libre que yo y le gustan estas «causas». Cindy siempre ha sido un poco así: protección de animales, sacerdocio femenino o los escapes de motores diesel que matan los árboles. Por encima de todo necesita tener una causa.

—Yo creo que es anormal —dijo Gloria con esa voz neutra natural, indicativa de que a ella le era igual.

Daba por concluido el tema. Ella podía hacerlo. Era un don que yo habría dado cualquier cosa por tener. De pronto alzó un brazo y gritó:

—¡Alfonso!, ¿puedo tomar un café?

—Que sean dos —dije yo, pero él no hizo signo de haberme oído.

—Perdona, se me ha olvidado que no te gusta que cuando voy contigo pida yo las cosas —dijo Gloria.

—¿Qué estás... envolviendo el hígado en tu pañuelo? ¡Buah!

—A Muffin le encanta el hígado —respondió ella guardando el paquetito en el bolso en el momento en que llegaba el café.

—No debería tomar café —dije yo—. Tengo que acostarme.

—Los niños no volverán hasta después de cenar. Quizá yo también me acueste —dijo ella como el que no quiere la cosa.

—¡Te llevo corriendo a casa!

EN la oficina me esperaba mucho trabajo pendiente. Encima del montón de papeles, con bandera y cintas, estaba una demanda del Ministerio de Defensa pidiendo detalles a propósito del Semtex, un explosivo checoslovaco que se exportaba a través de la RDA, y que comenzaba a emplearse en la fabricación casera de «granadas de bote», que causaban bajas en Irlanda del Norte. Incluía algunas preguntas confidenciales a propósito de la Feria de Comercio de Leipzig y unos anexos del ministro —marcados como prioritarios— que había que tener listos para el debate parlamentario.

Era una de las leyes naturales de la vida del Departamento que la clase de expedientes que Dicky elegía para retenerlos en su escritorio, mientras se preocupaba por su futuro y dudaba respecto a las acciones expeditivas a emprender, fuesen siempre los que, en definitiva —cuando me los echaba en la mesa—, requerían respuesta más urgente por mi parte. Y no facilitaban mi trabajo las crípticas reflexiones e instrucciones de que Dicky me hacía partícipe cada vez que dejaba en mi bandeja un expediente.

«Mantenlo caliente hasta que nos enteremos de quién va a estar en el comité», solía decirme, o: «Dile a ese cabrón que se lo meta donde le quepa, pero no lo sulfures», «Esto puede funcionar si encuentran la gente adecuada, pero asegúrate de que no te rebota»; así como su reacción habitual: «Entérate de lo que verdaderamente quieren y quizá podamos complacerlos a medias». Éstas eran la clase de enigmáticas encomiendas que trataba de cumplir el martes, mientras Dicky estaba donde solía estar cuando había trabajo. Y a él le gustaba que todo estuviese acabado al final del día.

Cuando por mi despachito apareció un elegante Frank Harrington para invitarme a un almuerzo rápido, ya tenía los ojos vidriosos.

—Te vas a matar si intentas acabar eso antes de marcharte a casa —comentó, pasando la punta del dedo índice por la tapa de un expediente en el que algún desgraciado había analizado, prolijamente, los diversos tipos de comercios de Europa oriental en los que se aceptaba la moneda occidental.

Había tablas y cálculos, comentarios y hojas de balances, desde Pewex en Polonia hasta Korekom en Bulgaria, pasando por Tuwex en Checoslovaquia, comparándolas punto por punto con las Intershops de Alemania oriental.

Sin cogerlo de la mesa, Frank ojeó minuciosamente el expediente, con cuidado de no ensuciarse las manos.

—¿Querrás creer que esto lo ví en la bandeja del viejo el día que me dieron el destino de Berlín?

—Claro que me lo creo —dije.

—Durante estos años ha engordado, claro —añadió Frank, quien probablemente esperaba que le felicitase por su excelente memoria. Colgó su elegante paraguas en el borde del escritorio y consultó el reloj de oro de bolsillo, como para corroborar que era hora de almorzar—. Deja eso, Bernard. Te invito a tarta de cerdo y a una jarra de Guinness.

La ilusión de que los ingleses almuerzan a diario en un *pub*, es un concepto mimado por los residentes en el extranjero, y sonreí. Frank tenía muy buen aspecto; venía de arriba de hablar con el delegado y vestía un traje de estambre gris con chaleco y cadena de oro, una camisa de rayas anchas de Jermyn Street y una corbata Eton nueva, indumento del que por lo visto tenía reservas inagotables.

Yo llevaba una corbata lisa de fibra y un reloj japonés de plástico. Estaba cansado y en mis oídos retumbaba la voz de Dicky. Me había estado dictando a máquina y después había tomado notas de una larga disquisición que me había encomendado para «darle forma». Me iba a costar mucho, porque Dicky era incapaz de presentar una argumentación ordenada y los párrafos en que era coherente y lógico estaban llenos de «datos» inexactos. Dejé el trabajo a un lado y dije:

—¿Y si lo dejamos para la semana que viene, Frank? El miércoles estaré en Berlín.

—Un almuerzo rápido, Bernard —insistió él.

Alcé la vista y le ví junto a la puerta con una sonrisa forzada. Hasta ese momento no me percaté de la importancia que él daba a pequeñeces así.

Por supuesto que sabía que Frank siempre me había considerado una especie de hijo adoptivo. Varios me lo habían dicho, sobre todo en ocasiones en que yo me había mostrado particularmente grosero con él o le había complicado la vida. Incluso una vez el propio Frank había mencionado una especie de difusa responsabilidad hacia mi persona en deferencia a mi padre. Pero él se lo tomaba en serio y más de una vez había arriesgado su carrera por ayudarme, y, a decir verdad, eso me hacía sentirme moleestamente obligado

hacia él. Las relaciones padre-hijo suelen ser espinosas, y, fiel a mi papel, yo había recibido mucho más de lo que había dado, y confieso que no me gustaba estar obligado a nadie, aunque fuese Frank.

—Tienes razón, Frank. ¡Al diablo con ello! —dije, quitando el casete de la máquina y guardándolo en el cajón del escritorio. Quizá habría debido enviársela al KGB para crear mayor confusión entre nuestros rivales. Frank me pasó el abrigo.

Frank disponía siempre de coche con chófer en sus visitas a Londres; era uno de los envidiables privilegios de su cargo en Berlín. Fuimos a un «barcito de la City», pero como era idea de Frank Harrington, el bar no estaba en la City, sino Támesis abajo en ese municipio de Londres que no sé por qué se llama «the Borough⁶¹». En una calle de casas victorianas destartadas en Old Kent Road, la entrada del establecimiento era una puerta dotada de una brillante placa de latón, como las que hay en los despachos de abogados y dentistas. Un largo pasillo subterráneo desembocaba en una sombría bodega de gruesas columnas y bóveda baja. El ladrillo estaba pintado de brillante verde botella y había unas pizarras en las que figuraban, escrito con tiza, tentadoras reservas, ofrecidas aquel día en cotización por vasos. Un mostrador ocupaba casi toda una pared del «cuarto» más grande y en las zonas adyacentes había mesas iluminadas por focos, en las que ruidosos hombres de negocios degustaban claretos y oportos y picaban selectas tapas frías, adoptando una actitud de magnates reticentes a la televisión mientras cerraban tratos multimillonarios.

—¿Te gusta? —inquirió Frank, ufano.

—Precioso, Frank.

—Un lugar muy agradable, ¿a que sí? Y aquí no hay peligro de encontrarnos con nadie de los nuestros, por eso me gusta.

Entendiéndose por «los nuestros» importantes burócratas de Whitehall. Y tenía razón.

Un hombre mayor, ataviado como un bodeguero a la antigua —camisa blanca, corbata de lazo y delantal largo—, nos señaló en el mostrador unos sitios ya dispuestos. Era evidente que Frank era conocido y bien recibido, cosa que comprendí al ver lo que pagó por una botella de Chateau Palmer 1966. Pero la prolongada consulta de la carta de vinos y la ostentosa elección, formaban parte del papel paternal que él se sentía obligado a asumir.

La botella fue sometida al descorche con el ceremonial de rigor, el vino fue servido y suavemente agitado antes de probarlo. Frank frunció los labios, enseñó los dientes, lo calificó de «bebible» y nos echamos a reír.

Otro de los aspectos inmutables del carácter de Frank era que, junto con el extraordinario vino, comía, sin comentarios peyorativos, amarillento queso Stilton, un trozo disecado de tarta de cerdo y pan blanco húmedo.

Yo notaba que quería decirme algo, pero seguí contándole banalidades de la oficina para que se lo fuese pensando. Cuando hubo dado cuenta del segmento de tarta de cerdo —bien adobados los bocados con una buena porción de feroz mostaza inglesa— se sirvió otros dos vasos de vino y dijo:

—Esa puñetera Zena... La mataría.

Lo había dicho despacio, pero con sentimiento.

Le miré con interés. Anteriormente, Frank siempre había sido benevolente con Zena. «Encaprichado» es la palabra.

—¿Se encuentra bien? —pregunté con naturalidad entre dos bocados de tarta de cerdo—. Lo último que he sabido de ella es que estaba en Frankfurt del Oder, y que a Werner le preocupaba.

Me miró como tratando de imaginarse hasta qué punto yo sabía la historia.

—Se dedicaba a ir y venir en el exprés Berlín-Varsovia.

—El «tren del paraíso». ¿Para qué? —inquirí, sabiendo de antemano la respuesta.

—Mercado negro. Tú has ido en ese tren y lo sabes.

Sí, yo había viajado en aquel tren y lo sabía. En cierta ocasión, una vez pasada la frontera polaca, el expreso se convertía en un bazar oriental. Los del mercado negro —y en los sutiles matices de la vida social del Bloque Este, también los del mercado marrón y los del mercado gris— iban de compartimento en compartimento comprando y vendiendo de todo, desde *whisky* escocés hasta herramientas eléctricas Black & Decker. Recuerdo el fuerte vocerío en polaco y manos con fajos de dólares, maletas repletas a estallar de discos de música pop y cartones de Marlboro. En el «tren del paraíso» había buenas ocasiones de comprar objetos raros y manuscritos.

—¿Y qué hacía ella en ese tren? —inquirí.

—La cogieron a la vuelta... en el andén de Friedrichstrasse. Debió de ser un chivatazo.

—¿Y dónde está ahora?

—La soltaron.

—¿Y qué es lo que llevaba?

—Grabados antiguos, un icono y una Biblia. Se lo incautaron todo y la soltaron.

—Ha tenido suerte —dije.

—Les dijo que aceptaba gustosa un recibo de un solo artículo y que se repartiesen el resto.

—Pues insisto en que ha tenido suerte, porque según a quien se haga esa propuesta se puede acabar con diez años de cárcel por intento de soborno.

—Ella es buena psicóloga con los hombres, Bernard —replicó Frank mirándome.

Aquello era irrefutable. Di un sorbo al delicioso Chateau Palmer y asentí con la cabeza. Ahora el vino comenzaba a trascender una magnífica mezcla de aromas medio olvidados.

—Esa burra —prosiguió Frank con cierto tono de afecto, amainado ya el enfado que el recuerdo de Zena había despertado en él. Sonrió—. ¿Qué te parece un *pudding*, Bernard? Creo que aquí hacen uno estupendo de manzana.

—No, Frank, gracias. Un café.

—Ha venido Werner a Londres, y el viernes estuvo en la oficina organizando una de órdago —continuó él—. Yo estaba en Berlín, naturalmente. Cuando me llamó el delegado, ya sabía que Zena estaba bien en su casa, y pude decirle que no pasaba nada. He salido bien librado.

—Yo no estaba en Londres —dije—. Me enviaron a California.

—Voy a pedir un picantito, «Ángeles a caballo», que aquí lo hacen bastante bien. ¿De verdad que no quieres nada? —negué no con la cabeza y él llamó al camarero y lo pidió—. Hay que admitir que sir Percy está haciendo un trabajo fantástico —añadió.

Pero yo no pensaba dejarle desviar la conversación hacia las facultades o carencias del delegado.

—¿Sabías que Bret está vivo? Le he visto en California.

—¿Bret? —repitió mirándome a los ojos—. Sí, me lo dijo el viejo... hace un par de días.

—¿Te sorprendió?

—Me fastidió de lo lindo —contestó él—. En realidad el viejo me había oído decir que Bret había muerto y nunca me contradijo ni me confió la verdad a ese respecto.

—¿Por qué?

—Dios sabe. El viejo a veces es pueril. Se limitó a reírse y a decir que Bret merecía un poco de tranquilidad. Y, sin embargo, fue él quien me dijo que Bret había muerto. Fue durante una cena en el Kempy, y había más gente, pero no de los nuestros. Por eso no insistí en el tema. Quizá habría debido hacerlo.

—¿Y por qué dijo que Bret había muerto? ¿Qué historia es ésa?

—Tú le has visto; yo no. ¿Él, qué te dijo?

—Yo no le pregunté por qué no estaba muerto —contesté con cara de palo.

Frank optó por tomarlo por un subterfugio inocente.

—Bret estuvo a las puertas de la muerte —dijo—. ¿Qué diferencia hay? Quizá fuese por motivos de seguridad por lo que se dijo que había muerto.

—¿Pero tú no sabes por qué motivo concreto?

—No, no lo sé, Bernard —replicó dando otro sorbo de vino y observando el color con profundo interés.

—Posh Harry me abordó allá —dije, y Frank levantó una ceja—. Quería decirme que, independientemente de lo que haga Bret, Washington lo aprueba.

—Cuando él lo dice... Se ha buscado un trabajo envidiable. Le tienen de mensajero, pero gana más que un ministro.

—Igual que el mío —repliqué—. Sueldo aparte.

—¿Y por qué te abordó Posh Harry?

—Dijo que yo hacía muchas preguntas.

—Será un error. Tú no eres así —comentó Frank con su enrevesado sentido del humor—. ¿Preguntas respecto a Bret?

—Algo en lo que estuvo implicada Fiona. Una especie de agujero negro financiero. Mucho dinero, y Prettyman tenía firma... seguramente como enlace de Pagaduría Central.

—No seguirás yendo por ahí diciendo que a Prettyman lo asesinaron, ¿verdad? He echado un vistazo a la tasa de criminalidad de Washington, es horrorosa, y sé que el Delegado ha encargado al FBI una investigación de esa muerte. No hay nada que avale la tesis de que no haya sido sino la clase de homicidio casual que allí cometen los atracadores. Una historia lamentable, pero no hay nada que justifique otro tipo de investigación.

—Fue una suerte que me enterase de más datos sobre Fiona.

—Yo pensaba que ya sabíamos todo lo que había que saberse sobre ella.

—Sus motivaciones, sus cómplices, etcétera.

—Supongo que el Departamento siguió todas las pistas, Bernard. Meses después aún estaban husmeando en torno a todos los que la conocían hasta sólo de nombre.

—¿A ti también?

—Nadie está exento de sospecha en ese tipo de investigación, Bernard. Pensaba que tú lo sabrías mejor que nadie. El director general tuvo al ministro

encima semanas enteras. Yo creo que este asunto fue lo que le hizo caer enfermo.

—¿Está enfermo de verdad el director general? —repliqué—. ¿O es sólo una treta para que se jubile antes o se encargue de otra cosa?

Frank y el viejo habían hecho la guerra juntos y eran buenos amigos.

—Sir Henry no va mucho por la oficina, ¿verdad? Seguramente le dejarán que trabaje cuando expire el contrato para mejorar la pensión, pero no creo que vuelva a tomar las riendas.

—¿Le sustituirá sir Percy?

—Eso aún no se sabe. Dicen que la primera ministra tiene mucho interés en nombrar a otro... que pondría en la poltrona a uno de esos famosos abogados jóvenes para paliar la presión de la comisión parlamentaria en sus dictámenes de todo lo que hacemos.

Los «Ángeles a caballo» de Frank llegaron: una par de ostras envueltas en bacon frito y colocadas sobre un triángulo de tostada caliente. A Frank le gustaban esas cosas. En las cenas que daba seguía impertérrito la tradición victoriana de servir esas golosinas saladas después del postre. «Limpia el paladar para el oportu», me había dicho más de una vez. Ahora lo degustaba con una fruición que no había mostrado, salvo en el caso del vino, y no volvió a decir palabra hasta que lo terminó y retiraron el plato.

Luego, se limpió los labios con la enorme servilleta de lino y dijo:

—Estás disgustado, ¿verdad, Bernard?

—¿Disgustado?

—Estás enojado. No digas que no.

—¿Y por qué iba a estarlo? —dije.

—No soy tan tonto —insistió él—. Te estás acordando de que hace poco te dije que sir Henry no había venido en muchos años a Berlín. Y ahora te acabo de decir que estuvo presidiendo una cena en el Kempí y te zumban los oídos, ¿verdad, Bernard?

—No tiene importancia —respondí.

—Exacto. La regla de «necesitar saber»; los secretos sólo se cuentan a los que necesitan saberlos, y no a los que solamente quieren enterarse —añadió él cogiendo la botella para servir más vino, pero ya lo había hecho el camarero y estaba vacía—. ¡Soldado muerto! —exclamó manteniéndola en el aire—. Y los muertos no hablan, ¿eh? Bien, ¿qué me dices de una copita de Madeira?

—Por mí, ya basta, Frank. No quiero quedarme dormido en el escritorio.

—Tienes razón. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, lo de necesitar saber.

—Me estabas diciendo que no meta las narices en asuntos que no me conciernen.

—En absoluto. No hacía más que explicarte la política del Departamento. Me he enterado de que estabas en una de esas cruzadas tuyas. Yo sólo intento convencerte de que no se trata de nada personal. Las actividades extralaborales de ese tipo por parte de los empleados preocupan a Seguridad Interna.

—Gracias.

—¿No seguirás tratando de encontrar un topo? —añadió sonriendo.

Frank tenía fe inquebrantable en sus superiores, a condición de que hubiesen ido a las universidades adecuadas o tuvieran un buen expediente militar, y para él tales sospechas eran absolutamente grotescas.

—No, Frank, no busco nada.

—Yo estoy de tu lado, Bernard.

—Lo sé, Frank.

—Pero tienes enemigos, o quizá sea más exacto decir rivales, y no quiero que les des pretexto para que te aporreen.

—Claro.

—Tienes ahora... —hizo una pausa brevísima— cuarenta y cuatro has cumplido.

Así que Frank hasta se sabía mi cumpleaños. Emití un gruñido afirmativo.

—Con esos dos hijos tan encantadores, deberías pensar más en tu futuro y no buscar el modo de enojar a los de arriba —otra pausa para que yo tomase nota—. Es consejo de sabios, Bernard —añadió dejando la servilleta en la mesa y levantándose para indicarme que había concluido su sermón.

—De acuerdo, Frank —dije yo—. A partir de ahora y definitivamente, estricta observancia del principio «necesitar saber».

—Eso es ser razonable —dijo él—. Piensa en los niños, Bernard. Sólo te tienen a ti, ahora que Fiona no está.

—Ya lo sé, Frank.

No le había prometido a Frank Harrington nada que ya no me hubiese prometido a mí mismo. Era como si todos en Occidente estuviesen dispuestos a decirme que Bret Rensselaer tenía las manos limpias y era perfecto. Habría sido una tontería, a la luz de tantas advertencias, seguir husmeando y fisgando en la misión que había realizado antes de que Fiona se pasase a los otros.

Aquella tarde volví al trabajo con renovada energía. El jueves, mi escritorio —pese a un segundo trasvase de la bandeja de salida de Dicky— estaba prácticamente despejado. Para celebrar mi reciente descarga de tareas detectivescas extralaborales llevé a Gloria y a los niños a pasar el fin de semana en el campo. Para la niñera nueva era la primera salida al campo, pues llevaba en casa sólo seis días. Salimos el sábado a primera hora y en una finca cerca de Bath fuimos a ver un *rally* con una serie de máquinas de vapor antiguas: segadoras, cochecitos, tractores y apisonadoras, todos en perfecto estado de funcionamiento. Los niños disfrutaron de lo lindo y Gloria parecía aún más joven y bonita. Pese a la continua presencia de los niños, no dejó de decir la suerte que tenía de haberme conocido. Creo que fue la primera vez que los cuatro notamos que formábamos una familia, una familia feliz. Hasta Sally, con sus doce años, que hasta ahora había mantenido cierta reserva para con Gloria, estuvo abrazándola de una manera que yo ya había casi dado por imposible. Billy —tan prosaico y reservado en general— se fue a dar una vuelta con ella, le contó su vida y le dio algunos consejos e indicaciones para mejor sobrellevar el carácter «picajoso» de la niñera, que por lo visto se dispara a menudo. Yo no me siento muy optimista respecto a esta chica. Después de todo, Doris no estaba tan mal.

El sábado por la tarde descubrimos Everton, un pueblecito precioso. Cenamos en el hotel y como era tarde para emprender el largo viaje de regreso a Londres, cedimos al impulso de pasar allí la noche. Gloria, con femenina previsión, se había llevado en una bolsa en el maletero las cosas necesarias, sin olvidar los pijamas y la pasta de dientes de los niños, e incluso las tiras elásticas que tiene que ponerse Billy en el aparato dental. No olvidaré en mi vida aquel fin de semana. No se habló para nada de los proyectos universitarios de Gloria, y el domingo por la mañana fuimos a dar un paseo por el campo sin ver un alma viviente. Seguimos el curso de un arroyo lleno de peces y acabamos en una tabernita que había en la orilla, con las paredes cubiertas de fotos, programas de teatro, carteles y otros recuerdos de Maria Callas. Nos tomamos una botella de Pol Roger; Billy se llenó de barro y Sally cogió flores. Gloria me dijo que podríamos vivir siempre así y yo hasta me lo creí.

Los niños crecen tan de prisa que me costaba reconocer en el individuo larguirucho que caminaba a mi lado al Billy que era apenas unos meses antes. «Las chicas no comprenden lo de mudarse», me dijo como prosiguiendo una conversación ya iniciada, cuando, en realidad, habíamos estado considerando seriamente la posibilidad de aventurarnos a vadear un arroyo.

—¿Te refieres a Sally?

—Sí, es que ella tenía unos amigos muy especiales en Marylebone.

—¿Más especiales que los tuyos? —repliqué.

—Ahora ya se ha acostumbrado y le gusta la nueva casa. Las chicas sólo quieren hablar de trapos —añadió—, así que lo mismo da dónde vivan.

—¿Y tú cómo te adaptas?

—Voy a hacerme socio del club de coches antiguos.

—¿Pero tienes la edad? —inquirí, ocultando mi sorpresa—. ¿No debes tener coche?

—Seguramente me dejarán que eche una mano... arreglando motores e inflando ruedas. Me gusta la casa nueva, papá —añadió mirándome—. Y a Sally también; así que no te preocupes.

—Yo primero —dije cogiéndole del brazo y cruzándole a pulso el arroyo. Pesaba; pesaba mucho. Ya no volvería a llevarle a hombros.

Ahora le tocaba a Billy darme la mano. Cuando superé la escarpada y fangosa orilla, me dijo:

—El otro día ví al abuelo.

—¿Al abuelo?

—Tiene un coche nuevo; un Bentley turbo, azul oscuro. Pasó por el colegio.

—¿Hablaste con él?

—Nos trajo a casa.

—Creí que había ido la chacha.

—También subió.

—Debería haberte llevado a verle —dije.

—Nos dijo que podíamos ir de vacaciones con él. Piensa ir a Turquía. En coche: todo el viaje en coche.

—¿El abuelo? No te lo estarás inventado, Billy...

—¿Podemos ir, papá? En el Bentley...

—¿Se lo habéis dicho a tita Gloria?

Billy se mostró contrito; se miró los zapatos llenos de barro y contestó en voz baja:

—Me dijo que no te lo contara. Dice que te preocuparías.

—No, Billy, no pasa nada. Ya veremos. Quizá hable con el abuelo.

—Gracias, papá. ¡Gracias, gracias! —exclamó abrazándome—. ¿Tú crees que el abuelo me dejará ir delante?

—Turquía está muy lejos —contesté.

—¡Ahí están Sally y tita Gloria! —gritó—. Deben de haber encontrado un vado.

Así había comenzado. Si era una simple cuestión de ir de vacaciones, ¿por qué el padre de Fiona no había venido a verme para pedírmelo? Turquía... con la URSS a tiro de piedra. La idea de que mis hijos fuesen allí con mi entrometido suegro me daba pavor.

La petición de Billy fue una nube negra en aquella idílica jornada, pero fue aquel maldito Dodo quien tuvo la culpa de que volviesen a complicármese las cosas. En nuestra visita a la Costa Azul, yo le había visto cómo un viejo amable y excéntrico, aunque culto, que a veces bebía en exceso. Pero ahora iba a conocer al alcohólico perverso y beligerante con manías de grandeza que realmente era.

Aunque nunca se confirmó, no me cabe la menor duda de que la madre de Gloria había hablado por teléfono con él, convenciéndole de que estaba sola y abandonada. Gloria dijo que en determinado momento hacía muchos años el viejo se había encaprichado de su madre. Sin embargo, Dodo dijo a todos los que le vieron en Londres que era un viaje «de negocios». Fuera lo que fuese, Dodo apareció de pronto en Londres, luciendo un antiguo, aunque elegantísimo, traje de Glen Urquhart, y durante la primera semana se alojó en el Ritz en una habitación con vistas al parque.

Tenía amistades, claro está. No sólo exiliados húngaros y gente que había conocido cuando vivía en Viena, sino también gente del «departamento», pues él había pertenecido a los «Prusianos» de Lange y para algunos aquello era más que encomiable. También había desempeñado algún papel en la red de la que había formado parte en Budapest el padre de Gloria antes de cruzar la frontera. Y Dodo era un hombre en que podía confiarse para un contacto; por lo tanto, «antiguos compañeros» del tesoro y del Foreign Office le invitaron a almorzar en el Reform and the Travellers.

A él le gustaban las fiestas y asistía a fiestas de embajadas, fiestas del mundo del espectáculo, fiestas de «sociedad» y fiestas literarias. Nunca se supo cuánto tiempo pasó con los padres de Gloria, ni si hablaron de mí, especulando sobre el trabajo que hacía, pero cuando me lo encontré estaba curiosamente bien informado respecto a mí.

La invitación de Dodo para tomar copas con «amigos míos, el jueves entre 6 y 8 o mientras haya gente...», en una buena zona de Chapel Street junto a Eaton Square, venía escrita en papel del Ritz y llegó en el correo del miércoles por la mañana. Pero no era una anticipación exacta de lo que encontraríamos allá. Llegamos a una casita urbana, característica del South

West One londinense. Afuera había aparcados coches caros y un mayordomo uniformado nos abrió la puerta. Había no pocos invitados de esmoquin y mujeres en traje de noche. Se oían los acordes de una orquesta y risas. Gloria lanzó maldiciones para sus adentros, pues llevaba el traje de *tweed* que se ponía para ir al trabajo y no había tenido tiempo de ir a la peluquería.

Toda la casa estaba habilitada para la fiesta y había invitados por todas las habitaciones. En la primera en que entramos, estaba un joven de esmoquin y dos muchachas con lujosos vestidos absortos en la contemplación de un libro grande ilustrado. No les interrumpimos la lectura y pasamos a la habitación contigua, en la que había dos hombres sirviendo bebidas detrás de una mesa de caballetes. «Vinos húngaros», contestó el que servía al preguntarle yo qué eran. Tome un vaso grande y, bebidas en ristre, subimos al piso de arriba a ver la orquesta zíngara.

—Es un cimbalón —dijo Gloria al oír el instrumento de cuerda—. Música húngara. ¿Dónde habrá encontrado Dodo gente que toque el cimbalón?

—Aprovecha para preguntárselo —sugerí.

Dodo bajaba en aquel momento la escalera, vaso en mano y sonriente. Se había cortado cuidadosamente el cabello, pero el esmoquin que lucía había conocido mejores tiempos y, además, lo complementaba con zapatos de ante azul con extraños cordones y calcetines rojos. Sonrió aún más al vernos. Pero él no era persona que se sintiese acomplejado por llevar ropa antigua; al contrario: parecían gustarle las prendas viejas, igual que le gustaban los libros y los vinos añejos. Así que no hizo caso de los apuros de Gloria por su indumentaria.

Ya había tomado unas copas y no perdió mucho tiempo en saludos para informarnos en seguida respecto a sus distinguidos invitados.

—Ése que habéis visto conmigo en la escalera es el director en la sombra de Lufthansa. Tenía su habitación enfrente de la mía cuando viví en aquel horroroso piojero en la Kohlmarkt. Claro que ahora se ha convertido en una de las calles más de moda en Viena —dijo conduciéndonos a la sala en que estaba la orquesta zíngara.

Las luces estaban apagadas y sólo unas velas iluminaban los rostros de los músicos y dejaban ver entre vacilantes sombras las expresiones de arrobamiento de la audiencia.

—¿Han tocado czardas? —inquirió Gloria con tal ansia que de pronto se me reveló un nuevo aspecto de su personalidad.

—Naturalmente, querida Zu —contestó tío Dodo.

—Piensas en todo —añadió ella, despreocupada súbitamente respecto a su indumentaria.

Le dio un beso, haciendo un comentario en húngaro que a él le hizo reír. Me sentí marginado.

—¿Es usted de Budapest? —pregunté, más por darle conversación que por auténtico interés.

—Todos los húngaros son de Budapest —contestó.

—Sí, todos adoramos Budapest —terció Gloria, mirando pensativa a Dodo—. Tienes razón, todos los húngaros se encuentran a gusto en Budapest —añadió.

—Incluso vosotros los zíngaros —apostilló tío Dodo en el momento en que la orquesta atacaba de nuevo una melancólica melodía y Gloria comenzaba a balancearse al compás.

—¿Le ha dicho Zu alguna vez la buenaventura? —preguntó.

—No —contesté yo.

—¿Y las cartas del tarot?

—No, Dodo. A veces es mejor no saber lo que dicen las cartas —respondió Gloria, dando por concluido el tema.

—¿Habéis cenado? —inquirió él.

Al decirle que no, nos llevó hasta la cocina, en donde dos cocineros se aplicaban de lleno a preparar platos exóticos. Gloria y Dodo rivalizaron en nombrarme cada uno de ellos, discutiendo a propósito de las respectivas recetas. Lo probé todo. Tiras de ternera en crema agria, tacos de buey estofado con sabor a ajo y abundante pimienta, trozos de pollo empanado, cerdo hervido con rábanos picantes y pescado de río aderezado con ajo y jengibre. No era el tipo de comida que yo conocía de la Hungría actual, país en el que los cocineros hacen un estofado que no sabe a nada y miden cada ración con las pesas oficiales de 100 gramos.

—Así que le gusta la comida húngara, ¿eh? —dijo Dodo.

La única buena comida que yo había hecho en el país había sido en una granja cercana al lago Balatón, con géneros procedentes de Kafer de Múnich y pasados de contrabando por la frontera; me convidó un estraperlista, cuyo invitado de honor era un coronel de Seguridad. Pero cuando Dodo dijo, como todos se ven obligados a decir, que los húngaros comían estupendamente y que Budapest iba camino de convertirse en un centro de peregrinación para cualquier gastrónomo que se precie, asentí sonriendo, deglutí el bocado y dije que sí.

Después de comer recorrimos las habitaciones buscando un sitio para sentarnos cómodamente. Todo estaba casi vacío porque la orquesta zúngara había atraído a los invitados al piso de arriba. En un rincón del cuarto en que nos quedamos había una gran mesa con carteles y folletos de publicidad de un libro recién editado titulado *El mundo maravilloso de la cocina húngara*, y comprendí que el inefable Dodo nos había ayudado a colarnos de gorra en la fiesta de una edición de gran lujo. Me vio mirando el material y sonrió sin darme explicación alguna. Él era así.

Un camarero con impecable chaqueta blanca y hombreras con galón dorado se nos acercó a ofrecernos café y bollitos con mermelada. Dodo no quiso tomar nada para poder seguir contando historias de su juventud en Viena.

—La patrona de la pensión, ruin y corrupta como buena patrona vienesa, tenía en la cocina un retrato al carboncillo de Schiele. ¡En la cocina! Se lo había sacado al pobre diablo para cancelar una deuda insignificante, y ni sabía apreciar lo que tenía, ¡la vieja vaca! No hacía más que decir que habría preferido tener uno de colores. El caso es que aquellos dibujos en color de Schiele tenían aplicados los colores mucho después de haberlos hecho y cualquiera con un mínimo de gusto habría preferido aquel delicado retrato al carboncillo... Era una joven y quizá fuese Edith, la mujer de Schiele, cosa que lo habría hecho más valioso, naturalmente. —Yo procuraba no escucharle. Entró otro camarero y Dodo apuró apresuradamente su *whisky* e hizo un gesto con la mano sin preocuparse de si el camarero lo había advertido o no—. ¡Qué tiempos aquéllos! —apostilló, repantigándose congestionado y con la respiración entrecortada.

No se sabía muy bien si se refería a los tiempos de Schiele en Viena o a los que él había vivido, pero yo no se lo pregunté, porque eran escasas las pausas en su charla torrencial y comenzaba a dolerme la cabeza.

Pero había pocas esperanzas de que se estuviese callado un minuto o dos. Le sirvieron velozmente otro *whisky* y comenzó a largarnos otra historia.

Ya estaba más que bebido cuando volvió el camarero de los cafés para servir a los que repetían, y su característico buen humor había dado paso a su peculiar sarcasmo jocosamente teñido de agresividad. Me puso su manaza en el hombro.

—Ya sabemos, los que hemos tenido el honor de trabajar para el gobierno de su majestad en puestos de confianza y peligro, que la fortuna sonrío a los valientes, ¿verdad que sí, Bernard?

Ya anteriormente había estado haciendo comentarios parecidos, pero en esta ocasión opté por no dejarlo correr.

—No acabo de entender lo que quiere decir —repliqué. Gloria me lanzó una mirada al notar mi tono de irritación.

—A un agente que sea listo no le despiden con un título de sir y un gracias por todo. Un agente listo sabe que puede hacerse con un buen saco de soberanos de oro y sabe de dónde salen para conseguir más. ¿Entiende lo que le digo?

—No —contesté.

Volvió a propinarme un golpe en el hombro, con un gesto que es probable que él considerase fraterno.

—Y así debe ser. No estoy en contra de ello. Que la gente que está en primera línea tenga un poco de dinero es de justicia.

—¿Te refieres a papá? —inquirió Gloria, con un tono de alarma que de haber estado sobrio él habría advertido.

Lanzó una especie de silbido y respondió:

—Querida, lo que le pagaron a tu padre, y lo que me dieron a mí, fue una fruslería comparado con lo que pueden llevarse los que están al tanto. Si hasta ahora no lo has sabido, Bernard puede darte detalles.

—Nunca he conocido a un agente rico —dije.

—¿De verdad que no, querido? —replicó él desplegando una artesanal sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué insinúa? —repliqué.

—Si pretende no saber de qué estoy hablando, dejémoslo —dijo él bebiendo el *whisky*, vertiendo parte de él en la mejilla y volviendo la cabeza.

—No, no, dígamelo —insistí.

—¡Maldita sea! —gran sonrisa—. Usted y esa esposa suya.

—Yo y esa esposa mía... ¿qué?

—Venga, querido —sonrisa de connivencia—. Su mujer estaba en Operaciones, ¿no? Y era depositaria de una especie de «fondos reservados». Ella desapareció y el dinero igual. No me diga que no echó mano a unas cuantas libras y que está en algún sitio a nombre de los niños.

—Tío Dodo, ya está bien —dijo Gloria tajante.

—Déjale que siga —tercié yo—. Que hable.

—Berlín, la Ku-Damm —añadió él misteriosamente mirándonos a uno y otro sucesivamente con ojillos de animal astuto.

—¿Y bien?

—Schneider, Von Schild und Weber —añadió.

—Parece el nombre de un banco —dije.

—Es un banco —replicó Dodo con enorme satisfacción, como si me hubiera aplastado con su argumentación—. Un banco, eso es.

—¿Y qué?

—¿Quiere que siga, querido?

—Sí.

—Weber, nieto del socio fundador, se ocupa de asuntos financieros especiales por cuenta del gobierno inglés. De ahí le viene a usted el dinero —dijo marcando las palabras como si yo pretendiera dejarle en ridículo.

—¿Dinero? ¿Qué dinero? ¿Y cómo lo obtuve? —inquirí, convencido de que, además de borracho, estaba loco.

—Usted tiene firma en la cuenta.

—¡Qué tontería!

—Es cierto, un hecho fácil de demostrar o de refutar.

Entró el camarero con una bandeja de bombones de menta que dejó en la mesa. Dodo, sin ofrecernos, quitó el envoltorio de uno, lo miró y se lo metió en la boca.

—¿Quién le ha contado todo eso? —dije.

—Conozco hace años al joven Weber —dijo sin dejar de masticar el dulce—. Cuando el Departamento me envió al extranjero, fue el padre de Weber quien me lo arregló todo.

Yo le miré, tratando de leer sus pensamientos, pero seguía masticando y mirándome con ojos vidriosos.

—Usted siempre anda por Berlín, querido. Vaya a la Ku-Damm y hable con Weber.

—Tal vez lo haga.

—El dinero está en bonos a corto plazo. Es como se hace. Nada menos que una docena o más de signatarios de la cuenta, pero tienen que firmar dos. Usted y su esposa, por ejemplo.

—¿Una docena de firmas?

—No se haga el inocente, querido. Es un requisito corriente, lo sabemos todos.

Ahora ya era pura malevolencia.

—¿Qué son, nombres falsos? —inquirió Gloria.

—No hay necesidad. Ponen nombres auténticos. Enmascara el propósito de la cuenta y le confiere cierta clase si alguien viene a fisgar. A condición de que los signatarios no lo sepan.

—A lo mejor por eso figura el nombre de Bernard —dijo Gloria en voz baja, claramente convencida de lo que afirmaba Dodo.

Los ojos contraídos de Dodo eran hipnóticos y había en él algo que daba miedo.

—Si no ha metido mano en esa fortuna, querido, le han timado —dijo riéndose discretamente para demostrar que no era una posibilidad que le mereciese mucho respeto. Luego, miró a Gloria, incitándola a participar en la gracia, pero como ella volvió la vista, cogió el vaso y dio un buen sorbo—. Tengo que marcharme —añadió—. Tengo que marcharme.

Yo no me levanté. Dejé que el viejo loco se incorporase a duras penas y se dirigiese tambaleándose hacia la puerta. Gloria y yo seguimos sentados unos minutos en silencio. Finalmente, tratando sin duda de apaciguarme por la agresividad de Dodo, dijo:

—Qué divertido estaba esta noche.

—Y yo tenía ganas de reírme —contesté.

FUE la víspera de mi obligado viaje a Berlín cuando Werner me telefoneó y me preguntó si iba a ir únicamente con el equipaje de mano. Y así era. Mis viajes sólo me exigían un maletín de documentos con capacidad para un pijama y los trastos de afeitarse.

—¿Puedes traerme un paquete? Yo no te lo pediría, pero es que Ingrid lo necesita urgentemente.

—¿Ingrid? —pregunté—. ¿Qué Ingrid?

—Ingrid Winter; la sobrina de Lisl. Me está ayudando en el hotel.

—¿Ah, sí?

—Pesará bastante —añadió excusándose—. Es tela para cortinas de Peter Jones, los grandes almacenes de Sloane Square. Dice Ingrid que en todo Berlín no encuentra el estampado que quiere.

—De acuerdo, Werner. Te digo que bueno.

—Ya verás el hotel. Lo hemos cambiado casi todo, Bernie. No vas a conocerlo.

«¡Dios mío!», pensé.

—¿Y qué le parecen a Lisl todos esos cambios?

—¿A Lisl? —replicó él como si le costase recordar quién era Lisl—. A Lisl le encantan; dice que son estupendos.

—¿Ah, sí?

—No se nos ocurriría hacer nada que no le gustase a Lisl, Bernie. Lo hacemos por ella, ¿no?

—¿Y le gusta?

—Claro que le gusta. Te lo acabo de decir.

—Hasta mañana, Werner.

—Y abultará mucho...

—No te preocupes, Werner. Ya te he dicho que te lo llevo.

—Si en la aduana te cobran impuestos, paga. Ingrid quiere que empiecen a montarles las cortinas en seguida.

—De acuerdo.

—¿Pasas la noche aquí? ¿En casa? Tenemos sitio.

—Sí, Werner, gracias; muy amable.

—Ingrid guisará un magnífico Hoppel-Poppel.

—Hace veinte años que no como un auténtico Hoppel-Poppel —dije.

—Con hierbas frescas —añadió él—. Ése es el secreto. Huevos frescos y hierbas frescas.

—Por lo visto Ingrid no se entromete —comenté.

—Oh, no —contestó Werner—. No se entromete para nada.

Maldije a Werner, a Ingrid y al rollo de tela de cortina ya antes de llegar a Berlín-Tegel. El aduanero sonrió al verme cargado con él. En Berlín, hasta los aduaneros son humanos.

Werner lo metió como pudo en el asiento trasero de su recién estrenado BMW plateado serie 7, pero aun así, quedó un extremo que salía por la ventanilla.

—No te conozco, Werner —dije conforme avanzaba en medio del denso tráfico con una insolente habilidad que yo desconocía en él—. Potente coche nuevo rutilante... No eres el mismo.

—He cambiado, Bernard —contestó.

—¿Por dirigir el hotel?

—Exacto. Porque dirijo el hotel —y sonrió por algún chiste privado, mientras proseguía avanzando por el endiablado tráfico que invade Berlín occidental a esa hora de la mañana.

Tenía puesta la calefacción; el cielo estaba encapotado y comenzaba a llover. Los berlineses seguían abrigados con sus gruesas ropas. La primavera se hace de rogar en Berlín.

Me dejó en el despacho de Frank Harrington, y a partir de ese momento comencé a ganarme el sueldo. Frank, con un par de sus veteranos, repasó conmigo las últimas directrices de Londres. De vez en cuando se producía alguna exclamación o un suspiro forzado al exponerles algún criterio absurdo o erróneo dimanante de los comités de Central de Londres. Mi misión allí consistía en aguantar las objeciones de la oficina de campo y todos los presentes daban por sentado mi papel. Por eso sonreía, me encogía de hombros, sorteaba sus protestas y buscaba evasivas al torrente de sus razonadas objeciones. Finalmente dimos por terminado el juego y, dejando al

margen nuestros respectivos papeles, pude recobrar la cómoda identidad de Bernard Samson, antiguo agente de la unidad de campo de Berlín.

Cuando acabé el trabajo eran las seis y media. Había catado lloviendo a ratos, pero aún lloviznaba. Las oficinas se habían vaciado y las calles estaban llenas. Cual ríos flamígeros, los anuncios luminosos proyectaban curiosos reflejos intermitentes en el suelo mojado. El coche me llevó al hotel de Lisl Hennig. Al apearme me detuve bajo la lluvia a contemplar la fachada con cierta reserva, pero los cambios que hubiese efectuado Werner no eran apreciables desde fuera. Seguía siendo el mismo viejo edificio que conocía de toda la vida. Todas aquellas casas de la Ku-Damm próximas al zoo eran iguales: construcciones de principios de siglo hechas por especuladores para nuevos ricos y con ornamentación a base de dioses barbudos y ninfas tetudas sacados de catálogos al gusto de los que querían individualizar sus casas, algunas grotescamente exageradas.

Desde aquella fecha, la artillería del ejército rojo y los bombardeos anglo-norteamericanos habían añadido nuevas características destacables a los edificios de Berlín, y así, la casa de Lisl presentaba cicatrices y la viruela de la metralla. Al terminar la guerra habían arreglado el tejado, practicando una apresurada recomposición de pacotilla en los marcos estucados de las ventanas del último piso, pero la casa llevaba cuarenta años sin haber sido sometida a una reparación seria.

Crucé las pesadas puertas y comencé a subir la escalera. Había una alfombra nueva, de un llamativo rojo rubí, y el pasamanos relucía como el oro. En el descansillo colgaba una espléndida araña y los elaborados espejos de las paredes estaban tan limpios que reflejaron mil veces mi imagen. Apenas había ascendido unos peldaños cuando oí el piano: «Embrace me, my sweet embraceable you...» y una cascada repentina de armonías improvisadas. Era Werner. Habría reconocido su sedoso y exuberante estilo en donde fuese. A Werner, cuando se sentaba al piano, le sobrevenía algo casi espiritual.

Habían cambiado de sitio el piano y estaba en el centro del «salón». Y, o lo habían pintado de blanco o era otro piano. Había también cómodos sillones de cuero marrón. Y las fotografías autografiadas de antiguas personalidades de Berlín, recuerdos de Lisl, las habían limpiado y colocado de otra manera cubriendo toda una pared. ¿Quién faltaba allí? Estaban Einstein, Furtwängler, Strauss, Goebbels, Dietrich, Piscator, Brecht, Weill, y las dedicatorias eran extravagantes declaraciones de afecto a Lisl o a su madre —frau Wisliceny— que otrora fuese célebre anfitriona de la sociedad berlinesa.

No había muchos clientes a la vista; sólo un grupo de cuatro daneses que charlaban animadamente como si no existiese la música, y una pareja apergaminada sentada en el bar, tomando unas bebidas de colores y mirándose mutuamente. Lancé una ojeada a Ingrid Winter al verla bajar la escalera con una bandeja. Lucía otro de sus sofisticados vestidos de «granjera» endomingada, con escote cerrado de encaje y falda hasta el tobillo. Me sonrió.

Werner levantó la vista del teclado, me vio y dejó de tocar.

—¡Bernie! Te dije que telefoneases. Estaba a punto de ir a recogerte. Cómo llueve... —añadió al ver mi gabardina mojada.

—Frank puso un coche a mi disposición.

Desde su silla en un rincón, Lisl gritó imperiosa:

—Bernd, ¿qué haces ahí? ¡Ven a dar un beso a Lisl! —tenía buena voz a pesar de la enfermedad y vestía una túnica roja. Estaba cuidadosamente maquillada y movía sus pestañas postizas como una colegiala. Al inclinarme para darle un beso, casi me ahoga el olor a perfume—. Llevas el abrigo mojado, Bernd. Quítatelo y dile a Klara que lo ponga a secar en la cocina.

—Da igual, Lisl —dije.

—Haz lo que te digo, Bernd. No seas terco. —Me quité la gabardina y se la di a la anciana Klara que surgió de no sé dónde—. Y luego baja al cuarto de la caldera, que tenemos otra vez apuros con la bomba y les he dicho que tú la arreglabas siempre.

—Haré lo que pueda —contesté sin gran convicción.

Lisl estaba decidida a creer que me había pasado la niñez llevando a cabo todo tipo de milagros mecánicos en las anticuadas instalaciones de la calefacción y la luz, cosa que no era cierta. Aquello de que «Bernd lo arreglará» había sido la excusa de tía Lisl para postergar la inevitable sustitución de la vieja y estropeada maquinaria.

—Lisl, el hotel está precioso.

Lanzó un gruñido como si no me hubiese oído bien, pero la sonrisita que me dirigió me bastó para saber lo complacida que estaba con la reforma de Werner.

Eran inútiles las esperanzas de que yo pusiera remedio a las crónicas arritmias de la bomba; estaba en las últimas. Werner bajó conmigo al sótano en que estaba la caldera y ambos examinamos a la bestia desenfundada con su goteo de oxidación y su aislamiento desprendido. Sólo para responder a la confianza que me otorgaba Lisl, di unos golpecitos al manómetro, sacudí la

carcasa y manoseé sucesivas veces unas tuberías tibias que habrían debido quemar.

—No es la caldera, es que hay que cambiarlo todo —dijo Werner—, pero espero que aguante hasta el año que viene.

—Sí —contesté, y seguimos mirándola con la esperanza de que experimentara una súbita resurrección.

Luego, vino Ingrid Winter; sin decir nada, permaneció con nosotros mirando la caldera. La miré con el rabillo del ojo. Era una mujer bella, con un cutis precioso y ojos claros que brillaban al mirar. Irradiaba esa plácida seguridad profesional que se espera ver en una enfermera.

—No es sólo por lo que cuesta —añadió Werner como hablando consigo mismo—. Es que hay que cambiar las tuberías y los radiadores, lo que supone ruido y polvo en todas las habitaciones. Si tenemos que hacerlo en invierno, habría que cerrar el hotel...

—¿Y no podrías cambiar la caldera primero? —dije—. ¿Y luego el cambio de tubería cuarto por cuarto?

—El fontanero dice que no se puede —contestó Werner. Sabía que mi ignorancia en la materia era absoluta, y lo entendí perfectamente por la mirada que me dirigió—. La caldera que necesitamos para los cuartos de baño nuevos no funcionaría con la instalación vieja. Es muy vieja.

—Tal vez deberíamos consultar a otro especialista en calefacción, Werner —terció Ingrid Winter.

Hablaba con el deje enfático de Baviera meridional, no esa clase de acento cerrado de los pueblos, sino una leve guturalidad. Pero, además, había cierta inflexión en su voz, un imperceptible cambio de timbre y tono, que me hizo mirar a Werner. Él me devolvió la mirada con la misma triste sonrisa que yo recordaba de nuestra época escolar. Él mismo, en cierta ocasión, me confesó que era su gesto «inescrutable», pero el calificativo más adecuado habría sido «culpable».

—El viejo Heinmuller conoce perfectamente la instalación, Ingrid —replicó él—. Él mismo la arregló con su padre después de los bombardeos de la guerra.

—Algo tendremos que hacer, Werner, cariño —respondió ella, sin lograr esta vez ocultar la intimidad que compartían.

Se daba entre ellos esa simpatía intuitiva y tácita comprensión para la que Goethe acuñó el vocablo *Wahlverwandtschaft*^[7].

—Ahora que estamos solos, Ingrid, cuéntale a Bernie lo del húngaro —dijo él tocándole el brazo—. Cuéntale lo que me dijiste, Ingrid.

—Quizá no habría debido decir nada... —comenzó ella tras una pausa de indecisión—. Es que la otra noche le estaba contando a Werner cosas de mi madre y de ese horrendo húngaro que vive cerca.

—¿Dodo? —inquirí.

—Sí. Así dice que se llama.

—¿Y qué sucede con él?

—Es un pobrecillo que da grima —contestó Ingrid—. A mí nunca me ha gustado; ojalá madre no le hubiese invitado nunca a casa. Siempre me está mirando de una manera asquerosa —añadió haciendo una pausa, mirando atentamente el recubrimiento de las tuberías—. De todos modos, hay que hacer una limpieza. No soporto la suciedad.

—¿Cuándo fue la última vez que la arreglaron y limpiaron? —dije, porque la veía nerviosa y quería ayudarla a recobrar el aplomo—. Recuerdo que una vez vino un operario y cambió una boquilla o no sé qué y volvió a funcionar perfectamente.

—Ya hemos probado con las boquillas —respondió Werner impaciente—. Dile a Bernie lo que cuentan de su padre —añadió, dirigiéndose a Ingrid—. Y de tu padre. Es mejor que lo sepa.

Ingrid me miró con evidentes deseos de no decirme nada.

—Me gustaría saberlo, Ingrid —dije yo para facilitarle las cosas.

—¿Recuerda lo que le dije cuando fue a ver a mi madre?

—Sí.

—Le molestó; lo sé. Perdona.

—No tiene importancia.

—Casi todo lo que sé me lo ha contado Dodo, y no es una fuente fiable.

—De todos modos, dígamelo.

—A nosotras únicamente se nos ha comunicado oficialmente que a Paul Winter lo mataron ya acabada la guerra de un disparo accidental.

—De los norteamericanos —terció Werner.

—Déjame contarle, Werner.

—Perdona, Ingrid.

—Dicen que intentaba huir —prosiguió ella—, pero siempre dicen eso, ¿verdad?

—Sí —respondí yo—. Siempre dicen eso.

—Fue Dodo quien sacó a relucir la historia. No hacía más que repetírselo a mi madre. Ya sabe cómo habla. Y ella le escucha. Él era nazi, por eso se lleva tan bien con mi madre.

—¿Nazi? —inquirí.

—Trabajó con Gehlen —terció Werner—. La Abwehr le reclutó en la Universidad de Viena y cuando acabó la guerra y Gehlen empezó a trabajar para los norteamericanos, Dodo trabajó con Lange.

Miré a Werner, tratando de hacerme una idea de cómo encajaba mi padre en aquella historia. Werner sonreía nervioso, pensando tal vez en si no habría debido mencionar lo de mi padre.

—Dodo es un enredador y un morboso —dijo Ingrid—. Y bebe demasiado y se vuelve sensiblero; se autocompadece. Los húngaros tienen la tasa mundial más alta de suicidios. Cuatro veces más alta que la de los norteamericanos, y va en aumento —calló de pronto, sin duda al recordar que Gloria era también húngara, y, ruborizada, volvió la cara hacia la caldera—. Podemos repararla y limpiarla a ver qué pasa. Incluso cuando la bomba funciona, el agua no llega a calentarse —añadió.

—Lisl debía haber montado una mayor cuando hizo arreglar la instalación —dije, y acto seguido propiné dos palmetazos a la caldera, como haría un comandante de patrulla napolitano, dando unas palmadas en los hombros a un soldado al que se le ha ordenado una misión peligrosa; pero inútilmente.

Por un instante pensé que Ingrid había decidido no decir nada más, pero me equivocaba.

—Dodo instó a mi madre a presentar una demanda al ejército de los Estados Unidos.

—Muy de Dodo —comenté.

—Daños y perjuicios por la muerte de Paul Winter. Fue un accidente.

—Es un poco tarde, ¿no? Y dice usted que le dispararon cuando trataba de escapar —dije.

—Lo que Ingrid dice es que es la excusa que dieron los norteamericanos —terció Werner.

—Dodo dijo a mi madre que los norteamericanos le darían mucho dinero. Dice que no les gustaría que se airease.

Emití un gruñido para expresar mis dudas a la tesis de Dodo.

—Mi tío Peter era coronel en el ejército estadounidense. Y murió de un tiro en el mismo accidente. Dodo dice que cumplían una misión secreta.

—¿Y qué tiene todo esto que ver con mi padre? —inquirí yo.

—Él estaba presente —contestó Ingrid.

—¿Dónde?

—En Berchtesgaden. Según la encuesta, fue él quien disparó contra Paul Winter.

—Creo que está en un error —dije—. Werner conocía a mi padre. Que se lo diga él... pregunte a cualquiera... —añadí encogiéndome de hombros—. Mi padre no era militar armado. Trabajaba en los servicios de Inteligencia.

—Él disparó contra Paul Winter —replicó Ingrid sin inmutarse—, Paul Winter era criminal de guerra... o eso se le imputó. Su padre era oficial de servicio en el ejército que nos había vencido. Probablemente fue una tapadera. Son cosas que pasan en las guerras.

No contesté. No había nada que decir. Era evidente que ella estaba convencida de lo que decía, pero no estaba indignada. Se la veía más turbada que enfadada. Para ella no era más que un nombre, y hablaba de ello como tal.

Cuando parecía que Ingrid no quería decirme nada más, Werner dijo:

—Dodo se acogió a la Ley de Libertad de Información norteamericana y consiguió que buscaran en los archivos del ejército; no averiguó gran cosa, salvo que un coronel norteamericano y un paisano alemán, ambos apellidados Winter, murieron como consecuencia de unos disparos. Era de noche y nevaba. El tribunal de investigación dictaminó accidente y nadie fue culpado.

—¿Está segura de que mi padre se encontraba allí? Berchtesgaden estaba en la zona norteamericana. ¿Por qué iba a estar mi padre con los norteamericanos?

—Era el capitán Brian Samson —respondió Ingrid—. Testimonio en la investigación. Existe un testimonio bajo juramento, y había otros muchos documentos, pero Dodo no pudo obtener la transcripción.

—Ese maldito Dodo es un cerdo peligroso —dijo Werner—. Está decidido a armar líos...

No dijo más; no era preciso. Werner me conocía de sobra para imaginar que cualquier tipo de mancha en la carrera de mi padre me dolería.

—Yo no le he hecho nada a Dodo —dije.

—Le guarda rencor —dijo Ingrid—. Después de su visita vino a ver a mamá. Dodo le odia.

—¿Y por qué?

—Él es húngaro, ¿no?

—Sí, claro —respondí.

—Y es muy amigo de la familia de ella —añadió Ingrid con esa autoridad taxativa con que las mujeres se pronuncian respecto a tal tipo de relaciones—. Para él, usted es un entrometido extranjero...

No siguió. No había necesidad. Yo asentí con la cabeza. Ingrid tenía razón y el resto me lo imaginaba. No era difícil verme considerado como el

sinvergüenza maduro que abusa de una jovencita inocente. Más que suficiente para desencadenar la repulsa en una personalidad desequilibrada como la de Dodo. Si hubiese sido al contrario y Dodo hubiese estado viviendo con una joven hija de un amigo mío, a mí también me habría indignado. Me habría indignado sobremanera.

—Sí —dije.

—Bueno, está la electricidad —dijo Ingrid.

—¿Ah, sí? —inquirí yo.

—Para calentar el agua —respondió ella—. Incluso podríamos poner un pequeño calentador eléctrico en los cuartos de baño y que el agua de la caldera sea sólo para la cocina.

Me fastidiaba aquella injusticia. Miré a la caldera y le di una patada en el sitio por el que el agua entraba en la bomba. No sucedió nada y volví a pegarle otra más fuerte que produjo una especie de zumbido. Ingrid y Werner me miraron con renovado respeto y estuvimos unos instantes viendo si funcionaba; Werner, incluso la tocó para comprobar si se calentaba. Y se calentaba.

—¿Y si tomamos un trago? —dijo él.

—Pensé que no ibas a proponérmelo nunca —respondí.

—Y luego, Ingrid guisa el Hoppel-Poppel. Lo tiene todo a punto. Lo hace a la grasa de oca.

—Si quiere lavarse o lo que sea, su baño del último piso tiene agua caliente de sobra porque le llega directa.

—Gracias, Ingrid.

—El cuarto está igual que siempre. Werner quería empapelarlo de nuevo y arreglarlo para darle una sorpresa, pero yo le dije que era mejor consultárselo primero, porque a lo mejor le gusta tal como está —dijo mirándome, dejando traslucir lo que la acongojaba haber sido la transmisora de malas noticias para un amigo de Werner.

—Me gusta como está —asentí.

—Ha sido muy amable al traer la tela de las cortinas. Me dijo Werner que no le importaría.

—A la grasa de oca, ¿eh? —dije—, ¡Ingrid, es usted toda una mujer!

Werner sonrió. Últimamente sonreía mucho.

A mi regreso a Londres, aún con las beodas difamaciones de Dodo sonándome en los oídos, dejé recado telefónico para Cindy Prettyman, o Matthews, como a pesar de la pensión de viudez quería ella que la llamasen. Me telefoneó casi inmediatamente. Esperaba yo que estuviese enojada por no haberme puesto en contacto con ella antes, pero no me hizo ningún reproche, sino que se mostró amable y alegre. Me dijo que le venía bien vernos el viernes por la tarde. ¿Un hotel de Byswater? Donde quieras, Cindy. Antes de colgar, oí los pitidos. Así que había salido de la oficina a llamar desde una cabina. ¿Una cabina? ¿Y un hotel de Byswater? Bueno, Cindy siempre había sido un poco rara.

Tenía que hablar con ella. Los dos bombazos de Dodo, ciertos o pura patraña, me acuciaban a hacerlo. Y las delicadas faenitas como fisgar en el hermético y pequeño imperio de Schneider, Von Schild and Weber se realizaban mucho mejor a través de los servicios anónimos del Foreign Office que de los parroquiales de mi Departamento, en el que se enterarían todos los interesados o se imaginarían que la demanda procedía de mí, y tendría que deshacerme en explicaciones si alguna de las extrañas imputaciones de Dodo resultaba cierta.

—No me gusta nada que te fíes de esa mujer —dijo Gloria cuando regresé a casa aquella noche—. Tiene tal... —hizo una pausa para pensarse la palabra— sangre fría...

—¿Ah, sí?

—¿Cuándo vas a verla?

—El viernes, cuando salga de la oficina.

—¿Puedo acompañarte?

—Claro.

—Sería una intrusión.

—No, acompáñame. No es para cenar. Tomar una copa, me dijo.

Observé a Gloria con atención. En todos los años que habíamos vivido juntos, mi mujer Fiona no había mostrado jamás indicios de celos o sospechas, mientras que Gloria sometía a escrutinio a todas mis amistades femeninas como si fuesen amantes. Y analizaba en particular las motivaciones de las que no estaban casadas, y de las que había habido en mi pasado. En todos estos aspectos, Cindy ocupaba un lugar preeminente.

—Si estás seguro... —añadió Gloria.

—Quizá tengas que taparte los oídos —le advertí, dándole a entender que podrían decirse cosas que yo negase oficialmente *a posteriori*, que Cindy negase y que, si ella iba a estar presente, debería estar dispuesta a negar igualmente. Negar bajo juramento.

—Iré al lavabo de señoras, así podrá decirte lo que sea en plan confidencial.

Por lo visto, había entendido.

Al final, Gloria optó por no acompañarme. Imagino que lo único que pretendía era comprobar si yo me negaba a que me acompañase y so pretexto de qué. Me constaba que todas aquellas pruebas a que me sometía eran consecuencia de su inseguridad. A veces me preguntaba si su proyecto de ir a la universidad no sería también una prueba destinada a arrancarme una propuesta de matrimonio.

Finalmente, el viernes por la tarde, acudí solo a la cita de Cindy. Y fue mucho mejor, porque Cindy no estaba precisamente de muy buen humor; parecía distraída y no creo que la presencia de Gloria hubiese servido para levantarle el ánimo. Cindy la consideraba un funcionaria joven que se había interpuesto en nuestra vieja amistad. «Tu rubia interludio» la llamaba ella, como síntesis de lo que pensaba de nuestra relación: dos seres tan distintos, lo incongruente de la misma, su carácter frívolo y su efímera naturaleza.

Yo no dije nada. Ella sonreía de un modo que aportaba énfasis a sus palabras y a la vez reflejaba la aceptación pasiva por mi parte de los juicios que ella acababa de hacer. Cindy era una mujer atractiva, con ese atractivo sexual que suele conferir la salud y la energía, pero nunca había yo tenido envidia de Jim. Cindy era demasiado enrevesada y manipuladora y yo no sabía cómo llevarla.

Me esperaba en una habitación del segundo piso, sentada en la cama y fumando un cigarrillo. Tenía al lado una bandeja con una tetera, leche y una taza —sólo una— y un enorme cenicero Martini con muchas colillas manchadas de carmín. Por lo visto había cedido en sus intentos de dejar de fumar. Me preguntó si quería beber algo; debía de haber contestado que no,

pero le dije que tomaría un *whisky* y le entregué la caja de las inscripciones sepulcrales y sus intentos de transcripción; mejor dicho, intenté entregársela.

—No la quiero.

—Gloria me dijo...

—He cambiado de idea. Quédatala.

—No hay nada que sirviese para darnos una pista sobre Jim o sobre su trabajo —le dije—. Me apostaría el cuello.

Ella se encogió de hombros y se tocó el cabello.

Perdimos mucho tiempo mientras nos traían las copas, y mientras esperábamos pasamos el rato charlando de temas inconsecuentes. No era precisamente mi ideal de velada agradable. La sede era elección de Cindy: el Grand & International, un sórdido hotel en la zona norte de Kensington Gardens, oculto tras los restaurantes chinos de Queensway.

Ella se había encargado de reservar la habitación, pagarla por adelantado diciendo que llegaría sin equipaje y que recibiría durante una hora aproximadamente la visita de un señor. Contemplé su elegante traje a cuadros verdes y negros; sobre la cama tenía un abrigo de pieles sintéticas, de corte cuadrado. No era alta y esbelta como Gloria, pero tenía buen tipo, realzado por la manera de estar tumbada en las almohadas. Me pregunté qué es lo que habrían pensado de ella en recepción. ¿O quizá los empleados de recepción de esta parte de la ciudad ya no juzgaban a los clientes?

Seguramente era una de las mejores habitaciones, pero, de todos modos, era una pieza miserable en todos los aspectos: un espejo lleno de cagadas de mosca coronaba un lavabo de loza agrietado y la cama era grande, con cabezal acolchado y sábanas grises. Cindy dijo que era adecuado por el anonimato, pero yo creo que confundía anonimato con incomodidad, algo que le sucede a mucha gente. Aunque lo cierto es que si el Grand & International, amalgama de dos conceptos Victorianos, era un establecimiento en el que Cindy no corría peligro de encontrarse con nadie conocido, no podía decirse lo mismo en mi caso.

Yo había estado allí muchas veces. En 1974 había llevado allí al bar una preciosa y antigua pistola automática Sauer, que había vendido a un tal Max, que murió al salvarme la vida en el último pase de frontera «ilegal» que hice. Era un arma muy buena; había perdido el tono azulado, pero estaba poco usada. En su momento, su doble disparo era de lo mejor en todo el mercado, pero yo sospecho que Max la eligió porque durante la guerra había sido el arma favorita que llevaban al cinto los militares alemanes de alta graduación.

Max era el más ferviente antinazi que yo conocía, pero mostraba un justo respeto hacia ellos por las armas que elegían.

Apenas pasaba un día que no pensase en Max. Igual que Dodo, había formado parte de los «Prusianos de Koby», y se trataba de un prusiano norteamericano, pues Max era uno de esos hombres que van de un lado a otro cambiando de trabajo, y que, no se sabe bien por qué, acaban siempre en ciudades conflictivas y los trabajos que eligen son invariablemente violentos y peligrosos, y generalmente, ilegales. Pero Max era distinto a todos; un expolicía neoyorquino que se irritaba con los que trabajaban con él, preocupándose y cuidándolos, sobre todo a mí, que era el más joven del equipo.

Max tenía una memoria de elefante en cuestión de poesía, y citaba desde Goethe hasta libretos de Gilbert & Sullivan. En lo que a Goethe respecta, yo solía estar a su altura: «*Kennst du das Land wo die Zitronen blühen?*»^[8], pero siempre le recordaré por Gilbert & Sullivan. A Max le resultaban muy difíciles algunos modismos de Gilbert, y en mi condición de único inglés en contacto con él, me correspondía descifrarle los «britanismos» y explicarle las inexplicables expresiones gilbertianas de «Un joven Sewell & Cross» o «Un joven Howell & James». Pobre Max, nunca pude documentarme para explicárselo.

Y, sin embargo, lo verdaderamente inexplicable era el propio Max. Él era su peor enemigo, si hay que dar crédito a mi padre, pero mi padre detestaba a Max. En realidad, detestaba a Lange Koby y a todos los que él llamaba «filibusteros americanos» de Berlín. Por eso mi padre no hacía buenas migas con ellos.

—¿Me escuchas, Bernard? —inquirió Cindy, sacándome de aquella abstracción de antiguos recuerdos.

—Sí, Cindy, claro que sí —respondí, pensando en que no habría asentido con la cabeza ni reído lo suficiente a su charla intrascendente.

—Me marchó a Estrasburgo —dijo de pronto, sorprendiéndome.

Hizo un gesto con el cigarrillo en la mano, trazando una estela de humo. Luego, se llevó la mano al cabello; un cabello reluciente y rizado, como si hubiese estado en la peluquería. Un cabello que siempre tenía el mismo aspecto.

—¿De vacaciones?

—¡Dios bendito! No seas tonto, Bernard. ¿Quién va a ir de vacaciones a Estrasburgo? —replicó con nuevo gesto de la mano sin soltar el cigarrillo, dejando caer ceniza en la colcha.

—¿Trabajo?

—No seas tan duro de mollera, Bernie. Ese Parlamento Europeo está en Estrasburgo, ¿no? —y, como enojada por haber manchado la colcha, aplastó el cigarrillo en el cenicero en un ademán punitivo que lo deformó y lo dejó doblado y roto.

—¿Y allí vas a trabajar? —Me preguntaba por qué diablos no lo habría mencionado antes, durante el largo rato que llevábamos hablando del tiempo y de lo difícil que era conseguir entradas para la Royal Opera House si no conocías a alguien. Pero comprendí que no había querido decírmelo hasta verme tomar una copa.

—El sueldo es estupendo y no me será difícil vender mi casa de Londres. El agente de la propiedad ha puesto un anuncio en los periódicos del domingo. Dice que habrá una barbaridad de interesados; dice que si me gastase un poco en arreglar la cocina y el baño, podría conseguir quince mil más, pero no me queda tiempo.

—Comprendo.

—Supongo que a ti no te interesa, ¿verdad?

—¿Qué es lo que no me interesa?

—Pero ¿qué te pasa hoy, Bernie? ¿Te interesa comprar mi casa? Preferiría que se la quedase un amigo.

—Yo acabo de mudarme —dije—. Por nada del mundo volvería a empaquetar y desempaquetar.

—Es verdad. Había olvidado que ahora estás en la periferia. Yo no podría volver a vivir en el extrarradio. Es morirse poco a poco.

—Bueno, pues sí, pero no tengo mucha prisa —repliqué. Me sentía como si me acabasen de dar una patada en el vientre. Había acudido convencido de que Cindy estaba más decidida que yo a llegar al fondo del misterio, y me la encontraba sin interés para nada que no fuese vender su puñetera casa—. Creo que a lo mejor hago un descubrimiento importante en el asunto de la cuenta del banco alemán —añadí para sondearla, sin mencionar a Dodo.

Ella había empezado a rebuscar en el costoso bolso de cocodrilo que siempre la acompañaba.

—Bien —dijo mirando el interior del bolso, sin mostrar casi interés por mis posibles descubrimientos.

—Me he enterado de que el banco se llama Schneider, Von Schild and Weber —insistí—. Lo he encontrado en la guía telefónica de Berlín, pero necesitamos más detalles.

—Estaré en Estrasburgo a partir del próximo fin de semana —dijo ella sacando del bolso un paquete de cigarrillos y un mechero de oro.

—Qué rapidez...

—Ha sido cosa de sir Giles —añadió después de encender tranquilamente el cigarrillo y expulsar una nube de humo.

—Creepy-Pox vuelve al ataque.

Me dirigió una parca sonrisa para indicarme que no le parecía divertido, pero que no hacía comentarios.

—Es un puesto de lo mejor. Quedó vacante de repente y por eso me lo dan. El que lo tenía padece el SIDA y los otros dos candidatos son casados con hijos en edad escolar y no pueden trasladarse tan rápidamente. Tengo que estar allí la semana que viene.

Me tragué las palabras de irritación que me vinieron a la cabeza, y dije:

—La última vez que hablamos dijiste que nadie iba a taparte la boca. Dijiste que no ibas a dejar el asunto.

—Tengo que vivir mi vida, Bernard.

—¿Así que quieres que lo olvide?

—No des voces, Bernie. Pensé que te alegrarías y me desearías buena suerte. Yo no voy a decirte lo que tienes que hacer, Bernie. Si quieres seguir y terminar tu novela policíaca, yo no voy a impedirte.

—Cindy, no es ninguna novela policíaca —repliqué con paciencia, conteniéndome—. Si es lo que pienso, lo que pensamos los dos, se trata de la mayor infiltración del KGB que ha habido en el Departamento.

—¿Tú crees?

Le tenía sin cuidado. Era como hablar con una desconocida. Ya no era la mujer resuelta a descubrir la verdad en el asesinato de su exmarido.

—Incluso si estoy equivocado —dije—, no dejará de ser una estafa a escala astronómica: ¡millones!

—Yo también creí lo mismo al principio —replicó impasible y con gran condescendencia—, pero pensándolo bien es difícil que se tenga en pie esa idea de una estufa gigantesca en la que esté implicado el director general —concluyó con una sonrisa asacarinada, para subrayar lo absurdo de la idea.

—El director general, prácticamente ha desaparecido —aduje yo sin exagerar gran cosa, puesto que últimamente se le veía muy poco por la oficina.

—¿Y la ausencia del director general forma parte de la conjura? —inquirió ella con la misma sonrisa imbécil.

—No estoy bromeando, Cindy —dije, resistiendo a duras penas la tentación de decirle a aquella idiota que era ella quien lo había iniciado todo, y que era ella quien había organizado aquella discreta entrevista telefoneándome desde una cabina.

—Yo tampoco, Bernie. Así que contesta a lo que te pregunto: ¿Afirmas que existe una conjura en la que están implicados Bret Rensselaer, Frank Harrington, el delegado y quizá Dicky Cruyer?

Era una tergiversación tan palmaria de lo que yo hubiera podido pensar, que no sabía por dónde empezar a refutarla.

—Supongamos que un individuo realmente irreprochable... —comencé a decir.

—El director general —añadió ella, como si fuese una dama arrogante que señala una carta a un ilusionista.

—Bien. Pongamos por caso que el director general está implicado en una gran estafa. Supongo que comprendes que la estructura del Departamento es tal que nadie se lo puede creer. Frank, Dicky, Bret y los demás se limitarían a permanecer firmes, diciendo que no pasa nada.

—¿Y tú eres el niño que le dice al emperador que está desnudo?

—Porque los demás digan que no pasa nada, no tenemos que descartar el averiguarlo con más detalles. Pasan cosas raras en el sitio en que trabajo, y no es el Ministerio de Educación ni el de Sanidad y Servicios Sociales, Cindy. Estoy hablando del sitio en el que se maquinan las cosas serias.

—Si quieres que te dé un consejo... —dijo ella bajándose de la cama y calzándose los zapatos que se había quitado a medias; primero echando el peso sobre un pie y luego sobre el otro—, deja de darte cabezazos contra un muro.

—Lo dices como si me gustase darme cabezazos contra un muro.

Ella se alisó las solapas y cogió el abrigo.

—Me parece que disfrutas destruyéndote. Algo tiene que ver con que Fiona te dejase. Quizá sientas algún tipo de culpabilidad. Pero todas esas hipótesis que has soñado... Bueno, quiero decir que no se han materializado, ¿no es cierto? ¿No ves que dentro de ti hay como un gusano que te devora? Imagino que te aferras desesperadamente al convencimiento de que el mundo está equivocado y sólo Bernard Samson tiene la razón —dijo cerrando el bolso—. Olvídate de todas esas tonterías, Bernard. La vida es demasiado corta para corregir todos los defectos del mundo. A mí me costó mucho verlo, pero a partir de ahora voy a vivir la vida. Yo no voy a cambiar las cosas.

—Hay algo que podrías hacer antes de irte a Estrasburgo —dije.

—Ni antes de irme, ni después, Bernie. No quiero saber nada. ¿Qué tengo que hacerte, un diagrama?

La miré a los ojos y ella sostuvo la mirada. No mostraba hostilidad alguna, ni dureza. Era una mujer que había cambiado de parecer y no había nada que hacer.

—De acuerdo, Cindy, que lo pases bien en Estrasburgo.

Sonrió visiblemente tranquilizada por mi tono amistoso.

—Dios mediante, encontraré algún francés atractivo y me casaré —dijo descorriendo el visillo para ver si llovía. Sí que llovía. Se abrochó el abrigo—. ¿Quieres comprar el Mercedes, Bernard? Es un 380 SE verde oscuro y sólo tiene dos años.

—No tengo dinero, Cindy.

—En autopista gasta poco, aunque, claro, en ciudad ya es otra cosa —al llegar a la puerta se detuvo y pensé que iba a decir que, de todos modos, me ayudaría—. Es que para Europa, tiene el volante al lado contrario y, además, allí puedo comprarme uno libre de impuestos; por eso tengo que venderlo.

Bajamos las escaleras en silencio. Al llegar al iluminado vestíbulo se detuvo y rebuscó en su bolso hasta encontrar un sombrerito de plástico para la lluvia. No había nadie, ni siquiera en el mostrador de recepción. Cindy se acercó a un espejo a mirarse para comprobar si llevaba el cabello recogido.

—El resto de las cosas me las llevo —dijo mientras miraba su imagen en el espejo—. Los muebles, el televisor, el vídeo y el tocadiscos, porque en Francia son muy caros.

—Tu televisor no te servirá en Francia, porque es un sistema distinto —dije.

No me miró. Se dio la vuelta, empujó la puerta y salió a la calle sin decir adiós. Las pesadas puertas se cerraron tras ella con un golpe sordo. Debió de creer que trataba de fastidiarla.

Tuve que andar un buen rato hasta donde había dejado el coche. Había mucho barullo en la calle llena de gente y con notable tráfico. Parejas, jóvenes con cabeza rapada, punks, tipos raros, prostitución de ambos sexos, policías y ladrones. Los rostros pintados palidecían a las luces de neón. Apenas acababa de arrancar, cuando otro coche se metió apresuradamente en el estrecho espacio.

La lluvia arreciaba. Mi viejo Volvo avanzaba traqueteante y balbuciente bajo el aguacero. Quizá en Suecia no lloviese. Y durante todo el camino fui pensando en el Mercedes de Cindy: verde inglés de carreras, pintura bien

encerada que había merecido la aprobación del señor Gaskell, y motor de ocho cilindros en V. ¿Cuánto pediría?

Al llegar a Balaklava Street ví que estaban apagadas las luces de abajo. Los niños ya se habían acostado y la niñera miraba la tele en su habitación. Gloria no estaba. Se me había olvidado que había trasladado al viernes la visita a sus padres. Probablemente no había tenido para nada la intención de acompañarme a la entrevista con Cindy. Gloria sabía que yo no controlaba las noches en que ella salía.

Me abrí una lata de sardinas y una botella de borgoña blanco. Puse el vídeo de Ciudadano Kane y cené con una bandeja en las rodillas. Pero no pude quitarme de la cabeza la irritación de Bret Rensselaer, el asesinato de Jim Prettyman, la agresividad de Dodo y el repentino cambio de actitud de Cindy.

Ya estaba acostado cuando Gloria llegó a casa. No me extrañó que llegase tan tarde; seguramente era a causa de la «crisis» que su madre decía amenazaba a su matrimonio.

Al margen de la crisis familiar que hubiera podido afectarla, Gloria no venía desanimada. En realidad, era todo animación. Ya sabía yo con qué ánimo vendría antes de que entrara. Su viejo Mini amarillo sólo cabía en el espacio que quedaba entre la cocina y la valla por la que trepaba la enredadera del vecino, y obligadamente tenía que salir por la otra portezuela. La escurridiza maniobra no era algo que a ella siempre le apeteciese hacer, pero aquella noche oí cómo botaba sobre el bordillo, entraba sin frenar en el camino del jardín para detenerse de un frenazo y dar un breve acelerón de satisfacción antes de desconectar el encendido. Parecía estarla viendo con su cara sonriente.

—Hola, cariño —dijo entrando de puntillas en el dormitorio, con una bolsa de plástico en la mano, en la que me constaba que había una tarta húngara de nueces de las que hacía su madre y un queso liptoi casero, escabeche y todo tipo de cosas de las que su familia juzgaba que necesitaba periódico abastecimiento desde que no vivía en casa—. ¿Qué tal la señora Prettyman?

—Se ha quedado muda.

Gloria me miró, tratando de interpretar mi expresión.

—¿Es que le han puesto una pistola en la cabeza?

—Eso es —contesté riendo—. Una pistola de oro. Acaban de ofrecerle un empleo fantástico en la burocracia de Estrasburgo; un sueldazo, prácticamente sin impuestos y qué sé yo.

—No pensarás...

—No lo sé.

—A mí no me apetecería nada tener que sobornarla —dijo Gloria.

—¿Porque te pediría más de lo que tú le ofrecieses?

—No, no me refiero a eso, sino a que es de cuidado y capaz de anotarlo todo y darlo a conocer a la prensa.

—Sólo se trata de un cómodo trabajo en Estrasburgo —contesté—. Ni los reporteros de los periódicos sensacionalistas podrían transformarlo en soborno, a menos que Cindy resultase tan incompetente que ese empleo fuese totalmente ilógico.

—Pues sí —dijo ella dejando la bolsa de exquisitos manjares húngaros en el tocador y comenzando a desvestirse.

—¿Qué sucede? —inquirí al ver que exhibía esa especie de sonrisa de satisfacción que adoptaba cuando yo me había distraído en algo, encerrando al gato en el armario de la limpieza o guardándome en el bolsillo el dinero del lechero.

—Nada —contestó; pero yo sabía por el modo displicente y juguetón con que se desvestía que había broma de por medio.

Pero pensé que sería algo a propósito de sus padres, o lo último del inefable Dodo, a quien hacía poco le habían dejado sin que pagase alquiler una cómoda casita cerca de Kingston on Thames.

—El banco ese —dijo nada más meterse en la cama y apretarse contra mí—. ¿Sabes quién es el propietario?

—¿Qué banco? Schneider, Von Schild...

—Y Weber —añadió ella sin dejar de sonreír por lo lista que era y la gracia que iba a contar—. Sí, ese banco, cariño. ¿Sabes quién es el dueño?

—¿No lo son los señores Schneider, Von Schild y Weber?

—Tu queridísimo Bret Rensselaer.

—¿Qué me dices?

—Ya sabía yo que te iba a despejar.

—Estaba totalmente despejado.

—Por lo menos es propiedad de la familia Rensselaer.

—¿Cómo te has enterado?

—No tuve necesidad de asaltar el Submarino Amarillo, cariño. Es de conocimiento público, porque también los bancos alemanes están obligados a

declarar sus propietarios. Mi profesor de económicas obtuvo el dato en un anuario corriente de la banca. Me telefoneó y me dio los pormenores.

—Tendría que haberlo consultado.

—Pero no lo hiciste y yo sí —dijo ella conteniendo la risa como una niña.

—¡Qué chica más lista! —dije yo.

—¡Ah!, ¿lo has advertido?

—¿Que eres una chica? Sí, claro que lo he advertido.

—No me hagas eso... bueno, de momento.

—¿La familia Rensselaer?

—¿Te doy los detalles? Agárrate, amor, ahí van. En mil novecientos veinticinco, un tal Cyrus Rensselaer compró acciones de un consorcio bancario californiano, en el que trabajaban Bret y sus hermanos; creo que eran directivos o algo así. Puedo enterarme mejor... Luego, durante la segunda guerra mundial, murió el anciano y, según el testamento, las acciones pasaron a un trust del que era beneficiaría la madre de Bret. En una complicada operación de emisión de acciones y de fusión realizada en mil novecientos cincuenta y tres, el banco californiano entró a formar parte de Calibank (International) Serco, grupo que inició una operación a gran escala de compra de otros bancos. Mediante una maniobra especuladora, se convirtieron en accionistas mayoritarios de Schneider, Von Schild y Weber.

—¿Nada más?

—¡Nada más, dice! Cariño, eres insaciable. ¿Te lo han dicho alguna vez?

—Me acojo a la enmienda número cinco —contesté.

SÓLO la desesperación me impulsó a hacer una visita a Silas Gaunt aquel sábado. Se había retirado del Departamento hacía muchos años, pero seguía siendo uno de los personajes más influyentes en lo que Dicky Cruyer llamaba discretamente «la comunidad de la Inteligencia». El tío Silas lo sabía todo y conocía a todos. Años atrás había sido muy amigo de mi padre, era pariente lejano de mi suegra y era el padrino de Billy.

Tal vez habría debido visitarle más a menudo, pero sentía mucho afecto por mi esposa Fiona, y la marcha de ella nos había distanciado. No era muy probable que le gustase verme llegar del brazo con Gloria, y, de todos modos, era un viaje muy largo para hacerlo solo. Pues ahora lo hacía solo; conforme rodaba por aquel paisaje descolorido y deprimido, todavía preso por los grilletes del invierno, fui pensando en lo que iba a decirle. ¿Cómo empezar? Jim Prettyman había muerto y Bret Rensselaer, inopinadamente, vivía, pero ninguna de esas dos metamorfosis iba a servirme de nada. Dodo contaba a quien le venía en gana que yo había conspirado con Fiona para estafar al Departamento, mientras que quien más me apoyaba, Cindy Prettyman, sufría la amnesia particular que a veces procura un buen ascenso.

Tío Silas vivía en «Whitelands», una casa de campo en Cotswolds que no estaba nada mal; una pintoresca construcción de piedra ocre, de puertas mal ajustadas, *parquet* crujientes y techos bajos con vigas, contra las que se rompían la cabeza los altos y distraídos. Silas debía de ser una persona muy cauta, porque era un gigante y de una obesidad que a duras penas le permitía transitar a través de algunas de las puertas más estrechas. Un magnate decimonónico había remozado el interior según criterio propio y la casa tenía un exceso de caoba y azulejos y adolecía de cuartos de baño. Pero Silas se amoldaba perfectamente y costaba imaginarle en un entorno distinto.

Durante el día estaba ocupado. Tenía entrevistas con el capataz de la finca, despachaba con el ama de llaves, señora Porter, y con la señora del pueblo que se ocupaba del correo, pero que era incapaz de atender las

llamadas telefónicas si no era bajando a buscarle a él para que subiera a hablar en el único teléfono que había.

Estaba esperándole sentado a que volviese a bajar. Las estrechas ventanas con marco de piedra sólo dejaban pasar unos escuálidos rayos de luz vespertina. El fuego de leña que ardía en la enorme chimenea de piedra inundaba el aire con un perfume ahumado y daba luz suficiente para ver la sala de estar, con su destartado sofá y sus incómodas sillas, de hechura apenas insinuada bajo el deformado tapizado de zaraza. Delante del fuego había una bandeja con los restos de nuestro té: tetera de plata, el último par de los bollos recién hechos de la señora Porter y un tarro de mermelada con una etiqueta manuscrita que decía: «Whitelands-fresa». Habría podido confundirse con un interior de hace cien años de no ser por los enormes altavoces de alta fidelidad que se veían en los rincones. En aquella habitación pasaba Silas las tardes escuchando sus discos de ópera y bebiéndose su exquisita bodega.

—Perdona por las interrupciones —dijo mientras manipulaba el viejo picaporte de latón para cerrar la puerta. Dio unas palmadas y se acercó al fuego para calentarse las manos—. ¿Tomamos otro té?

—No quiero más té —dije.

—Y es demasiado pronto para beber —añadió él.

Yo no dije nada.

—Me has contado muchas cosas —dijo echándose en su taza los restos tibios del té—. Y quieres que yo las encaje a la perfección como un rompecabezas —dio un sorbo al té, pero torció el gesto y desistió—. Pues yo no veo ninguna relación casual —añadió con una especie de estornudo—. No sé si es que hoy hace más frío o estoy cogiendo la gripe... o las dos cosas. Así que a ese contable, Prettyman, le mataron en Washington unos gamberros y ahora a su mujer la han ascendido... Bueno, pues de primera, ¿no? ¿Porqué no iban a ascender a la pobre mujer? Yo siempre he dicho que debíamos cuidar lo mejor posible de nuestra gente.

Estuvo un buen rato rumiando en silencio los hechos hasta que yo le ayudé a recordar el resto.

—Y luego está lo de Bret Rensselaer —le apunté.

—Sí, pobre Bret. Un muchacho estupendo, ese Bret; herido en acto de servicio. Un suceso en la mejor tradición del Departamento, por así decir. Sin embargo, parece que te veo incomodado porque viva.

—Me sorprendió verle surgir de entre los muertos.

—No veo adónde quieres ir a parar —replicó el tío Silas—. ¿Es que eso tampoco te complace? —añadió rascándose inconscientemente el bajo vientre.

Era un endemoniado anciano, gordo y desmelenado, de humor grueso y aguda inteligencia, nada agradable para quienes se encontraban a tiro.

—Están sucediendo muchas cosas... cosas raras.

—De verdad que no sigo tu razonamiento, Bernard —dijo sacudiendo la cabeza—. De verdad que no. —Silas había sido siempre capaz de orientar los hechos con arreglo a una hipótesis—. No te creas que vale de mucho que te estés ahí mirándome, querido muchacho —hizo una pausa para sacar un gran pañuelo rojo de algodón y sonarse ruidosamente—. Yo trato de impedirte que te engañes absurdamente.

—¿Haciendo qué?

—Ensañándote con el pobre Dodo y aplicándole el tercer grado.

El viejo Silas debía de ser la última persona viva en utilizar la expresión de tercer grado.

—¿Tú le conociste bien?

—Sí, le recuerdo bien —contestó, reclinándose en el sillón y mirando el fuego—. Su verdadero nombre era Theodor, Theodor Kiss, por eso optó por llamarse Dodo. Gran trabajador, y brillante. Licenciado en ciencias por la Universidad de Viena y con buen sentido administrativo. Aparte de varios idiomas y dialectos; podía hacerse pasar fácilmente por alemán, o por austríaco. ¡Fácilmente!

—Sorprendente —dije.

—Bueno, ya sé que tú también puedes, Bernard. Pero no deja de ser algo poco corriente. No hay muchos alemanes capaces de ello, como sé por propia experiencia adversa. Sí, Dodo es un políglota extraordinario.

—Trabajó con Gehlen —apostillé para recordarle que su dechado de virtudes era un antiguo nazi.

—Muchos de los mejores habían trabajado con él. Eran los únicos disponibles con experiencia. Desde luego, yo nunca me serví de ninguno de ellos —añadió, quizá con ánimo de apaciguar mi rabia—. Directamente, no. Siempre me mantuve al margen de los antiguos empleados de Gehlen. Fue Lange Koby quién se lo llevó con el resto de la banda... ¿Cómo los llamaba...?

—Prusianos —le indiqué.

—Sí, los «Prusianos de Koby», exacto. ¿Cómo habré podido olvidarlo? Últimamente me flaquea la memoria.

No hice comentarios.

—Tu padre tampoco. Él no se les acercaba; y se enfadó cuando trabajaste con Lange Koby.

—Formaba equipo con Max —repliqué— y lo de Koby era parte de nuestro acuerdo.

—Tendrías que haberte quedado con tu padre, Bernard —replicó él con un resoplido.

—Lo sé —contesté, consciente de que había puesto el dedo en la llaga.

Estuvimos callados unos minutos.

—Ese Dodo es buena persona —dijo Silas como si lo hubiese estado pensando detenidamente—. Quizá un poco exagerado en demostrar su valor, pero así eran también los otros que cambiaron de bando. Aunque Dodo, una vez estabilizado, se convirtió en un agente leal y listo; el tipo de individuo que yo hubiera esperado que a ti concretamente te resultara simpático. A un hombre como él cabe perdonársele una indiscreción de vez en cuando, qué quieres que te diga —añadió sacando el pañuelo y limpiándose la nariz.

—¿Indiscreción?

—Diría lo mismo en tu caso, Bernard —se apresuró a añadir para contener mi indignación—. En realidad, lo he dicho —apostilló para hacer patente que le debía algo.

No dijo más, quizá esperando algún gesto mío de apreciación o agradecimiento. Yo asentí con la cabeza sin gran énfasis. Desde que había llegado no había dejado de considerar alguna manera de preguntarle a propósito de las absurdas alegaciones contra mi padre. Silas le había conocido mejor que ninguna de las personas que aún vivían, pues habían servido juntos en Berlín y también en Londres. Silas Gaunt podía aclarar, si quería, prácticamente cualquier misterio que pudiera suscitar la carrera de mi padre. Si quería; ahí estaba el detalle. Silas Gaunt no era persona muy dada a revelar secretos, incluso a los que tuvieran derecho a saberlos. Y no era el momento de preguntárselo. Eso era evidente con sólo mirarle a la cara. No le estaba complaciendo mi visita, pese a todas las sonrisas, asentimientos y bromitas. Quizá estuviese preocupado por mí. O por Fiona, o los niños. O por Dodo.

—Ya lo sé, Silas —dije—. Y te lo agradezco.

—Quiero que me prometas que no vas a ir a verle vociferando y dispuesto a hacer tonterías —dijo él—. Quiero que me prometas que irás en una actitud conciliadora que le haga ver tu punto de vista.

—Lo intentaré —concedí.

—Todos tenemos muchos viejos compañeros comunes: los gemelos Gebhart, Barón Busch, que te llevó a Leipzig, Oscar Rhine, que decía ser capaz de atravesar a nado la bahía de Lübeck y no era cierto... —Trataba de poner al día la lista de sus compañeros desaparecidos, pero era demasiado esfuerzo para él. Volvió a limpiarse la nariz, tratando de hacer memoria—. A todos nos duele por los mismos amigos, Bernard; a ti, a mí, a Dodo... Es absurdo pelearnos entre nosotros.

—Claro —dije.

—Él lleva en este trabajo más tiempo que tú —añadió—, así que no le mires por encima del hombro.

Era el Silas en su peor paternalismo. A veces me preguntaba si no hablaría en el mismo tono con el director general, pues de sobra sabía que Silas nos consideraba a todos como niños que aspiraban al cargo de adulto que tan bien ejercía él.

—No, Silas —dije, y debía mostrar de algún modo mi escepticismo, porque advertí en su rostro un tic que por experiencia sabía que era indicio de cólera.

Pero no estalló, o al menos no la exteriorizó.

—Háblame de Bret Rensselaer. ¿Va a volver a trabajar? —quiso saber Silas.

—No creo que pueda —contesté—. Está muy enfermo y es viejo.

—Dicen que quería Berlín —replicó Silas.

—Sí —dije—. Se rumoreó que a Frank le nombrarían sir para jubilarle y que Bret iría a Berlín.

—Y luego nombrarían sir a Bret y se jubilaría —apostilló Silas para completar el esquema que por entonces todos creían inevitable hasta el momento en que las cosas se complicaron y Bret resultó herido—. Entonces, ¿cuál era el plan a largo plazo para Berlín?

Le miré y me pregunté lo que todos en el Departamento debían de haberse preguntado en un momento u otro: ¿por qué Silas Gaunt nunca había recibido el nombramiento de caballero que generalmente acompaña a la jubilación?

—Vamos, Silas —dije—, tú sabes más de lo que se cuece en las altas esferas de lo que yo podría enterarme. Dímelo tú.

—En serio, Bernard. ¿Tú cuál crees que era el plan? Si a Frank le hubieran dicho adiós y le hubiesen sustituido por Bret, éste sólo habría disfrutado del cargo hasta la jubilación, porque difícilmente habrían podido solicitar dispensa especial para mantenerle en el puesto.

—Supongo que tienes razón —concedí—. Nunca se me ocurrió pensar en esos esquemas a largo plazo.

—Pues es una lástima —replicó él bajando la voz, como si dijese algo confidencial e importante, un recurso que le venía de cuando presidía reuniones de trabajo—. Tal vez si prestases atención a cosas así no te verías metiéndote en atolladeros como ahora.

—¿Ah, sí?

—¿Y Dicky Cruyer? ¿Podría asegurarse el cargo de Berlín? —inquirió también en voz baja.

—Lo quiere —respondí.

—Dicky no tiene contactos alemanes, ¿verdad? Bueno, ninguno que valga la pena. El cargo de Berlín requiere una persona con olfato, alguien que conozca la calle, que sepa olfatear lo que sucede, aparte de la información del Departamento.

—¿Alguien como Frank?

—Frank, igual que tu padre, era protegido mío. Sí, Frank lo ha hecho bien. Pero la edad aminora el ritmo de las personas. Berlín es un trabajo para alguien más resistente, alguien más joven que se mueva. Frank dedica mucho tiempo a estar en casa oyendo sus condenados discos gramofónicos.

—Sí —dije, asintiendo gravemente.

¿Discos gramofónicos? Silas conocía las aventuras extramatrimoniales de Frank igual que yo, pero prefería enfocarlo así. Siempre sería el mismo.

—Ya comprendo, Silas —dije.

Lo que comprendía era que si me portaba como un buen muchacho y no seguía sembrando la alarma y el desaliento con mis preguntas extralaborales, podían asignarme Berlín.

No me lo creía.

—¿En serio? ¡Cuánto me alegro! —exclamó él y yo me puse en pie—. Como favor personal, Bernard, ¿querrás aguardar un par de días o así... con lo de Dodo?

—Pensaba ir a verle hoy mismo, porque sé que está en casa los sábados por la tarde —dije—, porque sigue un programa de la televisión.

—Déjalo para la semana que viene. Para que se enfríe la cosa, ¿eh? Mejor para todos, querido muchacho.

Le miré. Me estaba dando un buen consejo, pero yo ya estaba totalmente decidido y dispuesto para enfrentarme a aquel guarro. Silas se me quedó mirando, sin ceder un ápice.

—Si te empeñas... —respondí a regañadientes.

—No lamentarás la decisión —dijo—. Ya hablaré yo con el viejo de ello. Y de ti.

—Gracias por el tiempo que te he robado, Silas.

—¿Por qué no te quedas a cenar? Y echamos una partida de billar —dijo manteniendo el pañuelo ante su rostro, como en éxtasis. Por un momento temí que sufriera un ataque cardíaco o le sucediera algo grave, pero, finalmente, estornudó.

—Deberías estar en cama, Silas —dije—. Has cogido la gripe.

No insistió en la invitación. Silas era viejo y de costumbres fijas y no le gustaban las visitas sin previo aviso ni invitados imprevistos para cenar.

Se sonó y dijo:

—¿No tienes noticias de tu esposa?

—Nada.

—Debe de resultarte penoso, pero no te desanimes. ¿Cuándo vas a traerme los niños de visita?

Alcé la vista sorprendido. No se me había ocurrido pensar que Silas aceptase con agrado semejante intrusión en su celosamente restringido mundo.

—Cualquier día —dije mecánicamente—. ¿Dentro de una semana? ¿A comer?

—¡Magnífico! Le diré a la señora Porter que ponga cuidado en hacer el solomillo en su punto —dijo mirando por la ventana—. Con postre de nata y frutas. A Billy le gusta, ¿verdad?

Me sorprendía que el anciano conservase aún ese gusto por el detalle y que hubiese advertido que a Billy le encantase la carne un poco cruda de la señora Porter y su postre de nata y frutas.

—Sí, nos gusta a todos —dije.

—A ti no podemos tentarte; te gusta todo —añadió para cerrar el tema—. Ojalá fueses más selectivo.

Lo tomé como un comentario sobre aspectos de mi vida, más que sobre mi delectación por aquel postre concreto, pero lo dejé correr.

En el momento en que propuse no ver a Dodo lo hice convencido, pero era una resolución difícil de mantener conforme regresaba a Londres, dándole vueltas en la cabeza a todo lo que había sucedido.

Cuando ya me acercaba a la periferia, había decidido no hacer caso de la petición de Silas. Mi instinto me aconsejaba ir a verle en aquel mismo

momento.

Dodo había resultado un auténtico gorrón, así que no me extrañaba que le hubiesen cedido sin alquiler aquella casa que pertenecía a una pareja húngara que conocía por medio de los padres de Gloria. El matrimonio pasaba unas vacaciones en Madeira. Era una elegante construcción antigua de Hampton Wick, situada entre el río y los terrenos del Hampton Court Palace, en una tranquila bocacalle de casas victorianas del primer período de diversa factura y tamaño.

Cuando llegué ya oscurecía; era un ocaso rojo con una luna con halo, presagio de lluvia. A la luz de las farolas ví que el número dieciocho era una casa aislada alejada de la calle. Por encima de la tapia de dos metros y medio del jardín se veía el intrincado mirador de hierro forjado rematado por un techo curvado tipo pagoda. Por aquella disposición recoleta y la delicadeza de las formas, inmediatamente se me ocurrió asociarla con el tipo de villa en la que una seductora concubina pasa sus largas jornadas solitarias.

La puerta enrejada de hierro forjado daba entrada a un pequeño jardín frontal. Me detuve un instante y contemplé de nuevo la casa. No estaban bien corridas las cortinas y en casi todas las ventanas se veía un resquicio de luz. Hacía mucho frío y los únicos ruidos que llegaban eran los de los coches que circulaban por la calle principal hacia Kingston Bridge.

Subí la escalinata hasta la puerta principal pintada de verde brillante. No había timbre y opté por llamar con fuerza con una aldaba de bronce de una cabeza de león. Transcurrió un buen rato hasta que oí movimiento en el interior. Tenía la impresión de que alguien había ido a mirar quién era desde una ventana de arriba. Finalmente, se abrió la puerta y en ella apareció Dodo. Vestía un jersey blanco con cuello de cisne, chaqueta de algodón gris, pantalones grises de pana y mocasines con cordones de borla.

—¡Ahhh! ¡Buenas noches! —saludó—. ¿Así que me ha localizado?

—¿Puedo pasar?

No contestó en seguida. Se apoyó en la hoja de la puerta y me miró de arriba abajo.

—Muy bien —contestó sin gran entusiasmo—. Pase y beba algo.

Me precedió por el vestíbulo, dejando atrás el perchero de madera curvada y el gran espejo, sin preguntarme si quería quitarme el abrigo, y me invitó a pasar a una habitación de la parte posterior. Era una pieza amplia con un piano de cola, un par de butacas y unas mesitas antiguas llenas de tabaqueras y objetos de porcelana. El papel Victoriano llenaba las paredes con una

auténtica jungla impresa y la única luz procedía de un aplique de latón que difundía sus rayos sobre la partitura del atril del piano.

Olía a viejo y a humedad, la ventana estaba cerrada y el piano tenía una capa gris de polvo. Dodo se dio la vuelta hacia mí.

—Bien, ¿qué es lo que pasa? —inquirió con voz dura y beligerante, echando fuego por los ojos.

Imagué que había estado bebiendo, pero con Dodo nunca se sabía.

—Escuche, Dodo —dije—. Es preferible que dejemos una cosa clara...

Hizo un movimiento como si fuese a coger algo detrás de mí, pero, sin previo aviso, enderezó el brazo y me propinó un puñetazo en el vientre con tal fuerza que me hizo doblarme sin respiración, lo que él aprovechó para asestarme otro golpe en el cuello con el borde de la mano. Fue un golpe cortante de karate perfectamente aplicado y el dolor repercutió en todos los nervios de mi cuerpo.

Mientras seguía doblado sobre mí mismo vomitando la cena, me lanzó una perversa patada, pero, al tener la cabeza agachada, ví llegar el pie y pude esquivarlo a tiempo, logrando que el zapato sólo me rozase el brazo.

El abrigo me había protegido contra el pleno efecto de los golpes. Si me hubiese invitado a quitármelo en el vestíbulo, en aquel momento ya habría estado abatido en el suelo. Otra patada, esta vez fallida. Estiré el brazo con la intención de agarrarle el pie, pero era demasiado rápido. Rápido y con experiencia. Yo había subestimado totalmente a Dodo: subestimado su inteligencia, su malevolencia y su fuerza física.

Aún dolorido, me incorporé y, al retroceder, sentí que daba con el piano. Agradecí el apoyo y por un instante descansé contra él, a la espera del próximo movimiento de Dodo. La luz del piano le daba de lleno en los ojos y las patadas y puñetazos le habían procurado ejercicio, pero no estaba nada dispuesto a darme respiro. Se me acercó de nuevo, esta vez más despacio, con las manos alzadas y las piernas separadas. Respiré hondo, sabiendo que si me asestaba bien un par de esos golpes me pondría fuera de combate.

—¡Ahhh! —gritó, lanzándose sobre mí.

¿O era una simple añagaza para ver cómo reaccionaba? Me encogí un poco y le lancé una patada al vientre pero no le alcancé; mi pie había trazado un arco en el vacío, pero aquello le hizo dudar. A continuación, agachó la cabeza y me asestó un gancho en el antebrazo que me dejó dolorida hasta la mano, pero yo entonces me lancé al cuerpo a cuerpo, alcanzándole en los riñones con un directo que le provocó un seco gruñido de dolor. Por un

instante forcejeamos juntos como una pareja en la pista de baile, hasta que finalmente pudo zafarse, al tiempo que me daba dos puñetazos en el pecho.

Retrocedió unos pasos y quedó casi oculto en la sombra del oscuro cuarto. Nos mantuvimos a distancia respirando agitadamente y observándonos. Había pasado el factor sorpresa y yo le iba tomando la medida. No era un boxeador. Si podía mantenerle a raya, intercambiando golpes, lograría ponerle fuera de combate. De la calle llegaba el ruido de un coche que rodaba despacio. Dodo prestó oído, pero al cabo de un rato, el coche aceleró y se alejó.

¡Clic! En su mano apareció la navaja automática y ví brillar la hoja conforme avanzaba despacio. La sostenía de abajo arriba, de la manera como se esgrime cuando se va a atacar de verdad.

—Voy a darte una lección, Samson —dijo con aquel tono gutural que adoptaba cuando se mostraba especialmente virulento—. ¡Te voy a rajar! —añadió con el rostro congestionado y echando espuma por la boca.

Yo me desplacé lateralmente. Ahora el apoyo que me daba el piano era un peligro, y no quería verme empalado. Me quité la bufanda del cuello y me la enrollé en la mano para hacer una especie de guante y me aparté aún más de lado. Con el rabillo del ojo calculé que tenía a mi alcance el mayor objeto de adorno que había, una piña de cristal tallado con hojas de plata. Lo agarré y se lo lancé con todas mis fuerzas, alcanzándole en el pecho. Lanzó un gruñido y se tambaleó hacia atrás, dándose contra una mesa, de la que cayeron al suelo una docena de objetos de porcelana, pero no me dio la oportunidad que yo esperaba. Él lanzó en voz baja alguna maldición en húngaro y mantuvo el equilibrio sin detenerse a mirar el estropicio.

Cuando se me echó de nuevo encima, yo trataba de abrir las antiguas contraventanas para abrir la ventana que daba al jardín. Me di la vuelta para hacerle frente y le pegué una patada, tratando de arrebatarme la navaja, pero estaba prevenido y sonrió satisfecho al esquivar el golpe.

Se acercó de nuevo. Yo estaba con la espalda aplastada contra las contraventanas y sentí cómo reventaba un cristal como si fuese un disparo de pistola. Dodo me lanzó un navajazo que me atravesó el abrigo. Le agarré por la muñeca y logré inmovilizársela. Estábamos cuerpo a cuerpo y noté que apestaba *awhisky*. Dio un fuerte tirón para soltarse y, desesperadamente, le di un cabezazo en la cara.

—¡Hijoputa! —exclamó al lograr zafarse de mi presa y retroceder.

De su nariz brotó un hilillo de sangre, que le resbaló por la boca y goteó de su barbilla.

—¡Hijoputa! —volvió a exclamar, al tiempo que se cambiaba la navaja a la mano izquierda y se metía la derecha en la chaqueta.

Ahora tenía una pistola, una ridícula pistolita, hecha para que las lleven las mujeres en el bolso, pero suficiente para inclinar la balanza.

Y precisamente en aquel momento me di cuenta de que no podía vencerle. Dodo tenía de su parte esa potencia, esa confianza e implacable decisión de vencer que configura a un campeón olímpico.

Y fue también en aquel momento cuando me invadió la sospecha de que Dodo sabía que yo iba a ir. Me esperaba. No había querido hablar conmigo, ni me había preguntado a qué había ido. Se había guardado una navaja y una pistola en la cintura y había esperado mi llegada. ¿Cómo habría podido saber que yo estaba en camino?

—Reza, Samson —dijo, cogiendo con estudiado regocijo la pistola con la mano izquierda, como haciéndome entender lo que quería decir.

La pistola era su seguro de vida, pero iba a atacarme con la navaja. Se fue acercando pero ahora con cautela; no pensaba dejarse alcanzar por ninguna patada, cabezazo o puñetazo. Yo traté de adivinar sus intenciones. Si no lograba arrebatarme la pistola, me lisiaría con la navaja.

—Reza —musitó de nuevo.

Yo tenía miedo y él lo notaba. No tenía ningún plan para atacarle; había elegido bien su posición. No me quedaban más objetos contundentes a mano, ni había alfombras bajo sus pies, ni puertas o ventanas por las que escapar. Y la única luz del cuarto ya no le daba en los ojos; daba en los míos. Por eso no ví con claridad lo que sucedió a continuación.

Por encima del hombro de Dodo ví acercarse despacio a alguien por la puerta que tenía detrás. El intruso avanzaba lentamente con la gracia de un bailarín. Era un hombre delgado, con cazadora negra de chófer y una gorra. Con un movimiento de ballet alzó la mano hacia arriba, cual si quisiera tocar el techo, y la dejó caer a plomo sobre el cráneo de Dodo con un golpe sordo.

Dodo lanzó una especie de estertor, parecido al ruido de un globo que se desinfla y se desplomó sin sentido en el suelo. De pronto, el oscuro cuarto se llenó de hombres. Alguien me empujó contra la pared y se puso a cachearme, mientras los demás registraban la casa y el cuerpo de Dodo.

—Siéntate, Bernie. Siéntate y recobra aliento —dijo uno dándome un vaso de *whisky* que bebí agradecido.

—Ha faltado poco, ¿eh?

Aquella voz me era conocida. Prettyman.

—¡Jim! —exclamé—. ¡Dios bendito! ¿Pero eres tú, de verdad, Jim? Pero... ¿cómo...?

Me lo quedé mirando, pero no mostraba una actitud amistosa.

—Cobertura secreta, Bernie.

—Cindy cree que has muerto. ¿Qué es esta historia? —Afuera en el vestíbulo se oían los pitidos y silbidos de un transmisor-receptor portátil y ruido incesante de cajones y puertas que se abrían y cerraban—. Pero ¿qué demonios es esto?

—Más vale que no me lo preguntes, Bernie.

—¿Cosa del Departamento?

No me contestó.

Me miraba. Estaba pálido y su rostro irradiaba una dureza como de figura de cera.

—Tengo que sacarte de aquí —dijo—. ¿Crees que puedes conducir?

No pude resistir la tentación de inclinarme y tocarle el brazo.

—¿Por eso me enviaste esa caja de inscripciones antiguas para que te las guardase? ¿Es que tenía que imaginarme que no estabas realmente muerto?

Retrocedió al ver que le tocaba, se levantó y echó una ojeada al oscuro cuarto.

—Tal vez —contestó.

Estaba junto al piano y, pensativo, alargó la mano y tocó una serie de notas bajas. La lámpara del atril arrojaba una luz dura sobre el teclado y aquellos dedos que parecían separados del cuerpo.

—Jim —dije—, ¿quién ordenó que desaparecieras? ¿Tiene algo que ver con Fiona?

Sin apresurarse, tocó otras cuantas notas que entonaban una lúgubre melodía. Luego alzó la vista y dijo:

—Bernie, va siendo hora de que te des cuenta de que el Departamento es quien hace las cosas por tu propio bien. No hay ningún párrafo en las reglas de dirección que señale que haya que consultarlo todo con Bernard Samson antes de iniciar una operación.

—Estoy hablando de mi esposa, Jim —repliqué airado.

—Mira, yo no hablo de ella; ni a ti, ni a ninguno. Ahora cierra el pico y lárgate. Vete a casa y olvídale todo; y déjame que arregle el lío que has organizado.

—¿Y si no...?

Se hizo una pausa y le miré cara a cara.

—Y si no, te incluyo en el informe. Te dijeron que no vieses a Dodo, pero no le puedes dejar en paz, ¿verdad, Bernie? Tienes que dejar de meter la nariz en todo.

—Entonces, ¿te ha enviado Silas Gaunt?

Tecléo una escala menor y la sostuvo.

—Te he dicho que te marches, así que vete. ¿Puedes conducir? —añadió cerrando el piano.

Apuré el *whisky* y me puse en pie. Aún temblaba.

—De acuerdo, Jim —dije.

—A cuenta de los buenos tiempos, te dejaré al margen de esto. Y no te olvides: si alguien quiere saber algo, y me refiero a cualquiera, tú has ido directamente a casa —ahora me miraba y, por primera vez, sonrió, pero no con mucho ánimo—. No me busques las vueltas —pensé que iba a darme la mano, pero se volvió de espaldas y dio un meneo con la punta del zapato al cuerpo inerte de Dodo—. Vamos, Dodo: ha acabado la lucha.

«¡VAS a la cárcel!». No era una sorpresa, porque hay un límite de inevitabilidad a todo juego de azar.

A veces me pregunto si las dudas y reservas que mostró mi generación hacia el capitalismo fueron la consecuencia de haber sido arruinados y humillados por nuestros padres en aquellas tardes de domingo jugando al «Monopoli». Billy y Sally no padecerán el mismo trauma: para ellos el juego no es más que un rato en el que las discusiones familiares, los recuerdos, anécdotas y chistes quedan subrayados por la irregular puntuación de los dados.

—Vas a la cárcel. Directamente. No te llevas las doscientas libras. A la cárcel.

Bueno, bueno. Ésta era ahora mi familia; tres niños en realidad, porque ver a Gloria con mis hijos era comprobar que era una niña crecida con todos los cambios de humor que los niños consideran normal. Yo la miraba aquel sábado por la tarde. El día era un adelanto de la primavera en puertas; el sol brillaba en un cielo azul, y estábamos sentados en el destartado invernadero que era el principal factor que había impulsado a Gloria a vivir en Balaklava Road. Las macetas que llenaban las estanterías las habíamos comprado en el centro de jardinería del barrio, pero procuraban un ambiente de gran efecto, y para Gloria el efecto lo era todo.

Ella revivía con el sol, como sucede con muchas mujeres, y yo nunca la había visto tan guapa como aquel día. El sol daba a su cabello rubio el color pálido de la mantequilla y sus marcados pómulos y estupendos dientes hacían que su sonrisa fuese contagiosa, y yo, a pesar de mi desdicha —o quizá, precisamente por eso—, volvía a sentirme enamorado de ella.

No una, sino muchas veces me había preguntado cómo habría sobrevivido a aquellos horribles días tras la partida de Fiona sin haber tenido a Gloria a mi lado. Aparte de trabajar toda la semana, hacer sus estudios universitarios y atender a las tareas caseras, se ocupaba de los niños y se preocupaba por mí.

Y, por encima de todo, renovó mi amor propio en un momento en que mi ego masculino había quedado malparado por la marcha de Fiona.

Imagino que debería haberle dicho estas cosas, pero no lo hice. En los malos tiempos, cuando más la necesitaba, no tuve el valor necesario para rendirle justicia, y cuando las cosas ya fueron bien entre los dos, me pareció que no había necesidad.

—No puedes mover; estás en la cárcel —dijo Sally—. Tienes que sacar dos seises.

—Ah, sí, estoy en la cárcel. Se me había olvidado —dije.

Sally se echó a reír.

Me puse a pensar si los niños se darían cuenta de las dificultades que había planteado la marcha de su madre. Ellos no dejaban de ser educados con Gloria y a veces afectuosos, pero era imposible que ella pudiese reemplazar a su madre. A lo sumo, la trataban como a una hermana mayor y en esa base se afirmaba la autoridad que le otorgaban. Me preocupaban ellos y el trabajo no iba nada bien. Dicky Cruyer se quejaba de que no trabajaba lo debido para despejar el papeleo de mi escritorio. Yo alegaba que me encomendaban demasiados viajes de mensajero a Berlín, pero Dicky soltaba la carcajada y replicaba que aquellas excursiones a Berlín eran uno de los mejores acicates del trabajo. Y tenía razón. Me gustaba viajar a Berlín y me habría desolado verme despojado de la oportunidad de ver a mis amigos de aquella ciudad.

¿Es que toda la gente en la que siempre había confiado, la que contaba para mí, se ponían en mi contra? Quizá estuviese volviéndome loco. O quizá era que yo me excedía. Había noches en que no dormía y trataba de imaginar qué es lo que estaba sucediendo. Fui a una farmacia y compré unas pastillas para dormir que no me hicieron nada. Habría necesitado una receta médica para algo más fuerte, pero el reglamento relativo al personal de categoría superior nos obligaba a informar de cualquier consulta médica. Prefería el insomnio. Pero cada vez estaba más agotado. El miércoles decidí que el único medio posible para escapar a aquella pesadilla era hablar con alguien de las altas esferas. Dado que el delegado era nuevo y de carácter bastante desconocido, el interlocutor tenía que ser el director general, sir Henry Clevemore. Lo único que tenía que hacer era localizarlo, y estaba decidido a hacerlo antes de mi siguiente viaje a Berlín.

Aparte de algunas temporadas en una clínica de reposo, sir Henry vivía en una gran mansión Tudor cerca de Cambridge. En tiempos ya lejanos, yo había llevado allá documentación, y en cierta ocasión el viejo me había invitado a almorzar, privilegio tan rara vez concedido, de no ser a sus ayudantes más

inmediatos, que Dicky me había preguntado con curiosidad al respecto, deseoso de saber todo lo que habíamos hablado.

En la planta en que yo trabajaba ninguno parecía saber con qué frecuencia venía a Londres sir Henry. En lo que al personal respecta, sólo se le veía de vez en cuando saliendo, o entrando, en el coche o el ascensor rápido que le llevaba a su despacho del último piso, con cara sombría y encorvado.

El despacho de sir Henry seguía como siempre: un horrible caos de libros antiguos, archivadores, adornos y cachivaches y recuerdos lo bastante baratos y feos como para figurar en su elegante casa, pero demasiado gratos a su memoria como para tirarlos.

La irrefrenable y encantadora Gloria halló respuesta a mi problema invitando a una amiga suya a sentarse con nosotros a comer en la cantina. Peggy Collier, una mujer de cabello prematuramente encanecido, que había orientado a Gloria desde su primer día de trabajo en el Departamento, dijo algo que sugería la necesaria presencia de sir Henry en Londres todos los viernes. Peggy señaló que los viernes a mediodía tenía siempre una caja de papeles «actuales y vitales» listos para su entrega al director general. Se entregaba en el Cavalry Club en Picadilly. Por mi parte, yo también recordé que en el diario de a bordo de Operaciones figuraba el Cavalry Club como el primer lugar de contacto del director general todos los viernes por la tarde.

Peggy nos dijo que un mensajero especial regresaba a la oficina con los papeles el mismo día a una hora entre cinco y siete. Y era la pobre Peggy la que tenía que aguardar la llegada de la caja para a continuación archivar toda la documentación supervisada por el director general. A veces —de hecho con gran frecuencia— no llegaba a casa a tiempo para preparar una cena decente al marido, Jerry —con J, porque era abreviatura de Jerome, no de Gerald—, que trabajaba de contable en la oficina local del inspector de Impuestos Rurales, por lo que siempre llegaba pronto a casa, al no tener que tomar el tren que Peggy tenía que soportar para trasladarse al hogar, debido a los astronómicos alquileres del centro, y eso que ya era alto el que pagaban en el extrarradio cerca de casa de la madre de Jerry. Y, claro, ¿a quién le gusta una cena fría después de una larga jornada laboral?, aunque en lo que se tarda en preparar algo frío casi da tiempo a guisar. Y ¿quién puede pagar los precios de la tiendecita que hay en la calle cerca de la parada del autobús, que está abierta hasta medianoche, de la que son dueños unos extranjeros? —pero por mucho que digas, a esa gente la dedicación les tiene sin cuidado, lo que no puede decirse de algunos ingleses de los que Peg conoce— y, desde luego, hay qué ver qué precios ponen a la comida lista para llevar. Tienen tarta de

cerdo, pollo asado, o de esas salchichas extranjeras que son todo carne y que a Jerry le gustan, pero que Peg les encuentra de un gusto extraño, debido, por lo visto, a la cantidad de productos químicos que llevan, o al menos es lo que dicen en los periódicos; aunque, claro, no se puede creer todo lo que se lee en los periódicos, ¿no?

—¿Quién lleva la caja? —inquirí yo.

—Cualquiera que esté autorizado a transportar «Top Secret» —respondió Peggy.

—Ah, ya —dije.

—Y su perro —añadió Peggy—. El chófer lleva la caja y el perro. Lo pasean por Green Park.

El Cavalry Club no es uno de esos clubs de caballeros que han sufrido la infiltración de publicitarios y actores. El único momento en que unos intrusos lograron penetrar en sus sagrados pórticos fue en enero de 1976, cuando se permitió la entrada a unos socios del recién clausurado Guards' Club. La plácida dignidad de la vetusta institución en el Park Corner de Picadilly se compagina bien con sus socios elitistas y exclusivistas. Notables por su fama de consumir más champán que cualquier otro establecimiento de rango comparable, es muy probable que estos soldados de caballería asociados a un club lo consuman, efectivamente, a tenor de la popularidad de que goza su sede como marco de reuniones del Cuerpo y de fiestas privadas, de las que no pocas veces llega el rumor hasta la quietud de la biblioteca.

Sir Henry Clevemore se hallaba en el salón de escritura cuando le llevé la caja de documentos. Siempre elegía aquel salón de la planta baja, que es distinto a todos los del club, dado que tiene acceso directo desde la calle sin necesidad de pasar por la entrada principal y responder a las preguntas del personal de recepción. Allí había almacenadas sillas para las fiestas y un billar que la dirección no se decide a tirar. Olía a cuero antiguo y a cera de muebles, y sir Henry estaba solo. No se oía el rumor de ninguna fiesta, únicamente el ruido de los autobuses surcando la calle mojada. Sir Henry se encontraba sentado ante un escritorio junto a la ventana, con un embravecido soldado de la Brigada Ligera a la carga en un lienzo sobre su cabeza. Bajo la expresiva pintura —enmarcada y en posición privilegiada— había unas flores secas del «Valle de la muerte» y un mechón del corcel preferido de Wellington.

—Ah, es usted —dijo sir Henry distraídamente alargando las manos para coger la caja de documentos.

—Sí, sir Henry —dije, entregándosela—. Le agradecería mucho que me permitiera robarle unos minutos.

Frunció el ceño y dejó la caja en la mesa. Eso no se hacía, por supuesto. Las personas decentes no se las apañaban para entrar en el club de uno para arrancarle un rato de charla, pero se sobrepuso y esbozó una breve y obligada sonrisa antes de meter la mano en el bolsillo y sacar una llave unida a una cadenita de plata.

—Claro, claro. ¡Cómo no! Es un placer —lo decía como esperando aún haber oído mal y que yo me despidiera, dejándole con su papeleo.

—Soy Samson, señor. De la sección alemana.

Alzó la vista hacia mí y se restregó la cara como quien sale de un profundo sueño. Y, finalmente, dijo:

—Ummm, Brian Samson; naturalmente.

Era un extraño anciano, un osito de felpa desgarbado y demacrado, aumentado ese aspecto de oso por la chaqueta de *tweed* crudo color rojo y el cabello largo. Tenía el rostro más arrugado de lo que yo recordaba y su piel se había oscurecido con ese tono malva que a veces causa la enfermedad.

—Brian Samson era mi padre, señor. Yo me llamo Bernard Samson.

El director general se puso las gafas y me contempló burlón unos instantes. El movimiento provocó un desplazamiento del cabello, dotándole de dos mechones demoníacos por encima de las orejas. Los cristales de las gafas lanzaron un destello a la luz de la ventana; era una montura absurdamente pequeña para su alargado rostro marchito y no se le ajustaba bien a la nariz.

—Sí, claro, Bernard Samson. Eso es, por supuesto —dijo girando la llave y abriendo la caja para ojear los papeles. Ahora se le veía excitado, como un niño con una caja de juguetes nuevos—. Si aparece ese camarero le ofreceré una taza de café... o una bebida —dijo sin levantar la vista, y sin gran convicción.

—Para mí no, gracias, sir Henry. Tengo que volver a la oficina, porque esta tarde marchó a Berlín —dije cerrando suave pero firmemente la tapa de la caja.

Me miró sorprendido. Semejante insubordinación era como un ataque físico, pero a mí me complacía la brillante armadura del santurrón inocente. Él no expresó su indignación. Era el arquetipo del encarecido objetivo del sistema de educación británico, especializado en la obtención de fariseos geniales y corteses. Así que, ocultando su incomodo, me invitó a tomar asiento y a dedicar el tiempo que me pareciese a decirle lo que tuviera que decirle.

Circulaban muchos rumores en el sentido de que el anciano no estaba bien de la cabeza, pero en seguida se disipó la inquietud que me causaba explicarle mis tribulaciones a un jefe chiflado. Opté por dejar al margen mi visita a Dodo en Hampton Wick y mi inopinado encuentro con Jim Prettyman. Si el Departamento decía que Jim había muerto, que siguiese muerto. En cuanto comencé mi relato, a sir Henry se le iluminaron los ojos y no se distrajo para nada. Cuando le dije lo que había descubierto sobre los fondos traspasados a la compañía de Bret Rensselaer, y lo que me imaginaba sobre el modo en que se había transferido el dinero de un sitio a otro para acabar en el banco de Berlín, me interrumpió con comentarios pertinentes.

Hubo momentos en que se me adelantaba, y en más de una ocasión no pude entender del todo la trascendencia de sus preguntas, pero era lo bastante zorro viejo y profesional como para no revelar lo que sabía o hasta dónde llegaba su preocupación. No me sorprendió. Al contrario, ya esperaba que un director general negase impertérrito cualquier insinuación de traición o malversación, o incluso la posibilidad de que alguien del Departamento estuviese sacándose un suplemento al sueldo con sobornos.

—¿Le gusta la jardinería? —me preguntó de pronto cambiando de tema.

—¿La jardinería, señor?

—La jardinería, caray —repitió con una sonrisa afable—. Cavar, plantar flores y plantas, verduras y fruta...

Recordé su jardín de veinte acres y los hombres que en él había visto trabajando. Sir Henry llevaba en la solapa una rosita, muestra de la variedad rural de Yorkshire de la que tan orgulloso se sentía.

—No, señor. Verdaderamente, no me dedico a la jardinería.

—Un hombre necesita ocuparse de un jardín. Siempre lo he dicho —replicó, mirándome por encima de las gafas—. ¿Ni siquiera una parcelita?

—Tengo una parcelita —respondí, recordando la maraña de yerbajos y ortigas de la parte de atrás de la casa de Balaklava Road.

—Mi mes preferido para la jardinería es julio, Simpson. ¿Se imagina por qué? —dijo levantando un dedo.

—Pues creo que no, señor.

—En julio todo lo que tiene que haber nacido ya está fuera. Y hay cosas estupendas para cosechar: frambuesas, grosellas rojas y cerezas, aparte de las judías y patatas... —hizo una pausa y clavó en mí sus ojos—. Pero si no ha salido nada, Simpson, si las semillas no han germinado, las han arrastrado las lluvias o se han helado... —volvió a apuntar con el dedo— aún se está a

tiempo de plantar, ¿no es cierto? Julio. En julio se puede plantar de todo, Simpson. No es demasiado tarde para empezar de nuevo. ¿Me sigue usted?

—Ya veo lo que quiere decir, señor.

—A mí me encanta mi huerto, Simpson. No hay nada mejor que comer la cosecha de lo que uno ha plantado con sus propias manos. Estoy seguro de que le consta.

—Sí, señor, me consta.

—Nuestro mundo es como una cebolla, Simpson —dijo con manifiesta intención, con voz cada vez más ronca—. El Departamento, quiero decir, por supuesto. Se lo dije en cierta ocasión a la primera ministra cuando se quejaba de nuestros métodos poco ortodoxos. Cada una de las capas de esa cebolla se ajusta perfectamente a la contigua, pero son capas distintas e independientes: terra incógnita. ¿Me entiende, Simpson?

—Sí, sir Henry.

Y, ya tranquilizado, sentenció:

—*Omne ignotum pro magnifico*. ¿Conoce ese espléndido pensamiento, Simpson? —pero, naturalmente, nada dispuesto a darme la oportunidad, añadió la versión—. Cualquier cosa poco conocida se supone que es maravillosa. El santo y seña del servicio, Simpson... o al menos el santo y seña de los hombres de servicio, ¿eh? —concluyó con una carcajada.

—Sí, señor. Es de Tácito, ¿verdad?

Le brillaron los ojos detrás de los lentes y el osito de felpa revivió de repente y carraspeó.

—¡Oh!, sí. Ha leído a Tácito, ¿eh? ¿Recuerda algo más, Simpson?

—*Omnium consensu capaz imperii nisi imperasset* —dijo, citando y, tras concederle un instante para que lo asimilara, seguí su ejemplo y transcribí el significado—. Todos le creían capaz de ejercer la autoridad hasta que lo intentó.

—¡Ah, buen golpe! —sus húmedos ojos se clavaron en mí—. Ya le entiendo, joven. Se pregunta si soy capaz de ejercer mi autoridad, ¿no es eso?

—No, sir Henry, claro que no.

—Ejercerla con suficiente energía para explorar la esencia de sus temores y preocupaciones —dijo rascándose la nariz y torciendo la cabeza para toser suave y cortésmente.

—No, señor —dijo levantándome para despedirme.

—No tema, muchacho —dijo levantando la vista hacia mí—. Actuaré con arreglo a su información. Escarbaré este asunto en todas sus facetas hasta que no quede una sola sombra de duda.

—Gracias, señor.

Él se incorporó con esfuerzo para darme la mano, y se le cayeron las gafas, pero las cogió al vuelo. Imagino que le sucedía a menudo.

Una vez afuera en Picadilly, miré el reloj. Tenía tiempo de sobra para recoger mi cartera en la oficina y acercarme con el coche a Ebury Street a recoger a Werner, que estaba de compras en Londres y tenía billete en el mismo avión a Berlín-Tegel. Así que caminé hacia Fortnum con la perspectiva de una taza de café. Quería estar un rato a solas. Necesitaba tiempo para pensar.

Sobre las copas de los árboles de Green Park se cernían unas nubes oscuras y la llovizna se había convertido en espasmódicos chaparrones y rachas de viento. Los turistas caminaban penosamente bajo la lluvia con triste resolución. En la calle que lindaba con el parque, los artistas habían tapado con plásticos las obras que exponían y se habían guarecido en la columnata del hotel Ritz. Al pasar por la estación del metro de Green Park a una mujer el viento le dio la vuelta al paraguas y a un hombre le voló el sombrero, haciéndolo caer en medio del tráfico. El fieltro iba dando saltos y un coche dio un golpe de volante para esquivarlo, pero un autobús le pasó por encima y un vendedor de periódicos lanzó una risita. Sonaron truenos. Hacía frío y humedad. Un día asqueroso, clásico del invierno londinense.

Algunos encuentran morbosa satisfacción en pasear bajo la lluvia, porque procura una intimidad que no se encuentra cuando hace buen tiempo. Los viandantes pasaban agachando la cabeza, tropezándose bajo el aguacero sin preocuparse de nada más que de su propia molestia. Recordé mi conversación con el director general y me pregunté si le había planteado bien el asunto. Había algo extraño en la actitud del anciano. No es que pareciese despreocupado: nunca le había visto tan inquieto. Y no es que no me hubiese prestado atención, porque me había seguido palabra por palabra. No obstante...

Entré en Fortnum y crucé por delante de la tienda de alimentación para dirigirme a la cafetería de la parte de atrás. Estaba lleno de señoras de cabello azulado y bolsos de cocodrilo; la clase de señoras con perrito blanco esperándolas en casa. Quizá no fuese la hora apropiada; me senté ante la barra y pedí un café y un bollo, que encontré exquisito. Y allí me estuve un buen rato, pensando. Cuando apuré el café, pedí otro; y fue en ese momento cuando me di cuenta de lo que me chocaba de mi entrevista con el director general:

por muy absurdo que hubiera podido parecerle lo que le dije y mis hipótesis, no había mostrado indignación alguna, ni tampoco sorpresa.

Debí perder la noción del tiempo, porque de pronto miré el reloj y me di cuenta de que era muy tarde; pero me di prisa y sólo llegué a Ebury Street con unos minutos de retraso. Werner —con esa delicada puntualidad tan característicamente alemana— me estaba esperando en la acera, con su maletín, los billetes pagados, la Burberry negra bien abrochada y enarbolando el paraguas. A sus pies tenía una caja grande de cartón con el rótulo de «Loza-Muy frágil».

—Perdona, Werner —dije excusándome—, es que me han entretenido más de lo previsto.

—Tenemos tiempo de sobra —dijo él.

El chófer me abrió la portezuela y luego metió la caja de cartón en el maletero. Debía de ser muy pesada, aunque Werner no me hizo ningún comentario sobre el engorroso bulto. Dejó el paraguas en el asiento delantero junto al conductor y luego se quitó el sombrero flexible para comprobar si tenía el billete. Werner guardaba billetes y cosas similares en la cinta del sombrero. Para mí era la única persona conocida que hacía eso.

El coche nos dejó en la estación Victoria para que cogiésemos un tren directo al aeropuerto de Gatwick. Un mozo cargó el bulto en una carretilla, mientras Werner se deshacía en aspavientos por temor a que le diese algún golpe. El tren iba casi vacío y no tuvimos dificultades en encontrar asiento. Werner llevaba traje nuevo —de fino muaré gris— y estaba más elegante de lo habitual en el sobrio individuo que yo conocía. Colgó cuidadosamente el paraguas para que gotease en el suelo, dobló la gabardina y colocó la cartera y el sombrero en la rejilla. Por muy elegante que fuese, era evidente que la indomable Zena le había entrenado en las faenas caseras.

—Platos, tazas, etcétera —dijo tocando delicadamente la caja con la punta de su reluciente zapato.

—Ya —dije yo, sin que se me ocurriese otro comentario.

Una vez que el tren se puso en marcha, añadió:

—Supongo que en Berlín irás a ver a Koby.

—¿A Lange Koby? Tal vez.

Koby vivía en un piso destartalado cerca de Potsdamer Platz y recibía a periodistas y escritores dedicados a la temática del «Berlín real», y a mí no me gustaba ir allí de visita.

—Si ese Dodo trabajó con él, tal vez Lange puede decirte algo.

No le dije a Werner que había visto a Prettyman ni mi pelea con Dodo; no se lo había contado a nadie.

—Puede, pero de eso hace mucho tiempo, Werner. Dodo era un simple lancero y no sé cómo Lange iba a saber nada de Bret y del dinero y de todo lo de auténtica importancia.

—Lange suele conocer todos los escándalos —replicó Werner sin que hubiera admiración en el tono.

—Le he contado al viejo todo lo que sé... —dije inclinándome hacia él—, casi todo —añadí—. A partir de ahora es problema del director general, Werner. Es cosa suya y no mía.

Werner me miró y asintió con la cabeza como si se lo estuviera pensando.

—Es decir, que vas a dejar el asunto de Bret...

—Seguramente —dije.

—Déjalo, Bernard. Te está reconcomiendo.

—Si al menos supiese el papel que desempeñó Fiona en el asunto...

—¿Fiona?

—Ella tuvo en sus manos ese dinero, Werner. Recuerdo haber visto las notas del banco, los balances, en el cajón en que guardaba las cuentas de la casa y el dinero para la señora Dias, la mujer de la limpieza.

—¿Antes de que se marchara, quieres decir?

—Sí, hace años. Estaba buscando las llaves del coche... Schneider, Von Schild und Weber... Ya sabía yo que ese maldito nombre me sonaba, y anoche lo recordé.

—¿Y por qué iba a tener Fiona las notas de la cuenta del banco de Berlín?

—En aquel entonces pensé que sería algún asunto de la oficina... incluso que se trataba de alguna falsificación. En aquellas hojas había muchos ceros, Werner. Millones y millones de marcos. Ahora comprendo que era de verdad y que el dinero era de ella. O que, cuando menos, era la depositaria.

—¿Dinero de Fiona? ¿Una cuenta secreta?

—Los bancos mandan los resúmenes a los titulares de la cuenta, Werner. De eso no hay vuelta de hoja.

—Ahora es demasiado tarde. Ella ya no está —comentó Werner.

—Le he contado al viejo todo lo que sé —repetí como para recordarme a mí mismo lo que había hecho—. A partir de ahora es problema suyo, Werner. Problema de él y no mío.

—Ya me lo has dicho.

—De Ingrid no le he dicho nada; no había por qué contarle todo ese galimatías sobre su madre y Dodo.

—Ni el asunto de tu padre —añadió Werner.

—Exacto —dije—. ¿Tú crees que debería habérselo dicho?

—Mira, o el Departamento autorizó todo lo que Bret hiciera con el dinero, o Bret y Fiona lo han robado —respondió Werner con su habitual simplicidad devastadora—. ¿El viejo no te ha insinuado que lo supiera?

—Quizá sea el mejor actor del mundo, pero a mí me pareció que era la primera vez que oía la historia.

—Dicen que chochea.

—Pues yo no he notado ningún indicio.

—Has hecho bien en hablarle, Bernie. Estoy seguro. Ahora, olvídate de todo y deja de preocuparte.

—¿Y qué es lo que has comprado en Londres que no me lo has querido pedir a mí? —inquirí mirando fijamente el paquete.

—Es que hemos pensado que no estaba bien que te utilizásemos de recadero —contestó él sonriendo.

—De momento, estoy yendo a Berlín semanalmente y sabes que te traigo lo que quieras.

—Ingrid quiere que el hotel tenga un aspecto más casero y a ella le gustan esas telas inglesas y la vajilla con dibujos florales. Dice que el hotel tiene un ambiente poco acogedor, muy institucional.

—Es un hotel de Berlín y tiene ambiente alemán.

—Los tiempos cambian, Bernie.

—Yo creía que Lisl te había dicho que su hermana no tenía hijos —dije—. ¿Qué dijo cuando vio llegar a Ingrid?

—Lisl sabía lo de Ingrid, pero es que es hija ilegítima —respondió él asintiendo con la cabeza—. No tiene ningún derecho legal sobre el hotel.

—¿Estás enamorado de Ingrid?

—¿Yo? ¿Enamorado de Ingrid?

—No te andes con evasivas, Werner, que nos conocemos de sobra.

—Sí, estoy enamorado de ella —respondió algo a regañadientes.

—¿Lo sabe Zena? —inquirí.

—Con Zena no habrá problema —dijo él muy seguro—. Le daré mucho dinero y quedará contenta.

No dije nada. Tenía razón, claro. Era una cruda opinión sobre Zena y su matrimonio, pero era irrefutable.

—Zena está en Múnich y aún tengo la esperanza de que conozca a alguien... —dijo mirándome sonriente—. Sí, Ingrid y yo... somos felices juntos. Claro que tardaremos un tiempo...

- Werner, es estupendo.
—Ya sé que nunca te gustó Zena.
—Ingrid es una mujer muy atractiva, Werner.
—¿Te gusta?
—Sí que me gusta.
—No ha estado casada y a su edad le costará adaptarse a la vida de casada.
—Qué demonios, Werner, si sois los dos jóvenes...
—Es lo que dice ella —añadió Werner.
—Aeropuerto de Gatwick —se oyó decir a través de los altavoces a la voz del revisor, al tiempo que el tren aminoraba la marcha.
—Gracias, Bernie. Me has ayudado mucho —apostilló.
—Para eso estamos, Werner.

El avión despegó a su hora. Volábamos por una pequeña compañía privada, Dan-Air, en la que las azafatas sonreían y daban café de verdad. Una vez remontadas las nubes, el sol brillaba y, a pesar de los pocos pasajeros en el tren, el avión iba lleno. Le pregunté a Werner por los progresos en el hotel de Lisl lo que le dio pie a una prolija y entusiasta exposición de sus perspectivas de trabajo, y, además, no calló egoístamente la contribución de Ingrid, sino que, al contrario, evidenció sus elogios y admiración por ella. Hubo momentos en que me pareció que le otorgaba excesiva confianza, pero le escuché pacientemente, puntuándolo en los momentos apropiados con los sonidos de rigor. Werner estaba enamorado y los que están enamorados sólo son buena compañía para su pareja.

Contemplé el paisaje que discurría a nuestros pies. Los europeos serán cada vez más idénticos en sus gustos por los coches, programas de televisión y comistrajos, pero el paisaje deslinda sus respectivos caracteres. No existe una Alemania rural occidental. El paisaje alemán es ordenado, anguloso y construido, de tal modo que las vacas tienen que compartir su hábitat con bloques de apartamentos y los bosques competir con las chimeneas de las fábricas. Las ciudades disponen de verdor bajo el cual ocultar sus horrendas plazas de centros de compras, pero los cazadores tienen que acechar a sus presas entre los coches parados y las piscinas de las interminables afueras.

Pero una vez cruzada la frontera de Este-Oeste, el paisaje es desierto y tranquilo. La República Democrática goza de un paisaje agrícola todavía no hollado por coches y nuevas edificaciones; aquí las granjas son viejas y

pintorescas. La numerosa cría caballar ha resistido tesonera la invasión de tractores, y hombres y mujeres siguen realizando el duro trabajo.

La tarde era deliciosa cuando aterrizamos en Berlín, esa pequeña isla brillante del capitalismo, con sus enormes bloques de oficinas en hormigón y centelleantes avenidas, inmersa en un mar verde de consumismo grasiento. El sol ya estaba bajo y anaranjado. Al este altos cúmulos se cernían en el cielo y al oeste lo manchaban y tachonaban nubarrones gris oscuro, como si un dios airado hubiese tratado de borrarlos.

Bajé por la escalerilla del avión con la cartera de Werner, que cargó con el pesado bulto de loza. Delante de nosotros otros pasajeros se apresuraban hacia el puesto de aduanas e inmigración.

Berlín-Tegel está en el sector francés del Berlín ocupado y es un pequeño aeropuerto bajo control técnico de las fuerzas aéreas galas. Por eso la inopinada presencia de cuatro policías militares ingleses llamaba particularmente la atención, por no decir que desentonaba. Vestían de ese modo perfecto tan antinatural exclusivo de la policía militar. Zapatos relucientes, botones brillantes y uniforme caqui con pliegues perfectos en los sitios supuestamente idóneos.

Y por si la extraña presencia de los «gorra roja» ingleses fuera poco, advertí acto seguido que uno de ellos era capitán. Es poco frecuente ver a un oficial de pie y husmeando en un lugar público, ya que los capitanes de la PM no patrullan por aeropuertos para ver si por ellos pasean reclutas mal vestidos. No lejos de ellos, observé dos vehículos del ejército inglés: un coche color caqui y una camioneta. Detrás de ellos había una camioneta azul con las insignias aladas de *l'armée de l'air*, y unos metros más allá un coche de la policía civil con una pareja de agentes en uniforme de verano. Exagerada presencia policial para un aeropuerto prácticamente vacío.

Cuando cruzamos la pista el cemento para entrar en la terminal, los cuatro policías militares ingleses se irguieron y fijaron su atención en nosotros y el capitán se encaminó a interceptarnos directamente el camino.

—Perdonen, caballeros —dijo el oficial, un joven indeciso con un enorme bigote muy poco poblado—, ¿quién de ustedes es el señor Samson?

Después, siempre me he preguntado por qué exactamente, Werner respondió sin vacilar:

—Yo soy Bernard Samson. ¿Qué desea, capitán?

Werner sabía oler la chamusquina antes que nadie; en eso era muy rápido.

—Le ruego que me siga —respondió el capitán, lanzando una mirada al sargento, un fornido individuo de cuarenta años con pistola al cinto, y aquel

intercambio de miradas me hizo comprenderlo todo.

—¿Acompañarle? —replicó Werner—. ¿Porqué?

—Mejor es que hablemos en el despacho —contestó el capitán con cierto nerviosismo.

—Será mejor que le acompañe, Werner —dijo Werner, siguiendo con la farsa.

Yo asentí con la cabeza. Estaba claro que los militares debían advertir el acento alemán de Werner, pero a lo mejor no les habían dicho que Bernard Samson era inglés.

Como si quisiera demostrarme algo, Werner se volvió hacia el capitán e inquirió:

—¿Estoy detenido?

—Pues... —respondió el oficial dubitativo, sin duda aleccionado en el sentido de que detener a alguien en público es algo a hacer como último recurso, algo que sólo se hace cuando no dan resultado las buenas palabras—. No, eso únicamente... si se niega a acompañarme.

—Bueno, lo aclararemos en el despacho —replicó Werner—. Es un error absurdo.

—Estoy seguro —añadió el capitán con evidente alivio—. Quizá su acompañante pueda llevar el paquete.

—Yo lo llevaré —dije.

El capitán se volvió hacia uno de los cabos y dijo:

—Cabo, ayude al caballero y llévele ese paquete.

Tenía en mi mano la cartera de Werner. En ella estaba mi pasaporte y otros papeles personales. Si a él se lo llevaban al despacho de la policía, tal vez transcurriese un par de horas sin que descubriesen que no era yo. Así que seguí al cabo con el paquete de vajilla de Werner y a él le dejé encomendado a su suerte.

Con el policía militar a guisa de escolta, mi paso por la aduana y la oficina de inmigración fue un simple formalismo. Afuera había filas de taxis. El taxista era un joven sin afeitar con un niki rojo con la insignia de la Universidad de Harvard.

—Quiero ir a una dirección en Oranienburger Strasse que conozco de vista... a la altura de la estación de metro de Wittenau —dije en alemán, despacio, para que lo oyese el cabo.

Les daría una pista falsa, ya que Oranienburger Strasse cruza la ciudad desde el aeropuerto hasta Hermsdorf y no es una calle corta en la que se pueda ir preguntando de puerta en puerta.

Una vez que el taxi salió del aeropuerto le dije al conductor que había cambiado de idea y que quería ir a la estación del Zoo. Me miró y me dirigió una maliciosa sonrisa característicamente berlinerisch^[9].

—Estación del Zoo —repitió. Era un lugar asqueroso, el Times Square de Berlín Oeste—. Alles klar^[10].

En aquel barrio no faltaría gente capaz de esconder a un fugitivo de cualquier tipo de policía. El taxista debió de imaginarse que quería burlar a los policías militares y mostraba su connivencia.

«Sí —pensé—, está claro». Apenas acababa de salir de hablar con él cuando el maldito director general había dado la orden de que me detuviesen en Berlín. Era astuto hacerlo en Berlín, porque allí el ejército era el que mandaba. Aquí no tenía yo derechos civiles que no pudiesen ser violados por reglas que databan de tiempos de guerra. Aquí podían encerrarme y todo quedaría en el olvido. Sí, alles klar, sir Henry. He mordido el anzuelo.

NO me preguntéis qué pensaba lograr. No sé lo que intentaba hacer, aparte de ganar tiempo para pensar y hallar algún modo de salir de aquel lío.

Mi mente trabajaba enfebrecida. Descarté la idea de coger la Smith & Wesson chata del 38 y diversas divisas por valor de quinientas libras que solía guardar en la caja fuerte de Lisl, pero que ahora tenía en una cámara acorazada, accesible las veinticuatro horas, en la Ku-Damm. Ni el dinero ni la rapidez me servirían de nada si el Departamento iba a por mi pellejo. Descarté también el pasaporte austríaco que tenía cosido al forro de una maleta en una habitación de Marienfelde. Podía convertirme en austríaco elevando la voz un octavo y frunciendo mucho la nariz, pero ¿para qué? El lunes dispondrían de fotos recientes mías y de nada me serviría pasarme por austríaco.

Envié con un taxi al hotel de Lisl el paquete de Werner con una nota para Ingrid diciendo que había ido con él al cine. Cualquiera que nos conociese bien se habría dado cuenta de que era algo absurdo, pero Ingrid no nos conocía lo bastante bien y era la única excusa que se me ocurrió para evitar que comenzase a preocuparse por nosotros hasta transcurridas dos o tres horas.

Otras cosas que hice fueron menos razonadas. Como empujado por un demonio de mi ajetreado pasado, cogí un segundo taxi y le dije que me llevase al punto de control Charlie. Ya era casi de noche, pero mi mundo se decantaba hacia el ocaso que era donde más luz había. El taxi discurrió por aquellas calles en las que batallones de turistas paseaban sin objetivo concreto a la luz de neón por los encantos de hormigón del Europa Centre, comiendo palomitas y salchichas al curry.

—¿Checkpoint Charlie? —inquirió el taxista otra vez para estar seguro.

—Sí —respondí.

Una vez dejadas atrás las manadas de gente, nos dirigimos hacia el canal. Esta zona tranquila de la ciudad es el camino más corto para llegar al puesto de paso Charlie. Por las sinuosas orillas del canal Landwehr no pasean

turistas, a pesar de que este breve recorrido encierra más historia que toda la Kurfursten Damm.

No siempre ha sido un curso de agua tan dejado. Los nombres de antaño de las calles testimonian su historia: la Bendlerstrasse, desde donde la Wehrmacht salió a conquistar Europa, lleva actualmente el nombre de Stauffenberg, artífice del fallido atentado contra Hitler, pero ¿subsiste un militarismo soterrado en los planificadores urbanísticos que han mantenido el nombre del puente Bendler?

Aquí, a la orilla del canal, está el edificio en el que el almirante Canaris, jefe de la inteligencia militar hitleriana, se dedicaba en su despacho a conspirar contra su señor. Y a estas turbias aguas arrojaron el maltratado cuerpo de Rosa Luxemburgo los militares asesinos.

En seguida dejamos atrás el canal jalonado de árboles y el taxi pasaba por Kreuzberg, rebasaba el café Leuchschner, y tomaba por Koch Strasse —la Fleet Street^[11] berlinesa— hacia el cruce de Friedrichstrasse que se abre en panorámica hacia el centro del Berlín Este.

Pagué al taxista y tuve buen cuidado de no dejar de preguntar al soldado norteamericano de la garita provisional, que lleva allí cuarenta años, a qué hora se cerraba aquel paso. No se cierra nunca, me contestó, ¡nunca! Me bastaba para tener la seguridad de que recordaría haberme visto atravesarlo. Si dejaba una serie de pistas para que las siguiera la PM, lo mejor sería que fuese amplia y dispar. Al Departamento no le engañaría, pero con lo que estaba haciendo le costaría trabajo entrar en acción. Era viernes por la tarde; Dicky Cruyer se vería obligado a volver a la oficina desde donde estuviese pescando o cazando.

En el lado occidental del paso Charlie sólo hay una pareja de soldados norteamericanos indolentes sentados en la garita, pero el sector Este está lleno de soldados bien armados con uniforme deliberadamente parecido al de los antiguos ejércitos prusianos. Entregué el pasaporte al hosco guarda fronterizo de la República Democrática Alemana, quien se lo pasó a un oficial, quien a su vez lo introdujo por la rendija de la ventanilla para que fuese fotografiado y observado a la luz ultravioleta para comprobar si no tenía señales secretas previas hechas por la policía fronteriza de la República Democrática Alemana. Lo cogieron con esa avidez de amos que adoptan los burócratas ante los documentos de identidad, pues los que trabajan en las fronteras consideran los pasaportes y manifiestos de carga como simples comunicaciones que les envían los burócratas de otros países y los titulares de la documentación no les parecen más que deleznales mensajeros.

A modo de impuesto enmascarado, a todos los visitantes se les hace cambiar el dinero occidental por moneda de la República Democrática Alemana a un cambio abusivo. Pagué. Los guardias iban y venían. Los turistas hacían cola. Autobuses y coches particulares avanzaban poco a poco y eran sometidos a examen por debajo con espejos sobre ruedas. Un reluciente Mercedes negro, con el banderín de un remoto y empobrecido país africano, fue detenido en la barrera detrás de un *jeep* militar estadounidense, que demostraba el derecho de los ejércitos victoriosos a patrullar por las dos zonas de la ciudad. Los guardias de la República Democrática Alemana lo hacían todo despacio a posta. Todo lleva tiempo; aquí todo lleva tiempo. Y hay que apretar las tuercas a algunos de los vencedores.

Berlín Este es prácticamente el único lugar en el que se encuentra uno un régimen incondicional y entusiasta en su aplicación de las doctrinas de Karl Marx. No es tan extraño. ¿Quién habría podido dudar que los alemanes, que habían dado semejante lealtad y confianza —por no hablar de los incontables millones de vidas— al kaiser Guillermo y a Adolfo Hitler, seguirían militando mucho después de que el marxismo hubiese perecido por sí mismo, quedando relegado en la historia a la categoría del bunker arrasado del Führer?

Los edificios más altos en torno al barrio de chabolas en que está el control fronterizo Charlie le dan a uno la sensación de hallarse en un coso. Sensación que acentúan las banderas y los anuncios-consigna, pero han desaparecido las frases belicosas. Es época de economías y la propaganda comunista ha abandonado las promesas de superar en prosperidad a Occidente o de convertirlo políticamente. Ahora los mensajes hacen hincapié en la continuidad y la seguridad y piden gratitud al proletariado.

Nada más salir del control fronterizo se divisa sin obstáculos la estación de Friedrichstrasse. Allí, un puente de hierro que cruza la calle encuadra el añil del cielo. Por él transitan los trenes que unen París con Varsovia y, finalmente, Moscú; pero el puente es a la vez andén de la estación de Friedrichstrasse por la que discurre el metro elevado, la línea que une Berlín Este y Oeste.

La perspectiva del puente hace creer que la estación está a pocos pasos, pero es sólo una impresión, y conforme caminaba por la Friedrichstrasse —dejando atrás los edificios ennegrecidos, acribillados por la metralla, cuya propiedad la gente atribuía a misteriosas compañías suizas con las que la República Democrática Alemana no quería ponerse a mal— recordé demasiado tarde que, cuando se tiene prisa, vale la pena coger un taxi para cubrir esa distancia.

La estación de metro de Friedrichstrasse es otro exponente de la ingente fuerza de trabajo que la República Democrática Alemana dedica a la vigilancia del Muro. Pasé el interminable control de pasaportes —y para los que salen existe aún mayor control que para los que entran— y, finalmente, crucé el túnel y subí al andén.

La estación es un enorme edificio en forma de hangar abierto por sus dos extremos con torretas en las que hay guardianes con ametralladoras. El material móvil de la estación, igual que las dependencias y las vías, es antiguo y destartado. El tren llegó traqueteando con las ventanillas sucias y las luces mortecinas. Subí. Venía casi vacío; los privilegiados que pueden cruzar la frontera no viajan hacia el Oeste tan tarde. Pocos minutos después rodaba con estruendo sobre el Muro. La «barrera de protección antifascista» es particularmente ancha e imponente en este tramo en que el tren cruza Alexander Ufer; quizá se haya previsto semejante aspecto como factor disuasor.

Casi se puede oír un suspiro de alivio en los pasajeros que se apean en la estación del Zoo. Yo tuve que hacer transbordo para Grunewald, pero es una espera de un par de minutos y más rápido que tomar un taxi y verse atascado en el tráfico de la Ku-Damm que a esa hora es muy denso.

Desde la estación fui a pie a casa de Frank Harrington. Me acerqué cautelosamente por si había alguien esperándome. No era muy probable. El procedimiento rutinario consistía en vigilar los puestos fronterizos —los de los ciudadanos alemanes y los de los extranjeros— y el aeropuerto. Un viernes por la noche eso era más que problemático. Como jefe del destacamento en Berlín, Frank ya contaba con protección oficial y yo imaginaba que el que estuviera distribuyendo al personal decidiría seguramente que no se podía poner a disposición de Frank un coche y tres turnos de vigilancia. Me habrían catalogado de fugitivo de la categoría especial tres: «posiblemente armado pero no peligroso».

Fue Alex Máuser —uno de mis compañeros de colegio aquí— quien me enseñó a trepar como es debido por los canalones. Hasta entonces yo lo hacía a fuerza de brazos y dejándome la ropa hecha una pena, y fue Axel quien me dijo: «Las cuerdas se suben con las manos, pero los canalones, con los pies», y me enseñó cómo lo hacían los ladrones sin mancharse las manos. Yo no sé quién se lo enseñó a él; probablemente su padre Rolf Máuser, que trabajaba en el hotel de Lisl y que era un maleante sin escrúpulos del que no me habría extrañado nada.

Me entregaba a estos recuerdos mientras me izaba hacia el dormitorio principal del primer piso de la mansión de Frank en Grunewald. En la parte trasera no había sistema de alarma; yo conocía perfectamente el emplazamiento de las alarmas, porque había ayudado a Frank a decidir su colocación. Y, además, Frank dejaba siempre abierta la ventana del cuarto de baño. Él era un fanático de la ventilación, y muchas veces me decía que era insano cerrar las ventanas del dormitorio por mucho frío que hiciera. A veces pensaba que por eso su esposa no quería vivir con él, por no poder soportar los dormitorios helados. Se lo dije a Fiona en cierta ocasión y ella me contestó que no fuese absurdo, pero a mí no me parecía absurdo. Yo no aguanto los dormitorios fríos: prefiero el calor insano.

Naturalmente que Frank no estaba acostado; yo ya lo sabía. Por eso trepé al primer piso; para introducirme por la ventana, en la que tuve que dedicar un rato a quitar del alféizar unos trescientos frascos, tubos y botellas de sales de baño, crema de afeitar, champú, pasta dentífrica y qué sé yo. ¿Para qué querría Frank tanto potingue? ¿O sería propiedad no recuperada de sus amiguitas?

Finalmente, hice sitio para los pies y del antepecho descendí a la bañera y... ¡Cielos!, tenía agua. ¡Llena de agua! ¿Pero qué demonios pintaba el maldito Tarrant, si ni siquiera se ocupaba de que la bañera desaguase como es debido? Tenía el zapato lleno de agua jabonosa. ¡Qué asco! No me gustaba el mayordomo de Frank y era un sentimiento recíproco. Imagino que, de analizar a fondo mis sentimientos, el principal motivo por el que no había llamado a la puerta principal de la casa de Frank era que no confiaba en el puñetero Tarrant porque nunca me lo quitaba de encima, y en el apuro que estaba viviendo, seguro que no tardaba ni tres minutos en echarme la vista encima, largarse al teléfono y denunciarme. Qué digo tres minutos: medio.

Frank estaba abajo. Lo sabía. Lo sabía desde que estaba en la parte trasera mirando los canalones. Se hallaba sentado en la sala de estar escuchando sus discos de Duke Ellington. Era lo que solía hacer cuando estaba solo. Tenía el volumen tan alto, que los bajos y los metales se oían desde la calle. Él decía que la única manera de apreciar aquellos viejos discos era oírlos tan fuerte como la orquesta original cuando los grabó, pero yo creo que Frank se estaba quedando sordo.

Era la orquesta de 1940 —la mejor orquesta de Ellington en mi opinión, aunque Frank no estaba de acuerdo— tocando Cotton Tail. No es de extrañar que no me oyese entrar; podía haber llegado al volante de una segadora-cosechadora y no me habría oído.

Estaba sentado en un sillón perfectamente colocado ante las dos gigantescas pantallas acústicas. Vestía un jersey amarillo, y un pañuelo de seda en estampado de cachemir le sobresalía por la camisa abierta. Muy Noel Coward, con excepción de la pipa curvada en la mano y las nubes de humo de tabaco de fuerte olor que me hicieron toser. Estaba inclinado leyendo la letra pequeña de la etiqueta de un disco.

Esperé a que levantase la vista.

—Hola, Frank —dije con la mayor naturalidad que me fue posible.

—Hola, Bernard —me contestó, levantando la pipa para marcar un suspenso—. Escucha a Ben Webster.

Escucharle. ¿Cómo no hacerlo? El solo de saxo tenor me perforó el cerebro como un taladro eléctrico, pero cuando el inmortal Webster concluyó su actuación, Frank bajó el volumen y lo dejó simplemente alto.

—¿Un *whisky*, Bernard? —dijo, sirviéndomelo ya.

—Gracias —contesté agradecido.

—Siempre me complace verte, Bernard, pero me habría gustado que llamas a la puerta como hacen las visitas.

Si Frank sabía que había orden de captura contra mí, mostraba una gran flema.

—¿Por qué? —dije dando un trago de *whisky*. Era Laphroaig, que él sabía que me gustaba.

—Para que no me estropeases la alfombra —respondió con una leve sonrisa para paliar la recriminación.

Miré a la alfombra y ví que mi zapato mojado había dejado un reguero de manchas desde la puerta; y, seguramente, por toda la casa.

—Lo siento, Frank.

—¿Por qué tienes que ponerlo todo patas arriba, Bernard, y complicarnos tanto la vida a los amigos? —Frank siempre se había tomado en serio su papel paternal y su modo de demostrarlo consistía en estar a mano cuando le necesitaba. A veces me preguntaba qué clase de hombre era mi padre para haber sellado una amistad tan profunda de la que aún yo me beneficiaba—. Tú ya estás demasiado viejo para andar por ahí trepando a los cuartos de baño. Lo hacías cuando eras joven, ¿te acuerdas?

—¿Yo hacía eso?

—Dejé encendida la luz del cuarto de baño para que no te cayeras del alféizar y te rompieras la crisma.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado? —dije sin poder aguantar más sus banalidades.

—Sabía que vendrías aquí —respondió él, acercándoseme con una botella de *whisky*.

Era más fuerte que él; la clase de comentario que habría hecho mi madre. ¿Por qué tenía que portarse como una vieja? ¿Es que no se daba cuenta de que así lo estropeaba todo? Le dejé que me sirviese otra vez, mientras para mis adentros me decía que era extraño que se refrenara en decirme que bebía demasiado, aunque seguramente no tardaría en encontrar el modo de sacarlo a colación.

—¿Cuándo te has enterado? —dije.

—¿De que el viejo quería echarte el guante? Recibí un «confidencial» por télex hacia las cuatro, pero luego transmitieron la anulación —dijo sonriendo—. Leyendo entre líneas, alguien en Londres debió de pensar que el viejo se había vuelto lelo. Pero, luego, al cabo de poco más de una hora, volvieron a repetirlo. Y esta vez firmado por el director general y el delegado. No será grasa, ¿eh? —añadió mirando a la alfombra.

—Es agua —dije.

—Si es grasa o aceite, dímelo para que le deje una nota a Tarrant para que haga algo antes de que se seque.

—Frank, te he dicho que es agua.

—No te sulfures, Bernard.

—¿Siguen buscándome para detenerme?

—Me temo que sí. La estratagema con tu amigo Werner Volkmann no tardó en descubrirla el ejército.

—Tardó lo suficiente.

—Para que tú pusieras pies en polvorosa sí, pero al capitán Berry le han echado los perros.

—¿Al capitán Berry?

—El capitán jefe. Me han dicho que el comandante general quiere llevarle ante un consejo de guerra. Pobrecillo.

—Que le den por el saco al capitán Berry —dije—. No voy a ponerme a llorar por un capitán de la PM que quería meterme en chirona —añadí mirando el reloj de la repisa de la chimenea.

—Aquí no vendrán a buscarte —dijo Frank al darse cuenta.

—¿Qué historia es ésta, Frank?

—Yo esperaba que tú me lo dijeras, Bernard.

—Fui a hablar con el viejo y le conté todo el asunto de Bret Rensselaer y los fondos bancarios.

—Creí que ibas a olvidarte de todas esas tonterías —replicó él hastiado.

—¿Te han dicho de qué se me acusa?

—No.

—¿Pensaban encerrarme aquí o mandarme a Inglaterra?

—Lo ignoro, Bernard, de verdad que no lo sé.

—Frank, tú eres el jefe del destacamento de Berlín.

—Te estoy diciendo lo que hay, Bernard. No tengo ni idea.

—Es por lo de Fiona, ¿verdad?

—¿Fiona? —replicó él, al parecer con auténtica perplejidad.

—¿Fiona sigue trabajando para el Departamento?

Eso le bajó los humos. Dio un sorbo de lo que estuviera bebiendo y se me quedó mirando una rato que me pareció interminable.

—Ojalá pudiera decir que sí, Bernard. De verdad.

—Porque es la única conclusión lógica.

—Lógica, ¿de qué?

—¿Qué iba a hacer Bret Rensselaer con esa enormidad de millones de libras?

—Se me ocurren muchas cosas —respondió Frank, que no era muy afecto a Rensselaer.

—El dinero... Ya sabes con qué celo controla el Departamento su dinero. No irás a creer que Pagaduría Central dejase salir millones y se le olvidase a quién se los había entregado...

—Ummm —respondió meditabundo mientras fumaba la pipa.

—Esa cantidad está ingresada en cuentas secretas para pagos. Pagos, Frank —añadí.

—¿En California?

—No. En California no. Cuando yo hablé con Bret allí, nadie se puso nervioso, salvo los norteamericanos. Sólo cuando descubrí que el dinero estaba en Berlín comenzaron a caldearse los ánimos.

—¿En Berlín?

—¿Es que no te lo han dicho? Schneider, Von Schild und Weber; aquí mismo en la Ku-Damm.

—Aun así, no acabo de ver claro... —dijo tocándose el bigote con la boquilla de la pipa.

—Supón que la deserción de Fiona fuese el epílogo de un elaborado plan. Supón que ella está llevando a cabo una operación en Berlín Este. Necesitaría montones de dinero, y aquí mismo en Berlín, donde el acceso es fácil.

—¿Para pagar a sus agentes?

—¡Ésa sí que es buena, Frank! A ti no tengo necesidad de decirte para qué necesita el dinero. Claro. Para todo: agentes, sobornos, gastos. Ya sabes lo que cuesta.

—Me gustaría poder creerlo —dijo Frank poniéndome la mano en el hombro—, pero yo soy el jefe de destacamento, como acabas de recordarme, y a ninguno le situarían allí sin que yo lo dijera. Lo sabes, Bernard. Deja de devanarte los sesos, no es tu estilo.

—Supón que es algo muy secreto y que Bret Rensselaer es el encargado...

—¿Y el director general recibe autorización directamente del consejo de ministros? Es una hipótesis ingeniosa, pero me temo que la verdadera explicación es más simple y más prosaica —dijo aspirando el humo de la pipa—. El jefe de destacamento en Berlín siempre está informado. Ni el propio director general transgrediría esa regla operacional. Ha sido así desde la época de tu padre. Sería algo sin precedente.

—Lo mismo que mandar detener en el aeropuerto a un veterano —dije.

—El director general no obra a la ligera. Yo le conozco, Bernard. Nos entrenamos juntos en la guerra. Es un hombre muy cuidadoso y no aceptaría una maniobra tan arriesgada.

—¿Infiltrar un agente en la cúpula del Stassi? ¿Un agente de confianza a nivel del comité? Eso es lo que es ahora Fiona. Me lo dijiste tú.

—Vamos a ver, Bernard, cálmate. Comprendo que ese esquema te fascine. Rehabilitan a Fiona y tú has descubierto el secreto más celosamente guardado del Departamento. Y podía haber añadido: y Bret se convierte en colega de Fiona en lugar de ser su amante.

—¿Y tú qué explicación le encuentras? —pregunté.

—Me temo que una muy decepcionante. Pero después de toda una vida de servicio, uno mira hacia atrás y piensa en el tiempo que ha perdido buscando soluciones raras mientras que la verdad era algo fútil, obvio y constantemente delante de tus narices.

—¿Y Fiona iba a dejar su hogar y sus hijos por ir a trabajar con el Stassi? ¿Y Bret a desfaltar millones de los fondos del Departamento para irse a California sin un céntimo? ¿Y Prettyman recuperado de Washington, diciéndole a su mujer que había muerto? ¿Y tío Silas iba a decirme que Dodo es un tipo estupendo, mientras por teléfono ordena que le den una paliza y le hagan callar? Lo que pasa es que yo llegué primero. ¿Y emitir una orden de busca y captura porque se lo cuento al director general? ¿Es ésa la tan decepcionante explicación que determina la verdad?

Frank se me quedó mirando. Era la primera vez que yo mencionaba la duplicidad de Silas —ni siquiera se lo había dicho a Werner— y yo le observé atentamente. Asintió con la cabeza como si estuviera considerándolo, pero sin mostrar sorpresa alguna.

—Lo último, desde luego que sí —respondió tajante—. Yo mismo cogí el teletipo esta tarde. ¿Acaso quieres verlo?

—El viejo quiere echarme el guante porque teme que mis indagaciones vayan a echar por tierra la cobertura de Fiona. Me enviaron a California para que Bret me persuadiese de olvidarme del asunto. Luego enviaron a Charlie Billingsly a Hong Kong por lo que pudiera haber visto en el ordenador a propósito de las empresas-tapadera de Bret, a Cindy Prettyman le dieron un buen empleo en Estrasburgo para taponarle la boca y les entró pánico de que Dodo comenzara a largar secretos y designaron a Prettyman para amenazarle.

—Todo es muy casual —dijo Frank, pero ahora se le notaba atento.

—Imagino que están desesperados, pero no me había dado cuenta de hasta qué extremo hasta que he aterrizado hoy. Y al plantearle mis interrogantes al director general no se les ocurrió otra cosa que meterme en chirona hasta inventar algo para hacerme callar.

—¿Por qué no te sientas, Bernard? —dijo Frank mirándome con compasión—. Hay otra cosa que debes saber.

—¿El qué? —repliqué, sentándome.

—No es así. Cuando llegó el segundo télex telefoneé a Londres para que me lo aclarasen. Pensé que... dadas las circunstancias...

—¿Has hablado esta tarde con el director general?

—No, pero sí con el delegado.

—¿Y?

—Sir Percy me lo dijo confidencialmente.

—¿El qué?

—Te han abierto un expediente naranja, Bernard.

—¿A mí?

Aún existía la posibilidad de que lo desmintiese, pero no dijo nada.

—Mañana llega Ladbroke en avión.

—¡Santo cielo! —exclamé—. Un expediente naranja sólo se abre cuando a alguien del Departamento se le acusa de engaño y ya existen pruebas fehacientes. Ladbroke es el interrogador decano, el que prepara la acusación.

—¿Te das cuenta ahora? —inquirió Frank.

—Aún no me crees, ¿verdad, Frank?

—No me atrevo a creerte —contestó él.

—¡Qué dices!

—Antes creería en tu culpabilidad que en que Fiona esté haciendo un doble juego. Sobre todo si has estado dándole a la lengua. ¿Te das cuenta de lo que has andado diciendo? ¿Has pensado en la situación en que la pondrías si la cogen? Tú corres peligro de ir a la cárcel, pero si ella está a nivel de comité y los ha traicionado... —no siguió. Los dos pensábamos en Melnikoff, informante de una de las redes de Silas, y al que doce personas vieron cómo le arrojaban vivo a un alto horno. La KGB había querido que la noticia se difundiera—. Ten cuidado con el modo cómo te declaras inocente —añadió—. Porque podrías firmar la sentencia de muerte de tu mujer; independientemente de que lo que digas sea verdad o no.

Me senté. Todo se desarrollaba a gran velocidad. Sentía ganas de vomitar; de todos modos pude dominarme y miré el reloj.

—Más vale que me marche —detestaba aquella habitación. Todas las cosas malas que me habían sucedido parecían haberse desarrollado allí; aunque supongo que era porque cuando algo malo me sucedía iba corriendo a ver a Frank—. Tarrant no... —añadí.

—Le he dado la tarde libre. ¿Qué otra cosa puedo hacer...? —contestó.

—Ya has hecho bastante, Frank.

—Lo siento mucho, Bernard.

—Pero ¿qué es lo que les pasa, Frank? ¿Por qué no lo dejan?

—No sé cuál será la verdad, pero nunca quedarás limpio de culpa. Por la defección de tu esposa. Supongo que lo entiendes, ¿no?

—No, no lo entiendo.

—Que tu alarmante hipótesis sea cierta o no, el Departamento no puede correr riesgos, Bernard. Hubo quien propuso que te echaran horas después de que ella se marchase y les llegó la noticia de que tú andabas fisgando. Y les da miedo. Tienes que comprender que se encuentran en una situación muy delicada.

—¿Tienes algún dinero, Frank? —dije poniéndome en pie.

—Mil libras. ¿Tienes bastante?

—No tenía ni idea de que se tratase de un expediente naranja. Pensé que era algún error. Una exagerada interpretación de alguna insinuación del viejo...

—Lo tengo aquí en el escritorio —dijo, encontrándolo con premura, igual que había hecho con el vaso, el hielo y la botella de Laphroaig.

Imagino que lo tendría todo preparado. Me acompañó hasta la puerta de la calle y echó un vistazo a la noche berlinesa. Aunque quizá estuviese

comprobando que no había nadie al acecho.

—Llévate este pañuelo, Bernard. Hace un frío que pela —nos dimos la mano—. Buena suerte, Bernard. ¿Qué piensas hacer? —añadió prolongando el apretón.

Miré la silueta de las alturas de la masa arquitectónica urbana. Incluso desde allí se apreciaban los focos con que la República Democrática Alemana ilumina el Muro. Me encogí de hombros. No lo sabía.

—Lamento... lo... lo de las manchas en la alfombra —dije, dándole la espalda.

—No tiene importancia, mientras no sea grasa —respondió Frank.

Notas

[1] Alusión a uno de los personajes de *Alicia en el país de las maravillas* de L. Carroll. (N. del t.) <<

[2] Zoológico. (*N. del t.*) <<

[3] ¡Pase! (N. del t.) <<

[4] Alegría en el dolor ajeno. (*N. del t.*) <<

[5] Sombrero de ala ancha, típico del Oeste. <<

[6] Municipio en inglés. (*N. del t.*) <<

[7] Afinidad electiva. (*N. del t.*) <<

[8] ¿Conoces el país en donde florece el limonero?». (*N. del t.*) <<

[9] Berlinsa. (N. del t.) <<

[10] Entendido; está claro. (N. del t.) <<

[11] La calle de Londres con mayor concentración de redacciones de periódicos. (*N. del t.*). <<